PABLO PALACIO

OBRAS COMPLETAS



Pablo Palacio

OBRAS COMPLETAS

2006



Pablo Palacio

CENTENARIO DE NACIMIENTO

1906-2006

Editor:
Patricio Herrera Crespo
Primera Edición - UNAP
ISBN-10: ISBN-9978-340-15-7
ISBN-13: ISBN-978-9978-340-15-8

Portada: Mantis Design
Impresión: Pantone Impresiones Cía. Ltda.
Edición:


Telf.: 098736420
E-mail:pherrerac8@hotmail.com
P.O.Box: 17-07-9142
Quito - Ecuador

PRÓLOGO

El siglo XX nace con los mejores augurios para el Ecuador. Corren los tiempos en que Eloy Alfaro, al mando de sus montoneras campesinas, deja huellas victoriosas en todos los campos de batalla. La Revolución Liberal triunfa en 1895 y con ella un nuevo periodo histórico hace resurgir la esperanza de un pueblo que hasta entonces vivía dominado por la tiranía del encomendero español primero y luego del terrateniente criollo y conservador. El ambiente es de euforia, de renovación, de combate, los decretos reivindicativos están al orden del día: libertad de cultos, democratización de la cultura, educación laica, enseñanza gratuita; se incorpora la mujer al trabajo, se delimita el poder de la iglesia al separarse del Estado. Es el cambio, el vuelco, la libertad.

Bajo este contexto de positivos presagios, nace en la ciudad de Loja, Ecuador, en 1906 Pablo Palacio.

Por aquel mismo año y como refrendando estos nobles auspicios, nacerían los tres mejores poetas ecuatorianos: Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero y Alfredo Gangotena.

Palacio, a la manera de Edgar A. Poe, solamente tendrá una imagen fugaz de su madre, a la que pierde a los dos años. Esa imagen perdida buscará luego en la literatura y en la vida con la misma obsesión y el mismo temblor del ciego que no acierta con sus pasos. A su padre no lo conocerá nunca. Un niño solitario, de juegos solitarios, apenas cuidado de alguna mucama vieja, y digo apenas porque a los tres años y en un descuido de ella, lavandera del río, Palacio cae a un arroyo. Sus aguas turbulentas, medio kilómetro más lejos, devuelven al niño con la cabeza destrozada; esta caída afectaría más tarde su equilibrio mental basta abrigarlo en las tinieblas de la locura.

Apenas adolescente, sorprende a los jurados de un concurso literario, con un cuento de magnífica y extraña factura (uno de los jurados es Benjamín Carrión, el suscitador ecuatoriano) y se decide darle el premio. Pablo Palacio, el más joven de los participantes, debe recibirlo en gran asamblea, arrodillándose frente a la reina de estos juegos florales y besar su mano, pero el escritor en ciernes se niega rotundamente y sale por las mismas, dejando a reina, jurados y público con un palmo de narices.

Por aquella época el "Viejo Luchador", Eloy Alfaro, ha sido quemado en "la hoguera bárbara" por las huestes más reaccionarias del país. La revolución toca a su fín. El banco Comercia] y Agrícola de Guayaquil hace y deshace los destinos del pueblo, impone candidatos, viola las leyes y se enriquece cada vez más con los dineros que produce el cacao. Es la decadencia de la revolución, es su error primigenio al no haber tocado el régimen de la propiedad agrícola privada. El liberalismo radical se transforma en un liberalismo de papel, institucional y demagógico. Su ala más reaccionaria pacta con la iglesia y los terratenientes conservadores. La burguesía tiene en sus manos todo el poder, pero hay ya una incipiente industria lo que permite el desarrollo del proletariado y como dice Agustín Cueva "aquellos sectores que gracias a la democratización cultural impulsada por el liberalismo habían logrado acceso a la educación media y superior, emergieron también por la misma fecha como embrión social independiente, desligado de los grupos de poder y hasta en pugna con ellos. Integrado básicamente por intelectuales y profesionales, tal núcleo devino en corifeo de las ideas socialistas y el promotor de la insurgencia y la protesta". La clase obrera, bajo la égida de la Confederación Obrera del Guayas, asume la dirección del movimiento reivindicatorio y el 15 de noviembre de 1922 recibe su primer bautismo de sangre luego de la matanza más feroz registrada en nuestro país, las calles se llenan de cadáveres de niños, mujeres, jóvenes y ancianos, que luego "en la noche y en la niebla" serían arrojados por camiones a la ría (cada año el pueblo, en homenaje a sus caídos, arroja cruces de madera en este río). De esa desastrosa secuencia histórica nacería una de las novelas más firmes escritas en el Ecuador: *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara, militante comunista.

La historia entonces se vuelve convulsiva, los buenos auspicios con los que nació se han transformado en un período de matanzas, se suceden incontables gobiernos y la vida social, política y económica es un caos. Adviene entonces la Revolución Juliana en 1925. Revolución de la clase media en pleno ascenso, revolución realizada por los militares de baja graduación y que perseguía según un historiador de la época "la igualdad de todos y la protección del hombre proletario".

Pablo Palacio, por entonces radicado en Quito, escribe su primer libro. *Un hombre muerto a puntapiés*. Tiene veinticuatro años y milita en el Partido Socialista que se había fundado un año antes, es decir, en 1926.

Este libro es un puntapié a la conciencia pacata, "municipal y espesa" de la sociedad provinciana. Se compone de nueve cuentos, entre los que sobresale con luz nueva (no solamente en el país sino en América Latina) el cuento que da nombre al libro. Un cuento de reminiscencias misteriosas (muchos de nuestros críticos han percibido en Palacio algo de Kafka, de Pirandello, de Eca de Queiroz, de Proust, pero ante todo han percibido de Palacio, un adelantado de la época cuyo bisturí subjetivo dejaba ver los huesos horripilantes del hecho cotidiano). Es eso lo que pretende Palacio: aguijonear la realidad, sacarla de sus casillas, de su guarida llena de telarañas, faltada al respeto, zarandearla, tomar el hecho cotidiano y hurgar entre sus vísceras. No es Kafka porque Kafka, al decir de un crítico, soñaba sus obras con su exacto realismo onírico, su lógica onírica y aún su arquitectura y su trama oníricas, y no es Proust porque su estilete no es la voluta siempre mejorada del recuerdo, sino el filo de la realidad, del hecho cotidiano, su arista más

espantosa, más esperpéntica. Muy difícil será que cualquiera que lea este cuento pueda olvidarse del sonido de aquellos puntapiés: "como el aplastarse de una naranja arrojada vigorosamente sobre un muro; como el caer de un paraguas cuyas varillas chocan estremeciéndose, como el romperse de una nuez entre los dedos; ¡O mejor como el encuentro de otra recia suela de zapato contra otra nariz!

Así:

¡Chaj! }
¡Chaj! } con un gran espacio sabroso
¡Chaj! }

El sonido está allí, pero también acá, ahora, lacónico, permanente, cruel. Con ese humor que alguien ha definido "negro" seguramente por lo fino y profundo. Y ese humor cruel, arma y llama con la que Palacio deambula por todos sus cuentos (ver "El antropófago", "Luz lateral', "La doble y única mujer" "Mujer y luego pollo frito") se punza en los personajes, dando una categoría subterránea a esos títeres demacrados, que mediante su pluma salen a tomar el sol completamente desnudos.

Pero es que Palacio quiere desacreditar la realidad, sorprenderla en su importancia efímera, en su máscara-persona, mostrar su placa microscópica y es quizá por eso que en su momento no se lo entiende. Es la hora "de los que se van", aquel grupo de Guayaquil que lo integran Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta. Ellos escriben también sobre la realidad y en magnífica forma, pero la transcriben, la copian en toda su crudeza, la trasplantan grotesca y dura. Palacio toma radiografías, analiza y pincha de manera diferente y esto me recuerda lo que dice Pirandello: "el autor verdaderamente original no sabe en absoluto que lo es. Lo es porque ve el mundo y la vida con ojos nuevos; y como lo ve lo dice y lo escribe: dice y escribe palabras nuevas, palabras suyas y no ajenas", y es quizá por esto que frente a una critica de Gallegos Lara, quien soslayaba la existencia de una visión política socialista en la literatura de Palacio (corrían los tiempos del realismo social) éste siente la necesidad de aclarar su punto de vista y escribe una carta a un amigo suyo, carta que es muy reveladora de su secreto afán. Dice así: "Yo entiendo que hay dos literaturas que siguen el criterio materialístico: una de lucha, de combate, y otra que puede ser simplemente expositiva. Respecto a la primera está bien todo lo que él dice (Gallegos): pero respecto a la segunda, rotundamente, no. Si la literatura es un fenómeno real, reflejo fiel de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas de un momento histórico, es preciso que en la obra se refleje fielmente lo que es y no el concepto romántico o aspirativo del autor. De este punto de vista, vivimos en momentos de crisis, en momento decadentista, que debe ser expuesto a secas, sin comentario. Dos actitudes, pues, existen para mí en el escritor: la del encauzador, la del conductor y reformador (no en el sentido acomodaticio y oportunista) y la del expositor simplemente, y este último punto de vista es el que me corresponde: el descrédito de las realidades presentes, descrédito que Gallegos mismo encuentra a medias administrativo

a medias repelente, porque esto es justamente lo que quería: invitar al asco de nuestra verdad actual".

Es el año de 1933. Apenas han dejado de sonar los tiros de la "Guerra de los cuatro días, donde también liberales y conservadores han masacrado al pueblo por la hegemonía del poder, y Palacio ha terminado su trilogía luminosa, es decir: *Un hombre muerto a puntapiés*, *Débora* y *Vida del ahorcado*. De aquí en adelante su inteligencia se debatiría en la misma vorágine desequilibrada de sus contemporáneos Roberto Arlt y Macedonio Fernández.

La claridad de Palacio es interior, al igual que su antirromanticismo. Su psicologuismo profundo lo lleva a iluminar toda presencia y hace recordar las palabras de Jacques Mercanton cuando habla sobre el Ulises de Joyce y dice que en tanto un hombre no sale de sí mismo, no crea nada: pero en tanto que no ha regresado profundamente a su propio interior, en tanto que no se ha sentido sólo ante el caos de la vida, en tanto que él deje, no importa qué cosa exterior, arrogarse un derecho sobre su yo más desnudo, no es libre para crear. No se atreve a decirlo todo. ¡Y hay que decirlo todo!

Entonces el lirismo de Palacio, su tremendo juego irónico, su cáustica mirada nace de la soledad (que no es de la nada) y también de un desgarramiento que es producido por el contexto, por el caos reinante en el período que le tocó vivir y testimoniar de una manera penosa pero genuina.

Su audacia y su libertad frente al relato tiene también una intención dignificante, una necesidad de rebelión, una angustia exacerbada por mostrar los defectos de la sociedad, su sistema alienante, su caos demagógico. Frente a la verborrea exterior su laconismo punzante, frente a la mediocridad y a la superficialidad su humorismo cruel, frente a]a vaciedad de los conceptos su psicología incisiva, frente a un aparente ordenamiento burgués su burla permanente a los procesos lógicos.

Es la hora de las vanguardias en Europa, es la hora de Ezra Pound, de Eliot, de Anatole France, de Faulkner, de Proust, de Kafka, de Picasso, de Freud y en América es la hora de Güiraldes, de Onetti, de Vallejo, de Quiroga y más que todo de Darío, quien devolverá a España, a cambio de su explotación, la belleza de la palabra americana. Pero también es la hora de Mussolini, de Franco y de Hitler.

Y la obra de Palacio es la respuesta a esta hora, una respuesta dura, desgarrante, hilvanada con una extraña sabiduría propensa a la genialidad. Palacio es una isla en nuestro país, se ha dicho, pero una isla fascinante, frondosa, llena de colibríes y caimanes, de palmeras y chontas.

Es el año de 1938 y la Segunda Guerra Mundial teje sus malabares ante los ojos atónitos y espantados del mundo. Palacio empieza a ser víctima de esas coordenadas misteriosas que van de la inteligencia suprema a la locura total. Nunca más se recobrará.

Al igual que Kafka, su hermano lejano, muere en un sanatorio luego de ocho años de intensos sufrimientos, pero sin poder decir (porque su inteligencia ya no le pertenece) aquellas palabras últimas que diría el genio de Praga al doctor KIopstok: "Máteme, si no, es un asesino".

Ahora ya ni su alucinamiento le pertenecía.

Pero nosotros, los escritores de mi generación, consciente o inconscientemente, nos

apropiamos de ese alucinamiento, de ese realismo psicológico que afloraba por los vericuetos de la ciudad, que se inmiscuía en el interior atormentado de los personajes, que explotaba desde el absurdo y desde el filo de hoja de afeitar de la percepción, y tomamos sus armas para continuar luchando contra el fantasma de la palabra, contra los molinos de viento de la sintaxis y de la idea. Él, quizá junto a José de la Cuadra, fueron tal vez los padres que más amamos y que más influyeron en nuestra búsqueda desesperada de una tradición narrativa, que aliente y alimente esa vanguardia de los años sesenta que diariamente mataba a los padres putativos.

Como homenaje a este escritor cuya obra trascendió su época que, ahora a los cien años de su nacimiento, quienes temblamos con su recuerdo, hemos recogido nuevamente su obra completa, su biografía, algún cuento inédito, pero también los rasgos y la belleza de quien fue su compañera, Carmita Palacios, esa extraordinaria escultora que soportó con estoicismo y grandeza, el calvario de la progresiva locura de ese iluminado del siglo XX.

Aparte del derecho que nos ha concedido su hijo Pablo, nos asiste un deber, ese deber de ser grato con el padre. Por ello, anteriormente, en Cuba, editamos su obra en Casa de las Américas, igual lo hizo Agustín Cueva en México, de la misma manera Miguel Donoso Pareja en la colección de Valoración Múltiple de La Habana, y Wilfredo Corral en una magnífica edición del Acuerdo Multilateral de Investigaciones y Coedición Archivos de la UNESCO en cuyo liminar me permití escribir lo siguiente:

Quiero entenebrecer la alegría de alguien.

Quiero turbar la paz del que esté tranquilo.

Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego; justamente como el parásito que ha tenido el acierto de localizarse en tu cerebro y que te congestionará uno de estos días, sin anuncio ni remordimiento.

¡He! ¡he!

¿Quién dice eso? ¿Quién me llama desde esas frases con una ternura despiadada, de hórrida belleza, de abrumadoras resonancias? ¿Quién me pone con su palabra helada, al borde del abismo? ¿Quién me ha colocado al filo de una sintaxis despiadada y me produce vértigo? ¿Quién galopa en mi interior con sus cascos de luz? Eres tú, potrillo tierno, perturbado vigilante de la multitud anónima, que va olisqueando en la palabra los huesos podridos del frío cotidiano.

Pero, ¿quién eres tú, diseñador de rostros deformes, multiformes, adelantado de la angustia, bicéfalo de la soledad? ¿Eres el otro Pablo? ¿Eres el delirium tremens del otro Pablo? ¿Eres su doble? ¿Eres la pesadilla de ti mismo? ¿de tu Patria? "Yo es otro" dirías, "yo es otro", recordando a tu hermano, y reirías con todos tus dientes irónicos y abstractos.

Francamente no comprendo mi emoción.

El cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos, los que no, son animales raros.

Pero vamos por partes, diría el descuartizador, si el descuartizador fueras tú o Julio o Poe o Kafka, o cualquiera de tu singular familia literaria. Aunque en ti la parte es el todo, y el todo es esa lupa, ese lente de aumento con el que examinaste el hueso de la rea-

lidad, su blanda médula que es el verdadero material de la pesadilla, es decir, la yegua de la noche, lupa y escoba con que nos permitiste sacudimos el polvo de oro viejo del romanticismo, del modernismo, del realismo social.

¡Oh! Esto es una maravilla.

Recuerdo hace más de cuarenta años, temblando del desasosiego y la duda que produce la creación, leyendo estremecido tus deslices, con Iván, con Marco Antonio, con Abdón, éramos esos niños seriotes y pálidos en cuyas caras heladas aparecía congelado el espanto, Ia maravilla de Ia luz lateral que iba entrando en nosotros como un puñal, con esa seducción demoníaca que quizá no tenía que ver nada con tu calor absoluto, pero sí con la turbulencia de tu mismidad, con esa corriente subterránea de sugestión, de la que nos hablaba Poe, absortos de comprender los bofetones que daban a la razón y a la lógica, a la burguesía adormilada en sus viejas lecturas de la literatura y de la vida, admirando tu semántica revolucionaria y cuestionadora que lanzaba sus dardos subterráneos hacia un pasado bobalicón y sonso.

Pero ¿desde qué coordenadas misteriosas coincidiste con Kafka en este porvenir que ya es pasado, en este porvenir estafado? ¿Desde qué ironía, desde qué lucidez?, porque Max Brod, el amigo que no tuviste, nos entregó los diarios de Kafka en 1934, cuando su cuerpo había muerto, pero ¿y tú?, en 1932 ya dabas a luz esa vida del ahorcado con el cordón umbilical de la lucidez y la marginalidad. En este sentido, poco sabemos los mortales sobre las coordenadas misteriosas de las inteligencias, que se tienden y se identifican a través del tiempo y el espacio.

Cuando se sabe, poco hay que inducir. Induzca, joven lector, porque ahora voy a jugar con la geografía, el tiempo y el aparente azar de las palabras.

Extraño, misterioso, tal vez peligroso, tal vez redentor consuelo de escribir: salir de la fila de los asesinos, observar los hechos. Observación de los hechos en cuanto se crea una especie superior de observación de los hecho, superior, no ya aguda; y es tanto más superior cuanto más inalcanzable- resulta partiendo de la fila. (Franz Kafka)

Y ahora vamos a Palacio:

En otro tiempo aquel sueño lo habría aceptado con una especie de placer, que su realidad modificaría totalmente mi vida, dándome un carácter en esencia nuevo, colocándome en un plano distinto de los demás hombres; una como especie de superioridad entrañada en el peligro que representaría para los otros y que les obligaría a mirarme, con un temblor curioso parecido a la atracción de los abismos (Pablo Palacio).

Entonces, dentro de este largo y singular proceso de la otra coherencia, algo nos desubicaba, nos desajustaba, nos proponía una nueva mirada, esa misma mirada múltiple con la que ya veíamos los cuadros de Picasso o Braque, esa especial voltereta del pensamiento, algo como un extravío de ideas, como las del endemoniado Stavroguín de Dostoievski. ¡Hombre! Donde fantasmas intrusos, cucarachas cotidianas, se inmiscuyen en la filosofía del texto, en su sacra uniformidad, y a punta de risa nos va empujando al precipicio en el que nos hemos instalado desde hace tiempo sin que nos hayamos dado cuenta. Rotura del

texto, dislocación del discurso, actos entrometidos en la linealidad. Es que, cuando más extrañas son dos cosas entre sí, más luz brota de su contacto, esto al menos lo dijo otro endemoniado de nuestro tiempo, Kundera, cincuenta años después. Entonces, cuando te leo, Pablo, soy como un mono en un árbol, estoy aquí y estoy allá, en esta rama y en ese tronco, asediado por tu poética exasperada, por tus personajes marginales, gibosos, despiadados y feroces; por esa cínica primera persona que me acerca siniestramente a lo que yo he ocultado, a lo que yo he negado, a lo que he escondido, a lo que he tenido en secreto para no sonrojar mi espíritu. Y voy junto a ti, bañándome en el río de Heráclito, a veces breve, a veces turbulento y largo, o te miro como un piloto ciego que va arrasando con las normales barreras de nuestras expectativas, del orden, la autoridad y la cultura de una sociedad petrificada. Pero también siento cómo vas arrasando las teorías del cuento, los manuales de perfectos cuentistas, y esa clave del relato, la síntesis preconizada por Poe, Chejov, o Maupassant, se topa de bruces con una eficacia que surge de su opuesto: la divagación; es decir, que en el momento preciso de optar por la brevedad, el texto se desvía y se dispersa, y se alarga como una horripilante gelatina llena de ambigüedad y espinas, ante lo cual el lector, nervioso y anormalizado, opta también ya no por la comprensión, sino por la sensación: ¡comprenderla o sentirla! He aquí el dilema como en algunos trilces de Vallejo, o de Macedonio o Roberto Arlt, o Huidobro.

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

El problema del arte es un problema de traslados. Descomposición y ordenación de formas, de sonidos y de pensamientos. Las cosas y las ideas se van volviendo viejas. Te queda sólo el poder de babosearlas.

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

¿Y la realidad, entonces? Pues empieza a ser aquel hombre que despierta convertido en un escarabajo, o aquella doble y única mujer, o aquel antropófago, casi alegre, apenas demoníaco, devorando a uno de sus hijos, porque de lo que se trata es de entrarle a patadas a una realidad escurridiza e innoble, desprestigiarla y denigrarla, ponerla en la picota. Así lo entendía otro escritor de mi generación, Vladimiro Rivas, cuando nos decía que "en este empeño por desacreditar la realidad, Palacio la puso en cuestión; descubrió por su propia cuenta algo muy aproximado al monólogo interior y a la fantasía de la conducta. Opuso a una sedicente realidad previamente dada, la realidad del mundo de su escritura; defendió con la atmósfera enrarecida, casi expresionista de sus obras, la especificidad y autonomía de la literatura frente a la mera crónica de los hechos y frente al realismo que practicaban sus contemporáneos".

Realidad de la literatura, el cuchillo de la otra realidad, el evanescente espectro que se va formando con las palabras salidas de sus casillas, con esa disgregación patológica del pensamiento, con esos elementos desencadenantes de la esquizofrenia, con esa cuerda frágil que va de la lucidez intensa a la locura total, con ese eco que resuena en el texto como si escucháramos una carcajada en un castillo deshabitado, porque quizá

esa es la maestría que nos abruma en sus cuentos; la perseverancia tensional con sus fantasmas

Y los fantasmas se pasean por tus libros, persiguiendo el rostro esfumado de tu madre, ese que no pudiste asirlo ni en las palabras ni en la vida, rostro tristísimo de abandono y de culpa, cara de humo que cuando se mira al espejo el azogue devuelve solamente soledad.

Y cuando la muerte estaba aún patas arriba, esperando que se durmiera el cancerbero de tu inteligencia, cuando aún dabas dentelladas -antropófago tú mismo de la cotidianidad-, sin recordar que dejar de ser nos cura la fatiga, ocurrió que te inundó el lado sesgo de la luz, su abrumadora iridiscencia.

No es verdad que el alma tenga ventanas, o estén siempre corridos sus visillos, dijiste, Pablo, antes de abrirlos y emprender tu viaje al fin de la noche *cargado con el chorro de día de las lámparas*, entregado a ese soliloquio desvariado y sin embargo certero, donde te ríes de ti mismo y de nosotros desde hace tantos años, mientras miro tu retrato ocre, amarillado por el tiempo y recuerdo aquel retrato que plasmó de ti, en frases de fuego, ese otro poeta de la literatura subterránea, contemporáneo tuyo, Gonzalo Escudero:

...el hombre, escurrido, óseo, longitudinal como descendiente del Greco... Un sujeto que no podía llamarse Pablo Palacio. Un hombre bidimensional, hombre sin volumen ni profundidad. Un hombre vertebrado como pocos, que posee dos ojos de habitante acuático, una nariz de halcón, una epidermis de excelente pergamino para encuadernar toda una biblioteca prohibida, una quijada protuberante a manera de proa de su obscura personalidad, dos tibias como dos bastos de leñador, su sonrisa de azufre -amarilla pálida- que tienen desde la nariz hasta las comisuras de la boca, siete arrugas parecidas a siete líneas telegráficas perfectamente paralelas.

Es increíble de qué manera ese retrato hablado sobre tu rostro físico va mezclándose y articulándose en tu obra, sumergiéndose en esa estela fantasmagórica, quizá siniestra, que iba gestándose con tu palabra, como un ectoplasma donde aparecía borroso el rostro de la verdad descarnada, de la realidad deshumanizada, grotesca, burlona, perturbada.

Y es desde allí, desde esa búsqueda inmisericorde y obsesiva, alucinada y metafísica, desde donde marcarías los derroteros de casi toda la literatura posterior, especialmente la de mi generación, que se alimentó de tu rotura, de tu risotada interior que todavía muerde nuestra creación con sus dientes afilados.

Así debes haber entrado finalmente a la locura, ese otro espacio de la vida y de la muerte, donde luego acompañaste tantos años a tu cadáver lleno de fosforescencias.

Ya andará otro como tú...

Raúl Pérez Torres

OBRAS COMPLETAS

UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS (*)

CUENTOS

Con guantes de operar, hago un pequeño bolo de lodo suburbano.
Lo echo a rodar por esas calles: los que se tapen las narices
le habrán encontrado carne de su carne.

(*) Se publicó en enero de 1927 en la Imprenta de la Universidad Central del Ecuador

UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS

"¿Cómo echar al canasto los palpitantes acontecimientos callejeros?"

"Esclarecer la verdad es acción moralizadora."

EL COMERCIO de Quito

"Anoche, a las doce y media próximamente, el Celador de Policía Nº 451, que hacía el servicio de esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García, a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz, e interrogado que fue por el señor Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, sólo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez se negó rotundamente. Entonces, el primero, en cumplimiento de su deber, solicitó ayuda de uno de los *chaufferes* de la estación más cercana de autos y condujo al herido a la Policía, donde, a pesar de las atenciones del médico, doctor Ciro Benavides, falleció después de pocas horas.

"Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª ha practicado las diligencias convenientes; pero no ha logrado descubrirse nada acerca de los asesinos ni de la procedencia de Ramírez. Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.

Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto se sepa a propósito de este misterioso hecho."

No decía más la crónica roja del *Diario de la Tarde*.

Yo no sé en que estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que reí a satisfacción. ¡Un hombre muerto a puntapiés! Era lo más gracioso, lo más hilarante de cuanto para mí podía suceder.

Esperé hasta el otro día en que hojeé anhelosamente el *Diario*, pero acerca de mi hombre no había una línea. Al siguiente tampoco. Creo que después de diez días nadie se acordaba de lo ocurrido entre Escobedo y García.

Pero a mí llegó a obsesionarme. Me perseguía por todas partes la frase hilarante: ¡Un hombre muerto a puntapiés! Y todas las letras danzaban ante mis ojos tan alegremente que resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de *por qué* se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula.

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan sólo de investigar el *cómo* de las cosas; y entre mi primera idea, que era esta, de reconstrucción y la que averigua las razones que movieron a *unos individuos* a atacar a otro a puntapiés, más original y beneficiosa para la especie humana me pareció la segunda. Bueno, el *por qué* de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis investigaciones, además de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada. Con todo, entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa. -Esto es esencial, muy esencial.

La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es la del método. Esto lo saben al dedillo los estudiantes de la Universidad, los de los Normales, los de los Colegios y en general todos los que van para personas de provecho. Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon).

El primero, la deducción me pareció que no me interesaría. Me han dicho que la deducción es un modo de investigar que parte de lo más conocido a lo menos conocido. Buen método: lo confieso. Pero yo sabía muy poco del asunto y había que pasar la hoja. La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más conocido... (¿Cómo es? No lo recuerdo bien... En fin, ¿quién es el que sabe de estas cosas?). Si he dicho bien, este es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir. Induzca, joven.

Ya resuelto, encendida la pipa y con la formidable arma de la inducción en la mano, me quedé irresoluto, sin saber qué hacer.

-Bueno, ¿y cómo aplico este método maravilloso?- me pregunté.

¡Lo que tiene no haber estudiado a fondo la lógica! Me iba a quedar ignorante en el famoso asunto de las calles Escobedo y García sólo por la maldita ociosidad de los primeros años.

Desalentado, tomé el *Diario de la Tarde*, de fecha 13 de enero -no había apartado nunca de mi mesa el aciago *Diario*- y dando vigorosos chupetones a mi encendida y bien culotada pipa, volví a leer la crónica roja arriba copiada. Hube de fruncir el ceño como todo hombre de estudio -¡una honda línea en el entrecejo es señal inequívoca de atención!

Leyendo, leyendo, hubo un momento en que me quedé casi deslumbrado.

Especialmente el penúltimo párrafo, aquello de "Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª..." fue lo que más me maravilló. La frase última hizo brillar mis ojos "*Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.*" Y yo, por una fuerza secreta de intuición que Ud. no puede comprender, leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes.

Creo que fue una revelación de Astartea. El único punto que me importó desde entonces fue comprobar qué clase de *vicio* tenía el difunto Ramírez. Intuitivamente había descubierto que era... No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras...

Y lo que sabía intuitivamente era preciso lo verificara con razonamientos, y si era posible, con pruebas.

Para esto, me dirigí donde el señor Comisario de la 6ª quien podía darme los datos reveladores. La autoridad policial no había logrado aclarar nada. Casi no acierta a comprender lo que yo quería. Después de largas explicaciones me dijo, rascándose la frente:

-¡Ah!. sí... El asunto ese de un tal Ramírez... Mire que ya nos habíamos desalentado... ¡Estaba tan oscura la cosa! Pero, tome asiento; por qué no se sienta señor... Como Ud. tal vez sepa ya, lo trajeron a eso de la una y después de unas dos horas falleció... el pobre. Se le hizo tomar dos fotografías, por un caso... algún deudo... ¿Es Ud. pariente del señor Ramírez? Le doy el pésame... mi más sincero...

-No, señor -dije yo indignado-, ni siquiera le he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? "Soy un hombre que se interesa por la justicia" ¡Cómo se atormentaría el señor Comisario! Para no cohibirle más, apresuréme:

-Ha dicho usted que tenía dos fotografías. Si pudiera verlas...

El digno funcionario tiró de un cajón de su escritorio y revolvió algunos papeles. Luego abrió otro y revolvió otros papeles. En un tercero, ya muy acalorado, encontró al fin.

Y se portó muy culto:

-Usted se interesa por el asunto. Llévelas no más caballero... Eso sí, con cargo de devolución -me dijo, moviendo de arriba a abajo la cabeza al pronunciar las últimas palabras y enseñándome gozosamente sus dientes amarillos-.

Agradecí infinitamente, guardándome las fotografías.

-Y dígame usted, señor Comisario, ¿no, podría recordar alguna seña particular del difunto, algún dato que pudiera revelar algo?

-Una seña particular... un dato... No, no. Pues, era un hombre completamente vulgar. Así más o menos de mi estatura -el Comisario era un poco alto-; grueso y de carnes flojas. Pero; una seña particular... no... al menos que yo recuerde...

Como el señor Comisario no sabía decirme más, salí, agradeciéndole de nuevo.

Me dirigí presuroso a mi casa; me encerré en el estudio; encendí mi pipa y saqué las fotografías, que con aquel dato del periódico eran preciosos documentos.

Estaba seguro de no poder conseguir otros y mi resolución fue trabajar con lo que la fortuna había puesto a mi alcance.

Lo primero es estudiar al hombre, me dije. Y puse manos a la obra.

Miré y remiré las fotografías, una por una, haciendo de ellas un estudio completo. Las acercaba a mis ojos; las separaba, alargando la mano; procuraba descubrir sus misterios.

Hasta que al fin, tanto tenerlas ante mí, llegué a aprenderme de memoria el más escondido rasgo.

Esa protuberancia fuera de la frente; esa larga y extraña nariz ¡que se parece tanto a un tapón de cristal que cubre la poma de agua de mi fonda!, esos bigotes largos y caídos; esa barbilla en punta; ese cabello lacio y alborotado.

Cogí un papel, tracé las líneas que componen la cara del difunto Ramírez. Luego, cuando el dibujo estuvo concluido, noté que faltaba algo; que lo que tenía ante mis ojos no era él; que se me había ido un detalle complementario e indispensable... ¡Ya! Tomé de nuevo la pluma y completé el busto, un magnífico busto que de ser de yeso figuraría sin desentono en alguna Academia. Busto cuyo pecho tiene algo de mujer.

Después... después me ensañé contra él. ¡Le puse una aureola! Aureola que se pega al cráneo con un clavito, así como en las iglesias se las pegan a las efigies de los santos.

¡Magnífica figura hacía el difunto Ramírez!

Mas, ¿a qué viene esto? Yo trataba... trataba de saber por qué lo mataron; sí, *por qué* lo mataron...

Entonces confeccioné las siguientes lógicas conclusiones:

El difunto Ramírez se llamaba Octavio Ramírez (un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera);

Octavio Ramírez tenía cuarenta y dos años; Octavio Ramírez andaba escaso de dinero;

Octavio Ramírez iba mal vestido; y, por último, nuestro difunto era extranjero.

Con estos preciosos datos, quedaba reconstruida totalmente su personalidad.

Sólo faltaba, pues, aquello del motivo que para mí iba teniendo cada vez más caracteres de evidencia. La intuición me lo revelaba todo. Lo único que tenía que hacer era, por un puntillo de honradez, descartar todas las demás posibilidades. Lo primero, lo declarado por él, la cuestión del cigarrillo, no se debía siquiera meditar. Es absolutamente absurdo que se victime de manera tan infame a un individuo por una futileza tal. Había mentido, había disfrazado la verdad; más aún, asesinado la verdad, y lo había dicho porque lo otro no quería, no podía decirlo.

¿Estaría beodo el difunto Ramírez? No, esto no puede ser, porque lo habrían advertido enseguida en la Policía y el dato del periódico habría sido terminante, como para no tener dudas, o, si no constó por descuido del reporter, el señor Comisario me lo habría revelado, sin vacilación alguna.

¿Qué otro vicio podía tener el infeliz victimado? Porque de ser vicioso, lo fue; esto nadie podrá negármelo. Lo prueba su empecinamiento en no querer declarar las razones de la agresión. Cualquier otra causal podía ser expuesta sin sonrojo. Por ejemplo, ¿qué de vergonzoso tendrían estas confesiones:

"Un individuo engañó a mi hija; lo encontré esta noche en la calle; me cegué de ira; le traté de canalla, me le lancé al cuello, y él, ayudado por sus amigos, me ha puesto en este estado" o "Mi mujer me traicionó con un hombre a quien traté de matar; pero él, más fuerte que yo, la emprendió a furiosos puntapiés contra mí" o "Tuve unos líos con una comadre y su marido, por vengarse, me atacó cobardemente con sus amigos". Si algo de esto hubiera dicho a nadie extrañaría el suceso.

También era muy fácil declarar:

"Tuvimos una reyerta".

Pero estoy perdiendo el tiempo, que estas hipótesis las tengo por insostenibles: en los dos primeros casos, hubieran dicho algo ya los deudos del desgraciado; en el tercero su confesión habría sido inevitable, porque aquello resultaba demasiado honroso; en el cuarto, también lo habríamos sabido ya, pues animado por la venganza habría delatado hasta los nombres de *los agresores*.

Nada, que a lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrecejo era lo evidente. Ya no caben más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García, en estos términos:

Octavio Ramírez, un individuo de nacionalidad desconocida, de cuarenta y dos años de edad y apariencia mediocre, habitaba en un modesto hotel de arrabal hasta el día 12 de enero de este año.

Parece que el tal Ramírez vivía de sus rentas, muy escasas por cierto, no permitiéndose gastos excesivos, ni aun extraordinarios, especialmente con mujeres. Había tenido desde pequeño una desviación de sus instintos, que lo depravaron en lo sucesivo, hasta que, por un impulso fatal, hubo de terminar con el trágico fin que lamentamos.

Para mayor claridad se hace constar que este individuo había llegado sólo unos días antes a la ciudad, teatro del suceso.

La noche del 12 de enero, mientras comía en una oscura fonducha, sintió una ya conocida desazón que fue molestándole más y más. A las ocho, cuando salía, le agitaban todos los tormentos del deseo. En una ciudad extraña para él, la dificultad de satisfacerlo, por el desconocimiento que de ella tenía, le azuzaba poderosamente. Anduvo casi desesperado, durante dos horas, por las calles céntricas, fijando anhelosamente sus ojos brillantes sobre las espaldas de los hombres que encontraba; los seguía de cerca, procurando aprovechar cualquiera oportunidad, aunque receloso de sufrir un desaire.

Hacia las once sintió una inmensa tortura. Le temblaba el cuerpo y sentía en los ojos un vacío doloroso.

Considerando inútil el trotar por las calles concurridas, se desvió lentamente hacia los arrabales, siempre regresando a ver a los transeúntes, saludando con voz temblorosa, deteniéndose a trechos sin saber qué hacer, como los mendigos.

Al llegar a la calle Escobedo ya no podía más. Le daban deseos de arrojarse sobre el primer hombre que pasara. Lloriquear, quejarse lastimeramente, hablarle de sus torturas...

Oyó, a lo lejos, pasos acompasados; el corazón le palpitó con violencia; arrimóse al muro de una casa y esperó. A los pocos instantes el recio cuerpo de un obrero llenaba casi la acera. Ramírez se había puesto pálido; con todo, cuando aquél estuvo cerca, extendió el brazo y le tocó el codo. El obrero se regresó bruscamente y lo miró. Ramírez intentó una sonrisa melosa, de proxeneta hambrienta abandonada en el arroyo. El otro soltó una carcajada y una palabra sucia; después siguió andando lentamente, haciendo sonar fuerte sobre las piedras los tacos anchos de sus zapatos. Después de una media hora apareció otro hombre. El desgraciado, todo tembloroso, se atrevió a dirigirle una galantería que contestó el transeúnte con un vigoroso empellón. Ramírez tuvo miedo y se alejó rápidamente.

Entonces, después de andar dos cuadras, se encontró en la calle García. Desfalleciente, con la boca seca, miró a uno y otro lado. A poca distancia y con paso apresurado iba un muchacho de catorce años. Lo siguió.

-¡Pst! ¡Pst!

El muchacho se detuvo.

-Hola rico... ¿Qué haces por aquí a estas horas?

-Me voy a mi casa... ¿Qué quiere?

-Nada, nada... Pero no te vayas tan pronto, hermoso...

Y lo cogió del brazo.

El muchacho hizo un esfuerzo para separarse.

-¡Déjeme! Ya le digo que me voy a mi casa. Y quiso correr. Pero Ramírez dio un salto y lo abrazó. Entonces el galopín, asustado, llamó gritando:

-¡Papá! ¡Papá!

Casi en el mismo instante, y a pocos metros de distancia, se abrió bruscamente una claridad sobre la una calle. Apareció un hombre de alta estatura. Era el obrero que había pasado antes por Escobedo.

Al ver a Ramírez se arrojó sobre él. Nuestro pobre hombre se quedó mirándolo, con ojos tan grandes y fijos como platos, tembloroso y mudo.

-¿Qué quiere usted, so sucio?

Y le asestó un furioso puntapié en el estómago. Octavio Ramírez se desplomó, con un largo hipo doloroso.

Epaminondas, así debió llamarse el obrero, al ver en tierra a aquel pícaro, consideró que era muy poco castigo un puntapié, y le propinó dos más, espléndidos y maravillosos en el género, sobre la larga nariz que le provocaba como una salchicha.

¡Cómo debieron sonar esos maravillosos puntapiés!

Como el aplastarse de una naranja, arrojada vigorosamente sobre un muro; como el caer de un paraguas cuyas varillas chocan estremeciéndose; como el romperse de una nuez entre los dedos; ¡o mejor como el encuentro de otra recia suela de zapato contra otra nariz!

Así:

¡Chaj!
¡Chaj! } con un gran espacio sabroso.

Y después: ¡como se encarnizaría Epaminondas, agitado por el instinto de perversidad que hace que los asesinos acribillen sus víctimas a puñaladas! ¡Ese instinto que presiona algunos dedos inocentes cada vez más, por puro juego, sobre los cuellos de los amigos hasta que queden amoratados y con los ojos encendidos!

¡Como batiría la suela del zapato de Epaminondas sobre la nariz de Octavio Ramírez!

<table><tr><td>¡Chaj!
¡Chaj!
¡Chaj!</td><td>{</td><td>vertiginosamente,</td></tr></table>

en tanto que mil lucesitas, como agujas, cosían las tinieblas.

EL ANTROPÓFAGO

Allí está, en la Penitenciaria, asomando por entre las rejas su cabeza grande y oscilante, el antropófago.

Todos lo conocen. Las gentes caen allí como llovidas por ver al antropófago. Dicen que en estos tiempos es un fenómeno. Le tienen recelo. Van de tres en tres, por lo menos, armados de cuchillas, y cuando divisan su cabeza grande se quedan temblando, estremeciéndose al sentir el imaginario mordisco que les hace poner carne de gallina. Después le van teniendo confianza; los más valientes han llegado hasta provocarle, introduciendo por un instante un dedo tembloroso por entre los hierros. Así repetidas veces como se hace con las aves enjauladas que dan picotazos.

Pero el antropófago se está quieto, mirando con sus ojos vacíos.

Algunos creen que se ha vuelto un perfecto idiota; que aquello fue sólo un momento de locura.

Pero no les oiga; tenga mucho cuidado frente al antropófago: estará esperando un momento oportuno para saltar contra un curioso y arrebatarle la nariz de una sola dentellada.

Medite Ud. en la figura que haría si el antropófago se almorzara su nariz.

¡Ya lo veo con su aspecto de calavera!

¡Ya lo veo con su miserable cara de lázaro, de sifilítico o de canceroso! ¡Con el unguis asomando por entre la mucosa amoratada! ¡Con los pliegues de la boca hondos, cerrados como un ángulo!

Va Ud. a dar un magnífico espectáculo.

Vea que hasta los mismos carceleros, hombres siniestros, le tienen miedo.

La comida se la arrojan desde lejos.

El antropófago se inclina, husmea, escoge la carne -que se la dan cruda-, y la masca sabrosamente, lleno de placer, mientras la sanguaza le chorrea por los labios.

Al principio le prescribieron dieta: legumbres y nada más que legumbres; pero había sido de ver la gresca armada. Los vigilantes creyeron que iba a romper los hierros y comérselos a toditos. ¡Y se lo merecían los muy crueles! ¡Ponérseles en la cabeza el marti-

rizar de tal manera a un hombre habituado a servirse de viandas sabrosas! No, esto no le cabe a nadie. Carne habían de darle, sin remedio, y cruda.

¿No ha comido usted alguna vez carne cruda? ¿Por qué no ensaya?

Pero no, que pudiera habituarse, y esto no estaría bien. No estaría bien porque los periódicos, cuando usted menos lo piense, le van a llamar fiera, y no teniendo nada de fiera, molesta.

No comprenderían los pobres que el suyo sería un placer como cualquier otro; como comer la fruta en el mismo árbol, alargando los labios y mordiendo hasta que la miel corra por la barba.

Pero ¡qué cosas! No creáis en la sinceridad de mis disquisiciones. No quiero que nadie se forme de mí un mal concepto; de mí, una persona tan inofensiva.

Lo del antropófago sí es cierto, inevitablemente cierto.

El lunes último estuvimos a verlo los estudiantes de Criminología.

Lo tienen encerrado en una jaula como de guardar fieras.

¡Y qué cara de tipo! Bien me lo he dicho siempre: no hay como los pícaros para disfrazar lo que son.

Los estudiantes reíamos de buena gana y nos acercamos mucho para mirarlo. Creo que ni yo ni ellos lo olvidaremos Estábamos admirados, y ¡cómo gozábamos al mismo tiempo de su aspecto casi infantil y del fracaso completo de las doctrinas de nuestro profesor!

-Véanlo, véanlo como parece un niño -dijo uno.

-Sí, un niño visto con una lente.

-Ha de tener las piernas llenas de roscas.

-Y deberán ponerle talco en las axilas para evitar las escaldaduras.

-Y lo bañarán con jabón de Reuter.

-Ha de vomitar blanco.

-Y ha de oler a senos.

Así se burlaban los infames de aquel pobre hombre que miraba vagamente y cuya gran cabeza oscilaba como una aguja imantada.

Yo le tenía compasión. A la verdad, la culpa no era de él. ¡Qué culpa va a tener un antropófago! Menos si es hijo de un carnicero y una comadrona, como quien dice del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta. Eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio.

Pero los jueces le van a condenar irremediablemente, sin hacerse estas consideraciones. Van a castigar una inclinación naturalísima: esto me rebela. Yo no quiero que se proceda de ninguna manera en mengua de la justicia. Por esto quiero dejar aquí constancia, en unas pocas líneas, de mi adhesión al antropófago. Y creo que sostengo una causa justa. Me refiero a la irresponsabilidad que existe de parte de un ciudadano cualquiera, al dar satisfacción a un deseo que desequilibra atormentadoramente su organismo.

Hay que olvidar por completo toda palabra hiriente que yo haya escrito en contra de ese pobre irresponsable. Yo, arrepentido, le pido perdón.

Sí, sí, creo sinceramente que el antropófago está en lo justo; que no hay razón para que los jueces, representantes de la vindicta pública...

Pero qué trance tan duro... Bueno... lo que voy a hacer es referir con sencillez lo ocurrido... No quiero que ningún malintencionado diga después que soy yo pariente de mi defendido, como ya me lo dijo un Comisario a propósito de aquel asunto de Octavio Ramírez.

Así sucedió la cosa, con antecedentes y todo:

En un pequeño pueblo del Sur, hace más o menos treinta años, contrajeron matrimonio dos conocidos habitantes de la localidad: Nicanor Tiberio, dado al oficio de matarife, y Dolores Orellana, comadrona y abacera.

A los once meses justos de casados les nació un muchacho, Nico, el pequeño Nico, que después se hizo grande y ha dado tanto que hacer.

La señora de Tiberio tenía razones indiscutibles para creer que el niño era oncemesino, cosa rara y de peligros. De peligros porque quien se nutre por tanto tiempo de sustancias humanas es lógico que sienta más tarde la necesidad de ellas.

Yo desearía que los lectores fijen bien su atención en este detalle, que es a mi ver justificativo para Nico Tiberio y para mí, que he tomado cartas en el asunto.

Bien. La primera lucha que suscitó el chico en el seno del matrimonio fue a los cinco años, cuando ya vagabundeaba y comenzó a tomársele en serio. Era a propósito de la profesión. Una divergencia tan vulgar y usual entre los padres, que casi, al parecer, no vale la pena darle ningún valor. Sin embargo, para mí lo tiene.

Nicanor quería que el muchacho fuera carnicero, como él. Dolores opinaba que debía seguir una carrera honrosa, la Medicina. Decía que Nico era inteligente y que no había que desperdiciarlo. Alegaba con lo de las aspiraciones -las mujeres son especialistas en lo de las aspiraciones.

Discutieron el asunto tan acremente y tan largo que a los diez años no lo resolvían todavía. El uno: que carnicero ha de ser; la otra: que ha de llegar a médico. A los diez años Nico tenía el mismo aspecto de un niño; aspecto que creo olvidé de describir. Tenía el pobre muchacho una carne tan suave que le daba ternura a su madre; carne de pan mojado en leche, como que había pasado tanto tiempo curtiéndose en las entrañas de Dolores.

Pero pasa que el infeliz había tomádole serias aficiones a la carne. Tan serias que ya no hubo que discutir: era un excelente carnicero. Vendía y despostaba que era de admirarlo.

Dolores, despechada, murió el 15 de mayo de l906 (¿Será también este un dato esencial?). Tiberio, Nicanor Tiberio, creyó conveniente emborracharse seis días seguidos y el séptimo, que en rigor era de descanso, descansó eternamente. (Uf, esta va resultando tragedia de cepa).

Tenemos, pues, al pequeño Nico en absoluta libertad para vivir a su manera, sólo a la edad de diez años.

Aquí hay un lago en la vida de nuestro hombre. Por más que he hecho, no he podido recoger los datos suficientes para reconstruirla. Parece, sin embargo, que no sucedió en ella circunstancia alguna capaz de llamar la atención de sus compatriotas.

Una que otra aventurilla y nada más.

Lo que se sabe a punto fijo es que se casó, a los veinticinco, con una muchacha de re-

gulares proporciones y medio simpática. Vivieron más o menos bien. A los dos años les nació un hijo, Nico, de nuevo Nico.

De este niño se dice que creció tanto en saber y en virtudes, que a los tres años, por esta época, leía, escribía, y era un tipo correcto: uno de esos niños seriotes y pálidos en cuyas caras aparece congelado el espanto.

La señora de Nico Tiberio (del padre, no vaya a creerse que del niño) le había echado ya el ojo a la abogacía, carrera magnífica para el chiquitín. Y algunas veces había intentado decírselo a su marido. Pero éste no daba oídos, refunfuñando. ¡Esas mujeres que andan siempre metidas en lo que no les importa! Bueno, esto no le interesa a Ud.; sigamos con la historia:

La noche del 23 de marzo, Nico Tiberio, que vino a establecerse en la Capital tres años atrás con la mujer y el pequeño -dato que he olvidado de referir a su tiempo-, se quedó hasta bien tarde en un figón de San Roque, bebiendo y charlando.

Estaba con Daniel Cruz y Juan Albán, personas bastante conocidas que prestaron, con oportunidad, sus declaraciones ante el Juez competente. Según ellos, el tantas veces nombrado Nico Tiberio no dio manifestaciones extraordinarias que pudieran hacer luz en su decisión. Se habló de mujeres y de platos sabrosos. Se jugó un poco a los dados. Cerca de la una de la mañana, cada cual la tomó por su lado.

(Hasta aquí las declaraciones de los amigos del criminal. Después viene su confesión, hecha impúdicamente para el público).

Al encontrarse solo, sin saber cómo ni por qué, un penetrante olor a carne fresca empezó a obsesionarlo. El alcohol le calentaba el cuerpo y el recuerdo de la conversación le producía abundante saliveo. A pesar de lo primero, estaba en sus cabales.

Según él, no llegó a precisar sus sensaciones. Sin embargo, aparece bien claro lo siguiente:

Al principio le atacó un irresistible deseo de mujer. Después le dieron ganas de comer algo bien sazonado; pero duro, cosa de dar trabajo a las mandíbulas. Luego le agitaron temblores sádicos: pensaba en una rabiosa cópula, entre lamentos, sangre y heridas abiertas a cuchilladas.

Se me figura que andaría tambaleando, congestionado.

A un tipo que encontró en el camino casi le asalta a puñetazos, sin haber motivo.

A su casa llegó furioso. Abrió la puerta de una patada. Su pobre mujercita despertó con sobresalto y se sentó en la cama. Después de encender la luz se quedó mirándolo temblorosa, como presintiendo algo en sus ojos colorados y saltones.

Extrañada, le preguntó:

-¿Pero qué te pasa, hombre?

Y él, mucho más borracho de lo que debía estar, gritó:

-Nada, animal; ¿a ti qué te importa? ¡A echarse!

Mas, en vez de hacerlo, se levantó del lecho y fue a pararse en medio de la pieza. ¿Quién sabía qué le irían a mentir a ese bruto?

La señora de Nico Tiberio, Natalia, es morena y delgada.

Salido del amplio escote de la camisa de dormir, le colgaba un seno duro y grande. Tiberio, abrazándola furiosamente, se lo mordió con fuerza. Natalia lanzó un grito.

Nico Tiberio, pasándose la lengua por los labios, advirtió que nunca había probado manjar tan sabroso.

¡Pero no haber reparado nunca en eso! ¡Qué estúpido!

¡Tenía que dejar a sus amigotes con la boca abierta!

Estaba como loco, sin saber lo que le pasaba y con un justificable deseo de seguir mordiendo.

Por fortuna suya oyó los lamentos del chiquitín, de su hijo, que se frotaba los ojos con las manos.

Se abalanzó gozoso sobre él; lo levantó en sus brazos, y, abriendo mucho la boca, empezó a morderle la cara, arrancándole regulares trozos a cada dentellada, riendo, bufando, entusiasmándose cada vez más.

El niño se esquivaba y él se lo comía por el lado más cercano, sin dignarse escoger.

Los cartílagos sonaban dulcemente entre los molares del padre. Se chupaba los dientes y lamía los labios.

¡El placer que debió sentir Nico Tiberio!

Y como no hay en la vida cosa cabal, vinieron los vecinos a arrancarle de su abstraído entretenimiento. Le dieron de garrotazos, con una crueldad sin límites; le ataron, cuando le vieron tendido y sin conocimiento; le entregaron a la Policía...

¡Ahora se vengarán de él!

Pero Tiberio (hijo), se quedó sin nariz, sin orejas, sin una ceja, sin una mejilla.

Así, con su sangriento y descabado aspecto, parecía llevar en la cara todas las ulceraciones de un Hospital.

Si yo creyera a los imbéciles tendría que decir: Tiberio (padre) es como quien se come lo que crea.

BRUJERÍAS

LA PRIMERA:

Andaba a caza de un filtro; de un filtro de amor; de uno de esos filtros que ponen en los libros ocultistas

"Para obtener los favores de una dama

Tómese una onza y media de azúcar cande, pulverícese groseramente en un mortero nuevo haciendo esta operación en viernes por la mañana, diciendo a medida que machacaréis: *abraxas abracadabra*. Mezclad este azúcar con medio cuartillo de vino blanco bueno; guardar esta mezcla en una cueva oscura por espacio de 27 días; cada día tomad la botella que no ha de estar enteramente llena, y la menearéis fuerte por espacio de 52 segundos diciendo *abraxas*. Por la noche haréis lo mismo pero durante 53 segundos y tres veces diréis *abracadabra*. Al cabo del 27 día..."

Pero este muchacho no estaba al tanto de los grandes secretos ocultistas y buscaba una bruja que le confeccionara la bebida maravillosa.

Si yo lo sé, lo evito a todo trance.

Bastaba con facilitarle los "ADMIRABLES SECRETOS" DE, ALBERTO EL GRANDE y el HEPTAMERÓN compuesto por el famoso mágico Cipriano e impreso en Venecia el año de 1792 por Francisco Succoni. Lo de los filtros es elementario en ciencias mágicas.

Pero el atolondrado no pregunta; no consulta con los entendidos; no avisa siquiera a nadie: va en busca de una bruja; da con una, flaca y barriguda como una tripa inflada a la mitad; se lo cuenta todo, y la bruja se enamora de él.

¡Ah, bruja pícara! Dizque le decía, babosa y arrugada:

-Mi bonito, le vamos a dar una bebida que le caiga al pelo.

Y le mandaba ir todos los días. Y le metía las manos entre los sobacos. Y le acercaba mucho a la cara su espléndida nariz; su espléndida nariz borbona, ancha, colorada, ganchuda, acatarrada.

Yo no sé como la bruja no hizo una barbaridad, como a darle a beber del filtro.

"Para obtener los favores de un hombre"

y hubiéramos tenido la aventura más divertida. La aventura que ofrecería el contraste estético por excelencia.

Pero lo que más me habría gustado sería sin duda esa magnífica elegía de las bocas, para usar los términos de los literatos finados. Figúrenselo ustedes al muchacho enamorado de la vieja, besándola vorazmente la boca hedionda acorazada por dos caninos amarillos y extasiándose ante sus ojos pitarrosos y encharcados. Oigan ustedes los quejidos amorosos de la estantigua, y las palabras dulces, y los reproches, y el crujido de los huesos; y vean las babas que le chorrean por las comisuras, y el desmayo de las pupilas bajo los párpados avejigados. ¡Y véanlo a él! ¡Sobre todo a él! Él, que es el divino. Sonriendo, acariciándola el pecho, donde dos manchas como pasas figuran los senos. ¡Oh, la magnífica historia que hemos perdido!

La bruja se portó avara y no quiso brindarnos, según yo creo, con el magnífico espectáculo de su dicha.

Habrá tenido algún motivo cabalístico que le impidiera hacer lo que queda dicho.

No lo sé bien. Pero el hecho es que ya sea por alguna rebeldía del joven ya por la imposibilidad de la realización de sus deseos, resolvió vengarse de una manera original.

Le dio dos filtros; uno para ella, para la rival de la bruja, y otro para él, el infortunado.

Ambos debían ser bebidos al mismo tiempo.

Y acaeció que habiendo sido cumplidas justamente las indicaciones, ella en el balcón de su casa y él en la esquina de la calle, empezaron a ser sentidos los efectos.

La muchacha dio un salto del balcón abajo y se dirigió donde su dueño, quien sintió que unas extrañas prolongaciones le brotaban por los poros del cuerpo.

Completamente loco, echó a correr; la otra también corrió. Era divertido: él adelante, ella atrás.

Como esto sucedía en un pueblo -sólo en los pueblos suceden estas cosas-, pronto llegaron al campo, frente a la casa de la bruja.

El desdichado no pudo dar un paso más: vio que se le despedazaban los vestidos y una multitud de hojas frescas le salían del cuerpo. Se le erizaron las arterias inferiores y, taladrándole con furia los pies, desaparecieron en la tierra. Un brazo se le hundió en el tórax y le salió por la cuenca de un ojo, cargado de ramas. Se estiró sobre una sola pierna; se abombó; crujió bajo el viento; echó raíces fuertes; dio un gran grito.

Y la muchacha, como estúpida, agrandó los ojos y se quedó mirando el árbol.

El naranjo, este naranjo sentimental, bajo la luna quería llorar las noches como los remos al ser levantados sobre el agua: exquisita y romántica sentimentalidad.

El naranjo, como todos los naranjos, quería ir a darse un paseo por el pueblo y estirar las piernas en alguna velada de señoras y limpiarse cómodamente la nariz con un amplio moquero de lino.

La bruja abría todas las mañanas una ventana y estornudaba sobre el naranjo; entonces sus hojas se estremecían, se achicaban como sensitivas. Para justificar el estremecimiento del naranjo, figúrese usted que una vieja como esa le refresca la cara con su catarro.

Una tarde hubo tempestad y cayó un rayo sobre el naranjo. Al otro día, la bruja, gozosa, fue a escarbar los escombros y sacó unas entrañas podridas.

Estas entrañas, bien pulverizadas, disueltas en sangre de abubilla, sirven para repetir la operación infinidad de veces.

Aunque no es preciso que sean las mismas; pueden servir cualesquiera, siempre que sean arrancadas con las uñas, en domingo y a la hora de Marte.

Pero, para todo, es preciso que usted lea velozmente y en todos los sentidos posibles este arreglo cabalístico que consta en todos los libros mágicos:

A
AB
ABR
ABRA
ABRAC
ABRACA
ABRACAD
ABRACADA
ABRACADAB
ABRACADABR
ABRACADABRA

LA SEGUNDA:

Es indiscutible la superioridad numérica, entre gente entendida en achaques ocultistas, de las hembras sobre los varones. La minuciosa estadística de Marbarieli arroja el siguiente porcentaje:

Brujas	87
Brujos	13,

incluyéndose en este último tanto un 5% de niños que han resultado verdaderos prodigios. Algunos, especialmente en el género adivinatorio, han sobresalido con mucho de sus mayores.

Lo dicho con respecto a la cantidad es casi más evidente cuando se trata de la calidad. Las acciones de las primeras son notablemente superiores por la intención, delicadeza y seguridad en los resultados.

Aunque no quiere decirse con esto que los hombres carezcan de cualidades misteriosas; en veces, cuando ponen interés, son verdaderos artistas.

Para comprobarlo le recordaré a usted el caso ocurrido hace cinco años, a propósito de una vulgar infidelidad conyugal. Actuó el famoso Bernabé, victimado últimamente por sus enemigos, para lo que fue necesario incendiar un bosque de una legua por lado, donde, por desgracia, tuvo que ocultarse sin haber tomado previas precauciones.

¡El pobre Bernabé! Un brujo largo de nariz chata, ojos viscosos y boca prominente; de cabello enmarañado y nuca forunculosa.

A Bernabé debiera erigírsele una estatua.

Yo lo tengo por el maestro insuperable de los maridos burlados. Es acaso el único que hasta ahora haya pretendido una verdadera revolución en el sentido de transformar, por sus bases, la rutina establecida en los casos de venganza por traiciones de índole amorosa.

Cuando usted obtenga pruebas irrefutables o cometa el desacierto de sorprender *in fraganti* a su señora en una de sus aventuras, y creyendo obrar como un caballero saque su ridículo revólver y dispare 3 o 4 veces sobre la infiel, estése convencido de que su situación será completamente risible, desde todo punto de vista.

Hoy ya no se mata al cónyuge adúltero: la práctica de Bernabé está enormemente generalizada.

Parece que el inocentón entró de improviso en su alcoba, a altas horas de la noche, de regreso de una misa negra. Su esposa no tuvo tiempo de ocultar al otro y fueron sorprendidos en circunstancias visiblemente comprometedoras.

Y como si tal, Bernabé dio media vuelta.

Algún marido burlado va a reírse de Bernabé. Pero no tiene derecho. ¡Juro que no tiene derecho!

Bernabé buscó en su gabinete 3 onzas justas de cera negra; añadióla parte igual de cabellos arrancados con sigilo a los traidores y empapados previamente en lágrimas de niño recién nacido; moldeó en la mezcla dos figuras de perro y soplando en el aire polvo de higo seco, plumas verdes de papagayo y sal marina, empezó a dar solemnes vueltas en torno a la mesa, al mismo tiempo que evocaba los nombres augustos de Yayn, Sadedali, Sachiel y Thanir.

A la doceava vuelta empezó la cera a animarse y girar en el mismo sentido que Bernabé.

El de la traición, que había saltado por una ventana baja y corría con dirección a lugar seguro, bajo el poder del encantamiento se detuvo sin saber por qué, y pensando que era más agradable estar un momento con la del cornudo que desbocarse atolondradamente por esas calles, volvió sobre sus pasos, escaló de nuevo la ventana y empezó a hacer morisquetas a la mujer, riendo y babeando. Ambos se hacían morisquetas. A gatas, como si fueran niños.

A todo esto, Bernabé daba vueltas en torno a la mesa. Cuando llegó a la vigésima cuarta dijo, crispando las manos:

“¡Dahi! ¡Dahi!”

y los de la alcoba saltaron dos veces sobre sus manos y sus pies, así en las posturas inocentes en que estaban.

Bernabé seguía, con creciente velocidad. Las figuras de cera apresuraban también.

En los de la alcoba: a cada uno una punzada en el coxis y vehemente deseo de mirarse el coxis, de lamerse el coxis. Una contorsión del cuello y el seguir vertiginoso de la cabeza a la curva del cuerpo, sobre manos y pies, en movimiento centrípeto, mientras los vestidos se esfumaban y una curiosa prolongación, arqueada y móvil, les nacía del coxis. Plegaban los labios, al crecimiento de los caninos, y olfateaban, remangando la nariz aplastada y negra. El cuero se les cubría de una tupida pelambre gris. Se les saltaban los ojos de las órbitas y daban resoplidos feroces.

Al fin se empequeñecieron, tomando figura de perros, y pararon jadeantes, con la lengua afuera, estremecida la piel.

Bernabé entró, les miró regocijado, les propinó dos rencorosos puntapiés: bajaron las ancas y guardando la cola entre las piernas saltaron atropelladamente por la ventana. Y se fueron a ladrar a la luna; a dar alaridos en las noches, mordiéndose las piernas; a atormentarse con la prostitución obligada de los perros.

Todos los perros vagabundos han sido gente adúltera: todos los perros que lloran, mordidos por los perros domésticos, y que se pasan los días, tendidos, arrinconados, con las mandíbulas entre las patas delanteras, comidos por el sol.

Cuidado, que de repente le cogerán a usted por una pierna y le sacudirán con furor hasta arrancarle pedazos.

Yo tiemblo siempre que me roza uno de esos perros esmirriados, huesudos, que tienen prendido en una pupila un destello humano y trágico...

¿Eh?

¡Pasen una luz!

Tengo para mí que se han introducido en casa los ladrones.

LAS MUJERES MIRAN LAS ESTRELLAS

Juan Gual, dado a la historia como a una querida, ha sufrido que ella le arranque los pelos y le arañe la cara.

Los historiadores, los literatos, los futbolistas, ¡psh!, todos son maniáticos, y el maniático es hombre muerto. Van por una línea, haciendo equilibrios como el que va sobre la cuerda, y se aprisionan al aire con el quitasol de la razón.

Sólo los locos exprimen hasta las glándulas de lo absurdo y están en el plano más alto de las categorías intelectuales.

Los historiadores son ciegos que tactean; los literatos dicen que sienten; los fubtolistas son policéfalos, guiados por los cuádriceps, gemelos y soleus.

El historiador Juan Gual. Del gran trapecio de la frente le cuelgan la pirámide de la nariz y el gesto triangular de la boca, comprendido en el cuadrilátero de la barbilla.

Mide 1 m. 63 ctms. y pesa 120 lbs. Este es un dato más interesante que el que podría dar un novelista. María Augusta, abandonando el tibio baño, secóse cuidadosamente con una amplia y suave toalla y colocóse luego la fina camisa de batista, no sin antes haberse recreado, con delectación morbosa, en la contemplación de sus redondas y voluptuosas formas.

Juan Gual, sorbiendo el rapé de los papeles viejos, descifra lentamente la pálida escritura antigua.

"Sor. Capitán Gral.: Enterado de que los Abitantes del pequeño Pueblo de Callayruc..."

El Copista, después de un momento contesta: "...de Callayruc"

"estavan mal impresionados con especies que su rusticidad..."

"...que su rusticidad"

Bueno, ¿y qué le importan al señor Gual los habitantes del pequeño pueblo de Callayruc? Lo que a mí el mismo señor Gual.

El cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos; los que no, son animales raros.

Hay que salir y gozar del buen tiempo: gargarismos musicales de los canarios; sombras de las figuras geométricas de Picasso que ensamblan en los cuerpos como una vida en otra vida; muchacha estilo Chagall, que se escarba las narices con el índice.

Pero el hombre de estudio no ve estas cosas: o permanece escarbando en las narices del tiempo la porquería de una fecha o hilvanando la inutilidad de una imagen, o abusando inconsideradamente de los sistemas inductivo y deductivo.

¿Y el copista? ¡Ah! El copista, un mozalbete barbilindo: 20 años, 1 m. 80 ctms. y 140 lbs. Le echaron a perder con el nombre de Temístocles. Ciertas mujeres del señor Wilde no le habrían amado nunca.

A más de historiador el señor Gual prepara delicioso pescado frito. Este pecadillo epicureísta no es extraño. Conozco un ingeniero que guisa admirablemente arroz a la valenciana y un santo sacerdote especialista en el aderezo de legumbres.

"no podía desechar, y siendo casi todos soldados..."

"todos soldados"

De improviso la puerta deja entrar una ancha lanzada de luz.

Las caras se alzan de los papeles.

-¿Quién es? ¿Qué es?

Temístocles se pone colorado.

-Entre, señora.

El señor Gual endereza su pequeño cuerpo y va a besar en la frente a su mujer. Esta mujer, clavando una mirada oblicua en Temístocles, hace de su boca un paréntesis.

Tres datos: el historiador tiene 45 años; la señora del historiador, 23; el historiador se porta un poquito flojo.

"de los que desertaron, cuando me destiné yo..." "...destiné yo"

El señor Gual se recela de besar en la boca a su señora delante del Secretario.

Los reconstituyentes no producen efecto. Tiene que estarse, el pobre, mansamente esperando horas de horas que la potencia sea mayor que la resistencia.

Parece que la historia tiene ese defectillo como efecto.

¡Vaya con el hombre! Si al menos fuera más inocente para enviarle en busca de *Los mariscos del señor Chabre...*

Todo lo que es más doloroso que mil poemas a la amada muerta y más artístico que las primaveras que ha visto un hombre.

¡Que ni se pueda contar con los mariscos!

¡Señor! ¡Señor!

Las caras caen de vergüenza.

Un hijo del señor Gual es un absurdo.

¿Entonces? Los dedos estirados sobre las mejillas o las manos bajo las barbillas, en una actitud algo así como Rodineana, para evitar que las caras se caigan de vergüenza.

Hay que esperar. La vida es una paralización de espera. Siempre estamos mirando, a la ventana, que pase el buen tiempo. Aguardamos que caigan las soluciones del tiempo mismo. Sentados en nuestras butacas, contemplamos el cinematógrafo de nuestros hechos. Miramos hacia arriba para encontrar la claraboya por donde hemos de salirnos, pálidos y azorados, y ser espectadores del propio drama estupefaciente, si es posible, si la vida lo permite.

Rosalía y Temístocles esperan, atados al cordel del destino, con la cabeza gacha como bestias cansadas.

El señor Gual salta escandalizado.

Estaba el señor Gual esperando lo que siempre esperaba: que la potencia sea mayor que la resistencia, y pretendiendo ayudar a la primera, buscaba la fuerza pasando su mano por la seda del vientre de ella.

Y cuando sintió el resorte de la vida, el señor Gual levantó la mano y el tronco; volvió a sentar la mano para constatar y volvió a levantarla.

-Rosalía... Rosalía...

Ella también ha levantado el tronco y se ha defendido con las manos.

La rabia del señor Gual es la del que ve fructificar lo que es suyo y no poseyó. Tal vez sea igual a la de la madre cuyo hijo se hace soldado e, inversamente, a la de la mujer que parió un muerto.

La rabia le conifica la cara y le hincha los ojos.

-¿Qué has hecho, perra?

Ella siente el escupitajo y le clava la mirada como para partirlo.

-¿Y tú qué has hecho?

-¿Que qué he hecho?

-Sí, ¿qué has hecho?

El señor Gual se traga la conificación de la rabia: él no ha hecho nada y el pecado está en no hacer nada.

El reproche le latiguea el rostro. No ha hecho nada y no debe decir nada.

Siente la soledad sobre él. La soledad que nos da de puñetazos hasta hacernos caer la cara sobre el pecho.

Solo consigo mismo.

Y la soledad trae la amargura, de cara estirada, rectangular, con un raro mechón de cabellos sobre la frente.

Ella tiene razón; pero él también la tiene y la reprocha, con el eterno reproche, delgado como vírgula:

-¡Ah!, Rosalía...

La amargura cae también sobre ella, sacudiéndola de los hombros hasta hacerla llorar.

El señor Gual ha tenido que ir a ver a su copista, traerlo por delante y hacerlo entrar en la casa tirándole de la oreja, como a los chicos.

Aunque Temístocles estaba encogido de vergüenza, ha reaccionado como todo un hombre, endureciendo los músculos. Pero bajo la mirada del historiador ha vuelto a sus posiciones, teniendo miedo a la acusación de los ojos.

El señor Gual le ha hecho sentar en su silla de siempre. Le ha presentado el papel de copia. Se ha separado, cruzando las manos a la espalda. Ha arrugado el ceño al momento difícil.

Gran silencio.

-Vaya, hombre, vaya. Esta mañana ha llovido un poco y anoche he tenido jaqueca. Estaba algo apurado con eso de Jaén y don José Ignacio de Checa, pero no pude levantarme pronto. Ya me tienen un poco cansado estos papeles viejos.

Silencio.

-En fin, ¡caramba! ¡Hay que decirlo francamente y para eso has venido!

El señor Gual se traga algo tan voluminoso que parece una cuartilla de monólogo, y continúa, más difícilmente debido al atragantamiento.

-Eso de la muchacha... ya pasó. En fin, ¡caramba!, qué vamos a hacer... Sólo los perros son fieles... para con los hombres. Sólo los perros: los perros. Silencio.

-Bueno, bueno. Vamos con lo del señor Checa. Estábamos... aquí.

Le tiembla el hilillo de la voz:

"A fin de prevenir cualquiera sorpresa que pudiera perjudicar a mi reputación..."

"...reputación"

Hasta hoy tienen dos hijos.

LUZ LATERAL

Se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno de alargamiento de los párpados sobre los ojos como manos curvadas sobre naranjas y que caen con idéntica nebulosidad dulce que el tiempo sobre los recuerdos.

Este elegante fenómeno que, generalmente, corresponde a una época, me ha asaltado bien pronto debido a ciertas circunstancias.

No soy viejo: tengo treinta años. Me veo como esos hombres que agotan sus músculos en una hora, frente a otros que trabajan ocho, con sabia y económica calmosidad.

También se me han caído un poco las cejas y estoy bastante calvo.

Se trata... ¡ah! Se trata de aquella muchacha, Amelia, que me traía claramente la imagen de la heroína de un señor novelista, a quien sus padres (¿o ella misma?) le ordenaban (¿o se ordenaba?) conservar sus trenzas largas, ya porque le sentaran bien o por mantener su fresco aspecto infantil.

¡Hombre! Y era bastante pálida. Ahora la veo. Bajo cada ceja debió tener una media luna de tinta azul, lo que le hacía interesantísima. Y como los labios también eran muy pálidos, me enamoré de ella. Creo que esta es una razón poderosa; las mujeres que tienen los labios colorados por fuerza nos ponen nerviosos; dan la idea de haberse comido media libra de carne de cerdo recién degollado.

Bueno, pues. Como era una muchacha me estuve esperando que madurara y apenas la vi con las piernas un poco gruesas, me casé.

¡Hola, María!

¡Caramba! Me acaban de decir que está servido el almuerzo y tengo que irme. No pierda usted su buen humor. Espere usted un momento. Yo me pongo nervioso cuando me dicen que está servido el almuerzo.

Decía que me casé con Amelia. Bien: estoy seguro de haber vivido con ella durante un año casi en la más completa cordialidad, casi, porque había un feroz motivo de entenebrecimiento de mi vida.

Tenía ella una manera petulante de decir, repetir, encajar a todas horas en su conversación una palabreja que me pone hasta ahora los pelos de punta. Ese ¡claro! que parecía arrojármelo a la cara con su risita cínica y que me congestionaba, me templaba las mandíbulas.

Si debíamos salir a la calle y se ponía malo el tiempo, ella venía a provocarme:

-Sabes que no podremos salir ahora porque... ¡claro! parece seguro que va a llover.

Si salíamos de compras y había un sombrero que me gustaba para ella, me tiraba de las orejas con su:

-Sabes que a mí no me gusta porque... ¡claro! estos sombreros están ya pasados de moda.

Si iba alguna visita a casa, cuando se le metía alguna estupidez en la cabeza, me cortaba el buen humor, como gritándome:

-Sabes que yo no voy a poder salir porque... ¡claro!, me siento un poquito indispuesta.

Pero, ¿qué es esa manera de hablar, señores? ¿No parece que a uno estuvieran diciéndole bruto o desafiándole a duelo? Ya les voy a meter a ustedes el ¡claro! hasta por las narices para ver si no les hierve la sangre, porque... ¡claro!... ¡Maldición! Si en este momento me dijeran que el almuerzo está servido, me vuelvo loco y los despedazo.

Este ¡claro!, que al principio me picaba la lengua y me traía ganas de ahogárselo en la boca con un beso de esos que comprimen rabiosamente la mucosa hasta hacerla sangrar, ha sido la única causa de mis desdichas.

Si ella no hubiera tenido esa estúpida manía, seguiría a su lado, prendido de las medias lunas de tinta azul que tiene bajo las cejas. Porque la amaba estrepitosamente y la amo todavía, como se ama el retrato desteñido de la madre desconocida o el cacharro roto... ¿Qué digo?... ¡Ah! Estoy romántico. He recordado la urna de cristal que guarda los pedazos del viejo cacharro, a quien amo con reverencia porque no puede decir:... ¡No! No pongo la palabra, escupo la palabra en la escupidera, que son peligrosas las bascas... ¿La pongo? No.

¡El cacharro roto! Me gusta esta paletada de erres que quisiera que me cubran hasta las narices para estar así, acurrucado, mirando... ¡Oh, el treponema! ¡claro!

Me lo dijo una noche que estaba entusiasmado bailando sobre una tabla de logaritmos.

-Antoñito, ¿sabes que deberíamos acostarnos ya?, porque... ¡claro!, es tardecito y tengo mucho sueño.

Y la pérfida me abrazaba por las caderas. ¡Estaba endemoniado! Le pegué un puñetazo en la cara y salí corriendo.

No he vuelto más porque en la primera esquina encontré a Paula, una canalla que fue mi amiga desde que yo era joven.

La cogí fuertemente por una muñeca.

-Oye, tú no sabes decir ¡claro!

Ella se esquivó, pues, debí haberla hecho daño.

-Pero, ¿qué te pasa, hombre?

-¡Ah!, sí; no sabes decir.

Y le acaricié la barbilla.

Me sonrió, enseñándome la falta de un incisivo, y me hizo sonar en la oreja, sugestivamente, su voz constipada.

-Vamos a que conozcas la casa donde vivo; no nos hemos visto más de un año.

Nos fuimos. Y como en la casa me tentaba a besarla, lo hice, por lo que me quedé con ella unos diez días.

Al octavo tuve un sueño especialísimo que me llenó de inquietudes. Por inherente disposición creo en lo misterioso y no dudaba ni dudo de la veracidad de ciertos sueños que son para mí proféticos. En otro tiempo aquel sueño lo habría aceptado con una especie de placer, que su realidad modificaría totalmente mi vida, dándome un carácter en esencia nuevo, colocándome en un plano distinto del de los demás hombres; una como especie de superioridad entrañada en el peligro que representaría para los otros y que les obligaría a mirarme -se entiende de parte de los que lo supieran- con un temblor curioso parecido a la atracción de los abismos.

Mientras iba a un médico, me puse a meditar en la situación que me colocaría, de ser verdad, la innovación extraña que presentía. En aquellas circunstancias, mi deseo no era el anteriormente apuntado; le había reemplazado un miedo estúpido que me batía los sesos, haciéndolos realizar revoluciones rápidas que insinuaban en mi espíritu un caos apensante y confuso, que me calentaba la frente y me hinchaba las venas como una invitación al almuerzo servido; mi amor a Amelia, seguía respetándola, a pesar de la enormidad de su pecado, y comprendía yo claramente que mi deseo de otro tiempo representaba en estas circunstancias una corriente eléctrica, establecida entre nosotros, que me impediría llegar a ella a pesar de que el desinfectante del arrepentimiento la lavara, presentándomela pura para nuestra posterior vida conyugal.

¿Eh? ¿Qué cosa? ¡Socorro! Un hombre me rompe la cabeza con una maza de 53 kilos y después me mete alfileres de 5 decímetros en el corazón. Allí se ha escondido, debajo de la cama de Paulina, y me está enseñando cuatro navajas de barba, abiertas, que se las pasa por el cuello para hacerme romper los dientes de miedo y paralizarse mis reflejos, templándome las piernas como si fuera un viejo. ¿Dónde están los signos de Romberg y de Aquiles, y dónde la luz que ha de contraer en una línea la pupila? ¡María! Ve a decir que no como. Por allí va el treponema pálido, a caballo, rompiéndome las arterias. Y el pobre cacharro roto que está en mi urna de cristal, traquetea como las cosas vivas... y parece que está levantando un dedo... ¿ah?

Veo a mis hijos, adivino a mis hijos ciegos o con los ojos abiertos todos blancos: a mis hijos mutilados o secos e inverosímiles como fósiles; a mis hijos disfrazados bajo las mascarillas de los eritemas; adivino la papilla que se mueve y que alza un dedo y que quiere abrazarme y besarme. Adivino la atetosis trágica que se ha de dirigir a mi cuello para arrancarme el cuerpo tiroides, y las piernas ganchudas y temblorosas de Amelia: ha de poner círculos de tinta gris bajo los pómulos salientes.

En este pueblo me gusta la antigua iglesia que tiene mosaicos verdes en las cúpulas achatadas porque da las espaldas al Norte (¿Qué sería de este pobre pueblo si le voltearan su iglesia?) También me gusta porque al centro de la fachada de piedra hay una pequeña virgen de piedra.

Dentro abro la boca ante un cuadro de talla que tiene fina y pálida cara; en la esquina inferior izquierda, esta leyenda, más o menos:

ESTATURA I
FORMA I TR AGE
DE LA S MA VIR-
GEN S EGUN LO
QUE ESCRIBIO
SAN ANSELMO I
LO QUE PINT O
SAN LUCAS

y lo que me parece un poco descabellado, aunque de la capilla ancha superpuesta, le sale una hermosa mano afilada. El color del traje es idéntico al de mi cacharro roto.

¡Ah! Ya es de noche. El cielo está completamente negro; y como en él lucen las diminutas cabezas de alfiler de las estrellas, tengo que salir al campo, muy lejos para que no me oigan, y gritar altísimo, aunque me rasguñe la laringe, a la cóncava soledad:

¡Treponema pálido! ¡Treponema pálido!

LA DOBLE Y ÚNICA MUJER

(Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que sólo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y *mis* conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los "animales que ríen").

Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Mi vientre está contrapuesto a mi vientre de ella. Tengo dos cabezas, cuatro brazos, cuatro senos, cuatro piernas, y me han dicho que *mis* columnas vertebrales, dos hasta la altura de los omóplatos, se unen allí para seguir -robustecida- hasta la región coxígea.

Yo-primera soy menor que yo-segunda.

(Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré. Incorrecciones que elevo a la consideración de los gramáticos con el objeto de que se sirvan modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc., todo en su parte pertinente. Creo que no está demás, asimismo, hacer extensiva esta petición a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral y que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de inconveniencias atadas naturalmente a ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupo entre los seres únicos).

Digo esto porque yo-segunda soy evidentemente más débil, de cara y cuerpo más delgado, por ciertas manifestaciones que no declararé por delicadeza, inherentes al sexo, reveladoras de la afirmación que acabo de hacer; y porque yo-primera voy para adelante, arrastrando a mi atrás, hábil en seguirme, y que me coloca, aunque inversamente, en una situación algo así como la de ciertas comunidades religiosas que se pasean por los corredores de sus conventos, después de las comidas, en dos filas, y dándose siempre las caras -siendo como soy, dos y una.

Debo explicar el origen de esta dirección que me colocó en adelante *a la cabeza* de yo-ella: fue la única divergencia entre mis opiniones que ahora, y sólo ahora, creo que

me autoriza para hablar de *mi* como de *nosotras*, porque fue el momento aislado en que cada *una*, cuando estuvo apta para andar, quiso tomar por su lado. Ella -adviértase bien: la que hoy es yo-segunda- quería ir, por atavismo sin duda, como todos van, mirando hacia donde van; yo quería hacer lo mismo, ver a dónde iba, de lo que se suscitó un enérgico perneo, que tenía sólidas bases puesto que estábamos en la posición de los cuadrúpedos, y hasta nos ayudábamos con los brazos de manera que, casi sentadas como estábamos, con aquéllos al centro, ofrecimos un conjunto octópodo, con dos voluntades y en equilibrio unos instantes debido a la tensión de fuerzas contrarias. Acabé por vencerla, levantándome fuertemente y arrastrándola, produciéndose entre nosotras, desde mi triunfo, una superioridad inequívoca de mi parte primera sobre mi segunda y formándose la unidad de que he hablado.

Pero, no; es preciso sentar una modificación en mis conceptos, que, ahora caigo en ello, se han desarrollado así por liviandad en el razonamiento. Indudablemente, la explicación que he pensado dar a posteriores hechos, puede aplicarse también a lo referido; lo que aclarará perfectamente mi empecinamiento en designarme siempre de la manera en que vengo haciéndolo: yo, y que desbaratará completamente la clasificación de los teratólogos, que han nominado a casos semejantes como *monstruos dobles*, y que se empecinan, a su vez, en hablar de éstos como si en cada caso fueran dos seres distintos, en plural, *ellos*. Los teratólogos sólo han atendido a la parte visible que origina una separación orgánica, aunque en verdad los puntos de contacto son infinitos; y no sólo de contacto, puesto que existen órganos indivisibles que sirven a la vez para la vida de la comunidad aparentemente establecida. Acaso la hipótesis de la doble personalidad, que me obligó antes a hablar de *nosotras*, tenga en este caso un valor parcial debido a que era ése el momento inicial en que iba a definirse el cuerpo directivo de esta vida visiblemente doble y complicada; pero en el fondo no lo tiene. Casi sólo le doy un interés expresivo, de palabras, que establece un contraste comprensible para los espíritus extraños, y que en vez de ir como prueba de que en un momento dado pudo existir en mí un doble aspecto volitivo, viene directamente a comprobar que existe dentro de este cuerpo doble un solo motor intelectual que da por resultado una perfecta unicidad en sus actitudes intelectuales.

En efecto: en el momento en que estaba apta para andar, y que fue precedido por los chispazos cerebrales "andar", idea nacida en mis dos cabezas, simultáneamente, aunque algo confusa por el desconocimiento práctico del hecho y que tendía sólo a la imitación de un fenómeno percibido en los demás, surgió en mi primer cerebro el mandato "Ir adelante"; "Ir adelante" se perfiló claro también en mi segundo cerebro y las partes correspondientes de mi cuerpo obedecieron a la sugestión cerebral que tentaba un desprendimiento, una separación de miembros. Este intento fue anulado por la superioridad física de yo-primera sobre yo-segunda y originó el aspecto analizado. He aquí la verdadera razón que apoya mi unicidad. Si los mandatos cerebrales hubieran sido: "Ir adelante" e "Ir atrás", entonces sí no existiría duda alguna acerca de mi dualidad, de la diferencia absoluta entre los procesos formativos de la idea de movimiento; pero esa igualdad anotada me coloca en el justo término de apreciación. Cuanto a la particularidad de que hayan existido en mí dos partes constitutivas que obedecieron a dos órganos independientes, no le doy sino el valor circunstancial que tiene, puesto que he desdeñado ya el crite-

rio superficial que, de acuerdo con otros casos, me da una constitución plural. Desde ese momento yo-primera, como superior, ordeno los actos, que son cumplidos sin réplica por yo-segunda. En el momento de una determinación o de un pensamiento, éstos surgen a la vez en mis dos cerebros; por ejemplo "Voy a pasear", y yo-primera soy quien dirige el paseo y recojo con prioridad todas las sensaciones presentadas ante mí, sensaciones que comunico inmediatamente a yo-segunda. Igual sucede con las sensaciones recibidas por esta otra parte de mi ser. De manera que, al revés de lo que considero que sucede con los demás hombres, siempre tengo yo una comprensión, una recepción doble de los objetos. Les veo, casi a la vez, por los lados -cuando estoy en movimiento- y con respecto a lo inmóvil, me es fácil darme cuenta perfecta de su inmovilidad con sólo apresurar el paso de manera que yo-segunda contemple casi al mismo tiempo el objeto inmóvil. Si se trata de un paisaje, lo miro, sin moverme, de uno y otro lado, obteniendo así la más completa recepción de él, en todos sus aspectos. Yo no sé lo que sería de mí de estar constituida como la mayoría de los hombres; creo que me volvería loca, porque cuando cierro los ojos de yo-segunda o los de yo-primera, tengo la sensación de que la parte del paisaje que no veo se mueve, salta, se viene contra mí y espero que al abrir los ojos lo encontraré totalmente cambiado. Además, la visión lateral me anonada: será como ver la vida por un huequito.

Ya he dicho que mis pensamientos generales y voliciones aparecen simultáneamente en mis dos partes; cuando se trata de actos, de ejecución de mandatos, mi cerebro segundo calla, deja de estar en actividad, esperando la determinación del primero, de manera que se encuentra en condiciones idénticas a las de la garrafa vacía que hemos de llenar de agua o al papel blanco donde hemos de escribir. Pero en ciertos casos, especialmente cuando se trata de recuerdos, mis cerebros ejercen funciones independientes, la mayor parte alternativas, y que siempre están determinadas, para la intensidad de aquéllos, por la prioridad en la recepción de las imágenes. En ocasiones estoy meditando acerca de tal o cual punto y llega un momento en que me urge un recuerdo, que seguramente, un rincón oscuro en nuestras evocaciones es lo que más martiriza nuestra vida intelectiva, y, sin haber evocado mi desequilibrio, sólo por mi detenimiento vacilante en la asociación de ideas que sigo, mi boca posterior contesta en alta voz, iluminando la oscuridad repentina. Si se ha tratado de un sujeto borroso, por ejemplo, a quien he visto alguna vez, mi boca de ella contesta, más o menos: "¡Ah! el señor Miller, aquel alemán con quien me encontré en casa de los Sánchez y que explicaba con entusiasmo el paralelogramo de las fuerzas aplicado a los choques de vehículos".

Lo que ha hecho afirmar a mis espectadores que existe en mí la dualidad que he refutado, ha sido principalmente, la propiedad que tengo de poder mantener conversación ya sea por uno u otro lado. Les ha engañado eso del *lado*. Si alguno se dirige a mi parte posterior, le contesto siempre con mi parte posterior, por educación y comodidad; lo mismo sucede con la otra. Y mientras, la parte aparentemente pasiva trabaja igual que la activa, con el pensamiento. Cuando se dirigen a la vez a mis dos lados, casi nunca hablo por éstos a la vez también, aunque me es posible debido a mi doble recepción; me cuido mucho de probables vacilaciones y no podría desarrollar dos pensamientos hondos, simul-

táneamente. La posibilidad a que me refiero sólo tiene que ver con los casos en que se trate de sensaciones y recuerdos, en los que experimento una especie de separación de mi misma, comparable con la de aquellos hombres que pueden conversar y escribir a la vez cosas distintas. Todo esto no quiere decir, pues, que yo sea dos. Las emociones, las sensaciones, los esfuerzos intelectivos de yo-segunda son los de yo-primera; lo mismo inversamente. Hay *entre mí* -primera vez que se ha escrito bien *entre mí*- un centro a donde afluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera.

Verdaderamente, no sé como explicar la existencia de este centro, su posición en mi organismo y, en general, todo lo relacionado con mi psicología o mi metafísica, aunque esta palabra creo ha sido suprimida completamente, por ahora, del lenguaje filosófico. Esta dificultad, que de seguro no será allanada por nadie, sé que me va a traer el calificativo de desequilibrada porque a pesar de la distancia domina todavía la ingenua filosofía cartesiana, que pretende que para escuchar la verdad basta poner atención a las ideas claras que cada uno tiene dentro de sí, según más o menos lo explica cierto caballero francés; pero como me importa poco la opinión errada de los demás, tengo que decir lo que comprendo y lo que no comprendo de mí misma.

Ahora es necesario que apresure un poco esta narración, yendo a los hechos y dejando el especular para más tarde.

Unos pocos detalles acerca de mis padres, que fueron individuos ricos y por consiguiente nobles, bastará para aclarar el misterio de mi origen: mi madre era muy dada a lecturas perniciosas y generalmente novelescas; parece ser que después de mi concepción, su marido y mi padre viajó por motivos de salud. En el ínterin, su amigo, médico, entabló estrechas relaciones con mi madre, claro que de honrada amistad, y como la pobrecilla estaba tan sola y aburrida, éste su amigo tenía que distraerla y la distraía con unos cuentos extraños que parece que impresionaron la maternidad de mi madre. A los cuentos añádase el examen de unas cuantas estampas que el médico la llevaba; de esas peligrosas estampas que dibujan algunos señores en estos últimos tiempos, dislocadas, absurdas, y que mientras ellos creen que dan sensación de movimiento, sólo sirven para impresionar a las sencillas señoras que creen que existen en realidad mujeres como las dibujadas, con todo su desequilibrio de músculos, estrabismo de ojos y más locuras. No son raros los casos en que los hijos pagan estas inclinaciones de los padres: una señora amiga mía fue madre de un gato. Ventajosamente, procuraré que mis relaciones no sean leídas por señoras que puedan estar en peligro de impresionarse y así estaré segura de no ser nunca causa de una repetición humana de mi caso. Pues, sucedió con mi madre que, en cierto modo ayudada por aquel señor médico, llegó a creer tanto en la existencia de individuos extraños que poco a poco llegó a figurarse un fenómeno del que soy retrato, con el que se entretenía a veces, mirándolo, y se horrorizaba las más. En esos momentos gritaba y se le ponían los pelos de punta. (Todo esto se lo he oído después a ella misma en unos enormes interrogatorios que la hicieron el médico, el comisario y el obispo, quien naturalmente necesitaba conocer los antecedentes del suceso para poder darle la absolución). Nací más o menos dentro del período normal, aunque no aseguro que fueran normales los sufrimientos por que tuvo que pasar mi pobre madre, no sólo durante

el trance sino después, porque apenas me vieron, horrorizados, el médico y el ayudante, se lo contaron a mi padre, y éste, encolerizado, la insultó y la pegó, tal vez con la misma justicia, más o menos, que la que asiste a algunos maridos que maltratan a sus mujeres porque les dieron una hija en vez de un varón como querían.

Madre me tenía una cierta compasión insultante para mí, que era tan hija suya como podía haberlo sido una tipa igual a todas, de esas que nacen para hacer *pucheritos* con la boca, zapatear y coquetear. Padre, cuando me encontraba sola, me daba de puntapiés y corría; yo era capaz de matarlo al ver que, a mis llantos, era de los primeros en ir a mi lado; acariciándome uno de los brazos, me preguntaba, con su voz hipócrita: "Qué es lo que te ha pasado, hijita". Yo me callaba, no sé bien por qué; pero una vez no pude ya soportarlo y le contesté, queriendo latiguearle con mi rabia: "Tú me pateaste en este momento y corriste, hipócrita." Pero como mi padre era un hombre serio, y aparentaba delante de todos quererme, y le habían visto entrar sorprendido, y, por último, merecía más crédito que yo, todos me miraron, abriendo mucho la boca y se vieron después las caras; un momento después, al retirarse, oí que mi padre dijo en voz baja: "Tendremos que mandar a esta pobre niña al Hospicio; yo desconfío de que esté bien de la cabeza; el doctor me ha manifestado también sus dudas. Caramba, caramba, que desgracia." Al oír esto, quedé absorta.

No me daba cuenta de lo que podía ser un Hospicio; pero por el sentido de la frase comprendí que se trataba de algún lugar donde se recluiría a los locos. La idea de separarme de mis padres no era para mí nada dolorosa; la habría aceptado más bien con placer, ya que contaba con el odio del uno y la compasión de la otra, que tal vez no era lo menos. Pero como no conocía el Hospicio, no sabía qué era lo preferible; éste se me presentaba algunas veces como amenazador, cuando encontraba en mi casa alguna comodidad o algún cariño entre los criados, que hacían que tomara ese ambiente como mío; pero en otras, ante la cara contraída de mi madre o una mirada envenenada de mi padre, deseaba ardientemente salir de aquella casa que me era tan hostil. Habría prevalecido en mí este deseo de no haber sorprendido una tarde entre los criados una conversación en la que se me compadecía, diciéndome a cada momento "pobrecita" y en la que descubrí además algunos espantables procedimientos de los guardianes de aquella casa, agrandados, sin duda, extraordinariamente, por la imaginación encogida y servil de los que hablaban. Los criados siempre están listos a figurarse las cosas más inverosímiles e imposibles. Decían que a todos los locos les azotaban, les bañaban con agua helada, les colgaban de los dedos de los pies, por tres días, en el vacío; lo que acabó por sobrecogerme. Fui lo más pronto que pude donde mi padre, a quien encontré discutiendo en alta voz con su mujer, y me puse a llorar delante de él, diciéndole que seguramente me había equivocado el otro día y que debía de haber sido otro el que me había maltratado, que yo le amaba y respetaba mucho y que me perdonase. Si lo habría podido hacer, me hubiera arrodillado de buena gana para pedírselo, porque había alcanzado a observar que las súplicas, los lamentos y alguna que otra tontería, adquieren un carácter más grave y enternecedor en esa difícil posición; hombres y mujeres pudieran dar lo que se les pida, si se lo hace arrodillados, porque parece que esta actitud elevara a los concedentes a una altura igual a la de las santas imágenes en los altares, desde donde pueden derrochar fa-

vores sin mengua de su hacienda ni de su integridad. Al oírme, mi padre, no sé por qué me miró de una manera especial, entre furioso y amargado; se paró violentamente. Creo que vi humedecerse sus ojos. Al fin dijo, cogiéndose la cabeza: "Este demonio va a acabar por matarme", y salió sin regresar a ver. Pensé que era ese el último momento de mi vida en aquella casa. Después de poco, oí un ruido extraordinario, seguido de movimiento de criados y algunos llantos. Me cogieron, y a pesar de mis pataleos me llevaron a mi dormitorio, donde me encerraron con llave, y no volví a ver más a mi más grande enemigo. Después de algún tiempo supe que se había suicidado, noticia que la recibí con gran alegría puesto que vino a comprobar una de las hipótesis dulces que contrapesaban y hacían balancear mi tranquilidad, en oposición a otras amargas anunciadoras de un cambio desgraciado en mi vida.

Cuando tuve 21 años me separé de mi madre que era entonces todavía mujer joven. Ella aparentó un gran dolor, que tal vez habría tenido algo de verdadero, puesto que mi separación representaba una notabilísima disminución de la fortuna que ella usufructuaba.

Con lo que me tocó en herencia me he instalado muy bien, y como no soy pesimista, de no haberme ocurrido la mortal desgracia que conoceréis más tarde, no habría desesperado de encontrar un *buen partido*.

Mi instalación fue de las más difíciles. Necesito una cantidad enorme de muebles especiales. Pero de todo lo que tengo, lo que más me impresiona son las sillas, que tienen algo de inerte y de humano, anchas, sin respaldo porque soy respaldo de mí misma, y que deben servir por uno y otro lado. Me impresionan porque yo formo parte del objeto "silla"; cuando está vacía, cuando no estoy en ella, nadie que la vea puede formarse una idea perfecta del mueblecito aquél, ancho, alargado, con brazos opuestos, y que parece que le faltara algo. Ese algo soy yo que, al sentarme, lleno un vacío que la idea "silla" tal como está formada vulgarmente había motivado en "mi silla": el respaldo, que se lo he puesto yo y que no podía tenerlo antes porque precisamente, casi siempre, la condición esencial para que un mueble mío sea mueble en el cerebro de los demás, es que forme yo parte de ese objeto que me sirve y que no puede tener en ningún momento vida íntegra e independiente.

Casi lo mismo sucede con las mesas de trabajo. Mis mesas de trabajo dan media vuelta -no activamente, se entiende, sino pasivamente-; así que su línea máxima es casi una semicircunferencia, algo achatada en sus partes opuestas: quiero decir que tiene la forma de una bala, perfilada, cuyo extremo anterior es una semicircunferencia. Una sintetización de la mitad del Mar Adriático, hacia el golfo de Venecia, creo que sería también sumamente parecida a la forma exterior de las tablas de mis mesas. El centro está recortado y vacío, en la misma forma que la ya descrita, de manera que allí puedo entrar yo y mi silla, y tener mesa por ambos lados. Claro que podía obviar la dificultad de estas innovaciones con sólo tener dos mesas, entre las cuales me colocaría; pero ha sido un capricho, que tiende a establecer mi unidad exterior magníficamente, ya que nadie puede decir: "Trabaja en mesas", sino "en una mesa". Y la posibilidad de que yo trabaje por un solo lado me pone en desequilibrio: no podría dejar vacío el frente de mi otro lado. Esto sería la dureza de corazón de una madre que teniendo un pan lo diera entero a uno de sus dos hijos.

Mi tocador es doble: no tengo necesidad de decir más, pues su uso en esta forma, es claramente comprensible.

La diversidad de mis muebles es causa del gran dolor que siento al no poder ir de visita. Sólo tengo una amiga que por tenerme con ella algunas veces ha mandado a confeccionar una de *mis* sillas. Mas, prefiriendo estar sola, se me ve por allí rara vez. No puedo soportar continuamente la situación absurda en que debo colocarme, siempre en medio de los visitantes, para que la visita sea de yo-entera. Los otros, para comprender la forma exacta de mi presencia en una reunión, de sentarme como todos, deberían asistir a una de perfil y pensar en la curiosidad molestosa de los contertulios.

Y este dolor es nada frente a otros. En especial mi amor a los niños acaba por hacerme llorar. Quisiera tener a alguno en mis brazos y hacerle reír con mis gracias. Pero ellos, apenas me acerco, gritan asustados y corren. Yo, defraudada, me quedo en ademán trágico. Creo que algunos novelistas han descrito este ademán en las escenas últimas de sus libros, cuando el protagonista, solo, en la ribera (casi nunca se acuerdan del muelle), contempla la separación del barco que se lleva una persona amiga o de la familia; más patético resulta eso cuando quien se va es la novia.

En casa de mi amiga de la silla conocí a un caballero alto y bien formado. Me miraba con especial atención. Este caballero debía ser motivo de la más aguda de mis crisis.

Diré pronto que estaba enamorada de él. Y como antes ya he explicado, este amor no podía surgir aisladamente en uno sólo de mis yos. Por mi manifiesta unicidad apareció a la vez en *mis lados*. Todos los fenómenos previos al amor, que aquí ya estarían demás, fueron apareciendo en ellos idénticamente. La lucha que se entabló entre mí es con facilidad imaginable. El mismo deseo de verlo y hablar con él era sentido por ambas partes, y como esto no era posible, según las alternativas, la una tenía celos de la otra. No sentía solamente celos, sino también, de parte de mi yo favorecido, un estado manifiesto de insatisfacción. Mientras yo-primera hablaba con él, me aguijoneaba el deseo de yo-segunda, y como yo-primera no podía dejarlo, ese placer era un placer a medias con el remordimiento de no haber permitido que hablara con yo -segunda.

Las cosas no pasaron de eso porque no era posible que fueran a más. Mi amor con un hombre se presentaba de una manera especial. Pensaba yo en la posibilidad de algo más avanzado: un abrazo, un beso, y si era en lo primero venía enseguida a mi imaginación la manera como podía dar ese abrazo, con los brazos de yo-primera, mientras yo-segunda agitaría los suyos o los dejaría caer con un gesto inexpresable. Si era un beso, sentía anticipadamente la amargura de mi boca de ella.

Todos estos pensamientos, que eran de *solidaridad*, estaban acompañados por un odio invencible a mi segunda parte; pero el mismo odio era sentido por ésta contra mi primera. Era una confusión, una mezcla absurda, que me daba vueltas por el cerebro y me vaciaba los sesos.

Pero el punto máximo de mis pensamientos, a este respecto, era el más amargo... ¿Por qué no decirlo? Se me ocurrió que alguna vez podía llegar a la satisfacción de mi deseo. Esta sola enunciación da una idea clara de los razonamientos que me haría. ¿Quién yo debía satisfacer *mi* deseo, o mejor su parte de *mi* deseo? ¿En qué forma podía ocurrírseme su satisfacción? ¿En qué posición quedaría mi otra parte ardiente?

¿Qué haría esa parte, olvidada, congestionada por el mismo ataque de pasión, sentido con la misma intensidad, y con el vago estremecimiento de lo satisfecho en medio de lo enorme insatisfecho? Tal vez se entablaría una lucha, como en los comienzos de mi lucha, como en los comienzos de mi vida. Y vencería yo-primera como más fuerte, pero al mismo tiempo me vencería a mí misma. Sería sólo un triunfo de prioridad, acompañado por aquella tortura.

Y no sólo debía meditar en eso, sino también en la probable actitud de él frente a mí, en mi lucha. Primero, ¿era posible para él sentir deseo de satisfacer mi deseo? Segundo, ¿esperaría que una de mis partes se brindase, o tendría determinada inclinación, que haría inútil la guerra de *mis* yos?

Yo-segunda tengo los ojos azules y la cara fina y blanca. Hay dulces sombras de pestañas.

Yo-primera tal vez soy menos bella. Las mismas facciones son endurecidas por el entrecejo y por la boca imperiosa.

Pero de esto no podía deducir quién yo sería la preferida.

Mi amor era imposible, mucho más imposible que los casos novelados de un joven pobre y oscuro con una joven rica y noble.

Tal vez había un pequeño resquicio, pero ¡era tan poco romántico! ¡Si se pudiera querer a dos!

En fin, que no volví a verlo. Pude dominarme haciendo un esfuerzo. Como él tampoco ha hecho por verme, he pensado después que todas mis inquietudes eran fantasías inútiles. Yo partía del hecho de que él me quisiera, y esto, en mis circunstancias parece un poco absurdo. Nadie puede quererme, porque me han obligado a cargar con éste mi fardo, mi sombra; me han obligado a cargarme mi duplicación.

No sé bien si debo rabiar por ella o si debo elogiarla. Al sentirme *otra*; al ver cosas que los hombres sin duda no pueden ver; al sufrir la influencia y el funcionamiento de un mecanismo complicado que no es posible que alguien conozca fuera de mí, creo que todo esto es admirable y que soy para los mediocres como un pequeño dios. Pero ciertas exigencias de la vida en común que irremediablemente tengo que llevar y ciertas pasiones muy humanas que la naturaleza, al organizarme así, debió lógicamente suprimir o modificar, han hecho que más continuamente piense en lo contrario.

Naturalmente, esta organización distinta, trayéndome usos distintos, me ha obligado a aislarme casi por completo. A fuerza de costumbre y de soportar esta contrariedad, no siento absolutamente el principio social. Olvidando todas mis inquietudes me he hecho una solitaria.

Hace más o menos un mes, he sentido una insistente comezón en mis labios de ella. Luego apareció una manchita blancuzca, en el mismo sitio, que más tarde se convirtió en violácea; se agrandó, irritándose y sangrando.

Ha venido el médico y me ha hablado de proliferación de células, de neo-formaciones. En fin, algo vago, pero que yo comprendo. El pobre habrá querido no impresionarme. ¿Qué me importa eso a mí, con la vida que llevo?

Si no fuera por esos dolores insistentes que siento en mis labios... En mis labios... bueno, ¡pero no son mis labios! Mis labios están aquí, adelante; puedo hablar libre-

mente con ellos... ¿Y cómo es que siento los dolores de esos otros labios? Esta dualidad y esta unicidad al fin van a matarme. Una de mis partes envenena al todo. Esa llaga que se abre como una rosa y cuya sangre es absorbida por mi otro vientre irá comiéndose todo mi organismo. Desde que nací he tenido algo especial; he llevado en mi sangre gérmenes nocivos.

...Seguramente debo tener una sola alma... ¿Pero si después de muerta, mi alma va a ser así como mi cuerpo...? ¡Cómo quisiera no morir!

¿Y este cuerpo inverosímil, estas dos cabezas, estas cuatro piernas, esta proliferación reventada de los labios?

¡Uf!

EL CUENTO

Existen en la actualidad asuntos importantísimos de explotación sociológica y política: lo de Marruecos, los sistemas de colonización francesa y española, el gran problema de las finanzas, la identidad de la Europa feudal y la América colonial, la difícil cuestión de la procedencia de los primeros habitantes de este continente, y muchísimos más. Pero creo que brilla sobre todos la eternamente nueva y eternamente vieja *opinión pública*.

¡La opinión pública, freno de gobernantes y único timón seguro para conducir con buen éxito la nave del Estado! ¡La opinión pública, morigeradora de las costumbres políticas, de las costumbres sociales, de las costumbres religiosas!

Supongamos que pudiera existir un hombre que participe sincera e idénticamente de estas ideas. Luego este hombre debe llamarse Francisco o Manuel y estar a la media edad, entre gordo y flaco, entre barbudo y no barbudo.

Este don Francisco o don Manuel, tiene que ser pequeño, de párpados con bolsas, usar *jaquet* y detestable sombrero.

Andará lentamente, blandiendo el bastón y moviendo las caderas.

Solterón y aburrido, deberá tener una amiga que fue amiga de todos, conquistada a fuerza de acostumbramiento, y a quien cualquier mequetrefe pudo llamar:

-Pst. Pst... (etc.).

Esta amiga -Laura o Judith- tendrá cualquier nariz -pongamos aguileña-, cualquier cabello -canela-, cualesquiera ojos -pardos-, y será larguirucha y voluntariosa.

Puede vivir al cabo de una calle sucia.

Puede tener amigas muy alegres con quienes celebre sesiones animadas, que salpicarán el cuento como el lodo un vestido nuevo, al manotazo de un caballo en una charca.

El pequeño sociólogo, ¡oh maravilla!, tendrá que ir dos veces por semana al cabo de la calle conocida y dará vueltas junto a la puerta, mirando a todos lados, azorado, procurando evitar un mal encuentro. Cuando le arroje a la ventana la piedrecilla del silbido, ella hará gruñir los cristales y le contestará con la rabia de sus ojos.

Naturalmente, ella debe divertirse a costa de *él*, aunque con él no le sea posible divertirse.

Y como el sociólogo no tendrá mal olfato, y como casi nunca sabrá lo que decir, ha de toser un poco enojado.

-Oyte, Laura -o Judith-, yo creo que aquí no has estado sola. Dime de quien es esa colilla.

Ella lo aplastará con el silencio.

Entonces, el sociólogo, acoquinado, tendrá que callar también un rato.

Después de ese rato:

-Bueno, Laura -o Judith-, no seas así. Parece que yo viniera a pedirte... por caridad. Anoche has estado con uno de mis amigos y él me lo contó, sin saber que...

Gran reacción:

-Ve, animal: ya no puedo aguantarte más tus cochinadas. ¡Si vienes otra vez con esas, te rajo la cabeza!

Pensamiento:

"Si esta mujer me raja la cabeza, ¿qué dirá la opinión pública?"

¡SEÑORA!

-Usted fue, sí, usted fue.

-¿Señora...?

-Le digo que fue usted; no sea sinvergüenza.

-Pero... ¡señora!... perdone: no sé de lo que se trata.

-¡Ah! cínico... Devuélvame enseguida lo que ha cogido.

El hombre sintió un crujido en el armatoste de su buen juicio y se quedó viendo la cara de la rabiosa con ojos desencajados.

-¿Fue usted quien estuvo sentado junto a mí en el Teatro?

-...Sí, señora; así me parece...

-Entonces, ¿qué hizo de mi saquito de joyas?

-Pero, ¿qué saquito de joyas?

-¡Oh! Esto es demasiado. Y ¡claro!, no podía ser de otra manera. ¡A lo que hemos llegado! Usted se va conmigo, jovencito, y no diga nada porque no quiero hacerle tomar un chasco. ¡Se ha de creer que sea yo quien sienta vergüenza antes que él!

En la comedia moderna, el automóvil es un personaje interesantísimo; así es que se acercó un automóvil.

-A la Policía.

Anonadamiento. "¿Estoy yo loco o está ella loca? ¿Sueño o no sueño? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Soy ladrón o no soy ladrón? ¿Existo o no existo?" Alto grado de estupidez.

-¡Pero, señora!

-¡Vuelve usted con lo mismo! No me va a ser posible entenderme con usted. Ya se lo he dicho. Lo que tiene que hacer es devolverme lo que ha cogido y no venirme con lamentaciones. Nada de esto hubiera pasado si usted me habría devuelto eso enseguida. ¿A qué vienen sus fingimientos?

-Se lo juro, señora: no sé qué es lo que usted me reclama.

-¡Cállese! ¡Cállese! Me va a hacer encolerizar. Tengo convencimiento de que fue usted y por eso hago lo que hago. Y no sé bien por qué procedo así. A pesar de la monstruosidad que acaba de cometer, me ha simpatizado; si no, estuviera ya en la Policía y

vergonzosamente. Pero por algo noto que es una persona decente y estoy segura de que no sufrirá el bochorno de las investigaciones.

Policía.

-Vea, joven, por Dios, devuélvame el saquito. Son joyas valiosísimas y es lo único que tengo. Figúrese usted lo que me va a decir mi marido cuando venga. ¡Ah! y todo por la ausencia de él... Lo que me va a decir cuando venga. Vea, joven, compadézcame...

-Bueno, diablos, ¿qué es lo que pasa? Le he dicho que no tengo nada suyo. ¿Entiende usted?: No ten-go na-da su-yo. Ya estamos en la Policía. Siga, señora.

-No, no baje; no se moleste. Yo no quiero hacerle quedar mal. Caramba, caramba. Calle usted. No, no; esto no puede ser. Yo sé que usted se compadecerá de mí. Adolfo, siga a casa.

-¡Maldición!

Y estupidez definitiva: "¿La mato o no la mato? ¿Estoy loco o está loca? ¿Qué hora es? ¿A dónde voy? ¿Hay un amigo tras la noche o un enemigo? ¿Quién es esta mujer? ¿He robado o no he robado?"

-No intente arrojarse... Se estrellaría. Vaya más ligero, Adolfo; más ligero.

Y como el viaje fuera largo, el hombre tuvo miedo.

Brillaban dos ojos de gata.

Naturalmente, empezó a llover fuerte.

-No recele de nada. ¿Cree usted peligrosa a una mujer sola, en la noche? Oh, qué niño... No nos lo comeremos a usted. Pero, hable. ¿Por qué no habla? ¿Se le ha secado la boca?

Silencio empedernido. Desfile, ante la imaginación, de todos los gestos, actitudes y aptitudes de lo absurdo.

-Ya hemos llegado. Tenga la bondad de bajar, joven. No: por acá. No tenga ningún recelo. Fíjese usted en el peligro que le ofrece una mujer sola. Entre. Suba. Caramba, el susto que me ha dado. Yo creí no volver a ver más aquello, que es lo único que tengo. Ay, pero hace un frío terrible. Entre, siéntese. (Silencio). Ahora lo que necesito son las joyas. Hágame el favor, joven.

-Pero, señora, ¿qué es lo que le pasa? Se lo he repetido hasta la saciedad: yo no tengo sus joyas.

-Bueno, primeramente dígame por qué me dice señora...

-...Porque así lo parece.

Y la señora rió.

-Caramba, caramba... Perdóneme usted que sea tan molestosa; pero, ya comprenderá... mi situación es de las más difíciles... Ya sabe usted que mi marido está ausente, y puede caerme aquí de sorpresa después de dos, tres, cuatro días... ¿Y qué le diré yo de esas joyas? Como él es un poco celoso, quién sabe qué cosas va a figurarse... ¡Ay, no, Dios mío, si cuando yo pienso en lo que él puede pensar de mí, soy capaz de enterrarme viva...! Perdóneme; yo sé que estoy obrando muy indiscretamente, pero es que ahora no puedo hacer nada bien... Permítame que le exija su abrigo...

La señora buscó inútilmente en todos los bolsillos y lo colocó sobre una silla.

-¡Oh! Pero no vuelva a ponérselo. Aguarde usted. Caramba; pero qué frías tiene las manos. ¿Quiere tomar una copita? ¿Ron? ¿Cognac? ¿Whisky?

-No bebo nada, señora.

-Uff, que seriedad... Es de ver al chiquillo. ¿Me perdona un momento? Yo misma voy a traer, porque no quiero despertar a los criados, y ya veremos si rehusa. De paso traeré también un pequeño utensilio para que arreglemos lo de las joyas.

Por fuerza, había dejado de llover.

Miradas rápidas y alocadas. Una ventana baja fue el milagro. Puesto que no había peligro de que se rompiera la osamenta, por allí debía salvarse el hombre -y también el cuentista-, para luego, azorado, hundirse en el camino.

Al ruido de la ventana, es evidente que la señora debió regresar a la sala: y al no encontrar a la víctima, salir a ver presurosamente, hostil, rabiosa, dada a los mil diablos.

Se mesaría los cabellos. Echaría en el lago quieto de la noche, atado al final de su larga mirada exploradora, este volumen:

-¡Zoquete!

Una honda golpeará el estupor del hombre.

RELATO DE LA MUY SENSIBLE DESGRACIA ACAECIDA EN LA PERSONA DEL JOVEN Z

El joven Z se matriculó en el año de Patología el quince de octubre de mil novecientos veinticinco.

Puede afirmarse que, primordialmente, el desgraciado joven Z tuvo 3 amigos: A, B y C. C es el cuentista.

Mi nunca bien admirado amigo Z fue un mártir del análisis introspectivo y de su buena voluntad de paciente. Mi amigo Z pudo estudiar la materia íntegra sobre sí mismo, progresivamente, a medida que su ojo hecho de tragedia se comía las páginas del inocente Collet.

Aunque no era tuerto, digo "su ojo", porque es mejor decir "su ojo" que "sus ojos"

Siguiendo el sistema del segundo capítulo de mi RELATO, afirmo que para mi recordado amigo, muy justicieramente desde luego, la letra Z fue la más importante del alfabeto.

Y de conformidad con lo dicho en el tercer capítulo, para perpetua lamentación nuestra, acaecióle lo que en éstos se refiere:

REUMATISMO ARTICULAR AGUDO

En los primeros meses de estudio fue asaltado por el peligrosísimo reumatismo articular agudo; un insistente dolor en la muñeca derecha, que mantuvo en constante tensión de ánimo a sus amigos A, B y C.

Consecuencias autopronosticadas por el espíritu analítico de Z: peligrosísimas afecciones cardíacas. Etiología: la maldición de las habitaciones húmedas. Todas las habitaciones son húmedas. ¿Qué haría Z? Z era el joven más desgraciado del mundo. Las letras del alfabeto estaban óseamente atacadas de indiferentismo. Z podía morirse como un perro.

CAPÍTULO DE LECTURA PROHIBIDA

Atropellada, irrazonada, inexplicablemente, Z, mi inolvidable amigo, tomó vergonzosa infección uretral. ¡La compasión universal sobre Z! Pero todos tienen la compasión acorazada por durilones...

Etiología: conocida pero inefable. Consecuencias: la inminente estrechez uretral. ¿Qué hacer? ¡Oh! ¿Qué hacer?... En fin, tras los tres meses ir por las boticas en busca de ciertos tubillos para precaver... alguna amargura a los cuarenta años.

HEMORROIDES

Una pequeña dificultad y consulta empecinada de los textos. Z tuvo una enfermedad gravísima, tenaz, mortificante.

Esta enfermedad mortificante preséntase, según los textos, a partir de los 30 a 40 años, en la mayor parte de los casos. Dejando a un lado lo de "la mayor parte", para seguridad, Z llegó a dudar si estaría entre los 30 y los 40. "Artríticos, *gross mangeurs* (grandes comedores), sedentarios, constipados". Constipados, constipados... Me consta que mi inolvidable amigo se desconstipó con exquisito aceite; pero no me consta que se haya hecho "petit mangeur".

VÁRICES

Minúscula dilatación venosa en la cara ánteroexterna de la pierna derecha. Decididamente era Z el joven más desgraciado del mundo. ¡Las várices, las várices! Ulceras varicosas, elefantiasis varicosa.

"En habiendo dos causas promotoras de este terrible mal, las causas *profesionales* y las *mecánicas*, una de las dos, irremediablemente, debe haber operado sobre mi organismo. La prolongada posición vertical... mozos de hotel... ¿He dicho yo mozo de hotel? Pero debo sentarme: ¿por qué estoy parado? Las ligas... ¿por qué me pongo ligas?"

MOLLUSCUM PENDULUM

El Profesor ha enseñado a sus alumnos al pobre hombre que tiene *mulluscum pendulum*. Una gran bomba al final del raquis. Bomba colgante, badajeante.

En secreto me refirió mi amigo Z que todas las noches se llevaba la mano "al sitio", tembloroso, presintiendo encontrarse de improviso con la gran bomba que le vapulearía los muslos.

TAQUICARDIA PAROXÍSTICA ESENCIAL

Pero todo eso es nada. Z compró definitivamente la muerte, en la "Universal" y por el cómodo precio de veinticinco sucres, en forma de un aparatillo con tripas. Un aparatillo que lleva el corazón del paciente a las orejas del experimentador.

Son curiosas estas curvas prolongadoras, establecidas entre la víctima y un hombre cejijunto. Z fue víctima y hombre cejijunto, de manera empecinada.

Tenía un sillón cómodo.Y he aquí el proceso criminal del sillón, los libros y el fonendoscopio, operantes sobre la desgracia de mi amigo: al entrar, la peor de todas las apariencias, era el sillón quien se posesionaba de su cuerpo. La mano derecha a la muñeca izquierda para contar las pulsaciones de la arteria radial. Luego la misma mano al corazón: temblores, ansias; atropellado crujir de botones y el fonendoscopio sobre el sístole y el diástole, mientras la víscera llama al tabique pectoral con la misma llamada de una mano insistente sobre una puerta cerrada. Hay que comprender la rotación progresivamente acelerante del ritmo en la corriente establecida entre la caja Bianchi y el cerebro, por intermedio de las tripas y los conductos auditivos. Como un aro impulsado sistemáticamente hasta la pesadilla.

Hay que comprender las funciones del gran simpático y el neumogástrico, el paro forzoso. La vida en un punto.

Hay que comprender nuestra estupidez ante la visión de la nada.

Y como esto estaba muy bien meditado por Z, su corazón llamaba tan imperiosamente como el amo que se quedó en la calle, en noche lluviosa, a su puerta.

Siempre el fonendoscopio avisorando la muerte del neumogástrico.

tac,
tac,
tac

mientras Z enrojece, se le saltan los ojos, se le paran los pelos.

Hasta que el gran golpe definitivo rompió la pared toráxica y la punta cardíaca salió a mirar la caja Bianchi, atrayente por el hilo que tiraba desde el cerebro de la víctima cejijunta.

Una lágrima... (¿Una lágrima?... ¡Oh! así lo ponen en las coronas fúnebres) Una lágrima sobre los huesos de mi amigo.

DÉBORA (*)

(*) Se publicó en octubre de 1927, en Quito, con carátula de Latorre y ex-libris de Kanela. La edición no tiene pie de imprenta.
Su título inicial, anunciado en "Un hombre muerto a puntapiés", fue el de "Débora es la magnolia del libro".
En la última página, como novela en preparación, se anuncia "Rumiantes de la sombra".

Después de todo:

a cada hombre hará un guiño la amargura final.

Como en el cinematógrafo -la mano en la frente, la
cara echada atrás-, el cuerpo tiroides, ascendente y
descendente, será un índice en el mar solitario del recuerdo.

Teniente

has sido mi huésped durante años. Hoy te arrojo de mí para que seas la befa de los unos y la melancolía de los otros.

Muchos se encontrarán en tus ojos como se encuentran en el fondo de los espejos.

Como eres hombre, pudiste ser capataz o betunero.

¿Por qué existes? Más valiera que no hubieras sido. Nada traes, ni tienes, ni darás. Algunos inflan el pecho, y no quieren saber que lo han inflado con el viento del vecino. Todos han inflado su pecho con el viento de sus vecinos, y después, muy serenamente, han cruzado los brazos bajo las costillas falsas, como diciendo, "¿quiénes son esos granujas?"

Es verdad que eres inútil. Pero te sostiene la misma razón que a Juan Pérez y Luis Flores. He puesto frente a frente

El vacío de la vulgaridad

y

La tragedia de la genialidad

y veo que te conviene más lo primero. Siendo ridículo, corresponde a tus valores el signo matemático - (ridículo), en contraposición al enorme + que ahogará a los martirizados por aquella tragedia.

A los geniales les atraganta el momento genial como el bolo a los atragantados.

Es por esto que eres vulgar. Uno de esos pocos maniquíes de hombre hechos a base de papel y letras de molde, que no tienen ideas, que no van sino como una sombra por la vida: eres teniente y nada más.

Creyeron que esos maniquíes, viviendo por sí debían recibir una savia externa, robada a la vida de los otros, y que estaba sobre todo la copia de A o B, carnales y cono-

cidos. Tanto que Edgardo, héroe de novela, alma en pena, olisquea las maderas olorosas de los tocadores, llama a la alcoba de las doncellas e infla el velamen del deseo entre las sábanas de lino. Edgardo, héroe de novela, martirizado por la perpetuidad de las evocaciones, alguna vez amanecerá colgado a la ventana del gregarismo, finalizada por la escala de seda del desprecio. Sólo quedará el fantoche, huyendo cada vez más, sediento de la revelación.

Pero el libro debe ser ordenado como un texto de sociología y crecer y evolucionar. Se ha de tender las redes de la emoción partiendo de un punto. Este punto, intimidad nuestra, pedazo de alma tendido a secar, lo enfoco hacia los otros, para que sea desencuadernado en un descanso dominical, o desdeñosamente ruede sobre una mesa descompuesta o en el atiborramiento de la mesilla de noche.

¿Y cómo te dejo, Teniente? Ya arrancado de mí volitivamente, tengo prisa por la pérdida. Ante una amenaza definitiva e indispensable, surge la espera de la amenaza, y es tan fuerte como la espera de la novia.

Quiero verte salido de mí. Sin la ilusión visual de la niñez, no pasarás la mano ante tus ojos, creyendo encontrar a diez centímetros de la pupila todo el mundo real atemorizador.

Ir, cogidos de los brazos, atento al desarrollo de lo casual. Hacer el ridículo, lo profundamente ridículo, que hace sonreír al dómine, y que congestionado dirá, "Pero qué es esto? Este hombre está loco"

-Ve -alargando mi brazo y con el indicador estirado.

Y mientras ves, alejarme de puntillas, haciendo genuflexiones, horizontalizando los brazos para guardar el equilibrio...

Solo.

-Buenos días, mi capitán.

-Buenos días, teniente.

Y las manos a las viseras, en forma perpendicular.

(Estoy bajo la acción de toxinas tricocefálicas).

Bien rectos, las corvas arqueadas, el pecho alto: recuerdos de estampas prusianas.

Fuertes los golpes de los tacones sobre las piedras y largos los pasos, piensan en la probable potencia de un puñetazo bien sentado. Cómo se siente el influjo psíquico de las puntas afiladas y repiqueteantes. Puede ponerse: el peligroso apoyo moral de las armas acentúa en forma magnífica el vigor de los muslos. Esta receta sería insuperable para los que buscan mujeres gordas.

Teniente, has hecho de tu alma una hornacina para la faz grave de la madre.

Y debiendo partirse de ti, zarpan del estático momento interior las carabelas del recuerdo.

Tiempos de escuela:

Bajo la vigilancia oblicua de los frailes, rangos apiñados de niños en espera del momento de salida. La "chasca" -cuya persistencia en el cerebro impresionable evocará más tarde el grito de "¡Alto!" en la Academia-, la chasca del Maestro mandaba al silencio. Y al estallar la risa fugitiva de algún chico, el lego director -recién bebido de sulfato de sodio-:

"¡Pasa tú! ¡Pasa tú!"

A recibir el castigo de la "pared".

Todo aquello brumoso; solo fijo las piernas blancas y redondeadas del escolar castigado. ¿Por qué esta reminiscencia aislada e inútil? Al escolar, el Teniente tiene que ponerle una cara semi-avejentada, vista después, porque la primera se le quedó olvidada en algún rincón del cráneo. Lo que no olvidó, las piernas (¿pero por qué las piernas?), asusta al Teniente como un chispazo inesperado de Catecismo, "¿Cuál es la señal del Cristiano? -La señal del Cristiano es la Santa Cruz"

Y en ese mismo rango, otro momento de los tiempos pasados:

Por algo, que ya no sabrá nunca, recibe en el vientre un golpe que le hace estirar la cara y le deja "seco", término preciso de la infancia. El Teniente responde con otro golpe, que deja también "seco" a un enemigo. Me figuro las fachas pálidas de los granujas y sus esfuerzos por alcanzar la serenidad, en guarda de quedarse "en la pared". Ahora, atropelladamente se la busca, en guarda de quedar "de granujas".

"En el lugar común de una velada familiar, sobre los ladrillos de la sala, frotaba los pedacitos de clavos que se arranca de las herraduras. Mi abuelo, que heredó la herrería de su hijo muerto, me había dicho que para hacer brillar aquellos fierros herrumbrados era necesario frotarlos en los ladrillos. Ante mi empeño, bajo el sofá largo, me miraba el fantasma. Un fantasma acurrucado, floreado al rojo, que fue luego perseguido con largas varas de duda por las tías. Grité y me emocioné -la emoción es ahora para mí METRO GOLDWIN PICTURES, porque no he logrado observar otra emoción, y se parece a un insistente columpio de pecho-. Todavía existe para mí ese fantasma, que me mira desde adentro, donde lo llevo"

"Después fue en el dormitorio, cuando aún no se encendían las luces y ya hacían falta. Sería porque me ordenaban acostarme temprano o porque estaba enfermo. La cama se había posesionado de mí: se repetía tanto esta posesión que ahora la odio, con el horror al vacío. La hermana de mi madre, manchón desdibujado, salió, llevándose, al trasponer la puerta, un poco de luz. Fue de nuevo en el cuarto y sin estar enferma la vi como un báculo. Larga y arqueada, oprimiéndose el vientre, apaciguando algún dolor. Cuando hablé en voz baja tuve miedo. Cuando hablé en voz alta me contestó de afuera.

Hoy he compuesto una canción:

Salió mi tía
Entró mi tía...

Y ella, alta mancha oscura, agranda, casi sobre mis pupilas, el triángulo amargado de la boca."

Toda esa vaciedad golpea la frente del hombre.

¿Quién me dice que toda esta bruma, como manos, no hizo la cara que tiene hoy?

Las piernas redondeadas le alargarían la nariz olfateante; el golpe en el vientre le robaría los músculos; el fantasma le alborotaría el pelo; la tía que entró y no entró le dejaría un hueco en el espíritu.

Lo que perturbará el libro con una honda sensación de deseo. Lo desequilibrará con lo indefinido que nos obsesiona algún día; que no podemos llenar; que desasosiega el ánimo; que hace pensar en correr a gatas o en beber aguardiente.

Como todos colman el recuerdo con alguna dulzura, es preciso entrar en las suposiciones, buscando el artificio, y dar al Teniente lo que no tuvo, la prima de las novelas y también de la vida, que trae fresco olor de membrillo. Pero la historia no estará aquí: se la ha de buscar en el índice de alguna novela romántica y así tendremos que unas manos blancas acariciaron unos cabellos rubios y que el propietario de estos cabellos sentía crecer la malicia desde el cuero cabelludo, malicia soñolienta. Este supuesto recuerdo que debe estar en los arcones de cada hombre, hace suspirar al Teniente.

Nada nuevo trae, y siendo como todos es el perpetuo imitador social que suspira porque suspiraron los otros: tiene una prima porque los otros la tuvieron. El medio le tiende la acechanza de la igualdad; se le manda rasurarse la barba y definir al Estado: conjunto social que...

"Caramba, no tengo ni medio suelto y están sucios los zapatos."

Se busca en todos los bolsillos. Sabe que no tiene medio suelto, pero se busca en todos los bolsillos.

"Esa orilla blanca de las enaguas -pasa una mujer-, quiere decir que va buscando novio"

Pero, ¿por qué piensa estas cosas? Y claro que las piensa en otra forma, mucho más tonta y vacía. En una forma indefinida como el color de un traje viejo. No: mejor como el del que está por hacerse, ya que el pensamiento no ha sido vertido, de manera que es algo, potencial y no actualmente.

"¿De quién será esta casa?"

Ruego una meditación acerca de la inestabilidad mental.

Todo hombre de Estado, denme el más grave, se sorprende cotidianamente con esto:

"Ya es tarde y no he ido una sola vez al water".

Esta mezcla profana del higiénico mueble que únicamente tiene nombre inglés y los altos negocios, es el secreto de la complicación de la vida. Por esto el orden está fuera de la realidad, visiblemente comprendido dentro de los límites del artificio.

Así, los filósofos, e historiadores, y literatos, cuya labor festoneada, en numerosos semicírculos, trabajan en su línea recta, a base de los vértices de esos semicírculos que se cortan, trazan el arco inútil de la vida fuera de su obra y aíslan cada punto aprovechable que después formará, en unión de los demás, el rosario que tiene por alma el hilo del sentido común.

Se populariza el animal de las abstracciones.

Dado un boticario, verbigracia, se le hace vender drogas y presidir las reuniones cuchicheantes del pueblo; sólo esto. Nos olvidamos que le tortura el "ojo de pollo" metido entre los dedos de los pies, y el mal olor de las "arcas" del chico, y el peso exacto de las cebollas compradas por la señora.

Este mismo boticario, al verse los dedos después de una satisfacción orgánica, alguna vez tiene el gesto de aquel a quien hizo traición la consistencia del papel usado; pero piensa, para su descargo, que pudieron verse en el mismo caso Napoleón Bonaparte y San Bartolomé.

Para evitar estas dolorosas claridades se festoneó la obra en la forma antedicha.

Así, el Teniente, sufrió una fuga imaginativa después del lago sugerido por aquella pregunta, y viendo las ventanas de esa casa, de donde intempestivamente podía salir una mujer, recordaba que era un cobarde ya que un mes antes se llenó su habitación de voces alborotadas que le sacudieron el sueño y habiendo salido encontró que la de enfrente se retorcía, echaba espumarajos y sonaba los dientes como cuando se refriega huesos. Era gorda; debido a los pataleos levantaba los vestidos y se le veía las piernas. Dos mujeres la contenían fuerte, procurando abrirle las manos apretadas. Los que estuvieron con ellas se habían ido. Entonces el Teniente se puso pálido y las mujeres dejaron la atención en mantener a la convulsionada dentro de los límites de la moralidad. Había también una vieja en busca de éter por los rincones y una chica que abría los ojos. Esta vieja y la mujer fea exhalaron sus cuerpos tras un médico. La otra se sintió sola; pero él estuvo trágicamente mudo, aunque la viera a los ojos y ella bajara la cabeza, cómplice en el motivo del mal de su amiga, sorprendida con las manos en el divertimiento dudoso.

Lo demás nada importa. Claro que tampoco el hecho; sólo que queda en el espíritu del Teniente, amargado por el examen de su situación ante la que pudo establecer con él un lazo afectivo, inevitable por el especial acercamiento que nace cuando dos personas se encuentran en cualquier estado íntimo.

La afección emanara de su posibilidad -se levantaba alrededor de ella un insistente rumor amable- de haberse dirigido en otras ocasiones miradas prolongadas; de las mismas circunstancias ya referidas, predisponentes: un hombre entra de improviso en la vida íntima de las amigas que se encuentran solas, después de haberse divertido con otros hombres, y que solicitan la ayuda de aquél, dándole una parte de familiaridad y aceptación.

Además ella franqueaba su ingenuidad: "Fíjese en lo que SON de cobardes. Como ÉL ya la conoce y vio que iban a venirle los ataques se fue en busca del doctor y no regresa".

El SON puede estar sujeto a consideraciones. ¿Excluía al Teniente del denominador común de cobardes? ¿O, este SON, aplicable al género hombres, le colocaba en un sitio especial, íntimo o dudoso, así como entre laicos se habla de los frailes o entre zapateros y sastres de los prestamistas: "son santos", "son buenos", "son malos", "son unos canallas"?

El Teniente lo meditaba, concentrándose, y luego tenía que contraerse al caso, con toda su condolencia; inquiría y aseguraba: "Parece que ha bebido un poco. Esto hay que evitar. Debe haberle excitado el sistema nervioso. Seguramente le ha sucedido lo mismo otras veces".

Añadía más vaciedades, y, dueño perfecto del análisis mas no de la agradable conveniencia, se apenaba de su frustránea cortesanía, contra lo que luchaba sin posible triunfo. Tal vez sea más cercano para el lector el caso igual del borracho que, comprendiendo que obra mal, no logra obrar bien por más que hace.

No dijo nada a aquella mujer. Después la había encontrado muchas veces por la calle y el remordimiento le corroía, porque todos la encontraban buena.

No sabía hacer aprovechable una circunstancia llena de facilidades.

Desde poco antes estaba empleada en correos. Seguramente, complicaciones con el Ministerio. Toda una lección de amor en ese empleo. Se contentaría en adelante con ir a la ventanilla de correos y ser atendido antes que otros, sin la molestia de dar el nombre. La correspondencia vendría acompañada de una sonrisa socarrona.

Y en tratándose de esto, los ejemplos de mujeres que pasan, marchan haciendo ruido como un batallón.

La intimidad está apaciblemente llena del anhelo de la mujer. Con ellas, viene el "¿para qué?", o la indiferencia, o el descuido, o el considerarlas, a pesar de que haya llegado el momento propicio, lejanas aun dentro de su proximidad.

Entonces hay que recurrir a la EMPTIO-VENDITIO, que desmorona la vida insensiblemente.

Esta es la lección del amor.

Aquel anhelo insatisfecho hizo nacer la idea de que de una de las ventanas de esa casa, de dueño ignorado, podía surgir una mujer. Mujer de domingo, diversa de las otras, que parece que tuviera la cara lavada en el descanso especial del domingo.

Surge la vertiente imaginativa, a base del supuesto ridículo. -Esto como cualquiera otra cosa-.

"Si saliera la mujer que espero...

Me sonrió. ¡Oh, esto va muy bien! la mano a la visera. El golpe cardíaco que es el telón que se levanta ante la alegría. Y he de acercarme para hablarle. ¿Pero qué es lo que le digo?

-Buenos días... Es Ud. muy linda... ¿Me perdona el atrevimiento de que le diga estas cosas sin ser su amigo?

-¿Por qué va a ser atrevimiento? Estoy encantada, Teniente.

-Usted es muy amable... ¿Ha visto usted qué linda está la mañana?

-¿Cómo? ¿Qué dice?

-Que está muy linda la mañana.

-¡Ah! sí, muy linda.... ¿Pero, por qué no entra? Entre un momento, Teniente.

-Usted es muy amable...

-¡Oh, esto va muy bien!

Y como parece que los viejos han salido, nos sentamos cómodamente. Esta vida es almibarada. La beso y me besa. Sus dientes son pequeñas tazas de té y estoy encantado de pasar mi lengua por el esmalte nuevo. Como le arden las mejillas suavizo mi epidermis en este nuevo hornillo del amor. Se han abierto los claros postigos de sus ojos y le veo el alma asustadiza. ¡Postigos abiertos para mí! (La tendré todas las tardes y mientras fume me acariciará las manos. Será magnífico estar con ella cuando llueva. Si leo, me pasará los dedos por el cabello. ¡La tibia malicia que arranca desde el cuero cabelludo! Es la voluptuosidad que nace del final afilado de los dedos).

Micaela o Rosa Ana.

La vida que se alarga así une las disgregadas partículas del espíritu y distiende los músculos como un descanso bajo la sombra. En el campo es bueno acogerse a la protección de los naranjos. Micaela o Rosa Ana. Mujer de domingo que espero. He de hundir las manos en tu cariño como entre los pliegues de las mantas de lana. Como estoy cansado de la vida inútil, prefiero la picardía de tus ojos. El placer que acelera el impulso cardíaco desinfectará mis pulmones y limpiará mis venas del barro de esta vida nueva.

Así nos acurrucamos y calmo esta secreta sed.

Pero, llega el marido... No; no estará bien que sea casada... aunque tampoco estaría

mal. O llegan los padres. ¿Quiénes son los padres? ¡Fuera! Siga este sueño dominical y romántico que también, como la realidad, apaga mi sed. Le compro ricos pendientes para excitar su alegría cinemática. Y el círculo pequeñito, que es casi un punto dulce, de su boca, se aproxima a mis carrillos flacos. Me tiende para estrecharme el muelle templado de sus brazos; se me escurre, rozando sus senos sobre mi pecho, tanto que aviva y exalta esta pasión escondida.

Bueno, todo esto lo he visto en la pantalla; precisamente porque lo he visto, traza esta parábola desde el punto invisible del recuerdo.

He visto también la imprescindible complicación amorosa de un tercero; pero no estando mi espíritu apto para la intriga, me imagino este principio de amor un final de film que prolongará en los buenos espíritus la idea de la felicidad. Entonces estaré seguro de mi sonrisa representativa de bienestar y de haber promovido en los demás una igual sonrisa, si ellos no son aventajados y escépticos.

Dulcemente me deslizo a lo largo de estas paralelas infinitas...”

Y había andado el Teniente más de dos cuadras cuando el golpe del presentimiento llevó sus miradas a la tierra, a poca distancia de sus pies:

Un pequeño papel, sucio, arrugado, como acurrucado en el pavimento.

Más rápido que un profesor de gimnasia sueca, “nuestro” Teniente cogió ese papel, reteniéndolo en la mano apretada.

Después siguió andando, disimulado, interrogando con los ojos si hubo alguien que poseyera su pequeño secreto. Disimulado “como quien no hace nada”. No estaba bajo el dominio de su yo el que le diera un fuerte golpe el corazón, de manera que, robándole primero la sangre de la cara, devolviéndosela luego en violenta afluencia, apresurara el ritmo en extraña para los demás y conocida para él taquicardia emotiva. Perdía el control de este caprichoso órgano, cuyo sentido espiritual perdió terreno con el avance del tiempo: cincuenta años antes presidió las actitudes amorosas o los altos grados anímicos de emoción; ahora, hondamente incomprendido, se anima ante bajos cambios de la normalidad. Una vulgar y real alegría que desequilibra todo el sistema circulatorio, por la sola pequeñez de encontrarse un sucre -papel- entre el polvoriento empedrado de la calle. Aquel pequeño conglomerado azul era una simple deyección bancaria, representante del valor de una serie de necesidades a satisfacer por cien centavos.

Nuestro Teniente se había puesto pálido y rojo como ante una mujer. Porque eso representaba en él un triunfo incalculable; el triunfo del que tuvo los zapatos sucios y el bolsillo vacío.

Entonces, con una lógica de texto, los números ocuparon modestamente su espíritu.

Así:

Para betunar los zapatos.........	S/.	0,10
Para ir al cinema....................	”	0,60
Para tabacos............................	”	0,30
		~~
Suman..........................	S/.	1,00

La sencilla plana de contabilidad formada con exactitud numérica, impresionaba su cerebro en perspectivas, y aunque no se daba exacta cuenta de esto podía ver en primer término los números, bien grabados y gordos; en segundo término las letras, el motivo.

La virtud de las operaciones fue desplazar el sueño sentimental; puedo ahora comparar a éste con un poco de agua en un recipiente, aquéllas con un cuerpo denso que se hunde y desborda la sentimentalidad.

Y la pesantez obraba tan insistentemente en el infinito fondo imaginativo que la "loca de la casa" dio un salto leonino.

Puede naturalmente el hallazgo de un sucre -que en este caso había aparecido como pisando los talones a una divagación amable-, levantar la ambición metálica de un hombre.

El incondicional inevitable:

Así como "Si saliera la mujer...", la loca de la casa puso "Si tuviera un millón de sucres"

Lo que bastó para que el gato familiar desoville la madeja inagotable.

"Un millón de sucres, bien administrado, es suficiente para hacer llevadera la vida de un hombre. Denme un millón de sucres y suprimo los suspiros. No morirían las amadas. No cantaría el surtidor la monótona canción del agua.

Vamos a ver: un millón, al uno por ciento mensual, da un interés de diez mil. Con diez mil sucres tengo para montar una casa regia, llena de... Habría mucho humo y los amigos beberían vinos centenarios. Puedo coleccionar todo lo que se ha escrito sobre la Revolución Francesa.

Bueno, en París, a cinco francos el sucre son cincuenta mil francos. Con cincuenta mil francos... creo que más o menos puede tenerse para lo mismo.

Una balumba de hombres melenudos.

Oh, sí, en todo caso sería mejor... 'Les pesa los vestidos y no saben el momento de alivianarse...' Se lo habían referido y el recuerdo apareció en ese instante.

Será muy cómodo eso de estar alegres, sobre almohadones y al amparo de una temperatura dulce; muchísimo más si afuera hay frío porque la idea egoísta nos da mayor bienestar aparente..."

Entonces se ahogaba en una infinidad de divagaciones, abandonándose, como todos nos abandonamos, a las consecuencias del sueño millonario.

Y la primacía del sueño sobre sus actos le inutilizaba, le debilitaba como un baño caliente. Todo el tiempo estamos pensando en el halago de la riqueza; pero como somos hombres sin energías, descansamos mucho en ese halago, y las necesidades aprietan.

La lotería es lo fácil.

Pero el arco de la vida se herrumbra en el descanso; cuando un momento desesperado levante nuestra voluntad vigorosa para templar ese arco la fuerza de cohesión no será suficiente a contener el estallido. Día lleno de bostezos, molécula disociada.

Debemos acomodar nuestro espíritu para la recepción de los tonificantes: Orison Sweet Marden y el ceñudo Atkinson.

La novela se derrite en la pereza y quisiera fustigarla para que salte, grite, dé corcoveos, llene de actividad los cuerpos fláccidos; mas con esto me pondría a literaturizar. Estas páginas desfilan como hombres encorvados que han fumado opio: lento, lento, hasta

que haga una nube en los ojos de los curiosos; galope desarticulado por el "ralentive" en las revistas de caballería de Saumur.

Nuestro Teniente quisiera tener, en la realidad, un caballo así, que al dar el salto descomponga sus movimientos en tiempos invariables y desmayados. Sería lo más cómico y distinguido del mundo. Además una manera segura de conquistar la celebridad. Se le conocería en el último rincón y las amigas podrían decirle:

"Ay, qué precioso es su caballo; cada vez que lo vemos nos acordamos de Ud." y otras cosas apropiadas.

Pero lo que actualmente necesitaba no era un millón de sucres ni la imagen que tenía de los caballos de Saumur, sino dos mesas más o menos bien y unas cuatro sillas para poner el cuarto con decencia. Si pensara en elegancias sería en comprar una pantalla azul para la luz y unas alfombras "mullidas", colmo del ideal novelesco.

Es preciso suponer que no tuviera hogar y viviera a la barata y al zaguán.

Y la satisfacción de esas necesidades implicaba un desequilibrio presupuestario en el hombre muerto e inactivo, eterno parásito avolitivo. Por lo que la vida le hincaba las garras en el pecho y presionaba sobre él de manera a perfeccionar la fórmula "dejar hacer", causa de la ruina individual.

Al través de la vida mental bullente, desordenada, paradójica, se estiraba el barrio de

S a n M a r c o s

cuyo nervio céntrico, calle estrecha, había desarrollado con sus pequeños accidentes diversas disposiciones emotivas. De puntillas sobre la ciudad, su plano sería un cuero tendido a secar. San Marcos: una larga prolongación sobre una inflada rugosidad del suelo. Lo más curioso es su campanario, bajo un tejadillo de zinc, adosado al muro de la iglesia vieja.

Desde el final de la calle se puede ver parte de la urbe:

S a n J u a n

L a C h i l e n a   S a n B l a s

en idéntica disposición.

Naturalmente, no falta en San Marcos el respectivo cuadro mural. Nadie sabe por qué en este cuadro mural incrustaron un pequeño espejo, se le puede creer un ojo que mira o una claraboya que nos trae la mañana del otro lado. Un santo, como siempre. En esta ciudad las murallas son devotas: no puede evitarse el encontrón de un símbolo. Ejemplos:

La Cruz Verde
La esquina de las Almas,
La esquina de la Virgen

La Virgen de la Loma Chica
El Señor de la Pasión (sentado a la puerta del Carmen Bajo para que le besen los pies)
y otros muchos que se me olvidan.

Oh, esto sería muy alegre para la novela en que hubiese luna de miel o, después de una gran tragedia, dulce y pacífico capítulo:

La ciudad vista de San Marcos había sacado a lucir sus casas blancas. Especialmente en San Juan había fiesta. La luz de las nueve era un lente que echaba las casas encima de los ojos. Precisamente, como en esos paisajes nuevos: los colores claros que aproximan el objetivo voluminoso, que tienta a la presión de las manos. Y como este último barrio subía por la loma, la ascensión le daba más carácter de suspensibilidad: objetos colgados en las grúas de los puertos.

Aquí las novelas traen meditaciones largas: por ejemplo -y sin duda más apropiado- el considerar aquellas veinte mil alegrías mañaneras cobijadas bajo los techos rojos. Chicos y madres jóvenes; abuelos rosados; pan fresco en el desayuno; alguna que otra caricia para hacer más amable el tiempo; tranquilos bostezos de descanso a la cola del trabajo semanal.

Si hubo anterior emoción erótica: turbulenta suposición de la infinidad de orgasmos que se perpetrarían, más feroces si menos impunes. Aquí el ambiente es cálido y lógica la visión de muchos ojos desmayados por el bregar de la noche.

Pero si acaeció el zarpazo de la economía se tendrá la colérica imagen de hombres escuálidos de hambre, de caras amargadas por el egoísmo, celos y rabia; se oirá el gutural ruido: "¡pan! ¡pan!"

El Teniente, olvidado de la novela hasta parecer insensible, es una tabla rasa en la que nada escribió la emoción. Se sentía algo satisfecho, nada más. Y gozaba de la frescura. Recordó: "La mañana era tan clara que daban ganas de correr, saltar y aun de sentirse feliz. Abrió la ventana y el aire le produjo un alivio. Respiró a plenos pulmones... etc." Y respiró a plenos pulmones, debido a esta sugestión del recuerdo. También él. Claro, se nos clava la vieja frase del libro y el aire nos produce un beneficio hasta literario. Sucede que muchas veces nos emocionamos porque llega el caso de atender a la emoción adquirida en una página y que la tenemos guardada hasta que circunstancias análogas la revelen como si fuera muy nuestra.

Respiró a plenos pulmones y guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Guardó las manos... esto tiene entonación de prestamista, pero fue así. Hay que ponerlo porque nos da el carácter hombre.

Una idea súbita: un militar no debe llevar las manos en los bolsillos. Sacó las manos de los bolsillos.

Abundancia naturalista: se hurgó las narices con el dedo meñique. Es un detalle; pero lo primero es la observación.

Dio media vuelta y desanduvo la calle.

-Hola, Teniente B.

Casualmente, he aquí el tipo que puede hacer una narración.

"Traído del cabello", pero hemos de confesar que no existe un hombre que no haya sido traído del cabello.

El Teniente B es un amigo de nuestro Teniente.

Se dieron las manos.

-¿Qué tal?

-¿Qué tal?

-¿Qué es de esa vida?

-Bien, ¿Y tú?

Etc.

-Oye lo que me pasa.

-¿ ?

Tenía los ojos del buen tiempo.

-Ayer estuve con ella.

-¿Sí? Cuenta.

He de poner a los lectores al corriente de lo anterior. Ella -perdón por el desconocimiento de la facultad penetrativa- era una mujer que mantenía con el Teniente B asuntos amorosos. Una comprensión visual. Empezó con el tiempo, porque el amor es eterno. Saludaban y sonreían. Ella se casó con un abogado de color. Buen negocio. Un cualquiera, una cualquiera; pero él era jurisconsulto. Por supuesto, se da como sentado la belleza de ella. Magnífico óvalo; color admirable; ojos negros y movediza picardía.

Este es, refaccionado por "la literatura", el relato del Teniente B:

El día de ayer lo pasé de mal humor hasta las cuatro de la tarde (interesantísimo). A esta hora me dijeron: "Hoy no estará el doctor en casa; dijo que lo esperaba". Imagínate. Me quedé tieso y di una magnífica propina. Después volví a oír, para adentro: "Hoy no estará el doctor en casa; dijo que lo esperaba", y me puse pálido. Me temblaban las piernas. Era la primera vez que recibía una comunicación amorosa de Ella. Cuando los enamorados reciben una esquela (¿por qué, Teniente B?) la leen una y otra vez; yo oía insistentemente la invitación. Esta prolongaba mi receptibilidad auditiva como un buen manjar prolonga su sabor agradable en los órganos del gusto. (Nótese bien que estas cosas nunca las dijo el Teniente B; son un revoco literario, las especias de la mala comida). Tal vez había para dudar un poco; pero conocía muy bien al recadero y me puse la gorra. Las noticias nos ponen más alegres cuando son verbales (otra generalización, se acentúa nuestro modesto sistema novelesco); será porque se establece una especie de complicidad entre la persona que nos las trae y nosotros. La insensibilidad del papel contribuye a disminuir el placer que debimos sentir, o el dolor en su caso. Esta me parece que es la razón de por qué las noticias trágicas se acostumbra darlas mediante esquelas y las alegres, por el contrario, de viva voz. (¡Páginas inmortales!). "Era tanto mayor mi placer cuanto que días antes la había considerado perdida para mí; su matrimonio era un abismo". Se "apoderaba" de mí aquella forma de alegría que nos hace livianos y nos invita a dar limosnas generosas a los pobres. Pensando en cosas buenas el camino se me hizo corto y cuando menos lo creí estuve en su casa. Me esperaba con los brazos abiertos. Figúrate la locura que sería. Nos abrazábamos y besábamos como desesperados. Me daban miedo sus ojos encendidos. Después entramos en un saloncito y nos quedamos allí hablando

cerca de dos horas, muy delicadamente, acordándonos de todo lo que había pasado entre nosotros antes de ahora; y diciéndonos todo lo que nunca nos habíamos dicho. Pobre muchacha, ¡caramba! Es muy buena y tiene los brazos muy blancos. Francamente me daba pena su situación; debe pasar con el marido una vida de demonios. Si hubieras visto su alegría por estar unos momentos conmigo. Pero no acabo todavía; aquí viene lo trágico: estábamos como te cuento cuando oímos unos golpes a la puerta. Nos: miramos las caras: éramos unos cadáveres.

-¡Él!

-¡Él!

Y me paré de un salto.

-¿Qué hago?

-¿Qué hacemos?

-Dios mío...

-¿ ?

-Escóndete.

Y salió muy alegre.

Yo fui un reptil bajo el sofá.

Claro, no tenía miedo; pero por ella, por ella.

Después oí voces: hablaba el hermano de él. Oh, me tengo muy conocidas todas esas voces. Un largo silencio afuera, mientras aquí dentro, en el pecho, había una bulla endemoniada.

Vinieron unos pasos menuditos y me pareció ver a la hermana de él, con zapatos de tacones bajos, que buscaba algo. Se me extravió el pensamiento.

-Hola, hola -dijo, encontrándome.

Se atravesó mi corazón en la garganta.

Saqué la cabeza. ¡Era ella! Transformada, pues se había puesto de casa, para demostrarme intimidad.

-Ya lo mandé, no te asustes.

Figúrate, hombre, figúrate. Lo del principio. Estábamos que nos comíamos.

Claro que tuve que salir a las ocho porque no fue posible que me quedara. ¡La tarde que he pasado!

Se refregaba las manos y movía los ojos hasta sacarle chispas. Tenía adentro una cuba de alegría como una cuba de vino.

Pero a nuestro Teniente estas narraciones le picaban el egoísmo. Era capaz de moverles los omóplatos como a las molestias de la espalda y hacerles el gesto unilateral que acerca una comisura de la boca a la ternilla correspondiente.

En especial porque el Teniente B era un maniático de la primera persona del singular; a cada momento se le sorprendía: yo soy, yo estaba, yo era, etc., etc., y como al nuestro tampoco le disgustaba la fórmula, no había tiempo para que se entendieran. Entonces: tan amigos, no; a cada uno le instigaba un punto de aversión que quedaba guardado sin decirlo y que, existiendo, no molestaba tanto que pudiera aparecer, por el resarcimiento que proporciona la vecindad de alguien que nos diga algo. Además algunos puntos de contacto, igual número de estrellas e igual vestido, les aproximaba.

Con la carga del amigo al lado -es una carga porque cuando nos encontramos con otro es necesario pensar en las cosas de él a más de las nuestras- siguió ocupando su desocupación. Andar por llenar el tiempo, por esperar que sean las doce (en los demás casos se pondrá otro número), hora capitalísima en la vida de un hombre que no tiene qué hacer, hora del almuerzo; tras la cual se luchará por llenar el tiempo en espera de las siete. El hombre común gira en torno de estas dos horas y todos sus negocios y operaciones están en referencia con ellas; así nunca dice "a las dos" o "a las nueve", sino "después del almuerzo", "antes del almuerzo", "después de la comida", "antes de la comida". El tiempo, para nosotros, ha comido una sola vez: el año I de la E. C.

Aunque también el amigo nos distrae y es causa de una fuga concentrativa, perdemos el hilo de lo que obstinadamente teníamos en el cerebro, importante o estúpido, pero obsesionante...

Bien: los dos Tenientes hacían tiempo.

Y como dentro de los accidentes de la vagancia puede presentarse cualquier rincón, apareció

La Ronda

el barrio clásico de los gimoteos.

Cuando se escribe "La Ronda" todos se imaginan una capa española y hasta se ha llegado a pensar en serenatas con guitarras y en palabras hediondas de borrachos. El ojo del puente mira la calle estrecha. Hay un definido sentimiento de lo anacrónico ante la amenaza de un hombre moderno, que pasara haciéndose de lado para que la intimidad de las casas no manche su vestido o lo deje emparedado entre pinturas de esclavos. Ahora el barrio se muere; se viene encima "El Relleno" que modernizará la ciudad, porque algunos se han cansado de las calles antiguas. Y reaccionando contra "El Relleno" se han alineado los gemebundos y los neo-gemebundos. Todos están un poco ridículos.

Los gemebundos son los legítimamente heridos. Viejos, fieles a lo viejo. Echan una lágrima gorda, y, como niños, se refriegan las ojos con el puño, protestando desconcertadamente contra las manos criminales y profanas que nos roban lo característico de la ciudad. Están sinceramente boquiabiertos ante las deyecciones de los otros siglos. Sin embargo "El Relleno" se viene encima.

Los neo-gemebundos son los revolucionarios, del lápiz o de la pluma. Han hecho malabares con las palabras o han torcido las líneas, pero sobre la base de los recuerdos. Estas calles que son como recuerdos les ha desequilibrado el espíritu. Hacen cosas nuevas del motivo viejo, y así están atados a la tradición, manoteando en el aire. Parece que tentaran un desprendimiento y sus lágrimas son gotas de sudor, arrancadas por el esfuerzo. No comprenden exactamente el disfraz. Pero desdeñan a los gemebundos y les enseñan los dientes. Estos también enseñan los dientes a los neo-gemebundos. Oh, qué gloria, todos se enseñan los dientes.

Francamente, no comprendo su emoción.

Habría que averiguar si el suburbio tiene una belleza intrínseca o si la serie ininte-

rrumpida de exclamaciones romáticas encaminó a nuestro espíritu a creer que la tiene. Tanto se ha dicho lo mismo que el primer hombre que se asoma a la esquina -siempre está provisto de "la suficiente dote de cultura"- puede y debe admirarse:

-Oh, esto es una maravilla.

Escondidos tras los postigos de las puertas hay una infinidad de epígonos que, a su declaración, saldrán a batir palmas. Nuestros zaguanes, aparentemente desiertos, están poblados de hongos.

En verdad, puede ser muy pintoresco el que una calle sea torcida y estrecha hasta no dar paso a un ómnibus; puede ser encantadora por su olor a orinas; puede dar la ilusión de que transitará, de un momento a otro, la ronda de trasnochados. Pero está más nuevo el asfalto y grita allí la fuerza de miles de hombres que han bregado por el pan en nuestros días. Y como canta allí, dinámicamente, la canción del progreso, como hay un torbellino de vida, debemos sentirnos mejor en nuestra carrera tras el tranvía que oyendo el eco de las pisadas en el tubo de la calle.

Los neo-gemebundos creen en su liberación sin ver que son esclavos del pasado. Somos y no somos porque es muy cómodo el descanso sobre lo que se hizo conquista; así se paga lo que nos dieron y despoblamos el presente. ¡Siempre cara a atrás!

-Oh, esto es una maravilla.

Lo malo está en que nuestra admiración es improductiva y en que si nos dedicamos a revocar lo que se cae, a hacer la limpieza de lo que construyeron, seremos ridículos ante nuestros hijos.

Y dirán de nosotros:

"Los escuderos de nuestros abuelos".

O:

"Los maestros remendones".

Muchos sabios ventrudos de este tiempo trabajan con ahínco, "como negros", por conquistarse el glorioso título de maestros remendones.

Los Tenientes taconeaban por La Ronda.

De la belleza de La Ronda no había para qué preocuparse.

Todo lo más, de estar atentos a una probable sonrisa acogedora que podía iluminar una ventana.

Y si les visitó la manía recordativa como a todos los héroes novelescos, despertar la movida aventura occidental, durante el tiempo de la caza de hombres en las comisiones militares. Como aquéllas de la costa, en que, cuando los criminales alineados a bordo habían perdido el alcance de la playa, a las primeras claridades, después de atarles hierros a los pies, Maestro Luces gritaba a voz en cuello:

-Aclarar la boza,

y un marinero tras un hombre esperaban el disparo de la campana, a cuyo aviso un solo golpe resonaba en el mar; el mismo que, las primeras veces, quedaba resonando largo tiempo en el espíritu con la visión tormentosa de los ahogados.

Por lo menos, en esta historia del mar queda alguna sensación transparente: "Maestro Luces", el hombre que daba la voz, por su denominación en el barco.

Pero se ve todavía un hombre suspendido de un árbol, sometido al suplicio de per-

der sus falanges y miembros uno a uno, mientras incita su consejo amenazante: "Mátenme, mátenme, que si quedo vivo..."

Y el engaño de dejar huir unos cuantos pasos a los apresados, para tenderlos a tiros en el campo. Todo esto lo ha visto el Teniente B y pudo referirlo una vez más.

Los Tenientes fueron a comer al Casino; pero, en un momento de despecho, pudieron ir a un restaurant, a perfeccionar el domingo.

Si hubieran ido, pongamos a "El Cóndor" por ejemplo, tendría ya este motivo:

Encontrarían, irremediablemente, a dos hombres del Norte, que conversaban cosas de su pueblo.

-¡Mozo! ¡Mozo! (Esto es de los Tenientes).

Lo posterior es conocido.

Esto también, pero lo pongo:

-Ah, me encontré pues con el Antonio, adivina onde. ¡Pobrecito!

-¿Onde?

-En el manicomio.

-¡¿Qué, está de loco?!

Estar de loco, como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia. Se puede también estar de bruto sin mayor sorpresa de la concurrencia.

¡Ah! Ahora que hablamos de locos, nuestro Teniente recibió una carta significativa, honda, que puede desquiciar a cualquiera. La recibió hace unos ocho días.

Estaba escrito:

Mi querido señor Teniente.

En la ciudad.

Esta tiene por objeto saludarte y saber de tu familia.

Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada. Y nada más.

"Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada". "Te contaré que los sirvientes del Sol..." ¿Qué me han querido decir con esto? ¿Por qué han puesto "sirvientes"...? Es del manicomio o mis amigos están de canallas. Ja, ja.

No hace ninguna falta el menú.

Diré algo de la noche, que eriza los nervios de los desocupados. A la noche se la espera como a una visita inevitable a la que hay que hacer inclinaciones de cortesía, la que no nos dice nada, la que nos hace bostezar disimuladamente, la que es el broche de una jornada hastiante.

En efecto, la noche es vacía tras un día vacío.

Como la noche se hizo para mirar las ventanas de las casas, cuando ya se ha hecho esto durante el día es de la más completa inutilidad. Obligado descanso tras el descanso.

Nueva pesadilla de lugares, nos amenaza y estaremos obligados a sufrir su representación ante nuestros ojos.

El Teniente, manos en los bolsillos, hacía tiempo hasta la hora impuesta de "no tener qué hacer". Tal vez en espera del momento iluso en que una novedad imprimiera nuevo

ritmo a la vida. La renovación no llega nunca y esta espera es una continua burla a la trama novelesca que nunca daría motivo para un libro si no se pusieran a mentir como descosidos, imponiéndose las suposiciones no como tales sino con una apariencia tal de realidad que engañaba al mismo mentiroso.

Ya llega el toque de muerte. La novela realista engaña lastimosamente. Abstrae los hechos y deja el campo lleno de vacíos; les da una continuidad imposible, porque lo verídico, lo que se calla, no interesaría a nadie.

¿A quién le va a interesar el que las medias del Teniente están rotas, y que esto constituye una de sus más fuertes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu? ¿A quién le interesa la relación de que, en la mañana, al levantarse, se quedó veinte minutos sobre la cama cortándose tres callos y acomodándose las uñas? ¿Cuál es el valor de conocer que la uña del dedo gordo del pie derecho del Teniente es torcida hacia la derecha y gruesa y rugosa como un cacho?

Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas; y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida. Las otras son únicamente suposiciones: "puede darse el caso", "es muy posible". La verdad: casi nunca se da el caso, aunque sea muy posible. Mentiras, mentiras y mentiras. Lo vergonzoso está en que de esas mentiras dicen: te doy un compendio de la vida real, esto que escribo es la pura y neta verdad; y todos se lo creen. Lo único honrado sería decir: estas son fantasías, más o menos doradas para que puedas tragártelas con comodidad; o, sencillamente, no dorar la fantasía y dar entretenimiento a los John Rafles o Sherlock Holmes. ¡Embusteros! ¡Embusteros!

Pero no; no tiene importancia. Lo que quiero es dar transcendentalismo a la novela. Todo está bien, muy bien, muy bien. "El arte es el termómetro de la cultura de los pueblos". "¿Qué sería de nosotros sin él, único disipador de las penas, oasis de paz para las almas?"

"Dios es un ser perfectísimo, creador y soberano Señor del Cielo y de la Tierra"

El Teniente, con las manos en los bolsillos, procuraba hacer algo por las calles, como calcular el precio de las casas y contar los sombreros hongos que se ponían a la vista.

Y una idea súbita, ya que somos seres de repetición:

"Un militar no debe llevar las manos en los bolsillos", acompañada de la reacción contra el decaimiento inconsciente de la voluntad: la curvatura de la espalda, la combadura del pecho.

En la noche, una escondida fuerza lo ha arrastrado por las calles oscuras.

Se perfila la visión de

El Placer
y los hombres de ojos brillantes

Pocos, reconcentrados, siniestros, con la mirada fija en las casas borrachas.

La borrachera de las casas es algo hondo, que no sale pero que se adivina. La constituyen las exaltaciones de adentro. Es evidente que todas ellas deben hacer una gran borrachera, revelada por la iluminación de una ventana con luz de vela o por una risa es-

pecial, conocida hasta la saciedad y que va a sacudir el anhelo. Se cree que tras de esa risa irá un palmoteo en el glúteo. Sonido ancho, lleno, de carnes gordas.

Las luces necesitan unas frases propias: siempre provienen de una vela chorreada, de pavesa masacotuda, y como el viento se entra por las rendijas y los entarimados, en las ventanas titilan, se agachan y gritan. Cuando la fachada está negra, por la puerta de la calle se ve una cuchillada clara en el patio fangoso. Cuchillada que es fija y certera. Desaparece y aparece, conforme la puerta trague o vomite un hombre. Siempre hay alguien que espera las bascas de la puerta. Cuando por excepción no lo hay, debe ser dolorosa la inquietud de adentro.

Los que van por estas calles se agazapan en sí mismos, en espera de la hora necesaria de vergüenza. En los ojos les brilla algo. Yo tengo sobre mi mesa un búho negro, con ojos de cristal amarillo claro. Empecinados como burros cuelgan el belfo a la hierba del amor en espera del momento de la descarga del deseo.

Si no llegó el momento propicio, tendrán para rumiar su desgracia triste.

Cada ciudadano ha hecho lo mismo. ¡Pobre ciudadanía! Peor para el que no sufrió el acompañamiento que remuerde las uñas ennegrecidas por la higiene del caso.

La visita a los

Barrios bajos

daba la exacta significación de estos movimientos incesantes, materiales y espirituales, que dejan un sedimento en el ánimo.

Visitados por la curiosidad al fin traen el milagro del deseo, obligación en contra nuestra que nos perseguirá hasta ser satisfecha.

De un salto, los recuerdos fueron al Teniente. ¡Esas escaleras que llevan la calle afluente a una puerta negra! Escaleras características, de adobes, y sebosas por las caricias de las manos de los chicos; derrumbadas y maltrechas; oscuras, por donde hay que subir a tientas; inquietantes porque parece que el crimen está tras la puerta; desvergonzadas, que dan al que las sube un gesto divertido y una coraza contra el asco y la suciedad.

La mugre no impresionará en adelante ni hará enrojecer el encontrón improviso con la de todos; antes bien, se le dará la mano en la vía pública, por más que la categoría de Ella le haya ensuciado las medias y los salientes encajes de las enaguas. La que hizo temblar por lo flaca, por lo arrugada, por lo verdosa: que tiene un revoco de pintura, como nos dio la exaltación, se nos acostumbrará tanto que dejaremos la decencia por el sabor de la mujer conocida. El sabor de la mujer conocida que se nos ahonda progresivamente, haciéndonos cavilar, proyectar y encender la ilusión. De manera que vacilamos ante otra por el aviso intuitivo del fracaso y porque la primera es tan dócil que se va tras la simple guiñada; no se presenta con ella la carga de la declaración y del trato. ¡La declaración y el trato!

Dentro está todo tan sucio y emocionante. Hay una verdadera agencia de carnes viejas. Muchas camas y muchas voces. No importa que los vecinos charlen y se rían o que haya borrachos hediondos.

-¡Calla, bruto!

Y otras exclamaciones.

Sobre todo emocionan los niños, arrojados como trapos; dormidos, con la piel sucia al aire. Candidatos, candidatos.

Hijo de la habitación trajinada; hija de la agencia humana: tu madre te echará a la calle.

Serás ladrón o prostituta.

De hambre te roerás tus propias carnes.

Algún día te acorralará la rabia y, no teniendo cosa más brutal que hacer, vomitarás sobre el mundo tus desechos. Estará bien que devuelvas el préstamo usurario; deyección de una deyección, que es como el monto en las operaciones de contabilidad.

Después dirán: amor y bondad. ¿Qué amor? ¿Qué bondad?

Claro que andan por allí oleografías santas. Es para ellas su haber de devoción. Cuando el Arcángel Gabriel y el Mártir Sebastián vayan a las traperías, daremos zapatetas. ¡Oh, daremos zapatetas! Pero, por qué zapatetas ¿pero, por qué el mayor porcentaje de oleografías en los barrios bajos corresponde al Arcángel y al Mártir? No será por la indumentaria, ni por Lucifer, ni por el tronco del árbol. En fin, vayan a saberlo. Será porque el lunes atropellaron a un perro.

Larí, lará

El Teniente, camino de Pereira 57 (al zaguán), sintió pasos tras sí y volvió a ver; como no había nadie siguió andando con cuidado. Otros pasos...; entonces tuvo miedo. El que empieza con la inquietud, que hace como que muerde los talones o sopla el frío a la cara. Graduándose, aumentándose, como suavizando el músculo para la carrera. ¡Qué frío! Este soplo es algo molestoso; incomoda la espalda y hace encoger los hombros.

"Yo tuve una vez un perro de aguas... En esta oscuridad no se puede ver la hora que es... Ayer de mañana un hombre se ha hecho loco... ¡Si yo me hiciera loco!" Hay aquí una descarga hormigueante que se prolonga desde la cabeza hasta las uñas.

Y cada vez eran sus piernas más ágiles. La puerta la cerró de golpe, con el último temblor, ya librado de los cuernos del diablo o de las costillas blancas del muerto.

Pero después se piensa: "Bueno, ¿y yo por qué tengo miedo?" Claro que por nada, que se sepa. Sólo que su evidencia vapuleó los muslos de manera inmisericorde y nos queda la violenta contracción cardíaca para erizarnos todavía los pelos.

Dentro parece que terminó el peligro. Sale la casaca con mucho sosiego. ¿De dónde sale la casaca? ¡Oh!

Y como la cama estaba deshecha y las sábanas estarían frías y no había allí a quien decirle:

-Hola, ¿qué es de esa vida? ¿Cómo se ha pasado el día?

y darle un beso y obtener una que otra caricia, el Teniente, que era esencialmente familiar y casamentero, empezó a dar suspiros: Caramba, si hubiera allí una mujercita.

Bueno, después de todo, en resumen, se ha hablado de la espera de la mujer. No tendrá nunca la mujer única, que conviene a nuestros intereses, que existe y que no sabemos dónde está.

La espera de la mujer

Un bostezo tras el bostezo, el sueño.

Ahora se me viene una observación que es necesario grabarla:

El cinematógrafo es el arte de los sordomudos.

Hacia algún tiempo leía un libro, lleno de frases modelos: "La iniquidad siempre triunfa sobre la bondad y la inocencia". Pobre hombre. Cómo se ve que no ha ido al Teatro.

Tengo sobre la mesa dos pipas que no se fuman.

Nubloso, como la llegada del sueño.

Voluntad de la parálisis, descendente, blanda, larga.

¡Ay! -El salto en el lecho, creyendo que se caía-.

De nuevo la voluntad de la parálisis.

Hasta la hora de la vendimia de los espíritus, cuando en la ciudad han dejado de pensar sesenta mil hombres. Cuando, en la ciudad, el silencio se ha enfundado en la inmovilidad de los cuerpos.

Cuando se ha hecho la tiniebla subjetiva.

(Así, entre paréntesis, vamos a ver el episodio

Tentativa de seducción

acaecido al tiempo que es más fuerte la inquietud de la soledad y en que la idea asociativa hace perder la fortaleza de hombre. Hay que tener en cuenta que cual fortaleza es inútil; la debilidad viene al fin, en todo caso, como por atracción de fuerzas contrarias.

Una mujer joven, entrada en carnes. La sobrina de la dueña de casa. La que el Teniente ha saludado tantas veces en el zaguán; se pone colorada y se le nota más el blanco en los ojos.

La tentativa está sometida a un plan. Cuando comprendió el Teniente la necesidad de la liberación de su tributo a los barrios bajos, se le ha presentado la serie de posibilidades existentes con cada una de las mujeres a quienes desearía. Y descartadas las otras por su dificultad, proyectaba con ésta que aunque no tenía ningún requisito ideal la suponía más fácil.

Facilidades: ausencia de la tía; disponibilidad de ella porque de su examen externo se comprende bien claro que es boba.

Es boba, es boba, es boba.

A la casa no va nadie.

Entonces organizaba el plan. Una resolución de enamorar, sin estar enamorado, derivada de la conveniencia de que una mujer sea nuestra sin que sea hermosa, ni menos; ya que es más conveniente que el que sea de otro.

Hay que empezar, tarde o temprano: sea esta la ocasión.

Y se sentía conquistador.

Aquí el recuerdo de que hacía algunos meses, cuando tomó su pieza de arriendo, el que le acompañaba le dijo que tenía unos hermosos ojos y ella se encendió.

Sólo faltaba el día de la visita, retardado por pereza, porque hay que salir a la calle, porque hay que ir al cinema, porque estaban sucios los zapatos, porque no había para rasurarse la barba.

Hasta que se realizó la idea, con buen ánimo; limpiándose muy bien las uñas y perfumándose la boca con chiclets.

No recuerdo si se le había pedido la visita; pero, valiente, llamaba por allí, bien atrás, después de haber atravesado muchos corredores -todas las casas son viejas.

Se le hizo entrar y tomar asiento.

Fotografías en los chineros, fotografías en las paredes, fotografías en las mesas: la madre, la abuela, la tía; el padre, el abuelo, el tío, colorados y mostachudos.

Bueno, la sobrina de esta tía soltera, ¿es sobrina?

Entró la muchacha. Un poco chola y con los pelos gruesos. La carrera de los piojos en la mitad, y con trenzas. Sólo que era exuberante y de boca jugosa.

¡Ah, ese sombrero con que la había visto por la calle!

Pero, con todo, se charló y se charló.

-¿Y cómo se llama su mamita?

Le salían gangosas -a ella- y campanudas las palabras, como al que no se ha sonado las narices.

Claro que la historia era triste y propicia. Contar que no se la tiene, que también murió el padre. Merecerse un silencio lánguido, y como la tarde estaba entrada, un suspiro como de té.

-Déjeme que le bese la mano.

Inocencia. Estas cosas no se deben pedir.

Es gracioso ese beso de reverencia, fugaz porque él también se había emocionado. Sobre el dorso, un poquito más arriba que en los tiempos antiguos; pero con la misma inclinación de los tiempos antiguos.

Volteando los ojos, hasta el extremo de ver la cara que ponía: colorada, ardiendo de que le besen la mano.

Debe ser, con todo, una alegría.

Salió, sonando las espuelas.

Mi Teniente, aunque esté de amor, siempre lleva espuelas.

Deficiencias y características de la primera sesión:

La distancia. La primera sesión adopta una distancia; por falta de intimidad o por miedo de que nos vean la verdad. No se alcanza a creerlas tan sencillas que no puedan sorprender lo que parece que se lleva escrito. Y cuando se les examina los ojos se tiene la imperiosa necesidad de ponerles un biombo a los nuestros, hasta poderlos cubrir decentemente. El de la soledad es magnífico: en todas partes he leído que se lo confiesa: "yo estoy solo", "tú estás sola". Es una conjugación artera y socarrona. Atrincherados, en espera del blanco para el ataque. La distancia como es fría es inconveniente; pero no puede suprimírsela en los prolegómenos.

Aunque tiene la ventaja de facilitar la tristeza.

La voz campanuda afloja las fuerzas; pero, después de todo, poco importa.

Si ante esa puerta abierta no pasara continuamente la mujer hoyosa de viruelas. Es el cancerbero molesto, con cara celosa como de perro.

Hubo grandes silencios, predisponentes o embarazosos. Bueno es el silencio en una visita de amor...

Pero curiosa esta resolución que fijó de antemano la orientación de los hechos, y la hemos formado infinidad de veces, para congratularnos interiormente del buen éxito y si no hacerle un gesto oblicuo al mal momento.

Es boba, con el agravante de la comprobación.

Nos inclinamos a no volver, como si hubiéramos sido defraudados. Pero ata algo igual a un compromiso. Me dijo un amigo de otro tiempo: "Una declaración tiene enormes responsabilidades. Figúrese usted la ilusión que podríamos dejar en una mujer a quien hicimos vislumbrar un afecto". Esto puede ser verdad. Tal vez, mejor, pudo serlo.

Y no lo olvidamos.

Al otro día se le encontrará con los ojos en la labor doméstica.

Seguramente estaba esperando.

Fue esta sesión más cordial que la primera. De mayor intimidad. Y ahora me he puesto a pensar si la intimidad establecida de una visita a otra fue obra de la presencia o, mejor, de la ausencia, del intervalo entre las dos que pudo haber sido llenado por la meditación y el riguroso examen de las ventajas y desventajas que implica una amistad.

Sea esto o aquello, hay nuevos lazos tendidos entre los protagonistas. Se dio los primeros pasos hablando de los hombres. ¡Ah, los hombres!, como dicen las muchachas bobas; y como siempre se tiende a la exclusión de la regla, les satisface la galantería. Tienen por delante la probabilidad de la aventura nupcial, primordial idea, a la que no dejan de dar tributo.

-Mi madre se llamó como usted; es un nombre dulce y me suena bien como que es un recuerdo.

Después vendrá el remordimiento de haber mezclado a la madre en un negocio canalla.

Ella se lo agradecía y había que acercar la silla y tentar un rozamiento de sus brazos gordos. Una emoción que se propaga hasta el temblor de las manos. El temblor de las manos en un enamoramiento parece que perdonara la mentira; este exceso nervioso tiene el tinte de una sinceridad virtual.

Y como no retiraba los brazos, buscaba ya las suavidades del cuello.

-Déjeme que la bese.

-Ah, no, no en la boca, no: nadie me ha besado hasta ahora.

Casi emocionaba la idea de besarle las manos. ¡En las manos sí! Ja, ja.

Pero como eso no hay que pedir...

¡Ya!

Le ardían las mejillas y al cabo le tendió la boca.

Le tendió la boca como se enseña la taza para que nos pongan el té.

-Nadie me ha besado hasta ahora; le juro que es usted el primero.

Es una frase que se riega, la mayor parte de las veces, como si se hubieran llenado las fauces. La dicen a boca llena y no se las cree, aunque sea verdad. Siempre están esperando:

-¿Ah, sí? Entonces me caso con usted.

Y la emoción es capaz de dar con ellas en tierra.

Como no dijo aquello queda suspendido el silencio como una duda.

Así termina, desequilibrada, la segunda sesión: pero Ella se cuelga de la esperanza y, como una promesa, le ubica la súplica del regreso.

Al tercer día hay de por medio una ocupación para que se le pregunte: "¿Por qué no ha venido?", y se dude, y se lastime el capricho.

Ya dentro de la intimidad, el nerviosismo de las manos vaga por el cuello y avanza hasta la atrevida caricia de los senos, aunque se defienda y arda como la tinta roja de escribir novelas.

Si no fuera preciso que esté esa puerta abierta, por donde llegan las voces de los inquilinos de abajo y los gritos de los chicos...

-Aquí nos pueden ver.

-Sí, es cierto; las cosas que pueden creer...

-Oye, ¿quieres hacer una cosa? Veámonos en otra parte.

-No; eso no. ¿Qué quieres conmigo? Eso no lo creas; si quieres, ven acá.

Bueno, caramba. Se ha imaginado que... Si hubiera un poco de paciencia...

-Sabes... no seas así...

[Sigue el lugar común de la discusión].

Precipitado, o poco hábil, o acostumbramiento de la simplicidad del guiño. ¡Qué mal va!

La falta de otro día.

Además la había visto en el cuarto de un antiguo inquilino. Derecho de antigüedad o parentesco. Eso no es lo peor.

Por desilusión le hará la mueca amarga del engañado, del que tiene adentro una pesadumbre.

Hasta que algún día vendrán con su domingo siete:

"Manda a decir que la mesa que tiene usted la han manchado poniendo vasos, y que como no se la dieron así, y que como no es de la casa sino prestada, es su obligación mandarla a charolar"

Vaya, vaya).

Teniente

Tu muerte repentina da un corte vertical en la suave pendiente de los hechos, de manera que en este brumoso deslizamiento me detengo y veo la noche.

Débora está demasiado lejos y por eso es una magnolia. Habríamos ido a verla.

Débora: bailarina yanquilandesa. Dos ojos azules. Sabía dar a los brazos flexibilidades de cuellos de garza.

Imagino que tiene un lejano sabor de miel.

Y por temor a corromper ese recuerdo guardo tu ridículo yo. Todos los hombres guardarán un momento su yo para paladear el lejano sabor de Débora, la que luchará por volver al espíritu cada vez más desmayadamente y a más largos intervalos, como un muelle que va perdiendo fuerza.

En este momento inicial y final suprimo las minucias y difumino los contornos

d e u n s u a v e c o l o r b l a n c o

VIDA DEL AHORCADO (*)

NOVELA SUBJETIVA

(*) Se publicó en noviembre de 1932, en los Talleres Nacionales de Quito. Posiblemente su título original fue el de "Rumiantes a la sombra" (novela), anunciada como de próxima aparición al final de "Débora"

PRIMERA MAÑANA DE MAYO

Ocurre que los hombres, el día una vez terminado, suelen despedirse de parientes y amigos y, aislándose en grandes cubos ad-hoc, después de hacer las tinieblas se desnudan, se estiran sobre sus propias espaldas, se cubren con mantas de colores y se quedan ahí sin pensamiento, inmóviles, ciegos, sordos y mudos. Ocurre también generalmente que estos mismos hombres, transcurrido ya cierto tiempo, de improviso se sienten vueltos a la vida y comienzan a moverse y a ver y a oír como desde lejos. Ya cerca, un mínimo número de esos mismos hombres introducen sus pellejos en agua, bufan, tiritan y silban. Luego ocultan todo su cuerpo en telas especiales, dejando fuera sólo sus aparatos más indispensables para ponerse en relación con sus vecinos y abandonan esos grandes cubos, con los párpados hinchados y amarillos.

Ahora bien: en este momento yo he despertado. Fue así de improviso, como hacer luz, como apagar la luz. Estiro la pierna, amigo mío, y veo en donde he despertado. Este es un cubo parecido a aquél en que todos los hombres despiertan. Se puede ver aquí medianamente, ya es de día. Ya es la hora de ayer, compañero. Está todo en su sitio.

Pero los párpados vuelven a cerrárseme, pero ya es la hora de ayer.

-Andrés -silba una voz bajita.

Me incorporo de un salto. Escucho. ¿Quién me ha llamado? Aquí no puede haber otra voz que la mía. Retengo el aliento. Me levanto de puntillas, todos los sentidos abiertos. Es preciso observar, que en este cubo hay algo peligroso.

Venid, entrad, señoras y señores burgueses, señoras y señores proletarios. Entrad vosotros los expulsados de todo refugio y los descontentos de todos ellos. Entrad todos vosotros, compatriotas de este chiquito país. Vos, compatriota obeso; vos, compatriota esmirriado; vos, compatriota de la nariz de salchicha; vos, compatriota empolvado; vos, compatriota romántico; vos, compatriota aburrido; vos, vos, vos.

No habed miedo de no tener sitio. Más bien venid a admirar la capacidad de este cubo de grandes muros lisos y desnudos, en donde todo lo que entra se alarga o se achica,

se hincha o se estrecha, para adaptarse y colocarse en su justo sitio como obra de goma. Mirad al obeso compadre Tixi como ha perdido su enorme barriga para dar sitio a sus alegres y bondadosas comadres, y mirad a estas bondadosas comadres como han perfilado y achatado sus alegres rostros por no ser una molestia para las voluminosas rabadillas de aquel inteligente estirado como una tripa. Y mirad al venerable burgués Heliodoro como está de aplastado que parece un pobre dibujo en el piso. Aquí en este cubo hay sitio para todo el mundo.

Pero venid, entrad a ver cosas y cosas.

¿No queréis oír? ¿Sois sordos? ¿Vaciláis? ¿No os infundo confianza?

Bien, no importa.

Yo os traeré aquí a mi manera y os encerraré en este cubo que tiene un sitio para cada hombre y para cada cosa.

Quería explicaros que soy un proletario pequeño-burgués que ha encontrado manera de vivir con los burgueses, con los buenos y estimables burgueses.

He aquí un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión del aliento, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo. Tú también estás ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de este o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado en donde caerás después del salto.

Pero ya me lo aclaras todo: Estoy viviendo la transición del mundo. Aquí, delante de mí, está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos. Yo tengo un amor en estos siglos; yo tengo un amor en esta volcadura.

Mi padre y mi madre están allá sin comprenderme. Mi padre y mi madre son mis enemigos primeros. No les llegó la voz a tiempo y el tiempo de llegar la voz ha puesto un siglo entre uno y otro. Y he aquí que estamos para con ellos tan próximos como lejanos en el mismo momento.

¿Eh? Anda, levántate, enciende algo, que estás retardando el equilibrio definitivo del mundo. Después verás lo que haces ante los ojos húmedos de la madre. Pero eso al fin qué importa. Toda traba es burguesa.

Lo que sucede es que tienes pena de tu vaca y de tu cochino. Estás enamorado de tu vaca y de tu cochino y en lo sucesivo no se te van a permitir esas pasiones bestiales.

Mira, vamos a hacer una nueva vida. Una nueva vida maravillosa. Vamos a suprimir la corbata y el cuello. Vamos a permitir que todos los hombres se dirijan la palabra con el sombrero puesto. Vamos a prohibir las genuflexiones y las reverencias. Todos podremos vernos cara a cara. ¿Qué más quieres? ¿Qué es lo que vas a perder con eso?

¡Abajo, abajo la burguesía!

Pero cálmate, estás haciéndote un loco, amigo mío. Tírale un puntapié a la lora y escucha este sermoncito que he garrapateado para molestarte las orejas.

"A ti, camarada burgués:

Te ruego hagas por dar contestación a las preguntas contenidas en el pequeño pliego que voy a leerte y aguces el oído para las otras cosas que en él se dice".

Ejem. Ejem. Cúju, cúju.

"Camarada:

Cuando estás delante del poderoso, ¿por qué tiemblas? Todo poder viene de ti. ¿Por qué no le escupes? ¿Por qué no le envileces con su misma pequeñez? ¿Por qué no le abofeteas?

¿Sabes que él esté hecho de otro barro que no sea una poca cosilla de miserias y vergüenzas? ¿Por qué te humillas? ¿Por qué?

Espera que la piara se dé cuenta de que la sordera del todopoderoso no tiene edad y verás cómo se viene -hambrienta e inflamada- y aprieta el cuello de los usurpadores. Y verás como les hace saltar los ojos, igual que a esos enanitos de celuloide. Y verás cómo goza la piara y se estira y se conforta.

Luego los grandes devorarán a los chicos y entonces tendrás que ponerte a temblar ante el nuevo poderoso, porque estás hecho de carne de esclavo.

Ya ves cómo los otros gobiernan en nombre del pueblo y usufructúan tus lágrimas. Ya ves cómo han hecho a tu mujer y a tu hija ricos presentes, y ya sabes cómo gozarán con ellas a costa de tu propia amargura.

Un día los imbéciles no pudieron vivir solos y se volvieron impotentes para reclamar su calidad de hombres. Entonces sus padres les vapulearon y no abandonaban los foetes para que ellos no abandonaran la azada. Y cuando murieron sus padres, fueron sus hermanos los que les vapuleaban. Entonces los tiranos cobraron renta por dar azotes y hoy te los dan hasta cocerte las rabadillas.

Y no llegará el día en que te hayas reconquistado. No eres tan fuerte como para deshacerte del yugo.

Mira el día pasado y el de hoy y mira así todos los días de tu vida. Estás hecho de esclavo como tu voz está hecha de sonido. Así totalmente y sin esperanza.

He dicho, camarada."

-¡Bravo! ¡Bravo el compañero Andrés!

-¿Has oído todo? ¿Has oído?

-¡Que bien!

-¡Pero si dice las verdades el camarada Andrés!

-¿Has oído? ¿Has oído?

-¿Has oído?

A eso aconteció que se hizo el silencio en el cubo.

Entonces todos pusimos nuestros ojos en el panadero Alejandro. Algo nuevo y grande iba a suceder ¡Pongamos todos nuestras miradas en el compatriota Alejandro!

Ha cerrado los ojos beatíficamente como un santo dormido. Ha cruzado los dedos sobre su hermoso vientre abombado.

Luego goza mucho y se ventosea largo, largo como un gemido. Todos vemos ¡todos lo vemos! como se le desinfla el vientre ¡aquí en el cubo!

¡Deteneos! ¡Deteneos, señores burgueses y señores proletarios! ¡Una sola palabra más! ¡Deteneos compatriotas de este chiquito país; compatriotas obesos, compatriotas esmirriados, compatriotas, compatriotas! ¡Deteneos!

...Pero ya nadie quiere oírme, ay, pobre de mí.

2

Ana, primer instante de la mañana más amarilla.
Ana, piel de piel de durazno.
Ana, ¿le gusta a usted la bicicleta?
Ay, Ana, señorita, dígamelo y estafo.

Ahora me pongo a decir mi hermosa oración matinal.

ORACIÓN MATINAL

Mi Señor y mi Dios, Tú que todo lo puedes: con el mayor respeto y consideración vengo a pedirte me hagas el señalado servicio de no darme una mujer que gaste paladar de caucho.

HAMBRE

El Gobierno de la República ha mandado insertar en los grandes rotativos del mundo esta convocatoria escrita en concurso por sus más bellos poetas:

¡ATENCIÓN! ¡SUBASTA PÚBLICA!

Atención, capitalistas del mundo:
El Chimborazo está en pública subasta. Lo daremos al mejor postor y se admiten ofertas en metálico o en tierra plana como permuta. Vamos a deshacernos de esta joya porque tenemos necesidades urgentes: nuestros súbditos están con hambre, por más que tengan promontorios a la ventana. Hoy es el Chimborazo, mañana será el Carihuairazo y el Corazón; después el Altar, el Illiniza, el Pichincha. ¡Queremos tierra plana para sembrar caña de azúcar y cacao! ¡Queremos tierra para pintarle caminos!
Atención, capitalistas del mundo:
¡Los más hermosos volcanes están en pública subasta!

PERRO PERDIDO

“Buena gratificación se dará a la persona que encuentre y devuelva a su dueño un perro perdido en el parque municipal, el día de ayer entre las cinco de la tarde. Faldero, color café, con collar, responde al nombre de Peter.-Villa Margarita.-Avenida de las Acacias.-Tel. 45C.”

Y asimismo la vieja Anatolia -lo puedo ver desde mi ventana- ha cogido a su pequeño hijastro, poniéndole los cueros al aire, y mientras le chicotea el fundillo le está gritando:

-Ay, perro perdido, te fuiste a la maroma sin pedirme permiso. ¡Toma, perro perdido. Toma, perro perdido!

Ji, ji. Ji, ji. Huy, huy, huy. Ji, ji.

5

ODIO

Quiero entenebrecer la alegría de alguien.

Quiero turbar la paz del que esté tranquilo.

Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego; justamente como el parásito que ha tenido el acierto de localizarse en tu cerebro y que te congestionará uno de estos días, sin anuncio ni remordimiento.

Entraron al cubo cautelosamente, de puntillas, como ladrones asustados. Anhelaban. Qué angustia en el pecho, qué palpitar cardíaco, qué desasosiego y qué espanto. Entraron y se revolcaron.

Luego vino la queja y el reproche y el insulto. ¡Una razón! ¡Sólo una!

Entonces ella le puso la voz temblorosa en la oreja, deshilvanando el cuento.

-...Y una mañana, aprendiendo a montar en bicicleta...

10

Al fin los chiquillos de la Universidad tuvieron una idea genial.

Antes de ir a clase hicieron, una mañana azul, abundante provisión de pistolas, de tal manera que para cada chiquillo había una pistola. Y cada chiquillo se guardó su pistola.

Entonces se abrió la clase y todos tomaron el sitio de cada día. Sobre su sillón de cuero, el Profesor sabio hacía gestos y hablaba, hablaba y hacía gestos; pero sus palabras, apenas salidas de los labios, se le caían en la punta de los zapatos: era que no podían avanzar porque la clase estaba llena con el coraje de los chiquillos, cuyos corazoncitos hacían bum, bum; bum, bum.

Y ya cuando el Profesor sabio había acabado por ponerse majadero, el chiquillo de los bigotes delgaditos púsose en pie y dijo:

-¡Señor Profesor! ¡Usted no es nada más que un majadero!

Y el Profesor sacó los ojos el tanto de un jeme y los metió y los sacó.

Entonces el de los bigotes delgaditos dijo también:

-Todos los chiquillos de la clase hemos decidido suicidarnos en masa porque usted es un majadero.

-Hemos resuelto suicidarnos en masa porque usted es un majadero -dijeron en coro.

Y todos los chiquillos sacaron sus máquinas y cada uno se puso la suya en el hueco de una oreja. El compañero de los bigotes gritó:

-¡Uno!... ¡Dos!... y... ¡Tres!

¡Pum!

Cayeron heroicamente, como deben caer los hombres. Y el Profesor sabio, dejando de hacer gestos, se puso a buscar a gatas por la clase las palabras inútilmente perdidas.

REENCARNACIONES

Después de su muerte, el poeta Armando, que en vida había sido el príncipe de las delicadezas, reencarnó su espíritu exquisito en el equipo basto de un alazán de pocos ánimos. Y el animal del dueño, a horcajadas sobre la nueva envoltura del poeta Armando, para que cobrara esprit le espoleaba hundiéndole en los ijares grandes rodajas afiladas; le espoleaba, le espoleaba.

¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!

Y el gran boxeador filipino pasó a ser florecilla del campo para honesto goce de los pobres poetas, para adorno de la naturaleza, para perfume humilde de la hondonada. Pero el canalla cuanto estremecido colibrí una vez por día aplicaba su largo pico al riñón del filipino, haciéndole succionadoras gracias.

¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!

-¿Ana? No existe.

GRITO FAMILIAR

Si uno de estos días vienen a decirte: Tu madre viuda, o tu hermana querida, o tu tía, o tu hija, o tu abuela, ha tomado estado con el hombre que echa los bacines o con el que lava los cubículos de porcelana, ten mucho cuidado de no agitarte, de no congestionarte. ¡O tú, amigo mío!

Toma tu respuesta, pollo: has hecho bien, madrecita. Tu ternura, tus pasiones, tus actos, son tuyos ¡Ay del que quiera limitarte el dominio de lo único que tienes!

¡Ay!

ORACIÓN VESPERTINA

Y ya que esta mujer que me has dado, Señor mío, es tan esbelta y buena, y goza de miembros ágiles, sírvete darle protección, guiando sus pasos con el acierto que Tú sólo posees.

No vaya a ser que en media vía pierda su serenidad y se le eche encima uno de esos vehículos jadeantes.

¡Mujer mía!

Pensar que alguna vez tenga que consultarme con el cirujano para sustituir una por lo menos de sus hermosas y ágiles piernas con otra de palo gris.

30

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

El problema del arte es un problema de traslados. Descomposición y ordenación de formas, de sonidos y de pensamientos. Las cosas y las ideas se van volviendo viejas. Te queda sólo el poder de babosearlas. ¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

REVOLUCIÓN

Pesas, pesas tanto.

Pues salta sobre un platillo de la balanza para ver si nos das el gusto de elevar a los monigotes del otro platillo. Les placería volar.

Ya ves como hablan, como bracean, como juran, como se hurgan las narices.

HOMBRE CON PULGAS

Auténticamente he sabido yo de un camarada, Bienatendino Traumanó, que tenía la cara cuadrada, la nariz cuadrada, las manos cuadradas y la facha, en fin, cuadrada.

Y que este camarada Bienatendino tenía una mujer cuya cara también era cuadrada, cuya nariz también era cuadrada, y cuya facha en fin, era también cuadrada.

Y que Bienatendino Traumanó vivía en paz, con gusto para las salchichas, para los potajes porcinos, para las fiestas en el campo y para los hermosos gestos de amor de Bienatendina.

Entonces yo sé que el diablo le bisbiseó una noche: "Mañana te das un paseíto largo, Bienatendino" y Bienatendino al día siguiente tomó pasaje largo en automóvil.

Rueda y rueda por la carretera, Bienatendino vio al hombre con el hacha. Estaba yendo a dar el golpe, pero al ver el automóvil la detuvo y se quedó así en su actitud de cortar mirando, mientras pasaba, a Bienatendino, quien se estremeció y dijo:

-¡Ay, el hombre con el hacha!

Y no vio otra cosa Bienatendino hasta que se detuvo el automóvil, ya cerca de la noche.

-Cebadas, Cebadas.

-¡Ah! ¡ya! Era el pueblo de Cebadas.

Y vino la noche. Y como todas las noches, Bienatendino se estiró de espaldas en alguna parte, envolvió su cuadrado en unas mantas y se puso a llamar en voz bajita al sueño.

-Sueño, sueño, sueño...

Pero antes de venir el sueño alguien le dio un pinchazo en el muslo, y en el pecho otro, y en el cuello otro. y en la espalda otro, y otro allá, y otro aquí, y otro y otro.

Ay, las pulgas. Ay, las pulgas.

Bienatendino comenzó a agitarse. Ay, ay. Cómo caminaban de un lado a otro; cómo le hacían un surquito de estremecimientos sobre la piel granulada. Ay, ay.

Entonces Bienatendino ya estaba completamente agitado y echó sus mantas lejos. Se puso en pie.

Ay, aquí -rascándose con las manos hechas garras.

Ay, acá.

Ay, allá.

Bienatendino hacía flexiones. Bienatendino hacía gimnasia en la noche.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, las corvas.

Ay, la espalda.

Ay, la pantorrilla.

Ay, la nuca.

¡Jesús! Jesús! La existencia de las pulgas es denigrante para el hombre.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, me mato.

¡A-y, e-l h-o-m b r e c-o-n p-u-l-g-a-s!

JUNIO 25

¿Qué hora es?

Mira la belleza del cadáver en manos del disecador inexperto. Dócil, flexible, la piel lisa pegada al hueso, en las posiciones más inverosímiles de su repertorio. Se puede hacer de él lo que en vida no pudo hacer de sí mismo. Torturando su quietud para arrancarle aquella pequeña fibra escondida. A la derecha, a la izquierda, tan pronto arriba el pecho como la espalda. ¡Nathanael! ¡Agripina! Si tus parientes pudieran meter las narices por la rendija echaran sin vacilar una lagrimita. ¡Agripina! ¡Agripina! Mira su belleza descuidada y donosa. Ten cuidado de "esos magníficos huesos de las caderas que tienen la forma de una bacinilla". Ahí está sin pasión, sin odio, como nunca logró estarlo. Sin vergüenza, sin respeto.

Déjalo en reposo por un momento, que tome la posición de su vida. No hagas caso de ello; ya no tiene sexo. Antes no podías hablarle sin temor porque te conturbaba aquella lamparita de vida que se ha apagado. Hoy, sólo tú la tienes: eso es una cosa. ¡Agripina! ¡Agripina!

La van a dejar sin piel como a una cabra en el despostadero, y ella no tendrá vergüenza de quedar como una cabra despellejada porque la vergüenza la tuvimos en la piel. ¡Ya no tiene sexo!

Ya no tiene odio. Ya no ama. Ya deja que todo se estire sobre el hueso. Ya no le importan sus líneas angulosas y perfiladas.

Se le han teñido las orejas como después de la lujuria. La post-lujuria es una muerte pequeña. Así es ello como quedarse quieto, sin pensamiento y sin sentimiento.

Ahora está con los brazos atrás y el pecho alzado y las piernas rígidas. ¡Que hermosa la línea del cuello combado! El cabello opaco se riega como una llama. En esa posición muerta está santificando la actitud espasmódica del mundo.

Ahora le han desgarrado el vientre. Ahí hubo un sitio para un hombre, para un nuevo sentimiento; este sitio de él se encuentra vacío para no ocuparse nunca.

Ahora levantan sus brazos y le arquean el cuerpo, cabeza y todo, para que el cabello opaco caiga hacia adelante.

¡Que pobre guiñapo y que hediondo!

Esa cosa no fue pariente de nadie. Viniera papá y papá se taparía las narices.

Te quiere, pero hiedes.

Estando muerto como estás deberías preguntar a tu familia, como un cierto Felipe de España, por qué tardan tanto en amortajarte.

29

Cualquiera que lo desee puede asesinar impunemente a un hombre. Ved como:

Escoged cautelosamente a la víctima, que debe ser más o menos bien parecida. Rodeadla de atenciones y cuidados, de tal manera que le infundáis confianza. Decidle con frecuencia:

-Oh, que difícil es encontraros.

-¿Por qué no venís por casa?

-No sé por qué sois tan huraño.

Luego procurad que os visite y presentadle a vuestra hermosa señora.

Querida mía: he aquí a mi mejor amigo. Quiero que seáis como hermanos el uno para el otro.

Y hacedlos que se tiendan las manos un momento. Entonces poneos en guardia, atisbándoles, acariciándoles, mirándoles con sigilo a través de las cerraduras. Y cuando vuestro tiempo haya llegado, abrid violentamente una puerta cualquiera, haced irrupción brusca en la cámara, gritad:

“Canallas, cobardes”

Y disparad vuestro revólver acto continuo hasta vaciar toda la carga.

En seguida despeinaos.

En seguida congestionaos.

En seguida desorbitaos y desgarraos las vestiduras.

En seguida volad a la Comisaría de turno y alzando los brazos en la misma forma en que los sapos tienen las patas, confesad:

“Señor Comisario, acabo de matar a mi mujer y a un hombre”.

30

ELEMENTOS DE LA ANGUSTIA

El señor Alcalde echó a trotar por la callecita empedrada, satisfecho, pequeñito, con las manos a la espalda y la barriguita redonda bajo la cadena de oro del reloj.

Y trotó y trotó hasta el fin de la callecita.

Y cuando hubo llegado dejó de trotar, se rascó una oreja, se levantó el sombrero hasta media testa y echó a mirar la callecita por donde había trotado.

“Je, je. ¡Con el campo a tres pasitos de la ciudad! Je, je”

El señor Alcalde se metió las manos en los bolsillos y ensayó una pequeña marcha con las piernas tiesas, contoneándose satisfecho. Entonces tomó asiento a orillas del río, sobre una piedra azul, y se puso a mirar como corría el agua hacia el mar. Y ahí se estaba mirando, hasta que de improviso el corazón le golpeó el pecho con tanta impaciencia que el señor Alcalde se puso todo serio y demudado, y paró el aliento para escuchar...

La niña rubia se arrojó de bruces sobre el mueble rojo. La niña estaba vestida de amarillo.

¿Y por qué soy yo tan desgraciada?, pensaba la niña.

Mas como tenía una pequeña amargura, tuvo que dejarse de pensamientos y doblando las piernas por las corvas se puso a agitarlas en el aire, y arrugaba con las manos los almohadones de raso, y ocultaba la cara en donde más podía, y estaba toda ella convulsionada.

Se le llenaba el pecho de un sentimiento indefinido y grande.

Ya iba a estallar, como una bomba llena de aire.

Ya estalla...

“¡Ay, que desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!”

Y otra vez va a llenarse, para estallar de nuevo...

“Je, je. Con el campo a tres pasitos de la ciudad”

Aquel muchacho no ha llorado. Sólo se le pusieron los ojos como de vidrio.

Después se le subió el corazón a la garganta y ahí permaneció se diría anudado. Fijo, persistente.

¡Lo que tiene que ver la garganta con la angustia!

Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba nada. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla. Soy mi enemigo.

Pero ¿qué pasa aquí?, ¿qué pasa?

Recuerda:

“Cielo arriba, cielo abajo, éter arriba, éter abajo. Todo eso arriba, todo eso abajo, tómalo y alégrate”

Nada.

Agosto,
Setiembre,
Octubre.

ROMÁNTICAS

Hoy he encontrado los hermosos labios de Ana junto a los míos. La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

¿Pero cómo ha sucedido esto? Ana, Ana...

¡Sí! Estaba con su amiga, la mujer esbelta, sólo ella y yo. Entonces vino sin anunciarse Ana.

-¿Se puede pasar?

Sí, se podía. Me puse en pie y ella, sorprendida, se quedó mirándome, con su cara de muchachita inocente.

Luego fue donde su amiga y, abrazándola, rompió a llorar.

¡Ana, primer instante de la mañana más amarilla!

Me acerqué a ella, puse su mano derecha en las mías y, azorado, sólo le decía: "Ana, Ana"

Pero al fin terminó de llorar y se puso a decir cosas, atropellándonos con una historia de accidentes, o en la que había una madre desesperada y un caballo desbocado. Hoy sé que no he oído aquella historia.

Su amiga se había escapado sin que usted se diera cuenta.

Se me vino un pensamiento:

"Esta Ana es una buena muchacha"

Entonces ella me miró de improviso, taladrándome.

-¿Cree usted que yo no sé lo que piensa ahora?

-Sí. Usted no sabe lo que pienso.

-Yo lo sé todo. Yo lo sé todo. ¡Uds.!

Se acercaba tanto a mí que ya conocía todas las líneas de su cuerpecito. "¿Qué es lo que sabe ésta? ¿Qué es lo que sabe esta chiquilla?". Una llamarada le enrojecía el rostro.

Un nuevo pensamiento:

"¿En dónde he visto yo estos ojos?"

Me turbaba este pensamiento. Yo había visto alguna vez estos ojos sorprendentes. Cerré los míos: ahora veía adentro sólo sus ojos; luego desaparecieron y veía sólo sus labios. Sus ojos, sus labios, sus ojos.

Me llevé la mano a la frente y aspiré su perfume. ¡Sus cabellos estaban tan cerca de mí!

"Alguna otra vez he aspirado este perfume"

Punzante y vivo se había detenido; luego fue desplazándose, alejándose lentamente, en una línea que podía yo trazarla. Sus ojos, sus labios, su perfume.

Cuando abrí los ojos, Ana ya no estaba.

La amiga en su lugar.

-Lo ha visto.

-No lo ha visto.

-Sí lo ha visto. Sólo yo puedo saberlo.

Guardé silencio. ¿Qué era esa angustia velada, qué era esa inquietud, qué era esa pesadumbre? Esa presencia mía dolorosa.

Entonces la comisura izquierda de mi boca empezó a temblar nerviosamente con la premura desazonada del tic. Hice algo por reír y comencé a hacerlo con la media cara, mientras la otra se estremecía. Ella lo vio y apuntó hacia mí:

-Allí está tu media risa.

Y tuvo después una gran alegría que la hizo llorar.

No veo a Ana por mucho tiempo y la olvido. Ana es una buena muchacha, pero nada tiene que ver conmigo. Soy un hombre: como, bebo y duermo. Al despertar cada día estoy naciendo nuevamente.

Una mañana, en el Parque Municipal, alguien me llama quedo. Me detengo y busco; no ha sido nada, las hojas. Las hojas han pronunciado mi nombre.

Continúo. Yo soy un hombre bueno que come, bebe, pasea y duerme.

De pronto aquí está Ana. Pero no, no es ella. ¡Vaya cómo me he equivocado! ¿Y la otra? ¿Y la otra? ¿Y la otra? Sí, aquí está ella. Bien lo sabía yo que estaba aquí.

Tengo miedo. Ana cuchichea algo al oído de sus amigas que la cercan y luego todas me miran, sonriéndose.

Extiende el brazo y me dirige una llamadita con el índice, arqueándolo hacia arriba; yo no contesto, como si no me hubiera percibido. Pues cambia de posición la mano y vuelve a llamarme, arqueando el índice hacia abajo. Entonces tengo que acercarme.

-Usted, Andrés -me dice-, va a respondernos a una pregunta. Verán cómo sí lo sabe.

La miro, esperando. Chiquilla, pero si te has leído un almanaque.

-Diga, Andrés -pregunta-, ¿en qué se parece un buque a un soldado alemán y su familia?

Todas me miran gozosas. Yo pienso y pienso.

Ella anticipa la respuesta.

-En que el buque y el soldado tienen casco.

Me parece demasiado fácil y sonrío.

-Bien ¿y qué es de la familia?

-La familia está bien; muchas gracias -responde Ana.

Se oye un coro de risas. Están burlándose de mí, pero yo también río de buena gana.

Entonces se repite el coro con mayor alegría. Se miran a los ojos y vuelven a reírse.

-No te lo dije -dice Ana, llorando, a la muchacha de ojos azules.

Ella le hace un guiño y me mira, sin poder contener su risa.

Le pregunto:

-¿Qué le ha dicho? Cuéntemelo

-Nada, nada- y ríe más.

Me acerco:

-Va a decírmelo. ¿Por qué no?

-No se lo digas, Fanny; no se lo digas -suplica Ana-. Cuidado.

Entonces esta Fanny se excita. Me acerco más.

Dice Fanny en alta voz:

-Me ha dicho que usted ríe como un potrillo tierno.

En este momento se hace una algarabía y las chicas se cogen las barriguitas. Yo estoy amoscado. No puedo reír; solamente sonrío, con un leve estremecimiento en la mejilla izquierda.

Estas mujercitas están burlándose de mí.

Bueno ¿y qué pasa? ¿Qué son todas esas payasadas? ¿Y se va a pasar la gente en eso todo el tiempo? Diga, diga. Diga usted qué pasa.

De pronto una de ellas, la más alegre, lanza una exclamación, hace un movimiento extraño con las rodillas, se pone roja y da las espaldas al grupo.

Chiquilla, no déis las espaldas al caballero.

-Ay, la pobrecita se va a resfriar por su culpa -dice una voz.

Por mi culpa. Debiera aprovechar el incidente y tomar la revancha; pero no puedo eso. Me acecha un dolor moral agudo. Soy un hombre de respeto y las chiquillas están perdiendo el tiempo.

Ana. Ana quisiera humillarte; quisiera azotarte sin compasión. ¿Por qué, por qué a un hombre de respeto? Debo irme. Nada tengo que hacer aquí. Pero no; si me voy, ellas quedarán riendo de mí libremente... ¿Y esto qué me importa? ¿Qué me importan estas mujercitas? Decido irme. Digo algo... no sé lo que he dicho... Extiendo la mano.

Y levantan un coro las mujercitas.

-No. Que no se vaya. Que no se vaya, Ana.

Ana. ¿Y por qué Ana? Ella también me lo pide.

-Bueno, bueno. Vamos a ser unas muchachas serias.

Y Ana estira la cara. Reímos y mi risa vuelve a excitarlas.

Al fin me quedo y guardo mi rencor.

Las vigilo de reojo y veo que empiezan a olvidarme.

¡Pero diga usted qué pasa!

Ya se ponen a charlar entre ellas sobre sus cosillas.

Luego me llevan a una casa que tiene muchos salones, y muchas alfombras y espejos, y yo logro tranquilizarme a cubierto.

Transcurre algún tiempo.

Ana no es Ana. Ana es sus amigas: aquélla del lunar en la barbilla, aquella de los ojos azules, aquella de los labios carnosos, y la delgada y la rubia. Ana es su madre, y sus hermanas y sus hermanos. "Ana, no digas eso", "Ana, la falda", "Ana, esa uña", "Ana, las manos"

Estoy empequeñecido, triste y con los zapatos empolvados. Ahora se han inventado un juego en el que me obligan a tomar parte y para el cual se necesita mucho ingenio. Pero yo no tengo ingenio y soy un hombre huraño.

El tiempo se va, sin que pueda apreciarlo. No estoy aquí.

Pero Ana se acerca y entonces me siento crecer, reconfortado. Quiere hacerme ver unos cachivaches, unos tiestos antiguos, alguna cosa. Me encorvo, bajo mucho la cabeza para mirar bien y agradecerle así su pequeña atención. Ella también hace lo mismo. ¡Y he aquí que tengo su aliento junto al mío, y sus cabellos llegan a tomar contacto conmigo, y vuelvo a aspirar ese perfume que tenía yo en mi recuerdo! Me estremezco.

Pienso así encorvado, sin moverme: "Su madre, sus hermanas, sus hermanos, las mujercitas, ¿qué es lo que van a decir?"

Pero Ana tampoco se mueve, y no pronuncio una sola palabra porque tengo miedo de que esto sea como de vidrio y quiero estar así, engrandecido, todo el tiempo que se va sin que pueda yo apreciarlo.

He olvidado decir que en casa de Ana encontré a un Mr. John Smith, made in U.S.A., y que este Mr. John Smith es un caballero de Ohio y muy simpático.

Apenas me vio se vino hacia mí lleno de júbilo y me dirigió la palabra:

-Oiga usted, gentleman: ¿puede usted hacerme la bondad de decirme en qué se parece un buque de los Estados Unidos de Norte América con un soldado alemán y con su familia?

Pudd'nhead Babbit.

Le dije bajito:

-Pues en que el buque y usted tienen cascos.

Entonces Mr. John Smith de Ohio me ha sonreído queriendo ponerme en complicidad, me ha dicho que yo lo sabía todo y ha ido luego a preguntar lo mismo a cada una de las mujercitas.

Yo tengo aquí dentro un rencor.

Un día he encontrado a Ana y he hecho como si no la hubiera visto. Otro día ha sido ella quien ha hecho como si no me hubiera visto. Pero, ella, ¿por qué ella? ¿Qué razón tiene ella?

Entonces esa misma noche -yo soy un hombre que come, bebe, pasea y duerme- voy por su casa. Camino de aquí para allá. Me detengo. Vuelvo a caminar. ¡Ah! Ahí está una luz. Me quedo mirando esta luz.

Mr. John Smith de Ohio, que es un caballero muy simpático, aparece en el extremo de la callecita. De uno de los jardines de la orilla arranca una flor y entra en la casa.

Yo no puedo entrar en esta casa, ni puedo entrar en otra. ¿Qué hace un hombre en una casa que no es la suya? Se pone a decir cosas estúpidas. Además, no puedo entrar.

Tras la ventana iluminada pasa alguien. Un momento. Vuelve a pasar en sentido contrario. Otro momento. La luz se apaga.

Tengo miedo de las tinieblas. ¿Cómo puede uno dejarse engullir y cegar por las tinieblas? Mira: yo cierta vez tuve una madre; pero esta madre se me perdió de vista sin anunciármelo. Entonces he tenido esta sensación: que en el lugar se habían hecho las tinieblas y que mi madre estaba allí, en lo negro, buscándome a tientas; pero no estaba, ¡calla!

Se va el tiempo sin que vuelva a iluminarse esa ventana.

Luego camino lentamente en busca de mi cubo. Lo encuentro hosco y solo.

No estoy aquí; he caído de nuevo en este hueco de la ausencia. ¡Cada vez la sensación de ausencia! Estoy como desintegrado: me parece que partes de mí mismo residen lejos de lo mío, en algún sitio desconocido y helado. Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar a tientas por todos los rincones del cubo, dominado por sus impulsos contradictorios: la esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca.

Ana, te odio.

He particularizado esta sensación de esperanza y terror. Es a un ser vivo a quien busco aquí, en las tinieblas. La idea de encontrarlo me hace correr el frío de espanto y batir el corazón de alegría.

Su sitio está aquí. No ¡no está aquí!

Estás hecho un estúpido, Andrés. Es a Ana a quien buscas. ¿Por qué, si no, el día que hablas con ella se te prolonga dentro de la noche y ya no andas a tientas como un alucinado? ¿Y por qué cuando no hablas con ella haces el bobalicón dramático y el desesperado?

¡No! Yo no busco a Ana. Tengo vergüenza de buscarla.

Andrés, borriquillo.

Tiempo.

La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

Ay, la corona de flores olorosas. Ay, niña, niña.

Conmigo... no, con otro. Yo no he estado ahí, con Ana. He sido un simple espectador. Lo he visto todo, aun yo mismo me he visto, y he reído a más no poder de todo, porque eso era tan deliciosamente cómico, amiguito.

Bueno, ¿y por qué me meto yo en estas gansadas?

¡Oh!

-Señor Jefe Político, a usted, carajo -como bien lo dice su señoría misma-, a usted, si, señor, ¡carajo!, lo tienen allí sólo para alcahuete.

Ahora estoy lleno; está llena mi alma de tu amor, señora mía.

Ya no tendremos que buscarnos otra vez porque ¿para qué, ya, encontrarse? Ya no te levantará llamaradas mi presencia, pues hoy somos nada más que compañeros.

¿Pero por qué te has colado en lo mío? ¿por qué me vigilas? ¿por qué observas mis actos?

Yo no soy yo. Soy lo que tú quieres. "Andrés, el sombrero", "Andrés, el humo", "Andrés, mi vida".

No importa, Ana: te perdono. Aquí está tu aliento y ya sabes que tu aliento lo llena todo.

Por eso yo también estoy lleno, con la tranquilidad del mueble fino que tiene todas sus superficies lisas y sus junturas cabales, justas y completas.

¿Ves, ves que yo me he comparado con un mueble fino?

Ana, te amo.

14

¡Protesto! Protesto violentamente contra la sospecha de que yo quiera cometer un asesinato. Esa es una sospecha vil.

Yo no digo que sea un hombre bueno: "no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno" pero yo no soy un hombre malo. Yo no he querido el mal a nadie.

Doy limosna a los pobres y vivo en paz con el vecino. ¿Por qué, entonces, iba yo a cometer un asesinato? ¡Es de oírlo!

Se lo voy a decir a Ana este momento mismo.

-Ana, Anita...

Pero, ¿por qué me mete usted en estas gansadas? ¿Cómo ibas a estar allí, Ana, tú, a quien amo?

30

Ahora la ciudad, después del campo, parece una cosa decente, limpia y clara. El campo era tierra en grande, con viento. Primero, tierra pelada y amarilla y pequeños arbustos tristes; segundo, tierra alfombrada y verde, verde y sólo verde; tercero, montañas azules y viento desatado.

Ana quiso salir de la ciudad. Ella no podía ver a sus amigas así tan pronto después de lo ocurrido. Las amigas de una señorita ocupan las tres cuartas partes del área total de la vida de esa señorita.

Bueno, para que sus amigas no la vean así tan pronto después de lo ocurrido tomamos el tren, ya a orillas de la mañana, y por un pedacito de ventanilla anotamos cómo esta cosa grande de negra se hace lechosa; de lechosa, amoratada; de amoratada, azul y de azul, gris: gris sucio, de gasa sucia. "Mira, mira". "Pero fíjate". "Ay, qué bonito". "Ahí, al otro lado" Después dos horas grises. Después un sol de papel.

Estamos cerca de los nevados y comenzamos a tiritar...

Ana está contenta de tiritar. Claro, esta es una cosa nueva.

En la ciudad casi nunca tiritamos; aquí, fácilmente estamos tiritando, aquí, sobre el gusano del tren. "Pero mira, mira". Este no es un frío vulgar; es el frío de la nieve que está cerca, a veinte pasos del tren. ¿Hueles? Esta nieve tiene un olor especial que no puede conseguírselo en la ciudad. ¿Sientes cómo corta el aire? Parece que tiene navajitas.

Después un poco de silencio. Sólo el tren hace talalac, talalac... Siempre hace lo mismo el tren en estas alturas y no le preocupan cosa alguna las navajitas.

Silencio. Silencio.

En esta cordillera interminable la tristeza le coge a uno por la garganta.

Empieza la garúa, finísima; las ventanillas se opacan de alientos; los pasajeros esconden la cabeza entre los hombros y se acurrucan como viejecitos. Talalac, talalac...

Tiempo.

¡Pero si estoy con Ana! ¡Cómo, si estoy con Ana! Busco refugio donde ella, aproxi-

mándome y oprimiéndola. Ya las sombras se echan a lo largo del campo, sobre la grama húmeda; ya el sol es una cosilla que entibia y alegra; ya se puede salir a dar una pequeña vuelta y admirar a lo lejos la nieve brillante. Ves, no estuviéramos así tan alegres si antes no hubiera hecho tanto frío.

Y si no hubiéramos resuelto salir de paseo al campo, ay, Ana.

Ahora estoy alegre. Quiero gritarlo a todos: ¡estoy alegre! Y que goce la mujercita de mi alegría.

Hemos cambiado de vehículos y estamos solos: el gusano, jadeante, se alejó con los hombres sobre sus espaldas hacia el sur. Nosotros corremos a todo motor por el Oriente, batiendo la carretera lisa con el sonido isócrono de las bandas en los molinos.

Adelante, adelante.

Respira aquí, que estás conociendo la tierra. Nadie la ha sospechado todavía. Se hincha, se aplana, se sube a alturas inverosímiles, hace quingos, se ahueca, llora, vomita piedras. Y después de todo da manzanas, uvas, caña de azúcar, trigo.

Tiempo. Adelante.

Un pueblecito.

Aquí también yace una cruz olvidada sobre la que han puesto gozosamente INRI.

Otro pueblecito.

Los Ejidos de estos pueblos, de un verde absoluto, los han tajeado con canales y a la orilla de los canales las lavanderas están pegando parches bien recortaditos y de todos los colores.

¡Oh!

Al fondo de este puente, el río. Mira, ¡qué negra la roca y qué profunda la cinta blanca y delgada del agua!

Hemos llegado.

¿Ahora, qué vamos a hacer aquí, Ana?

Aquí hay una piscina en donde nuestros cuerpos se han arrancado y han flotado y han luchado por ir el uno tras el otro. Aquí hemos hecho inverosímiles evoluciones de acróbatas, el uno en acecho del otro. Aquí te he besado y te he amado, Ana. ¿Recuerdas? En esta piscina, duplicadas nuestras imágenes, ¡cuántas veces hemos descendido en busca de ellas y cuántas veces hemos regresado descorazonados! ¿Dónde estaba entonces el mundo que nada de él llegaba a nosotros? Hemos podido aquí destruirlo y borrarlo, pero afuera estaba, persistente, esperándonos.

Ana, no te ilusiones. El campo sólo era tierra grande, con viento. Nosotros, americanos, no hemos podido conocerlo ni amarlo. ¿Recuerdas cómo era de noche esa cosa grande, callada, oscura e impenetrable? Tengo miedo del campo; el límite, el límite es lo mío. Sólo aquí dentro de estas cuatro paredes, somos tú Ana y yo Andrés: allá éramos unos gusanillos

DIÁLOGO Y VENTANA

¿Qué es lo que veo, qué es lo que puedo ver desde esta ventanita?

-Veo un muro gris, un serio muro gris en el que el sol viene a pegarse como una estampilla la mitad del año, como una araña achatada, como una pasta amarilla que a la

tarde se envuelve apergaminada hacia arriba. Veo también una pequeña ventana y en ella una cabeza enmarañada, sin peinarse y sin cuerpo, desnivelada al filo de una batiente abierta, con la mirada puesta lejos como hacia adentro.

-¿Y qué es lo que tiene esta cabeza?

-Nada.

-¿Qué más ves, qué más puedo ver desde esta ventanita?

-Veo alguna vez un hombre recóndito, alguna vez un hombre alegre, alguna vez un hombre simplemente.

-¿Qué es lo que quieren estos tres hombres?

-Nada.

-¿Y qué más, y qué más veo?

-Atrás, el atardecer...

-¡Calla! ¿Y qué más, y qué más?

-...Bueno...

-¿Y qué más, y qué más?

-¡Nada, pues, vaya!

OTRO DÍA

Alguien me pide el vaso de noche.

Pegados los ojos, hipnotizado, extiendo un brazo que no es mío y cojo las tinieblas.

Lo entrego.

Pasa un siglo.

¡Agua! Aquí en mi oreja; un torrente que se desborda, precipitando sus espumas cálidas. ¡Socorro! ¡Me ahogo!

...Ay, Ana, ¿por qué me pides el vaso de noche? Verdad es que tú eres mi mujer y yo soy tu hombre; pero mira...

No, no pases por encima de mí. No me toques. ¿Qué derecho tienes para tocarme? Mi piel es mía. Somos extraños el uno al otro y de repente estás tú aquí, atisbándome, violando mi intimidad, turbándome.

Tus ojos los tengo en todas partes. Sobre mis espaldas, sobre mis manos, sobre mis cabellos, en mi pensamiento. ¿Qué quieres aquí? Ya sabes todo lo mío; conoces mis calzoncillos, Ana.

Pero no te alejes. Anda, acércate que me haces falta. ¿Por qué te enojas? Orgullosa, caprichosa, estúpida. ¡Acércate!

Voy a llorar, me has lastimado.

Sí, yo te amo, Ana. Yo te amo entrañablemente; pero no encuentro comodidad en este cubo: es muy estrecho de mi lado y muy ancho del otro, y también es demasiado ancho de mi lado y demasiado estrecho del otro, y está sucio, oscuro, podrido.

¡PO-DRII-DOO!

LA REBELIÓN DEL BOSQUE

Aquí estoy colgado en el bosque, en uno de estos hermosos bosques de la ciudad, cercados, amurallados y enrejados como las cárceles. Mano geométrica del hombre, que tantas cosas buenas hace, con líneas tan bonitas y tan bien medidas. Hemos dicho aquí: hágase el verde, y el verde ha sido hecho y hemos trazado una línea para el verde; entonces hemos puesto el dedo en medio de lo creado y levantándolo bruscamente hemos dejado allí un árbol barbudo, lleno de hongos y de parásitos blanquecinos como escaras lavadas. Y más acá hemos hecho otro garabato, y más allá hemos puesto otro garabato.

Hombre, amor, geometría, árbol, garabato.

Hace frío, aquí colgado.

Corta el aire, aquí colgado.

Aquí estoy a la sombra, enrejado dentro de la ciudad como mono de circo. Aquí la línea, más allá la línea; sólo pudiera poner el pie dentro de esta veredita.

-¡A tierra! ¡Tenderse!

Echate, ciudadano; échate de bruces, como has oído solían hacerlo los hombres de guerra bajo el vuelo de las granadas. Que nadie te vea ni te oiga, pues me ha parecido escuchar en este momento que comienzan a levantarse las voces del bosque.

Silencio.

Ya viene creciendo una voz desde el murmullo.

CORO DE LOS ALTOS PINOS: Ay -patalean los altos pinos-, aquí nos tenéis de pie año tras año, hambrientos, octogenarios e inútiles, destinados a morir en este pobre jardinillo, cuando bien pudiéramos servir con ventaja en el transporte de mercaderías y en mil industrias útiles al progreso del siglo. ¡Protestamos en nombre de la libertad!

LA GRAMA A LOS ESCARABAJOS: ¿Lo han oído? Esto es un jardinillo, no un barranco.

CORO DE LOS CIPRESES RECORTADOS: Protestamos contra todas las mutilaciones y los prejuicios. El hombre nos echa encima su tristeza todos los días. Nosotros somos un palo alegre y nos gusta el fandango.

LAS MUCHACHAS A SUS NOVIOS: ¡Ay, el tango!

CORO DE LOS CEDROS LEPROSOS: Nosotros no somos monas pintadas de garçonniere ni fetiches de degenerados. Nosotros hemos hecho el Gran Templo de Salomón y otros templos. Este no es nuestro sitio: ¡rebelémonos!

LOS PINOS: Eso, eso; podemos servir para el transporte de velas.

CORO DE LAS MUSANSETAS ESTÉRILES: En vela estamos mucho tiempo ha en espera del hijo, ¿y contra quién hemos de rebelarnos?

LAS MUJERES A SUS AMANTES: ¡El hijo ha dicho! Levántense y vayan a buscarnos unas comadronas.

CORO DE LAS MAGNOLIAS MAMOIDES: ¿Eh? ¿Que contra quién? Pues, contra el hombre. Nos tiene bajo su dominio y para su servicio. Se ha levantado con el estanco de nuestra libertad. ¡Rebelémonos!

CORO DE LOS CEREZOS RELAMIDOS: ¿Contra el hombre? Propongo la revolución a sangre y fuego. Que no haya perdón para uno solo. Todos son mojigatos y felones. ¡A sangre y fuego!

Los Cipreses Enanos: No tenemos armas, señores. Nos encontramos desgraciadamente desprevenidos.

Las Palmeras: Que callen, que callen los cobardes, ¡Viva la revolución a sangre y fuego! ¡Abajo el hombre!

El Bosque: ¡Abajo!

Los Pinos: Señores, un momento. Un momento, señores. ¿No es verdad que estáis desvirtuando el verdadero sentido del movimiento? Esta no es, no debe ser una revolución contra el hombre (murmullos del bosque); ¡esta es una revolución contra el árbol! (parálisis del bosque). ¿Qué sacaríamos, en efecto, de destruir al hombre, si no por eso vamos a destruir nuestra condición de esclavos? Es preciso visar y revisar los conceptos a fin de no caer en conclusiones equívocas. ¿En dónde está la raíz del mal? ¿Por qué estamos aquí? Estamos aquí en calidad de árboles. Destruid esta calidad y habréis renovado vuestra condición de seres libres. Nuestro tirano es el árbol. Duro con él, compañeros. Yo sirvo para el transporte económico de mercancías. ¡Abajo el árbol!

Coro de los Parásitos: No es verdad eso, compañeros: os están engañando miserablemente. Es el hombre vuestro enemigo. No les prestéis oído. ¡No les prestéis oído! ¡Abajo el hombre!

Los Pinos: No tienen derecho para hablar los camaradas parásitos. Su palabra es sospechosa. ¡Tomadlo bien en cuenta y aplastad a los sinvergüenzas!

Las Palmeras: ¡Eso! Estos caballeros hablaron la verdad. Su concepción es profunda y llena de seso. ¡Ya lo vemos claro! Oírlo bien: el árbol es nuestro único enemigo. A quien debemos hacer la revolución a sangre y fuego, es al árbol. Lo demás, pamplinas. Acompañadnos, camaradas: ¡Abajo el árbol!

Los Pinos, dueños de la situación: ¡Abajo la tiranía! ¡Abajo el árbol!

El Bosque: ¡Abajoo!

El viento se retuerce entre los árboles. Todo el bosque eriza sus garrotes musgosos.

La Grama, a una Margarita Ocasional y Descarriada: ¡Agáchate! ¡Escóndete aquí! Espera que la tormenta pase. Los elementos están locos.

AMOR: UNIVERSO

Bello, muy bello es el amor, amiguito.

La oreja, sensible como una lámina metálica, como nervio vivo y descubierto, como pecho de niño presto al llanto; aguda como un hilo en el aire; cercana a todo, como viento en el campo, aliento en la boca.

El ojo, ágil como relámpago, estrella fugitiva; tajante como el látigo; extenso, extenso, extenso.

El tacto, fino como la ruta del vuelo, doloroso como puntas de fuego, hormigueo del miedo.

Aquí, colgado en el bosque.

El mundo va haciendo el tiempo: su corteza se arruga como piel de elefante: sobre la piel, gusanillos y gusanillos.

Los gusanillos van haciendo el tiempo: es su espíritu el que se encoge como una uva que se seca.

Amor, odio, risa.

He perdido la medida: ya no soy un hombre: soy un muerto.

VIAJE FINAL

Junto a este cubo mío, el otro, sólo un delgado tabique de por medio. En ese cubo vivía mi amigo y éste era el más dulce amigo.

Todos los días nos decíamos.

-¿Cómo has amanecido? Buenos días.

-Hola, buenos días. ¿Cómo has amanecido?

Y nos dábamos palmaditas en las espaldas y sacábamos a los ojos nuestra alegría de camaradas que son dulces amigos.

Nos hemos comunicado nuestros grandes planes y el hambre a los dos juntos nos ha devorado. El mismo ojo agudo, la misma oreja fina.

Luego, ya entrada la noche como una vez amanecido:

-Hasta mañana, Bernardo. Pásalo bien.

-Sueña con los angelitos, Andrés; hasta mañana.

¿Por qué, entonces, ahora, Bernardo, dulce amigo mío, en vez de hacer la despedida de costumbre, has tenido la indiscreción de comunicarme tu próxima muerte y tu deseo de no ser interrumpido?

-Sí, Andrés, adiós. Voy a coger una pulmonía.

Adiós, Bernardo. Ya sabes que yo lo siento inmensamente.

Y has tomado sitio en tu pequeño cubo, asegurando tu soledad por dentro, estirándote de espaldas esperando.

Yo he pasado toda la noche en vela, la oreja pegada al tabique arrodillado de este otro lado de tu lecho.

Primero todo era tranquillo como en el más tranquilo sueño.

Después tosías, ¡cómo tosías, amigo Bernardo! Cúju, cúju. Cúju, cúju. Cúju, cúju.

Ahora te agitas, ahora cruje el lecho. Te levantas, ¿te levantas, amigo Bernardo?...

Agua, agua. Te pasa el agua a grandes golpes por la garganta, como la fuga atropellada de una represa a través de un tubo demasiado estrecho.

Luego te tranquilizas. Ya estás bien así.

Una hora, otra hora.

Me vence el sueño y caigo dormido por un minuto, sólo por un minuto, que yo he pasado toda la noche en vela.

Ahora viene el sobresalto.

Estás muriéndote, Bernardo. Oigo tus quejidos bajitos pero desgarradores. Tus gemidos...

Tus gemidos y tus gemidos, ay, ¿hasta cuándo?

Nosotros éramos los más dulces amigos ¡y yo de aquí no puedo moverme para auxiliarte o por lo menos para verte ahí cerca!

Bernardo, me has ayudado a matar el tiempo. ¿Qué hubiera sido de mí solo en las horas calladas? Bernardo, me siguen como la sombra tus ojos azules, en medio de lo negro, sin pestañear, dulces, cordero degollado.

Ya aparece, al lado del gemido, un ronquido como de fuelle que quiere aire.

"Ay... ggoro-gorr"... "Ay... ggoro-gorr"

Después ya no hay gemido. Sólo ese ansioso tirar del aire desesperadamente, cada vez más fuerte y más fuerte, llenando todo el cubo con el sonoro escándalo que levantas por no dejarlo. Lo odias y lo amas.

¿Lo amas, Bernardo?

"Ggoro-gorr... Ggoro gorr"

Se hincha el fuelle de tu garganta, ya no hablarás otra vez conmigo.

Ya el ronquido se debilita. Cada vez más bajo, más bajo, más bajo... Ya sólo es un aliento. Ya no es ni un aliento. Ya es nada.

Silencio.

¡Bernardo! ¡Bernardo!

Golpeo el tabique...

Silencio.

¡Bernardo, el cuello era demasiado estrecho y vas a poner cara de ahorcado! ¡Quítatelo!

Silencio.

....

¡Ay, ya ha muerto mi amigo Bernardo, mi más dulce amigo!

MENTIROSA TRAICIÓN

"Amarilis:

Tú eres la única mujer a quien amo. Tú estás aquí dentro de mi pensamiento a toda hora. Tu recuerdo es un volumen que está constantemente deteniéndolo todo para ser lo único o es un perfume penetrante que tiene todas las afinidades y que se escurre y vuela y se introduce en los más escondidos reductos y anega cada uno de mis sentimientos.

Amarilis, chiquita Amarilis, me dices que estás inquieta y nerviosa por... ¡Oh! no te preocupes por lo otro. Ya sabes que yo no te he mentido nunca. De tan bonitos, ningún míster paletero, como tú dices, hubiera podido hacer iguales tus ojos, ni hay confite igual al de tus besos más pequeñitos, ni seda más suave y delicada que...

Ya sabes, como de costumbre, ahí mismo.

Perdóname, fue imposible el domingo.

Tuyo,

Andrés”

Se me cae esta carta del bolsillo. Se me cae para Ana. La he de martirizar, porque me hace daño.

Esta Ana duerme mucho, come mucho, se mete en mi pellejo. Por donde me muevo están allí sus ojos abiertos. ¿Qué quiere aquí esta Ana?

Ya se sabe todo lo mío. Ya ha estirado las piernecitas hasta mi talla. Ya tiene mi nariz. Ya tiene mis pestañas ralas y mis manos gruesas. Ya somos iguales.

Puaf, Ana.

UN HOMBRE RECAPACITA

Ahora bien: ¿qué es lo que hago yo aquí?...

¡Eh! ¡Vecino de la derecha! ¡Vecino de la izquierda! ¡Vecino del frente! ¿Qué hacéis vosotros ahí?...

Os gusta comer, pasear y dormir. Tenéis muy buen gusto, compatriotas.

Os gusta el cinematógrafo y las historias con amor. Buen gusto tenéis, amables compatriotas.

Os gusta poneros a pujar hora tras hora como sobre bacines, de dos en dos, frente a un honesto tablero de ajedrez. Inapreciables compatriotas, vuestro gusto es incontestablemente exquisito.

También os gustan vuestros hermosos chicos emporcados y vuestra alegre señora de ojos de gato y vuestras vacaciones fuera de casa, con naranjas coloradas en el parque. Compatriotas involuntarios: no discordamos un solo punto cuando se trata de placeres domésticos.

¿Pero qué hacéis vosotros ahí?

Os place llenar vuestro estómago tres o cuatro veces al día. ¡Coméis tres o cuatro veces al día, compatriotas!

Os place también desocuparlo una vez al día. ¡Sólo una vez al día desocupáis vuestro estómago, amables compatriotas!

Os place tomaros un vinillo en la tarde del sábado para calentaros el magín y devolver algo más de la comida con que os habéis hastiado. ¡Pero os quedáis con mucha más comida, inapreciables compatriotas!

También os place echar sostenidos paliques sobre los negocios de Estado y sentaros por largas horas con unos papelitos mosqueados ante los ojos, para educar vuestra gran inteligencia. ¡Ay, cómo perdéis inútilmente el tiempo, lamentables compatriotas!

¿Pero qué hacéis vosotros ahí?

Estáis hipando sobre vuestra irremediable tristeza. ¡Levantad el ánimo, compatriotas!

Estáis insultando a la encantadora mamá de los chicos. ¡Sucia! ¡Cochina! ¡Estúpida! ¡Animal! ¡Suspended mis facultades auditivas, serenísimos compatriotas!

Estáis riéndoos como descosidos, compatriotas mojigatos...

¡Eso! ¡Eso! Yo soy, hermano vuestro, un muerto mojigato.

SUEÑOS

Estoy en un gran teatro lleno de gente.

Al mismo tiempo estoy de pie sobre un pequeño muro, decorado de nopales carnudos, atormentados, babosos y espinosos.

Frente a este muro hay una casa humilde. De ahí vienen dos mujeres ataviadas para ir al teatro.

Entre el muro y la casa corre un pequeño arroyo sobre una superficie fangosa; para salvar este arroyo se debe pasar por un estrecho puente, de un solo tronco de madera groseramente cuadrado.

Esas mujeres tienen intenciones contradictorias. La más bella no quiere ir y la otra, su hermana, la incita secretamente. Para no ir debe emporcar su vestido en el arroyo.

Se odian un instante y yo lo sé todo sin que nadie hable porque soy un hombre que sueña.

Ya está la más bella sobre el estrecho puente.

"Me echo al fango", anuncia sin pronunciar una palabra.

"No te echas", responde en igual forma la otra.

Entonces la primera se encoge sobre el tronco, separa mucho las rodillas abriendo las piernas para tomar impulso, se me escapa el placer y se echa al fondo de cabeza.

Admirado, espero verla detenerse sobre el lodo del arroyo; pero no, esa mujer no se detiene. Rápidamente se hunde en el fango profundo y desaparece, y se hunde, y se hunde.

En el pecho se me apaga un rugido desesperado.

No puedo moverme del muro. Me paraliza el miedo. Yo tengo que salvar a esta mujer hundida; pero no puedo, miedo.

...

Y después me voy al teatro.

¡Ya está aquí mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo!

¡Gentes de este lado del mundo, sabed que me ha nacido un hijo! Ay, pobre Ana, tú no sabes que hemos tenido un hijo.

Ven acá, cosilla mía, cosilla mía gelatinosa y amoratada: ven acá, entre mis manos.

Alárgate, ínflate, crece como el viento en un solo instante. Ve a gritar la verdad en la oreja misma de los hombres, con el mugido de los toros embravecidos: esta verdad encerrada en ti. Ve a ensordecerlos, a encogerlos, a asombrarlos.

Ay, cosilla gelatinosa, no llores, no grites; pareces así un juguete de goma.

Voy a instruirte por un momento en las cosas de acá. En silencio, en voz baja. ¡Que no nos oigan, calla!

Mira, cosilla, aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada. La nada es algo inmenso... no. La nada es nada que nunca termina... no. ¡No puedes entender lo que es la nada! No hay uno que la entienda. Ni falta hace.

Pero mira: sobre esa bombilla transeúnte vivimos momentáneamente millones y millones de seres movedizos y tenebrosos. Seres y pelotita toman el nombre de creación. El hombre es el rey de la creación.

Ser es lo que come, odia y ama. Millón es un invento de lo que come. Rey es lo que más come y más odia y más ama.

El rey no puede vivir solo; necesita para sustentarse de otros reyes. Y cantidades de estos reyes han pintado sobre la pelota de la tierra figuritas arbitrarias dentro de las cuales se agitan, se revuelcan y gozan como en lo suyo. Los que han nacido dentro de una figurita no son de igual calidad que los que nacieron en otra, porque cada cual tiene sus ataduras. Según en dónde, se llaman rusos, polacos, alemanes, suecos. Los unos tienen atado el hocico, los otros las garras, los otros la cola.

Si el rey de hocico atado pone la mano sobre el rey de cola atada, todos sus congéneres se levantan y destrozan los unos a los otros.

¡Oh, mira cómo se ha hecho de improviso la noche!

Los hombres, para ser verdaderos reyes, necesitan hacerse fuertes con fusiles y bayonetas. Aquéllos que continuamente están hechos fuertes toman el nombre de soldados.

Una vez los soldados marcharon para el Oriente, en medio de la selva. Y marcharon hasta encontrarse con un límite en donde había otros soldados de diversa atadura. Entonces los primeros saludaron a los segundos, que eran más numerosos, y en secreto se dijeron:

"El enemigo tiene galletas y nosotros no tenemos galletas"

Y después de meditarlo torvamente, se dirigieron de nuevo la palabra:

"¡Hay que quitárselas!"

Luego se echaron a tierra y se acercaron silenciosamente como gusanos. Y cuando estuvieron los otros a su alcance dispararon a una sus fusiles y aprovechando el desorden se trajeron en seguida las galletas.

Pero transcurrido cierto tiempo, los soldados enemigos tomaron cuenta de la pérdida y reaccionaron:

"¡Debemos rescatar las galletas!"

Regresaron, avanzando sobre sus barrigas.

De nuevo al alcance, rompieron fuego y gloriosamente obtuvieron el rescate.

Y aquí se echaron las cuentas: los primeros estaban en número de noventa y habían muerto sesenta. Morir es dejar de comer, de odiar y de amar. Un combate en el que se produce el treinta por ciento de bajas se llama ya un combate heroico y los que mueren en un combate así toman el nombre de héroes.

Entonces los congéneres de los soldados muertos enaltecieron su memoria y les llamaron patriotas heroicos. Patria es tierra con reyes.

Tú, cosilla mía, llegarás a ser un patriota heroico, o por lo menos ¡un patriota! Escucha, escucha: esto es lo fundamental. Serás un comerciante patriota, un juez patriota, un ladrón patriota, un artista patriota.

Tienes que odiar todas las demás ataduras.

Y esto es nada: aguarda...

¿Pero qué es eso? No entiendes una sola palabra, no has podido escucharme una so-

la. Lo único que sabes es llorar y gritar con esa angustia de animalucho abandonado. ¡Para qué voy a decirte otras cosas de acá, hijo mío!

Mas está bien así. Como nada entiendes, sólo pareces una cosa.

Je, je.

Ven acá entre mis manos, que voy a concederte una gracia. Más estrecho, más estrecho aún...

-Andrés...

-Andrés...

-¿Qué haces, Andrés...?

-¿Eh? Yo... Yo... ¿Eh?

¡Pero mirad, mirad, gentes, cómo se ha hecho bruscamente el día!

CANTO A LA ESPERANZA

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es la esperanza!

Hay que desatar al hombre. Hay que desapasionar al hombre. Que se extienda a todo lo ancho, como el relámpago.

He huido del cubo y he caminado sin rumbo lejos de la ciudad, por el campo abierto, hasta dejarme envolver por la noche negra.

Todo era la noche negra: el campo y el cielo, las dos cosas juntas, sin límites, sin rutas.

Yo he estado ahí, en medio de la noche, los ojos abiertos sin ver y el oído atento, oprimida mi alma. Yo he buscado ahí mi camino sin encontrarlo.

Pero no me he dejado coger por la impaciencia y al cabo se encendió la gran lámpara, de tal manera que estoy aquí de nuevo, hombre. Cáspita, cáspita.

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es la esperanza!

ORDEN, DISCIPLINA, MORALIDAD

Llaman usualmente a la puerta; usualmente, con los antiguos nudillos de la mano.

Abro... Son los señores agentes del orden público.

Me quedo mirándolos, desorbitado.

Uno de ellos abre la boca:

-¿Usted es?

-Sí, señor agente. Soy yo.

-¡Ahá! Por disposición de la autoridad competente, usted señor, está detenido.

-¿Detenido?... Muy... muy bien, señor agente. A su mandar.

Y sigo a los señores agentes del orden. Un ciudadano patriota debe ser obediente y respetuoso. ¡Disciplina, disciplina, amables compatriotas! Disciplina es la base de la prosperidad.

Fuera hay muchos grupos de ciudadanos que discuten de cuerpo entero. Cuando aparezco en la calle, todos me miran y se quedan en silencio. Después estos grupos van exaltándose, a medida que paso frente a cada uno de ellos y se vienen caminando en procesión, en el mismo sentido que nosotros.

Los señores agentes y yo entramos en un carro cerrado, sin vidrios.

Oigo gritos:

-¡A pie!

-¡A pie!

Parte el carro.

Transcurre algún tiempo y bajamos. Una gran puerta se abre y se cierra luego tras nosotros. Atravesamos un largo corredor oscuro. Ahora a mis espaldas se cierra otra puerta.

¡Orden, disciplina, moralidad! Pero nada veo aquí, entusiastas compatriotas.

Este es un hueco negro, hediondo a tierra. Avanzo, con los brazos extendidos hacia adelante, hasta encontrar un muro, y recorro los límites de este hueco, palpando la tierra.

Un jergón. Me estiro sobre él, de espaldas.

Arriba, muy arriba, a una distancia inconmensurable parece haber una ventanilla. Miro fijamente en esa dirección, hasta llorar, en busca de ella.

...Días, días, muchos días...

Sí, había una ventanilla. El sol la ha encontrado y regularmente viene a colarse a través de ella en el hueco.

Fue así de repente como supe que en este hueco había algo extraordinario. Salté en pie para verlo. Arriba, en medio de lo negro, estaba pintada una línea clara y brillante. Ay, qué bonita, qué bonita esta línea clara.

Después la línea fue ensanchándose, abriéndose, ¡perfumándose!, hasta hacerse una hermosa figura de geometría, un trapecio simétrico. Luego el trapecio fue descendiendo lentamente a lo largo de unas dos horas, tomó la forma de un cuadrado perfecto, descendió más y más, casi hasta la altura de mi cabeza y, por último, allí fijo, empezó a achicarse muy despacio hasta ser de nuevo una línea y después nada.

Transcurre mucho tiempo negro y otra vez sucede lo mismo. Otra y otra vez, de arriba a abajo, en las mismas horas lentas.

Ya conozco de memoria aquella ruta clara. Baja cavando las tinieblas y mi espíritu. Estoy mirándola, mirándola fijamente, cuando está y cuando no está.

...Días, días, muchos días...

¡Orden y disciplina, compatriotas, inestimables compatriotas!

AUDIENCIA

El gran murmullo de la muchedumbre me oprime, me envuelve y me acosa, mientras los señores agentes del orden tienen la gentileza de abrirme camino a codazos. Por ahí paso como una persona de nota, agradeciendo el porte cumplido de estos caballeros inexplicables.

¡Andrés, como te miran!

Del cerco humano ha salido una uña y me ha rasgado violentamente la epidermis del cuello: una mano ha tirado de mis vestidos, entre el gran murmullo. Me he detenido, he mirado hacia el cerco, desafiante, y todos los hombres han retrocedido miedosos, dejando un vacío cóncavo.

Luego continúo erguido, caminando entre las barreras.

Entramos, los señores agentes y yo, en un vasto local atestado de ciudadanos ansiosos, que alargan los cuellos hacia mí, produciendo un zumbido de abejas. Ciudadanos aplastados, ciudadanos estirados, ciudadanos abombados y amontonados como sardinas.

Allá, al fondo, se sientan a una mesa larga cinco grandes hombres. Ante ellos, como en cuclillas, a una mesa baja y pequeña, un hombre que no se ve que sea un grande hombre. A la derecha, otro hombre; a la izquierda, otro. Atrás, más hombres; en ruedo, más hombres. Hombres y hombres.

Yo avanzo hasta el centro de todo. Me hacen sentar ahí.

Bueno, ¿y qué es lo que les pasa a estos estúpidos?

El hombre del medio de la mesa larga da un campanillazo y declara al cielo, con una voz de harmonio:

-Señores: queda instalada la audiencia.

-Queda instalada -repite el que no se ve que sea un grande hombre.

Después, el de la derecha jura no sé qué, haciendo unas figuritas con los dedos. Después el de la izquierda se pone en pie, carraspea y dice a los de la mesa larga:

-Señor Presidente del Tribunal, señores jueces...-y a la muchedumbre también le dice:

-Señores...

La muchedumbre bambolea. Tiene misteriosos escozores; se rasca en masa, se agita. Tose. Mira fijamente con sus 8.458 ojos congelados.

Hola, hola, ¿estás ahí, compañero Tixi? ¿Eres tú, compatriota Alejandro? Hola, Honorables Instituciones, ¡todas vosotras aquí representadas! “Universidad”, “Tenderos”, “Prestamistas”, “Amantes”, “Trabajadores sin pan” y más, y más. Oh, ¿pero es que se trata de una fiesta deportiva que habéis traído aquí vuestras banderitas? Tal vez vais a batirlas como en los campeonatos de las Universidades Inglesas. Vaya, ¡qué cosa más interesante! Hola, hola, ¡tú aquí, mi dulce amigo Bernardo! ¡Bienatendino, Bienatendina! ¡Usted, señorita de los nopales!

-Atención, señores -truena la voz del caballero del centro de la mesa larga. Agita su campanilla.

El zumbido de la masa se apaga, como una onda perdida del radio.

-Señores -repite a gritos el hombre en pie-: No creo que los Anales del Crimen de este pacífico y progresista país registren un caso de delincuencia igual al que nos tiene aquí congregados en demanda de justicia. La sociedad escandalizada, como un solo hombre ha venido a pedir castigo ejemplarizador contra el culpable. Tiembla la palabra en los labios y la lengua humana se resiste a pronunciar su nombre y a narrar el hecho nefando que lo retiene ahí, en el banquillo de los acusados, frente a la muda conmovedora protesta de todo un pueblo honrado, cuyas fibras más íntimas han venido a estremecerse con el desarrollo de los sucesos por todos los aquí presentes conocidos...

-¡Bravoo!

Hola, hola, este hombrecillo va a exaltarse.

-Aquí lo tenéis: sí, señores, aquí lo tenéis. Con la cabeza en alto, sonriente, como si nada tuviera que ver con sus horrendos desmanes, demostrando una vez más la frialdad de su corazón de hiena... Peor que hiena, señores, porque habéis de saber que este animal terrible no abriga en su pecho siquiera el amor por sus tiernos hijos. Este monstruo, no. Sí, aquí lo tenéis: Farinango, Andrés Farinango, ¡el filicida!

Los señores agentes del orden me obligan a tomar asiento. Me dan un palo en el espinazo.

La muchedumbre levanta su voz de oleaje; se va contra las paredes, contra el techo; se abate; vuelve a levantarse; azota a la misma muchedumbre, que agita sus manos de ahogado. Se viene hacia mí y me envuelve y arrastra.

¿Pero qué pasa aquí? ¿Yo soy yo, Andrés? ¿Estoy aquí yo, Andrés? ¿Es una muchedumbre esta muchedumbre? ¿Y es un hombre este hombrecillo? ¿Eh?

Ahora las palabras están lejanas, entrecortadas por rugidos y zumbidos. E1 hombrecillo habla y habla como una máquina. Me llega algo a intervalos.

-...su confesión explícita... la aterradora reconstrucción... pruebas... folio 345... folio 348... folio 420... folio 800... folio 1.001, 1.002... folio... folio... Y sus antecedentes que por sí solos... una mujer santa... amigo de la infancia... sin compasión...máximo de la pena...

Una gritería formidable me sacude. Puedo incorporarme y ver... Ya está callado ahí, riéndose con sus vecinos. Les da la mano, ¿eh? ¡Ah, canalla!

-Atención, señores. Silencioo: va a hablar el abogado defensor.

El hombrecillo de la derecha se pone en pie. Está amarillo.

-Señor Presidente del Honorable Tribunal, señores jueces... -al populacho:

-Señores: En el caso que nos ocupa, serenísimos jueces, es necesario que no nos dejemos arrastrar por la pasión desmedida y que, en primer lugar... analicemos las características del delincuente... que en el presente caso se trata de una comprobación indiscutida... irresponsable a todas luces según las disposiciones del Código Penal... Sabios Jurisconsultos y distinguidos estudiantes de la Universidad aquí presentes convendrán conmigo en que, como se ha demostrado ya plenamente, sólo existe delito en cuanto concurran los tres elementos que el genial Carrara fijó con tanta precisión y sabiduría. Ya sabemos que en este caso nos falta el más importante de ellos, el discernimiento, y que por tanto no hay delito en manera alguna... El acusado debe ser absuelto...

Le interrumpe la muchedumbre:

-¡Que se calle! ¡Que se calle!

-¡Que calle el vendido!

-¡No vale!

-¡Que calle el brutoo!

-¡Pagado! ¡Pagado!

-¡Que calle!

El hombre del medio de la mesa da un campanillazo.

-Silencio, señores; va a interrumpirse la audiencia si continúa esto así.

Una voz:

-El pueblo tiene derecho.

Un coro:

-Si, sí; el pueblo tiene derecho. Nadie puede impedírnoslo.

Los señores agentes del orden se agitan y alzan sus palos; pero, en realidad, no pueden impedirlo.

-La Justicia es nuestra: ustedes son simples administradores. El pueblo ha venido aquí para hablar: ¡Que se conceda la palabra al pueblo!

-¡Queremos hablar! ¡Queremos hablar! ¡Que se nos conceda la palabra!

-Señores: esto no es posible. Esto es desusado en los Tribunales. Aquí sólo tienen derecho a hablar los abogados y los jueces.

-¡Es un abuso! ¡Es un fraude!

-¡El pueblo tiene derecho! ¡Quiere defender su justicia!

-¡EL PUEBLO! ¡EL PUEBLO!

-¡Abajo el Tribunal!

-Un momento, señores: un momento.

El señor Presidente echa a hablar en voz baja con sus acompañantes de la mesa larga. Unos curiosos, situados atrás, alargan el cuello e introducen su oreja en la conversación. Después todos se ponen contentos y sueltan unas carcajaditas.

El Presidente, agitando la campanilla:

-Bien. Tiene la palabra el pueblo.

-¡Bravo! ¡Bravo!

Aplausos.

El abogado defensor:

-¡Protesto, señor, en nombre de la ley! ¡Esto es una batahola!

Una voz:

-Oye, mamarracho: ¿y de quién es la ley? ¿Es tuya la ley?

El abogado se pone más amarillo y de todas partes se levanta una risa estruendosa. Oleajes, gritos, estremecimientos. Caras congestionadas.

El Presidente:

-Atención, señores. ¡Silencio!

Se suspende el escándalo. En el fondo se incorpora un hombre, tose, escupe en el pañuelo y abre la boca:

-Señor Presidente, señores jueces, señores -para sus vecinos-: Muy inmerecidamente me ha correspondido el honor de representar en este acto trascendental a mis queridos compañeros de la Universidad. La Universidad, alma mater de la conciencia nacional; la Universidad, crisol purísimo en donde se funden los anhelos y las aspiraciones jóvenes; la Universidad, reducto vigoroso del pensamiento y reservorio efectivo de fuerzas espirituales que afluirán a la corriente abrumadora del progreso; la Universidad, luz que alumbra las tinieblas tenebrosas de la ignorancia; la Universidad...

-¡Apure! ¡Apure!

-...la Universidad, digo, no podía permanecer indiferente y aislada en momentos como este de reacción en favor del orden y la paz; en momentos de purificación e higieni-

zación de los estratos sociales, que desgraciadamente, por ley ineluctable de la vida, abrigan en sus entrañas parásitos venenosos que tienden a propagar su ponzoña, con perjuicio de la armónica estabilidad social y del verdadero progreso. La Universidad...

-¡Apure! ¡Apure!

-La Universidad, ejem... La Universidad ha traído aquí su voz acusadora contra el hombre que sólo por afortunada coincidencia debe ser calificado de parricida, de asesino de su propio hijo; pero que guarda en su repertorio de crímenes hechos monstruosos y cobardes que escapan a la clasificación legal y que en justicia debieran valerle su eliminación social. Crueldad, impavidez, cinismo, antisociabilidad, desviación instintiva de los pocos tesoros anímicos del hombre, atrevimiento y tantos y tantos abusos que aquí mismo serán detallados, le colocan al margen de la bondad y del respeto que debemos a nuestros semejantes. Atrevimiento, señores, atrevimiento desmedido... ¿y quién es él? Yo quisiera saber quién es él... ¡Que se nos lo diga!

Coro:

-Sí, sí. ¡Que se nos diga! ¡Que diga quién es él!

-¡Que diga! ¡Que diga!

Pausa.

El Presidente:

-Acusado: el pueblo quiere que se responda a esta pregunta: ¿quién es usted?

-¿Y para qué lo quiere?

-¡Que responda! ¡Que responda!

-Diga usted, acusado: ¿Quién es usted?

-...¿Yo?... Pues bien: yo soy un ahorcado.

-¡Ja, ja ja! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Una voz:

-¿Lo han oído? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Es un a-hor-ca-do! Entonces debiéramos ahorcarlo nuevamente. Claro, ya está ahorcado, ¿y qué? ¡Que se lo ahorque! ¡Propongo que se lo ahorque!

Coro:

-Sí, sí. ¡Que se lo ahorque!

-¡Que se lo ahorque!

El abogado defensor:

-Señor Presidente: Esto es una pantomima ¿o qué es? ¿Quién puede entender esta audiencia ridícula?

El Presidente:

-Llamo al orden al señor defensor. Debe saber que se encuentra ante el Tribunal del Crimen en Audiencia. ¡Esta es la verdad! Por lo demás: ¿hay tal vez una objeción de su parte?

El defensor:

-Pero, señores del Tribunal, ¿cómo es posible que legalmente pueda darse oídos a una proposición de esa naturaleza? ¿Existe acaso la pena de la horca entre nosotros? Pido que se lean las disposiciones del Código. No existe: esto es un abuso.

-¡No importa!

-¡Lo pide el pueblo!

-¡Sí, no importa! ¡El acusado está fuera de la ley!

-Esto es. Pido la palabra, señor Presidente.

-La tiene, señor Delegado de la Universidad.

-Señor Presidente: Inútilmente, el distinguido abogado de la defensa pretende tomar amparo en disposiciones legales que no pueden aplicarse al caso que molesta la atención del Tribunal. En efecto, aun los neófitos de las ciencias públicas y sociales saben ya que el mecanismo político descansa sólidamente en un sistema de mutuas contraprestaciones, en el que el ciudadano es un elemento respetuoso y afecto al organismo total y la sociedad, en cambio, un supraelemento de garantía que mantiene el correcto desenvolverse de las actividades individuales, sin rozamiento y en orden perfecto. Pero suprimamos por un momento la prestación lógica de respeto y adhesión por parte del ciudadano al organismo, coloquémoslo en un punto antagónico al fin social, y este ciudadano habrá perdido todo derecho al reclamo de garantía, se habrá colocado fuera de la ley. La sociedad sólo protege a los suyos.

En el presente caso, debemos pues concluir, sin vacilaciones, que la ley no protege al ciudadano Andrés Farinango y que en consecuencia, el Juez, interpretando la voluntad del pueblo, debe aplicar el más eficaz y ejemplarizador método de supresión y defensa.

-¡Sublime! ¡Sublime!

-Pocas palabras más, señor Presidente. Quiero desvirtuar en su totalidad la especie vertida por el distinguido abogado de la defensa, quien, al comenzar su exposición, que afortunadamente fue interrumpida, aseguró que no se trataba en este caso de un verdadero delito, pues, según el ilustre Carrara, para que aquel exista es necesario la concurrencia de tres elementos, uno de los cuales, el discernimiento, ha estado ausente de Farinango en el momento del hecho... ¿Pero en qué época estamos, señor Presidente? La Ciencia Penal ha cambiado fundamentalmente desde los años en que el inteligentísimo abogado defensor hizo sus brillantes cursos en la Universidad. No nos guiamos ya, señor Presidente, por el criterio absurdo de la responsabilidad, a la cual el señor abogado quiere referirse; ahora existe un nuevo y maravilloso guía del penalista moderno, y éste, a todos títulos infalible, es la temibilidad. ¡Cuidado con el hombre temible, aunque nunca haya puesto sus manos en el vecino! Echadle pronto el guante. Esto es clarísimo, lógico, lo sabe todo el mundo, no necesita explicación. La sociedad debe defenderse. ¿En qué quedamos, pues, señor Presidente?

-¡Sublime! ¡Perfecto!

-¡Viva! ¡Viva!

Aplausos frenéticos.

-Muchas gracias, señores.

El abogado defensor:

-Pero, señor Presidente: en este país no hemos reformado el Código. Rigen todavía las leyes de 1875.

-¡Miente! ¡Nos acusa! ¡Abajo! ¡Hemos reformado el Código!

-¡Abajoo!

El abogado defensor cae anonadado. Suda.

La muchedumbre da alaridos. ¿Ya ha caído, por fin ha caído? ¡Era un monigote!

¿Pero qué le pasa en realidad a este monigote?

-¡Señor!... ¡Señor!

-¡Un momento! Tiene la palabra el acusado.

Silencio completo. Una mosca viene a posarse en mi nariz. La echo. Regresa.

-Señor... Quería manifestar solamente al Honorable Tribunal que se trata de una lamentable equivocación. La respetable sociedad se ha dejado impresionar muy fácilmente... Eso del asesinato ha sido sólo un sueño... y, verdaderamente, no hay más Código que el de 1875.

-¡Ja, ja, ja!. ¡Ja, ja, ja, ja!

-¡Que gracioso es!

-¡Que cínico es!

-¿Lo han oído? ¡Un sueño!

-¡Ja, ja, ja, ja!

-¡Que se lo ahorque!

-¡Que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

-¡Es un bolchevique!

Los trabajadores sin pan:

-¡Protestamos! Es un burgués, y de la peor clase. Es el último burgués. Ya va a descomponerse. Está irremisiblemente perdido. El bolchevique es un hombre alegre y sabe amar la vida porque la toma como ella es, jubilosamente. Es un burgués, ¡que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

-¡Que se lo ahorque!, pero es un bolchevique. No ha amado a su patria y ha conspirado secretamente contra el orden. Ha insultado a la Autoridad y no ha respetado sus mandatos. Ha hecho mofa de nuestro arte.

Los trabajadores:

-Están en babia los señores burgueses.

Los amantes:

-Bueno, al fin ¿qué importa eso? Un bolchevique o un burgués, ¡psch! Ante todo ha sido un ente despreciable. Tenía un concepto errado de la vida. Más bien, no tenía un concepto de la vida. ¡Era un imbécil!

La señorita de los nopales:

-Y un cobarde esencial.

Mi amigo Bernardo, Bienatendino, Bienatendina: -Y un impostor cruel.

Coro:

-¡Que se lo ahorque!

-¡Que se lo ahorque!

-Basta, basta, señores -dice el hombre del centro de la mesa larga, dando campanillazos desesperados-. Vamos a dar por terminada la audiencia. El Tribunal se retirará para sentencia.

-¡Muy bien! ¡Muy bien!

Los cinco hombres se retiran en hilera. Les abren camino los ciudadanos al paso. Después todos se quedan riendo y estirando los puños hacia el centro del local.

Estoy ausente. ¡No estoy aquí! ¡No estoy aquí!

Una corta pausa y aparecen de nuevo los cinco hombres. Toman asiento en sus sillas.

El hombrecillo que no se ve que sea un grande hombre tiene un papel entre las manos.

Silencio absoluto: se oyen los alientos, se oyen las miradas ansiosas.

Lee con voz de lego; lee y lee...

"...en nombre de la República y por Autoridad de la Ley, se condena..."

¡Eh, oído mío!

La muchedumbre gira, se arremolina, da alaridos de placer. Los gritos, grandes tapones de algodón, me llenan las orejas.

Todo se nubla y oscurece.

Una espesa muselina negra está deslizándose sobre los grandes tablados, como si la noche se echara a poseer este paisaje humano de ojos y uñas.

Yo voy a pensarlo detenidamente.

AHORCADO, SEÑOR INTENDENTE

Comenzó a sabérselo en la tarde, apenas pasada la hora de la siesta.

-Se ha suicidado un hombre.

-Han asesinado a un hombre.

-Han encontrado a un hombre ahorcado.

-¿Ahorcado?

-¡Ahorcado! ¡Que bruto!

-Ahorcado con un cordel.

-Ahorcado con una corbata.

-Ahorcado con un alambre.

-¡Un ahorcado!

-¡Un ahorcado!

Entonces llegó a saberlo también la Oficina de Seguridad y envió al Jefe de Demarcación, acompañado por detectives y hombres de armas.

-Aquí es.

-Sí, aquí es.

Las culatas de los rifles castigaron la puerta cerrada y luego la descerrajaron apresuradamente.

En realidad, ahí estaba el hombre ahorcado. Ahorcado con un alambre, en el centro de su viejo cubo, colgante como una lámpara.

Y su excelencia el Jefe de Demarcación redactó para el señor Intendente, acto continuo, el siguiente comunicado:

“Señor Intendente:

De conformidad con las órdenes recibidas de usted, el día de hoy, a las cuatro de la tarde, me constituí en el sitio de costumbre, con veinte hombres de mi mando, para averiguar el resultado del asunto que de algún tiempo acá ha venido preocupando a esta Dependencia. Como nadie diera respuesta a nuestras llamadas, abrimos la puerta a golpes. El hombre estaba ahorcado”

Ahora bien:

> *Esta historia pasa de aquí a su comienzo, en la primera mañana de mayo; sigue a través de estas mismas páginas, y cuando llega de nuevo aquí, de nuevo empieza allá...*
>
> *Tal era su iluminado alucinamiento.*

OTROS RELATOS (*)

(*) Se publican en esta sección los relatos de Pablo Palacio aparecidos en diversas revistas y no recogidos en volumen alguno, desde "El huerfanito" que es, posiblemente, el primero de sus cuentos, que data de sus años de estudiante en Loja. Se ha seguido el orden cronológico de su aparición.

EL HUERFANITO

Tres años tenía Juanito cuando su madre moría.

Hay momentos de infortunio terribles en la vida, momentos en que se nos presenta el destino horriblemente despiadado, momentos en que se siente de veras, se llora de veras, pero Juanito no pensaba, no sentía cuando su madre moría.

Enferma estaba la pobrecita y vivía con su familia en una casita de campo. Resolvieron sacarla de allí a la ciudad para mayores comodidades. Y he aquí que en un triste día, muy triste para Juanito, lo separaban de su madre; pero él se le acerca un momento y le pregunta:

-¿A dónde vas, madre?

-Voy a volver... hijito -le responde entre sollozos.

Pero aquel día no llega y se cansa de llorarla y de llamarla: "¡Vuelve, madre!" "Cuanto tardas". Y hoy ya no espera a la pobrecita que duerme entre los muertos.

Y creció. Y se le ve vagar con su carita triste y melancólica, sus grandes ojos negros, ojos negros que infunden amor y pena; su cabello negro también, su cabeza baja... Y cuando en la soledad lanza una mirada al espacio, parece interrogar al infinito, parece que con ansia dijera: "Vuelve, madre querida, cuanto tardas". Y crecía el huerfanito, tanto física como moralmente: sus largas horas, negras de infortunio, habían formado en él un corazón tierno.

Y he aquí que cumple quince años. He aquí que llega un día en que quiere visitar la tumba de su madre. Y se le vio trotar en una tarde con su carita triste y melancólica, la cabecita baja y por sus mejillas pálidas y demacradas, rodaron dos lágrimas para refrescar una corona de blancas rosas y enredadera morada.

Así va por el camino de la última morada. Acompañémosle.

Llega allá, y busca, busca por todas partes, pero no encuentra lo que será tal vez su último consuelo: ¡la tumba de su madre no existía ya!

-Todo se acaba, dijo. Y sentía un frío sacudimiento, una amargura inexplicable invadía su corazón, sentía impedimento en su garganta; abre desmesuradamente los ojos y la

boca y así en este estado de demencia, cae de rodillas y continúa el pobre inconsciente viendo morir el día, viendo la enorme mole de la iglesia parroquial de un color morado obscuro, ribetearse por el rojo reflejo de los postrimeros rayos del moribundo astro; y así, en esta postura continúa, mientras la noche avanza, dejando muerto para el pobrecito el sol de la esperanza...

Y las manos del huerfanito se agitaban ante el espacio inmenso.

Y en el azulado fondo, como el continuo parpadeo de vírgenes con sueño, titilaban las estrellas, iluminando el rostro del huerfanito que parecía más pálido que ellas.

Y los perros aullaban tristemente, fieramente...

Y las hojas secas, empujadas por la brisa, producían algo como un glosado, algo como un preludio para un canto celestial...

Y así se encontró el huerfanito en su verde tálamo cubierto de cruces y cipreses, con sus grandes ojos negros y lánguidos a medio cerrar, su boquita, contraída como para elevar su última oración, sus mejillas pálidas, muy pálidas y húmedas aún, todo su cuerpecito aterido estaba de frío, su cabecita blanca estaba por las canas, en una sola noche había envejecido ya. ¡Había sufrido tanto! ¡Había llorado tanto! "COMO LLORAN LOS HIJOS QUE AMAN A SUS MADRES MUERTAS".

Su corona estaba ya marchita y por mortaja le sirvieron las blancas rosas que al otro día los campesinos del pueblo, supieron, al son de ensalzadoras frases, regar sobre su cuerpecito muerto.

Así murió el tierno huerfanito, porque amaba a la pobrecita muerta.

AMOR Y MUERTE

A la vera del camino, tras un recodo de la loma, junto a los grandes ventisqueros y frente a los grandes pajonales que hace crecer el frío, estaba la choza de un viejo montañés de barbas patriarcales y canas, pronta a desvencijarse bajo el peso asolador del viento que ruge, la nieve que cae y el tiempo que pasa.

Fue en los estertores de un crepúsculo invernal, que en el límite visible del camino, se dibujó la silueta temblona de una Vieja, con el bordón a la mano y la espalda doblada bajo un fardo de penas. Fue acercándose lentamente por el camino intransitable y, su voz cansada, sonó extraña a los oídos del Viejo.

-Hermano: Habréis visto pasar por esta ruta a un peregrino joven, de mirar encendido, negra la cabellera, como el corazón de sus perseguidores; rojos sus cantos, con el rojo de los combates.

Sintió el Viejo un rebullir interno de Pasado y sus ojos quisieron ir más allá de los de aquella, cuyas palabras evocaban tiempos idos. Pasó por su boca rugosa una sonrisa amarga y por sus ojos apagados, un brillar de triunfo.

-Hacen veinte años -dijo- que llegué a esta choza, testigo tal vez de qué ignorados infortunios, de qué ignorados dolores, y sólo he visto pasar a labriegos de lejanas alquerías, en busca de ganado perdido y a las fieras de las montañas, en busca de presa que hacer.

-¡Veinte años! Veinte años justos hacen que partió ¡Cuánto he sufrido!

-Ven, hermana, ven, y bajo mi choza mal cubierta, junto a la lumbre débil, me contarás tus penas; y yo las mías, que no han salido nunca de estos labios viejos y sólo saben de ellas, las noches interminables, y los días solos, cuando no hay pan para las carnes exhaustas ni fuego para el cuerpo desvalido.

Y se sentaron juntos, y la llama dio un tinte rojizo a los rostros y las cosas todas...

-Soy -empezó la Vieja- una copa escanciada de quien han hecho festín todos los dolores. Empecé por amar y hoy sólo sé que el amor es dolor. ¡Y cuán bello es! Como las ro-

sas. Pero ¡y de aquél que se atreva a arrancarlas sin cuidado: sentirá el agudo punzar de las espinas, que se le irán muy hondo, muy hondo...! Como las llevo yo.

"Herminia me llamo, e hija soy de un Grande y Señor del Reino de Orán; pasaba mi juventud monótona entre las cuatro paredes de la Casa Feudal, pero el Amor había llamado a la puerta del Castillo, y sentí un estremecimiento intenso dentro de mi corazón; era Julián quien lo había herido, mozo pobre de dinero, pero de alma pura... Nos amamos. Mas, mi padre llegó a saberlo y nos encontró juntos, en sabroso coloquio de amor; fue implacable y toda su furia la descargó sobre nosotros; él sufrió sumiso el castigo, mas, cuando lo vio arrojarse sobre mí, se interpuso terrible... Fue una lucha horrorosa...

"Y venció. Y se irguió radiante. Pero, viéndome a su lado, se arrastró a mis pies. Perdón, perdón, gritome y, levantándose, corrió, corrió sin tregua ni descanso, con el rostro escondido entre sus manos, humillado en su vencimiento. Y desapareció por el camino sin regresar a ver.

"El Amor cual una ave carnicera, después de apurar toda la sangre de mi corazón, se elevó de nuevo a las alturas en busca de otro, sobre el cual cernerse.

"Si, se elevó ya, porque yo no podía amar al injuriador de mi padre."

El amante estaba lejos y, la amada suspiraba por él...

Tras las tristes brumas del trágico pasado; tras el recuerdo obsesionante del Padre, muerto por el dolor de la injuria; tras veinte años de vida cenobítica, en la monotonía del Castillo: surgió el perdón. Cual destello de Luz. ¡Pero cuan tarde!

-¡Indagué el paradero de Julián. Un sirviente antiguo de la Casa me avisó toda la verdad. ¡Horrible verdad! Mi amante había sido desterrado. ¿A dónde? Se me hiela la sangre al recordarlo; sufre mi ser entero estremecimientos indefinibles. Él había sido condenado a vivir allá, lejos, muy lejos, junto a las nieves eternales y a las fieras hambrientas, allá, donde hasta las flores mueren, anémicas de frío, en la Siberia.

"Dejé el Castillo, dejé el Feudo, todo eso vale menos que una mirada ardiente de Julián, y me he prometido andar, andar en busca de algo imposible, en busca de los girones de mi Ideal, porque llena está mi alma con la nostalgia de aquella flor tan peligrosa."

Cesó la Vieja de contar y un hondo suspiro se escapó de su pecho. La llama se estremeció, una lengua de fuego se elevó muy alto, agónica, expirante y se apagó; un rayo de Luna filtrose por un claro de la techumbre y dio en el rostro pálido del Viejo de barbas patriarcales y canas, sus ojos se habían cerrado con una expresión de infinita angustia y sus labios, contraídos en un rictus de dolor. Se miraron fijamente, fijamente, y dijo el Viejo con tristeza:

-¡Yo soy aquel Julián!...

Reinó en la choza un silencio angustioso.

¡Ni un abrazo!

¡Ni un beso! ¡Nada!

¡Nada!

Sólo los sollozos que se ahogaban en las gargantas y las lágrimas que corrían lentamente por las mejillas.

¡Como pesan los años! ¡Hasta sobre el amor!

...

Y cerraron los ojos lentamente, como lo hacen los niños hambreados, después de llorar mucho.

...

Las Estrellas y la Luna temblaron palideciendo, un resplandor rojizo vino de Oriente, y más atrás el Sol, poniendo una caricia en aquellos labios, muertos para el beso: en aquellos cuerpos, muertos para el amor.

¡Todo es dolor! ¡Todas las ilusiones de la vida humana, empiezan con la vana locura de esperar y acaban con la triste locura de llorar!

Y después... viene la Muerte.

En una de aquellas mañanas precursoras de la Primavera, había nevado mucho. Inmensas moles de nieve yacían en las alturas. Más abajo los grandes Tinacos protegidos del calor por las montañas.

El Sol brilló, vivificando los cuerpos y las cosas. Eran las diez. Julián y Herminia dormían todavía, bajo la caricia del sol asesino.

Y empezó el deshielo.

Asolador, terrible, como no se lo había visto.

Las moles de nieve calentadas, temblaban y bajaban por la pendiente.

Pronto se formó un gran río que lo arrastraba todo y se llevó a los Viejos sorprendidos en la mísera choza. Fue un grito unísono y, después el bajar, más abajo...

En un gran ventisquero las aguas se estancaron, los Viejos se unieron en un abrazo indisoluble como si cada uno encontrara en el otro su salvación y, empezaron a dar vueltas por el Tinaco a impulsos de la corriente...

El agua cesó de entrar y un frío letal empezó de nuevo a invadirlo todo.

Los viejos se hundieron, flotaron, otra, y otra vez.

Y el agua se congeló de nuevo cerrándose como una tumba. ¡Tumba blanca, sola, fría! sobre los expirantes estrechados fuertemente, cual si cada uno temiera entrar solo al Reino de las Sombras Infinitas.

Y después: la Primavera... El Estío... Y los años, los años, rimando una extraña y bendita Melodía, la Melodía del Olvido, del Tiempo... Y los Viejos, yertos, abrazándose... Siempre...

¡Eternidad de Amor!

EL FRÍO

Para la buena hermana -no contada- de Víctor, Ramón y María. Es fina, pálida, morenuca. Y ha sido embrujada con un bebedizo de indiferencia.

-¡Víctor! ¡Ramón! ¡María! ¡Muchachos! Todos aquí. -Es la voz argentada de Rosario que llama a sus pequeñines. Juegan junto a la cancela del jardín.

Mariquita entra la primera. Es un angelito de Dios. Hecha de cielo y sol, áurea como la luz dorada del crepúsculo. Tiene el cabello rubio cortado en la nuca; las mejillas sonrosadas, manzanas maduras; los labios entreabiertos; los dientes finos y blancos, collar menudito de estrellas: la nariz pequeñina, carnosa y ligeramente levantada hacia arriba; gordita, blanca y los ojos de añil.

Como un rayo de luz, juguetona y frágil, zalamera y risueña, abriendo los bracitos de nácar, cae sobre el regazo de su mamacita. Levantándola en alto la hace mil de mimos, caricias y besos.

Víctor entra después corriendo como un gamo y colocándose detrás de Rosario se acurruca lo más que puede; ésta, maliciosa y sonriente, lo tapa de las miradas de Ramón que entra de puntillas y con la sonrisa en los labios. Daniel, el padre, le avisa con los ojos en donde se oculta Víctor; éste, que tiene el dedo sobre los labios, ve la indicación y lloriquea:

-No quiero. ¡Vaya! Fuera de avisadas.

Ramón, al oír la voz de Víctor, suelta la carcajada, y en esa carcajada, contenida a duras penas por un minuto, hay de todos los matices y todas las dulzuras.

Ambos tornan a salir corriendo. Rosario y Daniel los llaman hasta desgañitarse. Ellos no hacen caso. Los amantes se miran, y en la dulzura de los ojos berilianos de él y en el encanto endrino de los de ella hay un brillar de pasión, un fulgurar intenso de sus almas, en las que se maridan el encanto muriente del día, cubierto de luz y vestido de aromas de azahares, de claveles y de rosas chafadas por los latigazos vivos del sol de otoño, y la sencillez inefable de aquellas vidas infantiles, que sólo saben reír. Todo es alegría: Ellos -

Rosario y Daniel- se abrazan y se besan; aquéllos -los niños- encantan el jardín con el murmullar de su voz rosa. Sólo de cuando en cuando las carcajadas de un loco ponen la nota amarga de la vida real en el hogar feliz. El es sencillo como los niños y es aterrante como el destino. Ríe, ríe, ríe porque ha nacido para reír.

Llaman a la puerta.

-Mariquita, abre -ruega la madre.

La niña queda temblando junto al dintel y mira a Rosario con ojos azorados. En el vano de la puerta se perfila la figura vergonzosa de una estantigua. Es alta, seca y grave. Es la abavia, la Tante Dide de una generación de crimen: llena de roseolas sangrientas, ha paseado su cuerpo corrompido por todos los lupanares públicos, ha escanciado todos los placeres y llevado inusitado lujo. Es la momia secular de la pasión: la cara aguileña aceitunada y rugosa; el cabello nevado; ancha, grande y perversa la frente; los ojos medianos y sin pupilas, que parecen un lago infecto y verdoso, se mueven acompasadamente y orgullosos: tienen la transparencia del piélago; la nariz adunca y larga; la boca de labios finos llena de pliegues en forma de rayos; y sobre todo aquellas roseolas, ¡oh! las roseolas, besos sangrientos de algún demoníaco maldiciente, que pasó como los días sobre la vieja haraposa, que antaño había escanciado todos los placeres!

La voz de la vieja suena gruesa, opaca como un traqueteo sordo de madera, y en la voz aquella hay un reproche por la vida mendicante, un resto de orgullo, de amargo vencimiento:

-¡Den una limosna por amor de Dios!

Enero. Noche de grandes ventarrones. El frío cala los huesos, hace tiritar a los niños y ladrar furiosamente a los famélicos perros. Tiembla la llama de la vela y en el gran salón forrado de mullido tisú dibujan las sombras de los muebles espectros quiméricos, que mueven los brazos inquietantes rápido, lento a veces, igual que majestuosos pulpos marítimos. Un ramo de rosas se despetala lentamente al pie de un gran Cristo, pálido y macerado, que alza los ojos al cielo raso en ademán de súplica y esboza en la blanca pared una sombra larga y negra. Cruza por el ambiente un temblor de misterio y los niños se acurrucan en un rincón rezando tremorosos el Santo Dios. Dormita un gato junto a la luz.

Una racha de viento sopla del sur y abre las ventanas con estrépito; se apaga la vela; el gato se levanta, arquea el lomo y maúlla siniestramente; los niños empavorecidos gritan, estrechándose:

-¡Jesús!

En este momento entran Rosario y Daniel; éste hace luz pausadamente; aquélla abraza a Mariquita, la levanta, la besa, y dos lágrimas amargas surcan el ababol de sus mejillas. Daniel la mira, suspira y con palabras que quiere hacer insinuantes, persuasivas, la dice, con dulzura:

-No llores, amor mío, nada temas.

Y amargamente:

-Nos arrojan del pueblo, nos arrojan de la casa, porque dice el señor cura, dice el pueblo, dice el casero que vivimos mal... No importa, bien mío, somos jóvenes y hay ilusión en los corazones.

Y juntando el rostro de él al de ella, rodeándola con un brazo por la cintura, con el otro estirado y el dedo señalando allá, como un oreo:

-Nos iremos muy lejos, bien mío, a donde nadie viva mal, abriremos el monte con nuestros brazos, y seremos felices en una casita blanca, junto al río y bajo un sol alegre.

Simula una sonrisa que es un gesto y le da un beso que es un hipo de llanto.

Ambos callan, meditabundos, con las mejillas, frescas aún, hundidas entre las manos finas.

Los niños se han tornado alegres a la venida de los papás y bromean calladamente cerca de la ventana.

El mayor:

-Contemos cuentos.

El menor:

-Ya, cuenta vos.

-No me acuerdo, cuenta vos.

-Yo no sé ninguno. Mejor leamos.

-Ya.

Corre Víctor y vuelve con un libro en las manos. Se sienta, y poniéndolo en el regazo, hojea precipitadamente.

-Éste.

-No, éste.

Lee, como leímos todos cuando fuimos niños. Cantando casi y pausando cada tres palabras:

-"Era una princesita candorosa, picada de tisis, pálida, fina y morenuca que había sido embrujada con un bebedizo de amor"

-A mí no me gusta.

(Mariquita se ha desprendido de los brazos de Rosario y ha corrido a sentarse sumisa junto a su hermanito que lee. Oye atentamente).

De improviso Víctor cierra el libro y con gran interés, acercándose más aún, pregunta a Ramón:

-Oye, ¿qué te vas a hacer?

-¿Yo?... Rey.

Hunden entrambos la cabeza entre las manos.

Luego, el menor:

-¿Y a los reyes los matan?

El mayor:

-¡Sí, tonto!

El menor:

-Entonces, ¿qué me haré?

Meditan largamente con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos.

Afuera arrecia el viento.

Mariquita arranca una foja del libro: un día más.

El menor:

-Y vos ¿qué te vas a hacer?

El mayor, pasándose la mano por la frente:

-¿Quién ganará más, un Obispo o un Capitán?

Canta el silencio la canción de las noches solemnes. Calla el viento, Rosario y Daniel se miran azorados, llenos de una amargura infinita. Sienten ambos la hiel de la vida real.

Y como por escarnio suena la carcajada del loco, satánica, befante y mala. ¡Pobre loco! Él es sencillo como los niños; por eso sólo sabe reír.

Ulula de nuevo el viento por las tejas y los árboles. Estremécense las puertas. Ladran furiosamente los famélicos perros. El gato arquea el lomo.

Rosario, acercándose mucho y temblando. A su amante:

-¡Tengo miedo!

Y Daniel, conteniendo una lágrima:

-No es nada.

Ella, más cerca aún:

-¡Tengo frío!

Él, abrazándola:

-¿Quieres?

Desmayan lánguidos los ojos adorables de Rosario...

-¡Sí!...

Más tarde el salón está desierto y negro. Los niños dormitan en su lecho. Y dos bocas treman en un beso de amor.

LOS ALDEANOS

Para Benjamín Carrión

Era bajita, gordita y tenía los ojos zarcos; el cabello era rubio; el talle, robusto; la cara, algo morena; y los pechos eran tan duros como dos buenos repollos de col.

Hija de doña María y de don Manuel, mayordomos de la hacienda de don Antonio, que tenían el ganado más gordo y las vacas más lecheras de la comarca; tuvo sus amores con Miguel. Miguel era alto, esbelto; tenía los ojos pardos, el cabello bermejo, el cutis claro, y cualquiera de las mozas del pueblo se hubiera alocado por tener un galán tan apuesto. Pero Miguel era pobre; sus padres se le habían muerto cuando era muy niño y decepcionado de la vida, tomaba de ella muy poco en serio para dedicarla toda en francachelas; por eso en el pueblo todos le decían el Balcache, y más de una vez se le había visto llorar, con los ojos cargados de tristeza, bajo los copudos mangos del huerto, si el cielo estaba lleno de nubes plomizas y el ambiente era pesado y caluroso.

El villorrio era tan pequeño, que parecía un nidal de palomas en medio del campo extenso, besado por el río. Lo formaban tres ringlas de casas simétricamente colocadas en torno de la iglesia antañosa, más ancha que larga; alrededor estaba el campo, lleno de cañares, maizales, platanares y grandes terrenos baldíos. A cada casucha correspondía un huerto; en los huertos había naranjas, limas... La de don Manuel estaba en la ringla izquierda, casi besándose con la iglesia, y el huerto era el mejor cultivado y el más apetitoso, por sus naranjas dulces y coloradotas y sus duraznos entreabiertos, goteando miel.

Allí, en el huerto, Miguel había encontrado a Margarita, y con el corazón palpitante y las mejillas un poco pálidas, le había dicho:

-¡Mi vida!

Y la moza, que ya otras veces había sonreído al mozo, se dejó besar largamente en la boca roja, en los ojos dulces.

Y desde entonces, se encontraron siempre: lejos del poblado, en la solanera, en los caminos, en el huerto, en el río. Y siempre se miraban largamente, con los ojos amorosos, con los ojos dulces, tan dulces como los duraznos y las naranjas del huerto de don Manuel.

Tras el huerto estaba la solanera; fue en otro tiempo un gran aprisco para recoger el ganado trashumante; después el aprisco se trasladó a otra parte, y en ese entonces el pasto crecía alto, verde y abundante. Miguel apareció sonriente en un extremo de la solanera y se tumbó de bruces a esperar. A poco apareció también Margarita, saliendo del huerto; iba con las mejillas más coloradas que nunca; en los ojos tenía una extraña dulcedumbre, y en las comisuras de la boca, una risilla picarona. Miguel se levantó y la esperó con los brazos abiertos.

Cuando llegó, Margarita se puso un poco triste. ¡Que susto había sufrido la pobrecita! Temprano estaba en el huerto, acariciando a su ternera negra, que la había pedido para verla, cuando doña Tránsito, la vecina entró preguntando por doña María. Después -se lo había contado la Carmen, su prima-, doña Tránsito se acercó a doña María, y llena de misterios, después de muchos rodeos y muchos preparamientos de ánimo, le dijo: -"Mire, doña María, la moza está creciendo y corre peligro... Ese Miguel es un balcache... Ya todos lo saben en el pueblo... A mí me lo ha contado la Encarna, a la Encarna se lo ha contado la Manuela... ya ve usted... eso que se dice no ha de ser bola solamente, sino que algo de cierto ha de haber. Mire, que no está bueno... la moza es donosa y se puede perder un buen bocado..."

Y doña María, a quien no le gusta que nadie se entremeta en las cosas de su casa, le dijo, muerta de cólera: -"Mentiras, mentiras, doña Tránsito. Las muchachas de envidiosas. Además, a usted no le importa; cada una sabe lo que se hace".

Y dándose media vuelta, la dejó plantada en la puerta y sin saber qué hacer.

Pero, doña María que es mujer de orden y no le gusta hacer aspavientos en ningún caso, la llamó ahora a solas y le dijo: -"Oye lo que dicen... eso está muy malo, muy malo... Debes decirle a Miguel que vaya a arreglarse con tu papá..."

Y Margarita, convulsivamente, se secó una lágrima.

Ambos se tumbaron de bruces en el suelo y se tornaron callados y tristes. Con las manos en las mejillas y con los codos en la tierra, se miraban melancólicamente.

¡Cuando se la había de dar don Manuel! Cuando no tenía ni un centavo y todos le decían balcache y botarate. ¡Cuando! ¡Cuando!

De pronto, una luz surgió en el cerebro de Miguel.

-Ya sé lo que vamos a hacer, ya sé -decía llorando de gozo.

Y Margarita interrogaba con los ojos, llenos de lágrimas también.

-¡Vámonos! ¡Vámonos a la Costa! Allá seremos felices. Me lo dice el corazón. Enrique, el que se fue a la ciudad, me dijo que en la costa se vive bien, allá son caros los jornales, y yo he de trabajar, he de trabajar. ¡Te juro que he de trabajar mucho! Vámonos lejos de aquí; aquí me matan, nos matan.

Y así, frente el uno al otro, tumbados en el suelo, sonreían con el divino gozo de los alucinados.

Y él, hundiendo sus manos fuertes, de hombre trabajador, en los cabellos finos y rubios de ella, la mirada en los ojos, la besaba en la boca.

-¡Dime que sí, mi vida, dime que sí!

Miguel creía todo lleno de los ojos grandes de Margarita, y en los ojos de ella lo veía todo: el campo grande y florido, como su ilusión; los cañares esmeraldinos; los charcos de sombra de los copudos mangos, los extensos terrenos baldíos; el verde subido de los huertos; el bamboleo marcial de los platanares...

-¡Dime que sí, mi vida, dime que sí!

Pero la visión del campo se tornó de pronto triste; los ojos de Margarita estaban tristes también.

-No puedo, eso no puedo. ¿Qué dirá mi mamá cuando lo sepa? ¿Qué dirán las vecinas, el señor Cura?

Y Miguel también se puso triste; ni se había acordado. ¿Y el señor Cura?

Una rapaza tarosa y mugrienta se había acercado y los estaba mirando, con los dedos en la boca. Miguel al verla, malhumorado gritó:

-Quítate de ahí, zángana, ¿eh?

La rapaza se dio media vuelta y se alejó lentamente. De más allá se quedó de nuevo mirándolos, con su cara tarosa y los dedos en la boca.

El sol declinaba tristemente. Pasaron unos boyeros cerca de la valla. Uno de ellos iba diciendo: -Véanlo a Miguel, véanlo a Miguel. Unas mozas también pasaron. Una de ellas iba diciendo:

-Véanla a Margarita, véanla a Margarita.

Un rebaño de ovejas se paró a triscar en torno de los amantes. La rapaza mugrienta seguía mirándolos.

De improviso, de más allá de la solanera, de más allá del huerto, desde la casucha de doña María, partió una voz lenta y fuerte:

-¡Margarita... Margariiiita!

La moza se paró rápido, con los ojos tristes; seguía en el cerebro la obsesionante pregunta: -¿Y el señor Cura?...

Miguel se paró también y, despacito, le dijo:

-Sal más luego.

Con el alba tuvieron que alejarse del pueblo. Todo dormía. Enlazados, a pie, cruzaron la cordillera y se perdieron rápidamente por entre los peñascales. Iban camino de la ciudad y de allí partirían a la Costa; allá estaba la ilusión de ellos, allá trabajaría Miguel mucho, mucho. Eran como golondrinas que emigraran al llegar el invierno. Sus corazones estaban llenos de amor y por ende de esperanza. Sentían no tener alas para volar. El arroyo lo pasaron muchas veces y después de cada una de ellas se daban un beso, sin sentir en nada los pesares del camino, porque la ilusión los alentaba.

Y llegaron con el crepúsculo: la ciudad se iluminaba lentamente y de todas partes se abrían ojos de luz para contemplar la inmigración divina de las sombras.

Por uno y otro lado sonaban las campanas de las iglesias; por uno y otro lado cruzaban viejas enlutadas haciendo resonar por los portales la madera de los zuecos; pasaban y se introducían en la Catedral.

Ellos atravesaron muchas calles y llegaron a una plaza muy grande: estaba toda llena de gente y se oía el ruido de los automóviles y de los coches. Estaban perdidos entre aquella multitud; sentían la nostalgia de su pueblo.

Una charanga militar tocaba melancólicamente; era una musiquilla triste, mohosa, llena de herrumbre, de tiempo...

Y ambos estaban atónitos, perplejos, llenos de la infinita tristeza de las grandes ciudades; y comprendiendo que había que trabajar mucho para vivir en lo imposible de su miseria, se quedaron silenciosos, meditabundos, desilusionados, con el signo de lo trágico en las comisuras de las bocas, mirando con ojos tristones, nostálgicos, hacia el lado de la mar...

ROSITA ELGUERO

(HISTORIA VULGAR)

I

Aquel amor hondo y bravío se le entró en el corazón con todo el fuego del trópico.

La había visto crecer desde niña, había visto redondearse sus líneas y ponerse cada vez más negros sus ojos... Y, de improviso, al descubrir una sonrisa furtiva de ella se había enamorado con toda la vehemencia impulsiva de su alma, con todo el ardor hondo del trópico. De la muchacha traviesa de antaño había pasado a ser señorita, y la indiferencia con que antes él la miraba, habíase tornado en un deseo avasallador de sondear desde cerca el misterio de sus ojos.

Y cuando desde las regiones del ensueño descendió a la prosaica realidad, al oír la invitación que le hiciera su amigo Alfredo para ir a casa de Rosita, se detuvo un momento vacilante, meditó mirando fijamente la rica alfombra, mientras dejaba transparentar en su rostro las violentas emociones que sufría, y se decidió por fin, no sin poner antes algunos reparos, que fueron fácilmente allanados.

II

Al otro día, Juliano se levantó bastante tarde, y con la cabeza demasiado pesada por los efectos del vino.

Se incorporó en el lecho y se puso a divagar... Lo veía todo como a través de un sueño, le parecía imposible o dudoso lo de la noche anterior. Recordaba el poco azoramiento que tuvo al entrar, sus miradas dulces y esquivas; luego la animación de las primeras libaciones, el vals, sus movimientos, torpes al principio debido a la emoción; los hombros

blanquísimos de ella, la alegría de los padres, su salida a la terraza, la luna, la tranquila unción de la ciudad, y después de aquellas palabras que va repitiendo la humanidad entera de boca en boca, el beso que le hizo estremecer y dudar de sí mismo, en un aniquilamiento involuntario de su personalidad. Luego su tristeza, sus palabras inocentes, aquellas palabras que tuvieron en el silencio de la noche el temblor de una melopea trágica.

Don Edmundo, repantigándose en el amplio sillón, dejando en la mesa el periódico de anuncios, arrojó una bocanada de humo, y dirigió a Juliano una mirada oblicua y fija sobre los lentes de lectura.

–Tú has estado anoche en casa de...

Juliano, poniéndose levemente rojo, barbotó:

–No, papá.

El buen señor se sacó los lentes precipitadamente.

–¿Cómo que no? A mí me lo han contado esta mañana mismo. Será la primera y última vez.

–Pero, papá, ¿por qué te enojas? Yo en eso nada encuentro de malo. Rosita es una muchacha simpática, honrada: yo ya soy un hombre... ella es pobre, pero tú tienes dinero, y lo único que debes querer es la felicidad de tu hijo... Yo pienso casarme...

Don Edmundo se levantó furioso, creciendo su indignación a punto que se ponía rojo y hacía ademanes exagerados con los brazos.

–¡Cómo! ¿Tú casarte con ésa... Con una pobrete de la laya...? ¿Tú...? Eso nunca. ¿Para eso te he criado y te he educado? No. Hoy mismo sales de mi casa. Tú no tendrás un solo centavo de mis manos. ¿A mí con eso...?

Juliano quedóse anonadado, casi loco. ¿Qué hacer? Todas sus ilusiones habían caído por los suelos. Aquello era imposible, inaguantable. Su papá no le daría ni medio. ¡Qué desgracia!

Cuando se encontró con su amigo Alfredo todo se lo contó.

–Y bien, ¿por qué te desesperas? Parece increíble. Eres hombre de grandes aspiraciones. ¡Desilusionarte por tan poco! Si ella no es tu porvenir, hombre. Lo que te dice tu papá es más que cierto: ella no es para ti. ¡Debilidades de la humanidad! No te mates, hombre, muévete, goza; para eso es el dinero. ¿Éste es el sexo fuerte?

Y casi quedó convencido de que debía ser así. Al fin y al cabo, era cierto lo que decía su amigo Alfredo. No hay por qué llorar ni desesperarse. Así es la vida. Pero, como siempre somos débiles, se dijo, mañana parto a una hacienda; me estaré allí un mes, dos, un año, es preciso; ella también ya me olvidará... ¡Así son las mujeres...! Y... asunto concluido.

Ese mismo día se arregló todo con el padre de Juliano, y, como éste lo había pensado, con el alba del siguiente partió con rumbo a San Francisco.

III

Desde entonces, Rosita Elguero no volvió a ver a su galán.

Todas las tardes se instalaba avizorante en su lindo balconcito, con geranios y con jazmines. Era un encanto verla allí, como en la alegría de un cromo inglés, con las

crenchas cayéndole en chorros, y su naricilla respingona. Pero los ojos se le volvían azules de tanto mirar.

Para ella no tenía explicación el súbito alejamiento de Juliano, y pasaba todo el día revolviendo en su imaginación cuantas sospechas podía caber. Él había sido su Ángel de Anunciación que trajo promesas sin cuento, y le parecía casi imposible ver esfumarse la más grande ilusión de su vida.

Cuando supo que había partido a San Francisco, el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Pero, al fin... ¿qué iba a hacer? Esperaría... A tantos que había despreciado por quererlo a él sólo. Él no la olvidaría. ¿Cómo creer en ello? No, no podía ser. ¿Esperar...? Pero tanto tiempo... Un año, quizá más. ¿Qué hacer...?

Le escribiría. ¡He aquí una idea!; le escribiría, sí, le escribiría. Y ante la idea de tener una carta de él entre sus manos, lloraba de gozo, emocionada.

Un mes tardaría la carta en llegar a San Francisco. ¡Huy... qué lejos estaba! Pero, al fin... Él le contestaría enseguida, eso sí, enseguida. Un mes en venir la contestación. ¡Jesús, qué largo...!

Pero se resignó y hubo de escribirle en una mañana clara; el portador se llevó la carta y con la carta el corazón amoroso de Rosita. Desde entonces empezó a contar día por día cómo se pasaba el tiempo y lloró muchas veces a la Virgen porque venga la contestación pronto. Pero corría el tiempo y la ansiada carta no llegaba. ¡Ya eran tres meses! Entonces lloró muchas veces a la Virgen porque le contestara...

Le escribió una y otra vez, hasta que, en una noche de insomnio, entonó una aria triste a sus encantos muertos porque la esperanza se le murió ya en el corazón.

En tanto, Juliano, desde San Francisco había partido muy lejos, allende los mares. Su padre le envió mucho dinero para que pasee y goce, pagando así la docilidad de su buen hijo.

IV

Tenía una hermosura alegre y clara.

¡Oh, Rosita Elguero, cuántas veces suspiré por la hipnosis de tus miradas gitanescas; por el oro de tus cabellos rubios, como las guedejas del Rabino; por las caricias de tus manos de mar!...

V

Rosita se desesperaba, había muerto en su corazón la esperanza en el amor de Juliano, y ya todos la habían olvidado. ¡Quién se iba a acordar de ella, cuando a todos había despreciado por alimentar aquella ilusión!

Por los corrillos que se formaban en el barrio corrió la voz de su súbita transformación, y pocos supieron cómo explicarla. Algunos, mal intencionados, conocedores de las circunstancias de ella, se alegraban de las consecuencias fatales de aquel amor que "só-

lo a la cabeza de ella podía metérsele". Otros, nostálgicos de las sonrisas de la chica, suspiraban meneando la cabeza: "Que fatalidad, qué fatalidad".

Y llegaron: la chaqueta recamada de botones de oro, las botas rodilleras charoladas, los ojos picarescos y la amplia capa azul claro, a esa muy libérrima e ínclita ciudad de X..., en donde las viejas maldicen de la indisciplina de los batallones, y las mozas dan un ojo por uno de esos mozos simpáticos.

Como era natural, no faltó uno que diera con Rosita y se instalara en la esquina a enamorar a la chica. Fue un Subteniente de Infantería que, por la nariz, había tenido predisposiciones naturales para búho, pero que tenía unos ojos...

Cuando vio a Rosita, se juró "no dejar de darle vueltas hasta ver en qué para la cosa". A ella, por su parte, le había impresionado el rostro exótico del oficial. Son caprichos de ciertas almas extrañamente complejas. Aquel rostro cetrino y cenceño con unos ojos de campo tan blanco era verdaderamente atrayente. Su primera impresión fue de cariño para el extranjero, pero vino enseguida la reacción y acordóse de Juliano. ¿Qué diría él? Y una ola de rencor invadió su pecho, asolándolo. ¿Qué diría él? ¿Tenía todavía esperanza en sus palabras engañosas? No. Había sido una pasión que nació sólo en su alma. Él no la quiso nunca. Ni siquiera le contestó sus cartas. Haría lo que quisiera porque era libre. Y renació el odio. Y nació el amor.

Fue un amor pasional nacido bajo el impulso del olvido: ella amaría al otro.

Cuando el oficial volvió a pasar bajo el balcón de Rosita, la miró intensa, amorosamente y, poniéndose una mano en el pecho, de sus labios surgió una galantería sutil, apasionada:

–¡Linda!

Y Rosita le pagó con la caricia de su sonrisa luminosa.

VI

Cuentan que en una noche azulada y serena, las carnes alabastrinas de la chica cegaron los ojos ávidos del Subteniente de Infantería.

VII

Juliano, allende los mares, derrochaba dinero a más no poder; ni se acordaba siquiera de la enamorada que dejó en la ciudad lejana. ¡Iba a acordarse!

Habían pasado ya seis años y no le quedaban huellas en su alma de aquella noche que mató el porvenir de Rosita.

Al fin llegó el tiempo de regresar. Juliano sentía una satisfacción íntima de ver a los años su ciudad, si bien al mismo tiempo sentía dejar los holgorios y el libertinaje; partió un lunes. Todos sus amigos salieron a dejarlo en el puerto.

Y... como aldaba lo llevó, aldaba lo trajo. Nada había cambiado: era la vieja ciudad quietista y estática que dejó una mañana clara, y al mismo tiempo que sintió el palpitar intenso del corazón por la alegría, sintió la nostalgia de los crepúsculos, rojos de besuqueos...

VIII

Domingo. Tarde plomiza y pesada. Tiene ganas de llover. El canto de los borrachos muere con las horas profanando la mirífica congoja del disanto. Unos pocos aldeanos retrasados vagan por las calles de la ciudad. Por medio de la plaza pasan dos jamelgos lentamente... Y las beatas madrugueras a la misa van también por la tarde a la Iglesia a rezar.

De improviso, en los altos de una casa se abre una ventana ruidosamente, rompiendo el encanto del crepúsculo, y un señor alto y gordo, con sombrero de paja, poniéndose las manos en la boca, con voz potente de maestro de capilla, llama hacia el otro extremo de la plaza:

–¡Zarangozín... Zaragozín...!

Vuelve a cerrarse la ventana, y la tarde torna a dormir...

–¿Quién es ésa que va allí?

–¿Quién? ¿No sabes? Es Rosita Elguero... La chica estaba fundida. Desde esa noche a nadie volvió a ver. ¿Recuerdas? Después, desesperada, comprendiendo que tú te habías burlado de ella, tuvo unos amores con un Subteniente Tal... que ni recuerdo cómo se llamaba. Después, vino un señor de provincia. ¡Un pato! Ya sabes... Se enamoró perdidamente de ella y se casó. Allí la tienes, es una verdadera madre de familia y una buena señora... Tiene ya cuatro hijos...

Juliano se lleva la mano al corazón y deteniéndose exclama con furia:

–¿Ella? ¿Casada?... ¿Cómo es eso?... La he de matar... La he de matar...

Una sonora carcajada de Alfredo quiebra de nuevo el silencio de la tarde.

–¿Qué? ¿Lo dices en serio?... Vaya, hombre, vaya. Pero, ¿qué querías? La engañas diciéndole que la quieres y te vas para volver después de años. Ella, por serte fiel y agradarte más, despachaba a todos sus anteriores pretendientes y tú has querido que se quede para vestir santos, como dicen vulgarmente, ya porque tuviste la bondad de mentirle... ¿Lo dices en serio?

Y una nueva carcajada sale de los labios de Alfredo.

A lo lejos, Rosita Elguero pasa. En cuanto ve a Juliano lo reconoce y dos lágrimas ardientes empañan la tersura de sus mejillas.

Y en el silencio del crepúsculo suenan trágicamente las palabras de Juliano, aquellas palabras de una injusticia bárbara que son en la tarde moribunda el fogonazo lírico de un cañón guerrero, eternamente olvidado sobre la arena sangrante del campo de las batallas del corazón:

–La he de matar... La he de matar...

UNA CARTA, UN HOMBRE Y ALGUNAS COSAS MÁS (*)

Mi querido amigo Eustaquio:

No te he escrito hace mucho tiempo, pero esta misiva va por todas. Ya te veo la cara que pones de verla tan larga. Pero, ventajosamente, casi toda es copia. Me encontré misteriosamente con un legajo de escritos, ni te explico cómo, ni lo necesitas. Lo que debes saber es que lo escribió don Pancho de la Piedra y Carrión, de quien nada dijo la crítica, tal vez por ese sentimiento innato de injusticia que tiene, tal vez porque De la Piedra no publicaría en vida —¡ni aún en muerte!— ninguno de sus escritos. Yo no sé si don Pancho, como el gran Fradique, tuvo odio a la luz pública y aspiró al estilo que no se ha conocido aún: puro, radiante y fluido; si fue así vengo yo a profanar aquel silencio, divulgando sus escritos, injustificado por ser pesimista.

Don Pancho parece haber sido un hombre de mediana ilustración y de mucha buena fe. Yo no me atrevo a elogiar sus escritos, pues algunos de ellos vas a conocer, y sería restarte juicio propio, —a ti que eres tan sabio— pero sería fácil colocándose, si esto fuera posible, en la época de don Pancho, admirar el valor de sus escritos, irónicos a veces y a veces dulces. Ningún dato de su vida nos queda y es por esto que yo no pueda, a manera de unos cuantos, atar cabos y tejer finos análisis psicológicos, exhornados de unos cuantos pensamientos hondos y bullidoras observaciones.

Mas como te conozco que no eres exigente y te vas hastiando, antes de que arrojes, con rencor contra mí, este papelito inocente, voy al grano, es decir a lo de los artículos. Te dije que había encontrado un legajo escrito por don Pancho de la Piedra y Carrión; y,

• Publicado en la revista Iris, No. 1. año 1. Loja, 1ro. de junio de 1924, pp 2-6-7

en verdad, cuando un accidente somero de mi vida puso a mi alcance estos papeles atados fuertemente por un balduque encarnado, me dio el corazón que tenía entre manos los destinos de dos enamorados pichones, como diría un vejete alegre. Mas poco a poco fuime poniendo en autos de la lectura del legajo, y me encontré con unos articulillos que los llamaré literarios, aunque, *dicho sea de paso y sin ánimo de ofenderme, no sé cómo llamarlos a punto fijo.*

Son a veces alegres, irónicos, picantes, mordaces; a veces hay descripciones de paisajes de esta tierra; a veces cavilaciones acerca de los primeros principios, que satisfarían al más ortodoxo; a veces consejos llenos de amor y de sano optimismo.

Parece que su autor había leído mucho al maestro Montaigne; al inquieto y nervioso Azorín; al genial Eça de Queiroz; parece que se había penetrado de aquel amor que anda desperdigado por el Nuevo Testamento y en algunas de las obras de Federico Nietzsche; —¡Anda, que me voy haciendo crítico!— y para más francamente hablarte parece que no ha leído a ninguno de éstos, sino que tú ya sabes es la manía de comparar.

Son artículos que parecen haber sido escritos para corregir nuestras inveteradas costumbres sociales, o tal vez, mejor, escritos al acaso sin ánimo ni fin, sólo por la manía de escribir, que parece que minó la vida de don Pancho.

He escogido tres de ellos para dártelos a conocer, no porque sean los mejores, no; quizá son los más desaliñados y frívolos, quizá los que odió el autor. Los he escogido porque... ¡vaya!, no podré decirte porqué. Porque lo he querido solamente, porque hay cosas que no tienen explicación en la vida. Yo he escogido estos artículos así como tú amas a María, por ejemplo. Es muy difícil penetrar en la psicología de los caprichos (¡anda!); se ama a una mujer simplemente porque nos agrada, no porque es bella. Cuando estamos lejos nos detenemos a analizar sus costumbres o tal o cual detalle grosero de su rostro; pero cerca, mano sobre mano, no ves nada; esa mujer te ha cegado y dieras por ella la vida. Sin embargo, ¡qué vulgar!

Dispensa la comparación y no me creas enamorado de los artículos de don Pancho. Te los copio porque... ¡vaya! Volvemos a lo mismo...

Panches

> *Nada iguala al prestigio de Panches. Panches es un gran poeta,un gran ensayista, un gran crítico. Panches es un gran conversador. Decir Panches en este pueblo de Dios es como si en el África se hablara del Nilo o del Amazonas. Decir aquí Panches es como hablar de poderes invisibles, de la linterna mágica de Aladino.*
>
> *Nada como el gran prestigio literario de Panches. Y pregúntele usted a Juan o a Pedro, ¿qué escribió Panches? Y le miden con la vista de la cabeza a los pies,*

escudriñan su fisonomía y aunque no saben precisar a punto fijo qué escribió Panches le tienen a usted como a ignorante o blasfemo.

Y si nos ponemos a buscar de dónde viene aquel gran prestigio, a fuerza de registrar papeles y huronear manuscritos, nos encontramos con que Panches es poeta oficial. Lo sacaron de la oscuridad de sus rimas los municipales. Se lo premió en un gran concurso promovido por el H. Cabildo, al que concurrieron además el poeta de "Primaveral", "A Bernardo Valdivieso", "A una jardinera", etc., y el ya célebre Portero del I. Ayuntamiento, aquel que en sus mocedades había escrito eso de:

Están los campos verdisecos
El cielo ya nublado ya sereno...

¿Qué escribió Panches? Ahora es fácil saberlo. Nuestro poeta es el autor de "Soledades", mas no son como aquéllas del gran Lope, del famoso cantor del Siglo de Oro. Panches inspiró su lira armoniosa en los perfiles ambrosíacos, como él mismo lo decía de unas honradas señoras hermanas, de las cuales a la mayor le llamaban Soledad.

El poema es un canto ardentísimo inspirado, sin duda, por las líneas plenas y garbosas de la jamona. Hay que anotar, eso sí, que se habla también de "bosques psicológicos" y otras lindezas. (No es mi ánimo criticar a Panches; se me había puesto hacer su semblanza crítica, porque me inspira gran simpatía y quiero hurtarlo a un olvido posterior. Conozco mucho a Panches y si estas líneas tienen alguna vez el alto honor de detener su atención —ojalá eso no suceda—, yo sé que el famoso lirida tendrá el mismo gesto de desdén que tuvo para algunos que quisieron manchar su reputación continental).

Ser premiado Panches y ascender a la categoría de genio fue uno. Lo primero, comenzar a elevársele el chambergo debido a un complejo bosque cabelludo, ¡y no psicológico!; luego hablar en voz alta con inflexiones metálicas, y amenazarnos con su andar airoso y ondulante.

¿Habéis tratado alguna vez a Panches? ¿No habéis quedado abrumado por el peso de su cortesía inaudita, abrumadora, extraordinaria, inefable...? ¿No habéis sentido una gratitud tierna hacia el poeta cuando después de una venia os ha dicho: Señor doctor don N. N. (Aquí nombre y apellido) y más títulos si los tenéis...?

¿Habéis tratado en la intimidad a Panches? ¿No habéis quedado admirado de tanta sabiduría, de tanta erudición, de tanta ternura, de tanta delicadeza; no os habéis alelado al oír aquellos arranques líricos de peregrina originalidad, aquellos desesperados deseos de no sentir nada, de ser como la piedra que cantara el

Poeta? ¿No os habéis admirado de su enorme talento crítico de su facilidad extraordinaria para sentenciar sobre novelistas, filósofos, poetas, pintores, músicos; sobre Hegel y Ossián, sobre Valera y Garcilaso, sobre Verdi y Rafael?

¿No habéis oído hablar nunca a Panches? ¿No? Pues entonces amigo mío, y perdonadme la franqueza, estáis por empezar...

Fijaos bien: Como aquel pintor de mal gusto, empezaré a describíroslo desde los pies: usa zapatillas, medias blancas —no os olvidéis de las medias blancas—;...

Pero, Dios Santo, ¿qué es lo que hacía?

Perdonad, esto de murmurar del prójimo es mal del siglo; ¡y seré en todo vulgar!

Del amor

Es cosa bien sabida y bien dicha: nada más grande que el amor.

El amor es el hundimiento del yo. Mas ama así: abísmate y confúndete; ama con todo tu corazón y si quieres con todo tu cerebro. Sé fuerte y tenaz. Ama como Buda o como Jesús; como Galileo o como Lenín; ama como Caín y mata, pero ama. ¿No habéis oído los anatemas contra los tibios?

¿Por qué no tienes un ideal? Ama al Dios eterno e inmutable, que, como dicen los persas, es la dureza en la piedra, la frescura en el agua, la fluidez en el arroyo, la luz en el día, la gloria en el hombre...... ¿por qué no tienes un ideal?

Ama la vida puesto que es tu misma alma. ¿Quién te ha dicho que la vida es mala? No creas a ese hombre, que también es la vida Dios. La vida es buena como el pan. Tras el torrente está la pradera, más allá del ziszás trágico se halla la luz. Ve a buscarla.

Y cuando la encuentres, ámala mucho, no se vaya a escapar de tus manos, que no pueden aprisionarla. Mas si esto sucede, ¿persíguela de nuevo, aunque la vuelvas a perder!

Ama a la mujer. Ella es más dulce que la miel.

Mas antes, oye mi cuento:

> *'Hubo una vez un rey que tenía una hija, y como quisiera que sea su esposo alguno de los pares del reino, llamólos un día a todos para que disputen su mano. Aprestáronse todos para la liza y antes fueron a besar*

los pies de la hija del Rey. Mas hubo uno que al pasar ante ella ni siquiera doblegó su rodilla, aparentando gran indiferencia...

Desde las almenas de la fortaleza, que estaba colocada a orillas del mar, miraba la encantadora princesa tan singular batalla con el corazón palpitante.

Mas cuando vio entre el polvo de la playa a aquel caballero desdeñoso, que sólo la había mirado con los ojos acerados y que prendió en su corazón el orgullo de su estirpe, dando un grito doloroso se arrojó en las profundidades del mar'.

Así es ella, incomprensible y cruel. Yo te aconsejo: si amas a una mujer, esconde mucho tu corazón; ¡que no se lo oiga palpitar!

De la tristeza de los niños.

Nada más doloroso que eso.

Decir cuatro años es decir risas, campo y sol; decir cuatro años es decir luz que se quiebra entre cristales, gorjeo de calandrias armoniosas; decir cuatro años es decir caritas sonrosadas; gracia de ingenuidad infantil; decir cuatro años es decir alegría de la hartura; es decir bombones, frutas jugosas y carnudas.

Y cortar de golpe aquel encanto es más doloroso que todo dolor; es como ver perderse un ensueño, un ideal.

¿Habéis visto alguna vez un niño triste?

Ellos no derraman lágrimas inconsolablemente: son delicados y mansos, pálidos y ojerosos. Contra un muro escondido y ruinoso, con los brazos cruzados, acercan su cuerpecito feble. Sus ojos fijos ven algo en el espacio vacío y a veces dos lágrimas lentas, tiemblan y brillan, los nublan y ciegan; y siempre quedan fijos e incomprensibles.

¿Cabe tal acervo de dolores en una alma tan pequeña?

¿Qué tienen dentro? ¿En qué meditan los niños tristes?

No sé qué decirte de don Pancho. Mi amigo, el crítico, me dijo que no era tan original. Yo entiendo poco de esto.

Allá verás tú. Te saluda tu amigo FIDEL.

UN NUEVO CASO DE MARIAGE EN TROIS

Habían quedado con las bocas muy juntas, acariciándose, cuando de improviso Elvira se puso en pie de un salto; hacía ascos y escupía.

-¡Ay!... ¡Ay!... ¡Jesús!

Don Antonio, sin preocuparse, conociendo que las mujeres hacen aspavientos por nada, preguntó entre dientes, arrebujándose entre las sábanas:

-A ver, hijita, veamos: ¿qué pasó?

Ella se horrorizaba cada vez más, acentuando su mohín asustado.

-¡La mosca, por Dios, la mosca! Se nos ha metido entre las bocas.

Entonces el Maestro se estremeció levemente: había sentido un suave cosquilleo que le avanzaba por los labios; luego le saltó a la frente y bajó de prisa por el perfil de la nariz; por último, algo voluminoso que aleteaba con furia invadió sin compasión una de las ternillas y zumbando dio con su cuerpo por todas aquellas escondidas cavidades. Recoledo se sentó bruscamente sobre el lecho y estornudó con fuerza. ¡Que barbaridad! entre sus brazos sudorosos estrechaba una tibia almohada y a su lado no había nadie.

Al recordar los pasajes ardientes de su sueño, tuvo vergüenza de sí mismo y si en ese momento viera a Elvira, seguramente le habría pedido perdón de rodillas. ¡Era un insulto profanarla así, en sueños, cuando ni siquiera se habría atrevido a confesarle su amor al estar junto a ella!...En fin, era hombre y débil... ¿qué le iba a hacer?...

Con el dedo meñique empezó a escarbarse pensativamente las narices y con el índice de la otra mano se restregaba los ojos. ¡Que no supiera nadie que un hombre tan serio como él disparataba a oscuras de esa manera!

Antonio Recoledo era un individuo bajito, rechoncho y algo miope. Cuando salía a la calle usaba siempre sombrerito hongo, lentes y ropa negra de medio uso. Tendría unos cuarenta años y ya era célebre.

Y siempre fue inteligente don Antonio: que lo digan los de su tiempo... Fundó dos periódicos: *El Faro y La Verdad*, en los que campeó con valentía y justicia; rindió el grado

de bachiller y estudió hasta tercer año de Derecho, desde donde perseveraron sus aficiones sociológicas. Era un talento verdaderamente enciclopédico, porque en esos tiempos se estudiaba... ¡Ah, si volviéramos a esos tiempos!... Al menos él hablaba con el mismo desembarazo de Derecho Natural como de Economía y de Química y hasta de Literatura. Claro que algunas veces no decía lo que los libros; pero ya don Antonio había confiado en reserva a su sobrino Juan que los libros también se equivocan, de repente. Juan lo llamaba dulcemente "Maestro" y bien se lo merecía.

Llevado por sus inclinaciones a la Sociología, estudio que ha hecho dar un paso gigantesco a la ciencia contemporánea, el joven desertor de la Universidad se encerró en un rinconcito apartado; perdió media vida, media cabellera, media vista y se hizo sabio. ¡Laudable sacrificio en pro del adelanto humano!

El centro de sus actividades era la mujer. La conocía al dedillo: algunos opinaban que era más ducho que Balzac y más preciso que Stendhal. Pero lo que más gustaba en Recoledo era su sano optimismo; ¡claro que hay que ser optimista! No se pierde nada y se da una buena inyección de valor a la gente honrada.

"La mujer, ángel de luz", había escrito Recoledo, "toda sentimiento y amor, así sensible y frágil como es, está llamada a fines grandes. Comprensiva e inteligente, casi tanto como nosotros los hombres, será, sin duda alguna, la base más sólida de la vida futura. Al menos, filósofos y publicistas de nota están de acuerdo sobre este punto". ¿Quién será capaz de negarlo? ¡Bellas frases las de don Antonio!

Con tan favorables principios para el sexo bello, compuso su obra monumental *En defensa de la mitad más interesante de la especie humana*, que tanta fama le dio.

Tuvo frases justas, lapidarias, "desconcertantes por su laconismo incisivo, que penetra en la verdad como el bisturí en la carne de un cadáver". Así se lo dijo un comentador y, como el Maestro había subrayado la frase, creo que fue de su gusto.

Y era natural que después de la publicación de la obra, soñara maravillas por lo menos durante tres noches: un hombre que escribe un libro no es cosa vulgar. Pensó en minuciosas biografías, en algunos retratos suyos publicados en la página de honor de periódicos extranjeros, y también en numerosas felicitaciones de los Comités Feministas, aunque, dicha sea la verdad en su honor, nunca tuvo envidia de los honores. Muy por el contrario, don Antonio, siempre que podía, echaba al rostro de sus adversarios esta frase, que era un bofetón: "¡Ningún hombre superior... anda... a caza... de vanidades!" Cuando pronunciaba esta frase favorita, se extendía cuanto alcanzaba su menudo cuerpo y agitaba vigorosamente el índice con ademán significativo.

...Ahora, con los ojos todavía hinchados de tanto dormir, meditaba lleno de contrición en las barbaridades que había soñado... Lo de los Comités y los periódicos...pase; pero lo de Elvira, una muchacha tan buena... Sin embargo, en vez de olvidarlo, siempre volvía a lo del sueño, y en el fondo lo habría querido de verdad.

En ese momento sintió ruido. Iba a levantarse, cuando oyó la voz de la cocinera, que con el ojo en la cerradura y la boca hecha agua, llamaba delicadamente:

-Señor... Señor...

El Maestro, metiendo de nuevo las piernas velludas bajo los cobertores, mandó:

-¡Entra!

Petrona entró con un diario en la mano. Estaban sus ojos relucientes de felicidad; con su índice gordezuelo señalaba el periódico, y afirmaba que eso era sublime. A ella se lo había dicho, cuando iba al mercado, la señora Gertrudis, quien leía los periódicos todos los días y ella lo compró para que lo viera el señor...

Este lo cogió apresuradamente, restregándose de nuevo los ojos, cabalgóse las gafas y recorrió las líneas negras... Sí, en la sección bibliográfica estaba. Leyó en voz alta, después de toser y expectorar.

"Antonio Recoledo y su obra *En defensa de la mitad más interesante de la especie humana.* -Hemos recibido la excelente obra cuyo epígrafe encabeza estas líneas, dos tomos de menuda impresión que acabamos de leer con agrado. Antonio Recoledo, su autor, joven de singulares dotes, viene dedicando desde muchos años atrás todo su esfuerzo al estudio de la mujer..."

-Tráeme el desayuno, pronto.

Petrona salió con desgano.

"...estudios de los que tanto carecemos en estos tiempos en que los jóvenes desgastan inútilmente sus energías en chirles produccioncillas literarias, que cada vez van aumentando más el desdoro de nuestra querida Patria". Recoledo sonrió satisfecho; era así. Ah, nadie como los periódicos para decir las verdades. "Es tiempo de que la juventud despierte y siga la preciada senda de la ciencia, por donde va a la vanguardia nuestro sabio Recoledo, quien, despreciando a todo trance gangas personales y satisfacciones vanidosas, consume con paciencia benedictina sus mejores años en el silencio de su estudio. Como el espacio de que disponemos se nos viene estrecho, nos limitamos a dar sólo noticia de la aparición de la obra, reservándonos para otra ocasión ocuparnos de ella en un estudio critico detenido. Auguramos muchos triunfos al filósofo y amigo"

La cocinera había vuelto a entrar de puntillas, con el desayuno, y don Antonio, como aplanado, se rascaba lentamente las piernas, abriendo mucho los ojos. Aquello sí que era tener la gloria al alcance de la mano. ¿Por qué iba a ser un disparate lo que soñara? Vio de nuevo a Elvira junto a él, zalamera, risueña, brindándole su boca dulce y emborrachándole con el fulgor agresivo de sus ojos negros...; levantó las manos temblorosas, palpó dos caderas abombadas, dos muslos duros, y loco de deseo estrechó a Elvira y la besó... Petrona dio un gemido de contento. Al oírla, el Maestro, dándose cuenta de su equivocación, se separó muy serio. Aquello no era ya conveniente en un hombre como él... Pero la cocinera se había envalentonado y anudándosele al cuello con los brazos, amapolándose, le dijo unas palabras al oído.

Hubo un silencio trágico. El escritor se arrojó del lecho instantáneamente, se quedó mirándola con una rabia atroz, como queriendo despedazarla.

Hay que confesar que el pobre hacía una facha chusca, ¡pero estaba tan emocionado! No hacía más que mirarle el vientre insistentemente y pensar en el hundimiento irremediable de su única ilusión. No alcanzaría nunca a Elvira. Al fin exclamó furioso:

-¡Mentira! No es mío. A mí no me engañas, canalla; sal de aquí inmediatamente. ¡Ustedes son unas animales!

Petrona quedó muda de espanto, sin saber lo que le pasaba. Después de un instante abandonó lentamente la alcoba y se dirigió a la cocina, que tenía una pequeña ventana ahumada que daba a la calle.

¿Qué haría ella?... No era una bisoña en estas cosas: era ya la segunda vez, y tampoco su hijo tendría padre... A la verdad, no estaba segura de quién era: pero de uno de los dos debía ser, ¡claro! Al otro le había dicho que de él y habían convenido en que mentiría al señor; mas cuando supiera la contestación de esa mañana, se lo tenía tragado que se reiría de ella y tomaría las de Villadiego.

Salió a la ventana y se arrimó en el antepecho mugriento. Por casualidad, Emilio subía para ir a su trabajo. Al ver la cara triste con que lo miraba y las señales negativas que hacía con la cabeza, comprendió en el acto de lo que se trataba. Se detuvo un momento, pensativo; después, tomando una resolución, se encogió de hombros y siguió andando sin decirla una palabra. Sólo para él resumió la situación:

-¡Caramba, la pobre !... Y lo que es yo, tampoco te creo...

Entonces, al verlo alejarse, Petrona se irguió muy pálida, con las manos entrelazadas sobre el redondeado vientre; y con toda la rabia de su impotencia, frunciendo el ceño y apretando los dientes, escupió sobre la mitad menos interesante de la especie:

-¡Ah, cochinos...!

GENTE DE PROVINCIAS

Santiago Maya

Aquel pobre señor de provincia, Santiago Maya, andaba siempre en chancleta y fumaba largos y renegridos puros... Pobre de dinero, no: cinco mil *barras*, como dicen, hacen en los pueblos una fortuna bastante respetable. Da para echar vientre; ponerse la gorra o el sombrero de paja a media testa; hundir las manos en los bolsillos, sonando las llaves y alguna que otra moneda; arrastrar grave y concienzudamente las zapatillas, y hablar de política y mujeres.

Santiago Maya tuviera más, mucho más, si no habría sido por la maldita hernia, que le obligaba a tener prendido a la carne, como un apéndice, el insoportable braguero.

Cuando mozo fuera ayudante de su padre en un molino, que a la cabecera del pueblo metía la bulla del siglo: las grandes piedras remordiéndose ruidosamente para triturar el grano; los remiendos de las bandas azotando como foetes los volantes durante las vueltas interminables. Santiago llevaba de uno a otro lado los ventrudos costales de trigo y los hondos cajones de harina. Se hizo fuerte como un toro. Una mañana, en unión de algunos jornaleros, vacilaba ante una pesada carga:

-A que no alzan ustedes este saco.

-Ni usted lo alza, patrón.

Lo que menos le gustaba era las *charlas*. Al grano, al grano, y en verdad que al grano había que ir. Y que "lo alzo", que "no lo alza"... Santiago levantó el saco poniéndose muy rojo; luego emplasteció un poquillo, y no hubo más.

A los pocos días, durante el baño, reparó en una pequeña bolita junto al bajo vientre, que después fue hinchándose poco a poco. Las amigos le dieron bromas, pero él se puso serio y un sí es no es asustado. Decaían sus fuerzas, y en esa ocasión, lleno de vergüenza, casi no pudo atravesar el río a nado.

Avisó al padre; se alborotó la casa; vino una vieja encorvadita y arrugada, la célebre "mano de Dios", ante quien tuvo que descubrir, todo ruboroso, algunos espantables se-

cretos... Y ella, después de examinar largo, poniendo cara de cuaresma, exclamó, con los ojos en blanco:

-La reventazón, Dios mío, la reventazón; se ha quebrao el chico. ¡Cuánta fuerza haría el angelito!

Era entonces un angelito de treinta años.

La vieja recetó emplastos de cerdas y se fue para regresar porque la enfermedad era de cuidado.

Por este tiempo murió el padre, y cuando muere un padre de familia, una reventazón es para decidir de la vida de un hombre, como la de Santiago decidió de la suya.

Un amigo ilustrado le recomendó el braguero: usó braguero. ¡Pero era tan incómodo! ¡Había que ver la cara que tenía el reventao! No parecía sino que estaba con *tiricia* o algo peor, y que Dios me perdone.

...Vino por el pueblo un *dotor* en gira profesional, examinó a Santiago, puso cara muy seria y pronosticó:

-Usted se va, señor mío; se va si no hace un viajecito por la capital. Hay que operarlo en seguida.

-No, no tenga miedo -añadió al ver que aquél se ponía pálido-; es cosa muy sencilla. Ni ha de sentirlo siquiera... ¡Ah... los últimos adelantos de la ciencia... Usted queda bueno, perfectamente bueno, como si usted no hubiera tenido nunca nada!... Usted...

Santiago quedó como embobado. Eso de quedar bueno, perfectamente bueno...

Fue cosa resuelta: Santiago se iba... y se fue, a pesar de toda la baraúnda que se armó en el pueblo. Eso de ir a la capital nada de bueno tenía. Los gastos que había que hacer, los peligros... como si fuera nada aventurarse cinco días a lomo de mula por esos caminos desamparados; navegar un día entero entre cielo y agua, ¡el mar!, y meterse en un monstruo enorme e incomprensible que se tragaba los espacios, ¡el tren!... Pero no hubo qué hacer. Lo que se le metía a ese Santiago entre ceja y ceja, fueran ustedes a sacárselo, que iba para largo. ¡Hombre testarudo! No lo consiguieron ni el Teniente Político, ni el Juez, ni el Cura, ni doña "mano de Dios" que ponía el grito en el cielo y quedó exclamando a la orilla del camino, toda pesarosa y despechada:-

Pero, si los emplastos de cerda... Vea, don Santiago, acordaráse de mí; los emplastos de cerda y nada más.

Y el señor Maya estuvo para quedarse; vacilaba al pensar que el resultado podría ser nulo. Pero se hizo de tripas corazón e hincó las espuelas en los ijares de la mula. ¡El maldito braguero! ¿Quién iba a aguantarse con ese cinturón enojoso que le oprimía la carne y aquellos dolores agudos que le hacían retorcer el cuerpo y le obligaban a comprimirse largamente el vientre con las manos, por cinco, diez minutos...?

-¡Eh! ¡Quien dijo miedo!

Desapareció, al trote largo de la mula. Sobre las ancas de la bestia repicaron los botes de hojalata; la jaula de canarios para el médico; la damajuana de aguardiente para alentarse en los fríos de la cordillera. Entre las grandes alforjas temblaron los paquetes de cartas: las había para todo el mundo.

El Cura, el Político, el Juez, los jornaleros y sus perros, quedaron consternados...

Santiago de Maya

¿No lo dijeron en el pueblo? Algo grave debía suceder.

Cuentan que "el perro de Écija" se secó mirando la luna, creyéndola manteca. ¡Que gratos y lánguidos paladeos serían los del animalito!

El hijo del molinero se habría secado también contemplando a Adriana, rubia mocetona de la Capital, de no haberla alcanzado. Santiago, después de la operación, que como salir salió buena, hizo amistades: descubrió parientes ilustres que le añadieron al nombre la partícula "de" -así: Santiago de Maya-; se enamoró como un burro de una muchacha de precedentes dudosos; se casó; regresó al pueblo; vendió el molino y las tierras de labor; instaló una lencería; vistió americana y echó vientre: Santiago Maya fue Santiago de Maya.

El cabello tupido y negro; la frente pequeña; los ojos pardos; la nariz algo acaballada; la boca sumida, casi sin labios, como una línea recta; la papada colgante y fofa; las espaldas anchas; obeso y de piernas cortas, era persona merecidamente respetable.

La lencería del señor de Maya daba a la plaza, frente a la iglesia. Las casas no tenían portales; pero, en cambio, la plaza tenía una cruz, lo que es mejor, mucho mejor, a menos que dispongan otra cosa los impíos.

Lencería era por haberle dado ese nombre su dueño, mas, en honor del señor de Maya, hombre acaudalado -ya dije que tenía cinco mil barras- he de declarar que no fallaban los cazos, las cribas, algo de fierros, especias, azúcar de primera calidad; cajones vacíos, por mayor y menor; unas onzas de quinina, bicarbonato; lápices; papel; medallas y estampas de santos y otros chismes.

A la entrada, en el dintel de la puerta, un letrero decía:

LENCERÍA

de

don Santiago de Maya

Dentro había otro:

HOY NO FÍO, MAÑANA SÍ

En medio de la tienda: un mostrador. Sobre el mostrador: una balanza, una vara de medir, una pieza de tela. Tras el mostrador: don Santiago de Maya. Delante del mostrador: los amigos de don Santiago de Maya.

-¿Y qué le parece, don Santiago, lo de las nuevas? Usted que conoce lo de allá... dizque tenemos revolución...

El antiguo "hijo del molinero" se ponía las manos en el pecho, hundiendo los dedos pulgares en los sobacos; balanceaba el cuerpo adelante y atrás... Y al cabo de meditarlo bien, exclamaba lentamente:

-Depende, depende, mi querido; yo no sé lo que pasa... En fin de fines...

Los amigos abrían la boca. ¡Qué cordura la de don Santiago! ¡Y cómo juzgaba de los hombres y de las cosas!

En el umbral aparecía un mocoso:

-Manda a decir mamita que... que si tiene... que si tiene... hilo marca Cadena.

El tendero lo meditaba bien:

-Sí, sí hay; anda dile, hijito, que sí hay.

El muchacho desaparecía y después de un momento tornaba acezando:

-Y dice que... cuánto vale.

Don Santiago contestaba al punto:

-Por ahora, cuatro reales.

Volvía a desaparecer el muchacho...

Al caer la tarde el señor de Maya cerraba la puerta de su tienda con doble cerrojo y salía a dar una vuelta por la plaza, chancleteando, con la gorra echada hacia atrás, y las manos en los bolsillos. Después de un momento se entraba en su casa silbando.

-¡Adriana... Adrianita...!

Una mujer sonrosada, de carnes purísimas y abundantes: una madama Quenu que engordara plácidamente en uno de nuestros pueblos silenciosos, sacaba la cabeza por una ventanuca:

-¿Qué quieres, hombre?

El entraba sonriente; la palmeaba en las carnudas espaldas, riendo como un bendito:

-¡Ah! Mi mujercita... mi mujercita...

Luego se sentaba a su lado y callaba enternecido, mirándola de pies a cabeza, suspirando cuando ella suspiraba, sonriendo a los gratos recuerdos de ella, ruborizándose al acariciar sus manos llenas de hoyuelos, como un buen esposo, de esos que sólo se encuentran en algún callado rincón de nuestros pueblos.

Los Gagones

¿Conoce usted a los gagones? No, seguramente que no. -Me refiero a los hombres *a la derniére*-. Pero, acaso oyó alguna vez hablar de ellos. Pertenecen a la familia perruna; son pequeñitos y graciosos; representan a los que viven mal (usted ya lo comprende), vagan durante las noches, sólo durante las noches, por las plazuelas calladas, por las callejas dormidas.

Y cuidado que son peligrosos: si a usted le vieron y le tienen mala voluntad, le hincan los dientes en la rodilla y no le sueltan hasta que raya el día.

Algunas señoras dan cabal razón de los gagones.

¿No le ha pasado a usted encontrarse con una de esas señoras encorvadillas y recelosas que hablan aún, como si todavía existiera, de la diligencia?

Quizá preguntó uno, por tener de qué hablar:

-¿Y qué ha sido, señora, de fulanito?

Y ella suspiró:

-¡Ay, señor! No sé que habrá sido del pobre... Estaba tan enfermo que no debía de irse... Yo sí se lo dije... y él, nada... De la cama a la diligencia...

Si se lo dijo así o en otra forma, no importa: esa señora conoció a los gagones, seguramente. Yo no sé por que; pero, para mí, la diligencia y los gagones tienen una misteriosa relación.

En las ciudades los conocen sólo esas señoras, por que los vieron cuando niñas. Actualmente, el bullicio que existe en aquellas a todas horas, ha asustado a los pobres animalitos que han tenido que refundirse en los más apartados lugares, o tal vez, inteligentes como son, en los rincones de las mismas casas.

Lo que es en los pueblos casi todos hablan de los gagones, y de seguro que los vieron porque allí no tienen recelo de retozar en las plazas.

Don Santiago mismo los conocía, en público: los había encontrado varias veces; pero en privado, honradamente, sólo tuvo noticias de ellos. Mas, allá va a dar, pues se sabía de memoria sus costumbres y sus hechos célebres.

Si usted se encuentra alguna vez con dos gagoncitos y quiere saber quienes son el señor y la señora que están cometiendo un desliz, lo más sencillo. Se provee de un instrumento cortante y con un pequeño rasguño que les haga, en las manos o la cara se entiende, al otro día tiene usted a las víctimas con la misma señal, inevitablemente.

Esta es la razón por la que, en los pueblos, es imposible acometer una empresa de esa laya: en seguida dicen: ese con aquella... Y es que hay gente que se ocupa en exclusivo de esto.

Naturalmente, los casados no tienen representación gagonil porque... ¡vamos! porque entre ellos no pecan, ¡y tampoco peco yo diciendo esto!

El Caballero de Maya

-Caballero!

Al señor de Maya el corazón le dio un vuelco. Dio dos pasos adelante; se inclinó ceremoniosamente:

-Don Manuel...¿En qué puedo servirlo?

Este vaciló: dudaba del buen éxito de su proposición. Al fin, aventurándose, dijo:

-Es que... quisiera que nos haga el favor de honrarnos con su presencia esta noche. Se trata del bautizo de mi hijo.

Y no hubo más que decir. ¡Caballero! ¿Iba don Santiago a negarse? Nada, que se fue. Hubiera querido, eso si, llevar a Adrianita; pero se encontraba indispuesta, según dijo.

Hubo juerga y el caballero la empinó un poquillo; un poquillo nada más; lo suficiente para poner a un hombre alegre y decidido. Y claro que llovieron las atenciones: el caballero fue el héroe de la fiesta, ¡y cómo estaban de alegres los "honrados"!

A la salida todos quisieron ir a dejarlo hasta la casa; pero él se opuso cuanto pudo. No faltaba otra cosa. Tal si fuera él una señorita o un chiquillo miedolento. Que se iba solo o, si no, se resentía.

Le dejaron ir, don Santiago salió trastabillando un poco y muy alegre...

La plaza estaba oscura y silenciosa; la atravesó sonriendo y precipitado; iba pensando en su mujercita, en sus carnes suaves, en sus brazos redondos, en sus amorosas caricias, ¡en qué cosas iba pensando don Santiago!

Pero al llegar a la puerta de su casa se detuvo admirado: dos animalitos pequeños y graciosos jugueteaban no lejos de él...

Se llenó de alegría: por fin estaban en sus manos. Buscó presurosamente en sus bolsillo: ¡nada! ¡que desilusión!...

Tanteóse la solapa de la americana: sí, allí estaba, aunque sea con eso; era un alfiler menudito.

Acercóse de puntillas; se inclinó tan callado como pudo y... ¡sas! ¡sas!

...Sólo en la alcoba se detuvo, anhelante; respiró grueso, a plenos pulmones.

-Adriana, Adrianita...

Ella bostezó, desperezándose.

El se acercó algo tembloroso; levantó los cobertores; la aprisionó los brazos muelles con sus manos largas y velludas...

A la mañana siguiente, ella le hacía cosquillas, riendo con languidez.

-Ocioso, que ya es tarde.

Él se sentó en el lecho, restregóse los ojos para poder ver claro. Estiró los brazos, haciendo sonar los huesos encogidos. Luego se volvió a ella y la abrazó satisfecho.

E iba a besar su boca apetitosa cuando una gotita de sangre, al final de un largo rasguño que tenía en la mejilla, paralizó sus movimientos, dejándolo mudo de sorpresa.

Tras largo rato pudo hablar:

-¿Qué es es?, Adriana; dime, ¿qué es eso?

Ella, sorprendida también, se llevó la mano al rostro.

-¿Esto?... Nada... yo no sé...

A don Santiago le pareció que el mundo se le venía encima. ¡Ella, ella, su mujer, su mujercita!

Sin poder expresar todo el dolor que le torturaba, viendo ante él un caos inmenso de sentimientos, confusos para su cerebro sencillo de hombre de pueblo hecho célebre, exclamó, reprochándola:

-Adriana... Adriana...

Y rompió a llorar como un niño.

Apenas abrió la lencería, don Manuel llegó. Quería preguntarle como había amanecido.

-¡Caballero!

Pero el caballero no le dejó continuar: tenía que deshacerse de alguna manera del gran peso que llevaba encima y le espetó como una tromba estas frases amargas:

-Oiga, don Manuel: si usted encuentra alguna vez a los gagones no los señale nunca! Puede encontrarse con que su mujer, su hija, su... ¡o cualquier demonio de esos!

Aquí se detuvo, recapacitando.

Y el interpelado abrió la boca, lleno de admiración: ¡qué cerebro el de don Santiago!

COMEDIA INMORTAL

Voy a hacer una comedia de enredo. No pido perdón si a alguien le robo el tiempo, porque 1ª, sólo con ese objeto va a leer y 2ª, en tratándose de enredos nadie se asusta, todo sale bien: el lector se entusiasma y el autor cobra fama. ¡Oh, la fama que voy a adquirir yo con esta comedia!

Los personajes de la farsa son:

LUNA, muchacha angelical de quince abriles, tierna, fina, romántica (¡que bien le cae el nombre! ¿ah? ¡como que parece un rayo de la luna!).

ENRIQUE, joven de veinte años, sobre cuyos labios apenas apunta el fino bozo; romántico también, ¡claro!, y si usted lo quiere puede ser poeta.

DON IÑIGO, padre de Luna, austero, escéptico, etc.

SEÑORA DE ALARCÓN, madre de Enrique.

DON CARLOS, aparentemente padre de Enrique.

> *NOTAS: Se han suprimido varios personajes que intervienen en el asunto, para que ésta sea una transparente complicación.*
>
> *Si alguno pretendiera reclamar, no encontrando enredo en esta comedia, está muy equivocado. Falta de comprensión, sí, falta de comprensión. ¡Ah, el tal público!... Este es nuestro más grande dolor de autores: pasar por el mundo, entre las risas de los demás, sin conseguir que nadie reciba una sola luminaria de la Empresa de luz de nuestras almas.*
>
> *Se han seguido fielmente, aunque usted no quiera creerlo, todas las reglas de composición de los grandes maestros. Como la comedia es en tres actos, estas son las normas: en el primero, exposición del asunto; en el segundo, cumbre de la acción emotiva; en el tercero, solución del problema.*
>
> *Se ha tenido presente, asimismo, otro gran secreto: el de dejar entrever el misterio. Si usted es perspicaz lo adivinará pronto y al final halagaré su perspicacia; si no lo es, ¿qué voy a hacer?: falta de comprensión. Yo no trato de despistar.*
>
> *Y con esto, a escena.*

ACTO PRIMERO

La acción se desarrolla en un paseo silencioso, bordeado de árboles. Es de noche. Arriba, la luna. Abajo, el camino enarenado. En medio, una fuente parlera. Por la izquierda aparece Enrique; por la derecha, una muchacha encantadora.

ESCENA PRIMERA

Enrique y Luna

ENRIQUE *(deteniéndose en el centro)*: -¡Que amarga mi vida, que desilusión! Me encuentro solo. Sin un amigo a mi lado. Todo me cansa. He vivido veinte años y sólo he recibido desengaños y desventuras. Lo que quisiera es poner fin a mis días para no apurar más la copa del dolor que me atosiga. Ya no anhelo nada: los placeres me cansan y sólo dejan en el corazón el arrepentimiento, las heces del goce que son demasiado acibaradas; las mujeres me han engañado; el dinero no me seduce... ¡Ah, muerte, muerte, ven a mis brazos y líbrame para siempre; llévame muy lejos, al país de lo desconocido...!

LUNA: -Pero, ¿quién será ese hermoso mancebo y qué querrá decir con esas palabras que yo no comprendo?

ENRIQUE: -¡Muerte, muerte, ven a mis brazos!

(Ella lanza un suspiro; él regresa a ver y se queda mirándola; ambos se estremecen. Son parecidos como dos gotas de agua).

ENRIQUE (aparte): -Pero, ¿qué es esto? ¡Cómo empalidezco! ¡Oh, amor, amor, perdóname, yo no te conocía! Apenas la veo y ya ardo en deseos de saber su nombre, de arrojarme a sus pies para adorarla... *(Acercándose a ella)* Encantadora niña, ángel del cielo. ¿Qué hado bueno hizo que os encontrara en mi camino? Decidme, por favor, que ya sin veros y sin oír una sola palabra de vuestra boca angelical, no podría vivir, ¿qué nombre os acompaña? ¿Cómo os llaman los mortales, indignos de teneros entre ellos?

LUNA *(muy pálida y azorada)*: -Luna...

ENRIQUE: -¡Ah, Luna, Luna, como la única compañera de mis noches de insomnio, como la que brilla allá, en los purísimos cielos! *(Se arroja a sus pies y tomando las manos de ella, se las cubre de besos)* Por Dios, Luna, perdonadme que os bese, que os diga que os amo, que no podré vivir sin vos, que vos serás la salvadora de este hombre cansado de la vida, que...

LUNA *(asustada)*: -Caballero, que viene mi padre, escondeos, si no, sois muerto.

ENRIQUE: -No, no, aquí permaneceré, aunque la vida sea arrancada de mi pecho, al lado de vos.

(Suenan pasos en la arena y Enrique se decide y ocúltase tras unos árboles).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO: -Perdona, hija mía; me demoré dando una limosna a ese pobre... ¿qué hacer? Yo ya sé que la limosna es inútil, no vale para nada; pero, en fin...

ENRIQUE *(de entre los árboles)*: -¡Como palpita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho! ¡Amada, amada mía, no me dejéis! Si os váis, yo muero. ¡Luna, Luna!

(Don Iñigo y su hija desaparecen a lo largo del paseo. Enrique sale de su escondrijo y extiende los brazos hacia ellos).

Cae el telón.

> NOTA: *Como yo no pretendo innovar nada, ni menos querría irrogar un grave daño al arte escénico, los personajes siguen siendo sordos como petacas: lo que no va dirigido a ellos nunca lo oyen. Así nadie se extrañe de que Don Iñigo no haya oído las últimas lamentaciones de Enrique, continuando su paseo, impasible como si tal.*

ACTO SEGUNDO

Noche oscura. Una larga calle embaldosada. En el frente, una enorme casa constelada de ventanas. Se oyen, a la vuelta de la esquina, relinchos y coces de caballos. Don Carlos y Enrique esperan arrebujados en amplias capas.

ESCENA PRIMERA

Don Carlos y Enrique

DON CARLOS: -Calma tu impaciencia, hijo mío, y no interpretes mal mis actos; yo te ayudo porque lo único que deseo es tu felicidad. Ya que no es posible que Don Iñigo conceda la mano de su hija, la tendrás, mal que le pese.

ENRIQUE: -Padre, padre mío, os debo mi felicidad; mi vida la tenéis en cambio, ya que vos mismo me la habéis dado y os encargáis aun de endulzármela.

(Se abre una ventana en lo alto de la casa y cae una escala de seda. Enrique sube y tras un momento de ansiosa espera baja con Luna entre sus brazos).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Luna

ENRIQUE: -Despierta, bien mío, despierta, que me tenéis a vuestro lado. *(Luna ha sufrido un desmayo)*. Os defenderé hasta la muerte si es preciso; pero ábranse tus ojos y contemple yo la luz purísima que irradian; esa luz que levanta mi ánimo, que hace llevaderas mis penas, que me ha enseñado lo que es la vida y lo que es el amor. ¡Luna, Luna!

LUNA *(despertando sobresaltada)*: -¿Quién es? ¿Eres tú, Enrique? ¿Eres tú? ¡Oh! Mándeme Dios ya la muerte, que he podido estar a tu lado, después de tan largo tiempo; acójame en su seno el reino de las tinieblas; ciérrense mis ojos a la luz, que ya nada espero... Pero, huyamos, huyamos pronto, que podría enterarse mi padre; no vaya a ser que nos persigan y pierda yo lo que más he anhelado en mi vida.

DON CARLOS: -Sí, sí, pronto; ya llega la aurora por el oriente y pudiera sorprendernos y delatarnos. Huyamos, huyamos.

ENRIQUE: -Huyamos, ¡amada mía! ¡Luna! Ahora te quiero más que todo. Desprecio los rayos de la novia de los poetas, de la indiscreta reina de la noche y sólo quiero la luz de tu purísimo rostro que alumbraría mejor en los espacios siderales que cuantos astros ha creado la mano de Dios.

LUNA: -¡Calla! No blasfemes, amor mío.

(En este momento suena un disparo. Todos empalidecen y corren despavoridos. Luego se imitará en las tablas el galope desenfrenado de los caballos).

(En lo alto de la casa se abrirá otra ventana aparecerá el rostro adormilado de Don Iñigo).

DON IÑIGO: -Creo que fueron ladrones; pero han huido ya. ¡Vaya que son valientes los desalmados!... Bueno, a dormir, que ya es bastante tarde y yo demoro en conciliar el sueño. ¡Venir estos pícaros a alborotar la calle!

Cae el telón

ACTO TERCERO

Esto sucede dos años después. A la entrada de una iglesuca apartada, una pareja de novios, Enrique y Luna, esperan algo que no se sabe bien qué es. Les acompañan Don Carlos, la señora de Alarcón y algunos sirvientes.

ESCENA PRIMERA

Enrique, Luna, Don Carlos y señora de Alarcón

ENRIQUE: -Feliz este instante. Al fin podrás ser mía, mi bien amada. Podremos vivir tranquilos con el asentimiento de Dios y de los hombres. Ya debemos olvidarnos de tu padre. Por más que ha buscado por todos los rincones de la ciudad, por más que ha mandado emisarios por todas partes, no ha logrado descubrir nuestro asilo. Y si al fin ha olvidado sus inútiles pesquisas, será porque ya nos lo permite, aunque no se haya dignado siquiera decírnoslo. ¡Que dichoso momento, Luna! Los segundos se me hacen horas y ya quisiera haber recibido la bendición del santo sacerdote y estar camino de nuestra casita...

LUNA: -Calma tus ardores, Enrique; yo no sé qué es lo que presiento... Pero por algo, sin duda, yo he querido retrasar cada vez más el día de nuestra boda... No sé por qué, me dan corazonadas de que esto no debe ser así.

DON CARLOS: -Esas inquietudes no debes abrigar, hija mía... ¿Qué es lo que piensas? ¿De qué puedes dudar? *(Sin embargo de estas palabras Don Carlos debe estar muy nervioso, mirando a uno y otro lado. Les incitará cada momento a entrar, para que se consume el hecho).*

SEÑORA DE ALARCÓN: -¡Ay! Líbreme Dios; pero yo tampoco creo que debemos hacerlo. Estoy también inquieta...

(Pero al fin se deciden. Y en el preciso momento de franquear la puerta, aparece Don Iñigo, pálido y demudado).

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO *(aparte)*: -Llego a tiempo, Dios del cielo. *(Dirigiéndose a la comitiva)*: ¡Alto, señores; que nadie entre!

(Luna, al ver a su padre, cae desmayada en tierra, cuan larga es. Don Carlos, viendo descubierta su infamia, huye. Enrique, muy pálido, se lleva la mano al bolsillo para sacar el revólver -por previsión ha llevado revólver-).

DON IÑIGO: -¿Pretendes, acaso, ser parricida?

ENRIQUE *(casi sin poder mantenerse de pie)*: -¿Quién?... ¿Yo?

(La señora de Alarcón cae desmayada en la misma forma que Luna).

DON IÑIGO: -Sí, tú; pregúntaselo a esa mujer.

(Inmediatamente, como es natural, la señora de Alarcón abre los ojos).

SEÑORA DE ALARCON: -Sí, eres su hijo.

(Enrique sigue turulato. Luna despierta y Don Iñigo le manda abrazar a su hermano).

LUNA: -¿Hermano mío?... Oh, Dios, que dispones las cosas con tu sabiduría infinita! Ven, hermano mío, ven a mis brazos.

ENRIQUE: -¡Ha triunfado el amor, el amor fraternal y puro!

(Cae el telón, mientras Enrique y Luna se funden en un largo y estrecho abrazo).

MÁS NOTAS: Al terminarse la representación de esta comedia, el público quedó algo desconcertado: pero luego aplaudió hasta rabiar. Algunos amigos me llamaron gran comediógrafo. Pero, a última hora, un crítico se me ha acercado desvergonzadamente para decirme que la obra es un desastre, que no hay tal enredo y que si lo hay será después del final que es para confundirlo todo y dejar en ayunas a los espectadores. Y todo esto me lo ha dicho de egoísta, de puro egoísta, ¡Ah, los críticos...!

NOVELA GUILLOTINADA

Ir tras el	POR	hombre que proyec-
tará tu es-		pectro en mi espíri-
tu, con-	Pablo Palacio	mutador de las pa-
labras, pa-		ra arrancarle sus
reacciones		interiores

Ya está el hombre, ya está acechado.

Simple, que toma café con tostadas.

Sigue la fuga del tranvía:

"¡Pare! ¡Pare!"

Escribe números, tiene mujer e hijos, se entera de que en invierno sube el precio del carbón y en las sequías el de las patatas.

Engaña a la de él con la de otro, o sencillamente con la de todos. ¿Qué tiene en la médula al engañarla con la de todos? Es tan hombre que no entiende del exquisito sabor de la mujer conocida, y el camino andado tantas veces le tira del saco hacia afuera.

Con éste haré mi novela, novela larga hasta exprimirme los sesos; estirando, estirando el hilo de la facundia para tener un buen volumen. Se venderá a 7 pesetas. Se pasmarán ante el psicólogo erudito, conocedor profundo del corazón humano.

Pondré:

"Tocado con elegante sombrero de felpa".

y

"Hundido en la lectura matinal de su periódico, nuestro héroe dobló hacia la larga Avenida que, bordada de copudos árboles, desemboca en la parte alta de la plaza Mayor".

Burilaré un manual de literatura cuerda, haciendo buen uso de mis aptitudes de narrativas;

"Un cabriolé tirado por dos elegantes caballos".

"La señora de Mendizábal estaba en la edad en que la mujer vuelve a Dios".

"Hacía sonar caprichosamente sobre el pavimento los tacones de sus zapatitos Luis XV".

"El jardinero, hombre receloso, pegó el ojo a la cerradura".

"Tenía un perro y una perra".

"Se sirvieron apetitosas truchas".

"No faltó el caviar ruso".

"Vino el espumoso champagne".

"Cerró los ojos..."

Se venderá a 7 pesetas.

Hombre devorado por el día sincrónico, amamantado por el gregarismo, te sacaré de los pelos una novela larga, sobre la que cenarán los editores.

Calvo y viejo, sabe el precio de la percalina, y evita a todo trance que se zurren los niños en la sala de "las visitas".

"Ay, Dios mío, ya no hay vida con las cocineras. Se han puesto en un estado que no se sabe quiénes son los amos".

"¡Con este tiempo que llevamos, lo que tendremos que comer el otro año!"

"La semana del lunes, si Dios nos da vida me voy donde el Ministro para ver qué ha sido de lo del empleo".

Ya está encontrado el hombre y lo acecho como un fantasma, para robarle sus reacciones interiores.

Pero, para, que un tendero limpia su escopeta tras la puerta de la esquina.

Mi hombre pasa y

¡tan!,

un tiro le raja la cabeza.

He aquí la novela guillotinada. Un curioso profundizará su ojo con el microscopio para buscar en los muñones que deja el cortafrío –las cristalizaciones romboidales.

Oiga, joven, no se haga soldado...

UNA MUJER Y LUEGO POLLO FRITO

Me es preciso volver al tiempo en que conocí a este hombre, cuando era escribiente y comía en un Casino de Oficiales. Recuerdo que petardeaba la comida. Esa tarde yo estaba frente a él y tratábamos de política. De improviso pude ver que se entusiasmaba y acompañaba su conversación de manotadas. Púsose a hablar del Presidente y nos dijo que era un nadador formidable. Entonces se abrió un gran sitio entre sus vecinos:

-Su modo de nadar era así:

Y separaba los brazos simultáneamente a los costados, después de extenderlos hacia adelante, como se hace en el estilo de pecho; al mismo tiempo daba resoplidos, en coordinación con los brazos, y como tenía la boca llena de arroz y yo era su blanco, sentí sobre la cara puntos húmedos que me enrojecieron *ipso facto*. No pude contenerme y me pasé la servilleta por los puntos atacados, mientras le torcía los ojos. El lo notó y dejó de hablar. Luego vino un silencio pesado y sus vecinos se examinaban las caras, mirándome de reojo. Tuve que sentirme indignado; de buena gana le habría dado cuatro o cinco puñetes. Ese hombre ni siquiera había cambiado de color y con la nariz en el plato se dedicaba a la noble tarea de engullir su arroz con carne: arroz sin manteca, seco, derrochador de saliva. Observé que tenía escrupulosas pretensiones y que por afanes higiénicos, antes de llevar el tenedor a la boca lo mantenía a considerable distancia, recogiendo los alimentos con los labios, desde la punta hacia la base, sin tocarlo, como para evitar contagios. Las partículas alimenticias no aprehendidas por los labios, caían de nuevo en el plato y luego eran recogidas con ayuda del cuchillo, empezando de nuevo la operación. Como me iba ahogando la rabia, afiancé mis molares, los de arriba contra los de abajo, y templé los músculos maseteros. Así pude experimentar algún alivio; pero inmediatamente me ardieron los ojos y me brotaron lágrimas: todavía enrojecí más. Volví a afianzar los molares, en movimientos sucesivos y rítmicos. Tenía grandes deseos de gritar, de armar el escándalo del siglo: pero pude contenerme por respeto al sitio. Sabía que lo conveniente para apaciguarme era no ver

a ese hombre; sin embargo no podía dejar de hacerlo porque es normal sentir la tentación de lo anormal.

Sería bueno recordar que siempre estaba yo mirando aquellos dientes desiguales, amarillentos y sucios de un antiguo amigo; y que apenas me di cuenta de que la mujer de quien voy a hablar hacía una facha ridícula con sus pies demasiado largos, bastante oblicuos con las puntas hacia afuera, al final de unas pantorrillas esmirriadas, yo tenía especial cuidado de quedarme tras ella cuando paseábamos, a fin de estar mirando aquella horrible quiebra de la línea.

Y para terminar la escena de mi conocimiento con este hombre, he de aclarar que después de cortos instantes del accidente, tal vez por su reposición o por su olvido, empezó a levantar la cabeza hacia mí, de manera torcida y aviesa tras cada ataque contra los alimentos, mostrándome su manera de masticar abierta y profunda; me miraba en forma dulce, con los ojos un poco sucios.

Era bastante calvo. Un mechón húmedo de cabellos le caía sobre la frente. Le faltaban unos tres dientes y los demás eran cariados.

Dios mío, Dios mío.

Fui finalmente a mi cuarto y después de lavarme, como me sintiera calenturiento hube de acostarme pronto y a la caída de ese día, cuando estaba en tinieblas y era todo como un descenso de algodones, oí claramente una voz delgadita que me silbaba en las orejas.

-¡Cualquier día amaneceré muerto y a quien le importa esto!

Abrí los ojos y sentí frío en la nuca. Incomoda lo de pensar que uno puede quedarse indefinidamente tieso.

Entonces maduré un pensamiento largo y todo el resto estuvo en calma hasta que al día siguiente encontré a mi amigo, a quien después rompí los ojos, y fuimos con él de visita.

Adriana y sus primas. Adriana bailaba tango con un doctor cojo. Tuvieron que parar cuando nosotros entramos a fin de que sobrevengan las presentaciones. Creía haberla visto otras veces en la calle. De lo que sí me aseguré después: el doctor cojo, entre la danza, le hablaba de amor y le cosquilleaba las mejillas con sus bigotitos tiesos. Seguramente ella estaría abriendo la boca y desgranando una carcajada tonta. Lo que es los dientes estaban relativamente limpios, no así los de su prima, la que tenía facha de tribadista y que llegó después de la misa de media noche.

La otra veía de manera oblicua. Era pequeñita. Tenía los ojos grandes y las pestañas arqueadas.

La gorda reía como manda Dios.

El doctor cojo habló inmediatamente de cine, de Mary Pickford y de Douglas Fairbanks. Aunque ya lo sabíamos dijo haber recibido educación en los Estados Unidos y viajado por Inglaterra, Francia, España e Italia. Yo sentí impulsos de admirarlo.

Pero Adriana, que tenía expectativa de derechos en una fortuna de S/. 103.000, se incomodaba y se levantó a hacer música con los pies ya que para hacerlo con las manos era bastante torpe.

No sé si el doctor se pondría colorado.

Nos abandonó cuando salimos a la calle, vía La Merced, pues las muchachas quisieron oír misa y nos pidieron compañía. Pero regresamos inmediatamente. Y ya de regreso, sien-

do las 11 1/2 p.m. en momentos en que ingresaba la de la facha tribadista, se nos sirvió té y frío. Eso sí, en vajilla metálica, no sé si realmente o sólo con apariencias de ser de plata.

Mi amigo hablaba de mí y las mujeres me veían la cara. Me parece que tenían sorpresa de que yo sea yo y de que no lo hubieran sabido antes.

Verdad. Olvidaba decir que de regreso de La Merced iba yo solo con Adriana. Si no recuerdo mal hice dos o tres frases. Nunca se habrá dado cuenta de que las dije, como yo las he olvidado. Me parece que eran frailunas.

Entonces, mirándome siempre, me incitaban: "sírvase", la una; "pero sírvase", la otra; "pero si usted no se sirve", la tercera. Y me dejaron comprado.

Y al otro día pensé en Adriana.

Y hube de imprimir, con todos mis (blanco en el texto original) sobre sus "párpados semicaídos", falsedad evidente, pero que sentaba bien en mi esperanza de hacer una figura sentimental de mi gusto, por estar la vida un poco seca y bastante tonta.

Sentaba bien.

Tal vez pude decir de ella con idéntico tono en que acabo de decirlo de mí: "quedó comprada", porque es seguro que en esos tiempos se le habrían subido los humos y estuviera bastante alta en sus ilusiones.

Lo cierto es que se vio obligada a autenticarme ese papel de "intruso" que yo me había dado y hubo un tiempo de danza entre los dos, un tiempo de mecerse y ondular, y de inclinarse el uno sobre el otro, siempre en persecución de la palabra.

Pero esa palabra nunca existió en nosotros y lo que quiso tener su aroma surgió cuando ella trotaba calles con otro y sonreía a su recuerdo. Por eso, sabiéndolo yo, cuando iba a su lado y le pedía me probara, en su aceptación de gustar, me imaginaba que podía estar sometida a largas pruebas con su amigo, y como respecto a mí se candidatizaba para ello la tenía en mi juicio por una mujerzuela, a pesar de que en mis conversaciones claramente elogiara su civilización amorosa.

Y recordando su historia, porque con ser tan joven ya tenía una historia, le hablaba con alegría de tal o cual nombre de hombre que pasara alguna vez junto a ella, y en afianzamiento de mi orgullo, al no ser un recuerdo sino su vivir presente, le afirmaba su laudabilidad y lo maravilloso que era cambiar de hombre y cambiar de mujer como de vestido.

Entonces se iniciaba una lucha, en la que ella tendía a dominarme, en la que se mordía los labios y en la que había desesperanzas porque le fastidiaban mis palabras; y entiendo que ella, a pesar de que yo no fuera el único, intentaba localizarse y agrandarse en mí mientras yo aparentaba un exquisito desdén especializado en estas palabras de novela:

-No puedo pensar en reprocharle nada. Usted misma sentirá la necesidad de estar sólo conmigo. Entonces ella exclamaba:

-¡Jesús! ¡Que igual!

Yo inquiriría esa igualdad.

-No, no lo digo porque usted también ha de haber leído.

Se trataba seguramente de una novela y de algo sucio, según lo que después pude indagar en sus lecturas.

Pero cuando ella se aprestaba a defender el nombre del libro, como un secreto, pensando que yo pesquisaría el hecho, mi inmediata pregunta era:

-Oiga, ¿de qué color son sus ojos?

Y ella me miraba sorprendida, me miraba largo, ofreciéndomelos al examen, algo vacilante, entreabiertos los labios, como queriendo indagar mis adentros, tal vez dudosa entre mi cordura y mi desequilibrio, tal vez interesada en comprender esta clase de tipo que no regaña, que pide poco y tiene la costumbre de reír ante lo insoluble.

-Eso sí: sólo riéndose.

Y que lo niegue ella.

Pero al mirarme así con ese ofrecimiento de sus labios, yo sentía pena de que fuera la vía pública el obligado escenario de nuestros amores y le hablaba de lo bueno que sería hacernos una concha de silencio para dentro de ella entablar nuestro conocimiento. Y sentía el placer de provocar en ella cataclismos mentales, que serían como ponerse en contacto de fuerzas eléctricas, ya que a mis insinuaciones vacilaba, y sacaba a lucir cara de boba, y se veía obligada a preguntar ¿qué es eso?

Todo para hacerme decir que pintada su boca era bonita, único elogio de sus virtudes.

O también para que haga el elogio de sus dones: el que no conversara a gritos y el que no fuera demasiado indiscreta.

Ya mucho antes un amigo me había dicho que Adriana no acostumbraba dormir sola.

No me indigné, antes hice concesión de todas las posibilidades.

Y cuando tuve la suficiente seguridad de mí mismo le hablé de su amante.

Ella no zapateó ni me dirigió insultos. Apenas pude advertir un ligero cambio en sus ojos, como de azoramiento. Parece que había estado esperando que lo supiera y que la llenara de reproches. Naturalmente, no cometí esa imprudencia ni debía fracasar allí tan pobremente mi serenidad.

Me dijo que él era un canalla y se quedó avergonzada, que no quería levantar la cabeza.

Yo me permití darle consejos un poco en serio, un poco con la risa en el pecho, porque aquella ancha rabia que había anidado en mí se había ya casi liquidado. Además siempre observé que a su lado tenía ganas de reír de mis palabras, de mis actitudes, de ella y de mí. He de observar también que no tenía plena seguridad del hecho, solamente duda; desconfiaba apenas de ella, pero ya por esto quedaba todo torcido y vicioso.

Era un amor, era un amor.

No sé si ella me miraba de reojo; habría sido interesante descubrirlo, para que nos conociéramos antes. En cuanto a procedimientos, estábamos conformes. Ella lo odiaba y no quería verle en toda su vida. También su decir era que su imaginación no alcanzó a tanta bajeza.

Yo me reí y le dije:

-Es usted todo un caso. La tomo como sujeto de experimentación.

Por su silencio creo que aceptó. Debió indignarse como antes -al menos esa es mi opinión-, pero no lo hizo.

La cogí una muñeca y la fui apretando poquito a poco hasta que me dijo “bruto”, riéndose. Oh, claro que sabe cómo reírse.

Y me pareció que la vida podía ser así bastante agradable, aunque al fondo quedara un leve sabor amargo y un descorazonamiento de alas rotas.

Para seguir la conversación le anuncié que en el campo estaban cayendo las hojas secas, que había un perfume de yerbas chafadas y que mi corazón era un trébol de cuatro hojas. Seguramente ella no quiso creerme. De lo contrario habría ido a buscarlo para después dejárselo olvidado entre el introito y el evangelio en su devocionario.

Pero tenía un estúpido sistema de contradicción.

-Vamos por acá.

-No.

Un “no” arrastrado, como de compromiso.

-Pero, ¿por qué?

-Porque no.

El mismo “no” de compromiso.

-Me cansa ya esta calle.

-¿Qué tiene? Si da lo mismo.

En otro tiempo, posteriormente, le habría dicho “eres una bestia”. Pero entonces tenía que quedarme callado, afianzando las mandíbulas, templando los músculos maseteros, sintiendo fuego en los ojos.

Y esa iniciación de silencio, como un peso sometido a la ley de la gravedad que va cayendo irremediablemente, se alargaba, se sostenía, creaba un vacío mortificante, de sacudimiento de hombros. Cada momento iba poniendo un sello para que no surgiera la palabra. Eran los instantes de sentirse solos; a pesar de toda proximidad, solos.

Yo procuraba recordar la cantidad de dinero que tenía y mentalmente realizaba mis liquidaciones, abandonándome por completo a la economía doméstica, meticuloso hasta la exageración y olvidando en consecuencia a Adriana. Pero aquello sólo duraba mientras ella no podía decir para sus adentros “estoy hasta aquí”, señalándose la frente en ademán de estar colmada; que cuando llegaba ese tiempo se detenía de manera brusca, diciéndome:

-Bueno, hasta mañana.

Lo que me hacía volver a la vida, y me obligaba a sentir toda esta tristeza que llevo dentro, y me ponía la cara más alargada

-¿Hasta mañana ¿Y hoy por qué se va?

-Claro -bajaba la voz y los ojos-; no tenemos de que hablar.

Es verdad, no tenemos de qué hablar.

Pero ¿quién se habrá imaginado tener alguna vez el tema, la palabra importante que deje satisfechos, ese hilillo invisible que engarza las frases de la cita?

-Usted tiene la culpa.

-No. Usted la tiene

Me rozaba los ojos.

Entonces lentamente volvíamos para seguir el camino discutido.

-Es necesario estar solos; se habla menos y se disiente menos.

-Pero si estamos solos.

-No. Vamos con cien ojos.

Ella reía.

-Es necesario estar solos.

Iban a salirle chispas en vez de miradas; pero luego languidecía y casi puedo decir que desmayaban sus párpados.

Se acercaba mucho a mí y así quedábamos en uno como apiñamiento, tal que para comunicarnos corrientes vitales, hasta que yo también sentía pesadez en los párpados y ansia lánguida de silencio y de estar estirados en calma, a esa hora de siesta, lejos de nosotros mismos y a las puertas del abandono, donde flaquean la voluntad y los músculos y se arroja uno a la vida como banderola al aire.

Pero luego una noticia inesperada y triste, la de que recibía visitas de su pretendido amante.

A la vez que pena de ella, hace sentir deseos de decir: "es una perra" y de invitarla a una cita y ya en la calle darla un puntapié en las posaderas a fin de que tenga oportunidad de sentirse asoladoramente ridícula.

Mas da escozor salirse de las líneas de la cortesía del buen tono y aun da escozor el sentir cólera por una simple quiebra de esa gran esperanza que es un enamoramiento.

Luego sólo había que decir:

-Caramba, caramba...

Y pensar, simplemente, en no volver a enseñar las narices y en ruborizarse ante ella en algún encuentro incidental.

Pero era tan fuerte la explosión de mi orgullo, al menos la justificación de mi actitud la había encontrado en ello, que en vez de declararme vencido con humillación preferí presentarme tan amable como antes, localizando la hora de las visitas y adelantándome un poco para ver la cara que ponía ella al recibirlo ante mí.

Así lo hice. Esperaban todas, ella y sus primas. Naturalmente, no a mí ni a mi nuevo amigo que enamoraba a la pequeña, a la de pestañas arqueadas, y quien algún día contará también, seguramente, sus impresiones.

Observé que había allí una alegría nueva, porque hacían pésima música, con las manos, y estaban encendidas todas las luces.

Por supuesto no eran lo suficientemente civilizadas para disimular su contrariedad; se notaba que Adriana había caído en un gran compromiso. Yo gozaba por ello.

Sin embargo, una de sus primas no se encontraba contrariada: la de la facha tribadista. Me parece que gozaba tanto o más que yo. Me veía la cara y se reía. Como era bastante fea, iba a ser para ella un gran espectáculo todo eso. Sentada junto a la puerta, esperaba el advenimiento del amigo de Adriana y encantada con esa expectativa tenía para mí ojos brillantes, como diciéndome "verás el golpe que te van a dar".

Entonces yo me sentía íntimamente satisfecho, porque ella gozaba a base de mi pretendida ignorancia y el que no existiera ésta me daba por lo menos un desquite.

Ya preparado mi ánimo, oí pasos fuera; me dije "es él" y abrí bien los ojos.

En efecto, y apenas entró, Adriana, que estaba a mi lado, bisbiseó algo en son de pro-

testa, que no alcancé a comprender. Luego debe haberse quedado satisfecha pensando, en su ignorancia, que yo me habría convencido de su desagrado y que sería mi creer que aquello era una simple intrusión, ya que no había perdido oportunidad de pintármelo como un sinvergüenza. Me alegró el pensar que durante todo ese tiempo de espera ella, indudablemente, había permanecido meditando lo que decir y que todo el producto de su pensamiento agitado, aquella frase, se le escapó confusa de entre los labios sin que yo, para quien había sido tan cuidadosamente elaborada, la hubiera recogido.

Venía con un amigo suyo, presunto amante de la pequeña y presunto boticario.

Él, al darme la mano, se rió de mí. Yo le di la razón y estuve con él cortésmente amable. Por supuesto, ese reírse de mí era un poco raro, con un leve gesto en las comisuras, como si quisiera insultarme.

Se fue a sentar algo lejos. Yo tenía mucha rabia, a pesar de mi ánimo preparado. Adriana me dirigía continuamente la palabra, pero ya no la oía porque como ella antes, me había enredado en hondas meditaciones. Tramaba, aviesamente. Tenía firme voluntad de emporcarla. Quería un plan sistematizado, recto, orgullosamente hecho, a fin de estirarme sobre ella y hacer mío un rincón de su recuerdo.

La de la facha tribadista me miraba encantada con toda su alegría que le saltaba a los ojos. (Mucho después Adriana me contó que había sido algo así como su alcahueta). Yo no demostraba menos placer y hasta de cuando en cuando le dirigía la palabra.

Sin embargo, me parece que todo aquello era difícil y angustioso. Creo que no se encontraban bien ni ella, ni él, ni mi amigo, ni la pequeña. Alguien se levantó a hacer música, pero nadie bailó porque era mejor morderse los labios.

Yo observaba una rotunda cara de ausentismo.

Luego hubo no sé que traslado de los diablos y sin que yo me diera cuenta como, Adriana estaba junto a él. Se tuteaban.

Y como todos éramos unos estúpidos, hablaban de peso. Me preguntaron mis libras y di cuenta: 120.

Pero nadie quiso creerlo y Adriana aseguró que yo debía pesar por lo menos 140. Él le hizo una pregunta indiscreta, referente a su calidad de mujer y su conocimiento de mi peso, y yo me admiré de que pudiera decir esas cosas en público, pero notando enseguida su intención. Luego dijo otras tantas frases sucias, pésimamente veladas, que parecían de niño prodigio.

Sin duda en tales circunstancias lo conveniente habría sido que yo saliera, pero me parecía agradable mantener una situación de desequilibrio, en la que cada espíritu se mantenía sobre el haz del rencor. Además, en el momento en que yo hubiera hecho aquello, ellos habrían podido reírse cómodamente de mí y para la alegría eso era una suerte de sitio abierto.

Cuando ellos se despidieron yo también lo hice. Adriana ya estaba completamente tranquila y hasta cínica. Le dije "hasta mañana" y retuve su mano en la mía. No pudo verme fijamente y se lavó la boca con esta exclamación de circunstancia:

-¡Jesús!

Después, ya fuera todos, como llovía, él, para hacerme comprender que tenían secretos que decirse, regresó a pedir paraguas. Me alegró porque ello era ridículo. Le dieron

un pequeñito, de señora, y todos nos fuimos juntos. Quiero hacerle el honor de decir que creo que regresaría a devolverlo; pues, aquello no habría sido como cierta gorra de montar o como ciertas proposiciones de moldes, en esperma, para llaves falsas del tesoro paterno, o como las otras, de sustracción de alhajas.

Luego, yo ya solo, creo que no habré podido dormir pronto. Debí sentir una batalla entre mis pensamientos. Me daba vueltas, me agazapaba como si me preparara para un salto. Tenía rabia. Pero al fin mi voluntad iba clarificándose, precisa, inconfundible, igual que el esfuerzo lento, secreto y martirizante de toda mi vida

Pensaba en EL ÚNICO y hacia él, hacia mí mismo y mi reconquista, luchaba por enfocar mi fuerza dominante. Era estúpido colocar en el primer término de mis paisajes interiores una figurilla ridícula y, mucho más estúpido colocarla en mi afecto.

"El amor no es un mandato. Como todos mis demás sentimientos es mi propiedad. Yo vendo mi ternura al precio que me place fijarle."

Y en ese sacudimiento de melena debía afianzarme; y hacer una ternura especial, como para el gasto, sobre la ausencia del pensamiento en ella -ternura mecánica y voluntaria, pero disfrazada y artera-, y obligatoriamente venderle esa ternura, a pesar de que no hubiera demanda, tomando privilegio de todo medio dominador disponible.

"Yo vendo mi ternura al precio que me place fijarle."

Y me pareció oportuno silenciar tranquilamente, en espera de que me llamara pero sin intenciones de separarme de ella.

Después de pocos días, en efecto, lo hacía por teléfono. La conocí inmediatamente, cuando dijo "Hola"; pero pregunté como se acostumbra siempre:

-¿Con quién hablo?

Ella me dijo su nombre.

Yo pregunté de nuevo:

¿Con quién? -como si la hubiera ya olvidado completamente.

Volvió a decirme su nombre.

Entonces ya no tuve más remedio que averiguar por su salud, dar enseguida cuenta de la mía y luego callarme, esperando.

Y ella, con su voz ridículamente melosa:

-Usted no ha querido verme...

Me irritó ese tono de voz y me pareció que se trataba de un engaño. Luego sonreí y la engañé también, con tono triste. No era esa la razón. Temía que ella no quisiese salir. Además estaba de duelo porque había muerto un pariente mío.

Me preguntaba quién; pero yo daba evasivas, defendiendo el nombre que no sabía.

Luego nos callamos ambos.

Al fin dijo ella:

-Mañana salgo.

Yo aplaudí la idea y desde el día siguiente de nuevo a encontrarnos; pero puse ya una piedra en mi corazón, definitivamente.

Sin embargo, todo eso era un amor literatizante. Ahora venía Whitman: "Yo pregunto: ¿quién es el que llegó más adelante? Pues quiero seguir más adelante aún."

Y sentía que cada vez se estrechaba más hacia mí. Yo apretaba su amor entre mis manos y no quería dejarlo escapar y estaba atento a sus zozobras, a sus sospechas, a sus inquietudes para ablandarme y modelarme, no importaba a costa de qué sacrificios. Me parecía que estaba bien así el juego de la vida y veía con cristalina transparencia que nuestro amor era un balanceo mutuo hacia el engaño, con las garras escondidas.

Y yo la acechaba hasta la llegada del invierno, la acechaba mediante todas las sorpresas intelectuales hasta que ya no se podía andar por las calles, y verse era una necesidad, y no había otro camino que el automóvil blando, oscuro, encajonado y tentador.

Ella aceptaba y me sorprendía esa facilidad de aceptar. Nos íbamos muy lejos, bien juntos. Le desmayaban los párpados cuando le besaba la nuca y, como había aprendido en una novela, le echaba el aliento cálido hasta que la veía estirarse al lado mío, sin fuerzas. Le veía, porque yo podía mantenerme completamente sereno, y no me inspiraba deseos y era indiferente a sus besos. Sin embargo hacía lo posible por penetrarla de una obsesión que la turbaba, y a la vez que la llenaba de caricias le repetía lentamente, destilando las palabras flaubertianas:

"En todas las encrucijadas del alma, oh lujuria, se escucha tu canción y pasas al fondo de las ideas como la cortesana al fondo de las calles"

Ella entreabría los labios y detenía el aliento.

Parecía quedarse en suspensión de esas palabras, como que buscara en el fondo de sí misma, urgando su verdad intranquilizadora. Detenía el aliento para escucharse y se escuchaba, según puedo decir por mis labios hinchados tras las citas.

Y lo mismo siempre que llovía y algunas otras veces o ya bien tarde, a la caída del día, entre las sombras de calles abandonadas, hasta que me sintiera tan próximo a ella que no pudiera echarme -atravesado en su vida irremediablemente.

Pero yo llegaba a abandonarme también, casi enternecido y arrastrado en la caída voluptuosa del engaño, amortiguado y embebido por la fácil conquista. Y el abandono habría sido completo si cada accidente no me hiciera pensar que de seguro tenía aventuras más agradables con otro y que sus encuentros conmigo eran sólo palabras liminares para capítulos más encendidos. Entonces la odiaba interiormente, y la insultaba, y luchaba por dar el gran salto que me hiciera conocerla tal como era.

Hasta que tuvo que aceptar, después de exclamaciones; mas, entre su aceptación y nuestro encuentro, yo sentía un gran descorazonamiento porque tenía la seguridad de que esa lucha estaba en sus postrimerías, de que debía acabar, cuando yo tenía amor por la lucha y tal vez también por ella, a pesar de que fuera una perra que me hacía avergonzar de ese amor.

Crujían las tablas y a cada crujido tenía que hacerle un gesto. Ese viaje de un extremo al otro del corredor, frente a la alcoba de los padres, era una inquietud larga, asaltada por disculpas, de amenazas, de palideces.

Ella estaba tranquila. Me esperaba en pantuflas, bajita, con las pantorrillas más gruesas que de costumbre.

Como he leído en todas las novelas, la besé inmediatamente de llegado. Luego tomamos asiento, sobre un mueble bajito y colorado, a la izquierda del lecho. No podíamos hablar por temor de que nos oyeran y de lo que yo estaba encantado.

Luego ella se defendía y me indicó que apagara la luz. En las sombras, empezaron a palpitarme las sienes. Recordé que entre los dos había un nombre y tuve mucha rabia. La empujé fuerte, lo que produjo ruido y voces en la habitación vecina. Entonces, de nuevo a estarse calladitos, sufriendo martillazos en la cabeza y la impune aventura de sus manos.

Muy bien, muy bien. Tenía un loco placer de que se ensuciara y rebajara, aunque fuera eso lo más canallesco del mundo, y amaba su importancia de mujer dominadora.

Más tarde salí estúpido y vacío, atolondrado, riéndome y avergonzándome, entre satisfecho y amargado, con el remordimiento ancho y seco en la garganta y tranquila alegría en el pecho.

Me creía nadador de "crawl", entre el agua y el aire, o como el indeciso entre la pistola y el veneno; pero tenía para ella una palabra redonda y pesada, de tirársela a la cara como un guante a un hombre.

Y luego me invadía la ternura y la acariciaba en el recuerdo.

Después fue aquello muchas veces, luchando siempre con todo ahínco, a brazo partido para dominarla, porque no era mía. Y en esas largas y extenuadas vigilias, en que todo mi rencor embebía las sombras, callados y odiándonos entre cada aliento, con exclamaciones y amenazas e insultos, iba sintiéndome un pobre hombre a la orilla del fracaso. Lo que ahondaba mi prejuicio, pues la creía una mujer experta para la lucha; una mujer que conoce el peligro y lo busca, ya que siempre iba con su asentimiento.

Pero llegó la hora del abandono.

Y entonces conjuntamente surgieron los cuchicheos, las inquietudes, las zozobras, la malicia de la madre y las palabras del inquilino gordo, y las palabras del inquilino flaco, y un abrirse y cerrarse de puertas que nos aislaba aparentemente y abría los ojos paternales sobre ella.

Pero como éramos unos sinvergüenzas yo escalaba sin escalas, por el ángulo siniestro del patio, junto al tubo de lata de recoger las aguas lluvias, donde deben estar mis huellas. Deteniendo el aliento, levantándome sobre mí mismo como un barrista que domina, suspendiendo las corazonadas en espera del grito de algún inquilino que me tomara por ladrón. Luego, era tiempo de luna llena, siendo para mí la luz una denuncia, lo que obligaba a este servidor a circarse en la luna. Ya arriba, soltaba todas mis palpitaciones cardíacas y la respiración contenida. Ella acostumbraba esperarme despierta, sin acostarse. Conservo un hondo agradecimiento por esa actitud de espera que sería inquieta, ya que algún temor debió apretarla el corazón cuando era la hora de que yo llegara, y cuando sentía mi ascenso, con el ruido de mis manos al asirme de las barandillas de hierro.

Por fin, era para mí una recompensa el ambiente tibio de su alcoba.

Y después de todo iba adentrándome en su vida, con sedienta curiosidad, y supe por ella, verbigracia, de la existencia de cierto libro sucio, *"Gamiani*", y me refería ciertas relaciones asnales con unas monjas de aquel libro. Y supe también sus juegos de muchacha, escondidos y ruborizantes, con los otros chicos del pueblo. Pero siempre defendió heroicamente el confesarme la existencia de un amigo anterior, colocándome en primer término, de lo que también le soy sumamente agradecido.

Entonces comprendía yo que llegaba el tiempo de hacerle daño y a propósito de su partida a vacaciones, aprovechándome del primer momento de rabia, expresamente por insultarla y con la vaga esperanza de que lo llegaran a saber sus padres, le escribí todo lo más que pueda escribirse a una mujer, vomitando desvergonzadamente lo que hasta entonces había contenido, escupiéndola y abofeteándola. En efecto, "el pasquín" se detuvo en manos maternales y cuando calculé que todos lo conocían, la llamé para gozarme de su rabia y a fin de ver si había ya comprendido que no se encontraba con un estúpido. Salió para reprocharme y yo le dije que me arrepentía, que aquello fue sólo por aturdimiento. Seguramente me lo creyó y fui perdonado porque seguimos en nuestros paseos arrabaleros. Yo no estaba todavía satisfecho. Ella no sé que propósito tendría; pienso en alguna lejana esperanza suya, pero no me atrevo a formarla porque hoy sólo imaginándola me estremezco.

Pero su cuerpo estaba lejano de mí y toda tentativa era ya un imposible.

Podía, eso sí, avergonzarla y como no faltan medios, me di mañas para que una amiga suya le dijera vis a vis algo de lo que ella sabía en sus accidentes pasionales, y gocé oyéndola defenderse desesperadamente, llamando en su favor argumentos estúpidos. Lo curioso es que yo también la defendía de cuando en cuando, porque quería estar de su lado para realizar un proyecto que jamás pude llenar. Ella me debe ese agradecimiento, ya que claramente me titulé su protector y aún tengo satisfacción de ello, pues la verdad es escurridiza e invencible.

Sí, ¡cuán escurridiza la verdad! Recuerdo en este momento que una noche fui a sorprenderla con la noticia de un viaje fantástico que estuve en posibilidades de realizar; ella se quedó callada, inmóvil, seguramente meditando, no sé que cosas. Yo me aislé completamente de ella y realicé con mediana claridad que estaba solo, completamente solo a pesar de tenerla en mis brazos; que era un hombre inútil en medio de la vida; que podía ser echado de cualquier parte sin dejar vacío; que tras mi desaparición todo estaría tranquilo y dulce como en cualquier buen tiempo; que nunca vino la madre a darme el último beso del día. Y entonces la desesperación me prendió las uñas en la garganta, y se agitó mi pecho tan cerca del corazón de Adriana que al sentirlo tuvo que besarme las párpados húmedos. Hoy su muerte me autoriza a confesarlo; de otra manera no querría desgajar de su recuerdo el agradable triunfo de mis lágrimas.

Y sin embargo, a pesar de mi orgullo y de lo que ella era, la sentía tan arraigada a mí, tan cerca de mi afecto, de mi compasión, de mi verdadera ternura. Y me sentía tan en sus brazos como cuando un niño se le cuelga a uno al cuello y no es posible desasirse, pues hacer un esfuerzo, esquivándolo, pondría un nudo en nuestra garganta.

Debí arrepentirme de haberla insultado tanto y de haberla otorgado el más feo y deforme rincón de mi alma.

Pero entonces era más fácil para ella salir en la mañana, a pretexto de prácticas piadosas. En ese tiempo, a las nueve yo ya había practicado mi lección de stronfortismo y estaba bañado y fresco; me alegró verla a otra hora, en la que el tiempo fuera más gozoso y limpio. Mas al encontrarnos tuve una corazonada y me sentí pálido. Me extendió una mano melosa y sucia, de gente que no se lavó al levantarse. En la cara tenía manchones de polvos de arroz sobre el sudor de la noche. Afiancé mis mandíbulas, templando los

músculos maseteros, y la veía la cara con ojos desorbitados, sin creer que fuera ella, ella, como un estúpido. Le di la grata disculpa de que se habría levantado tarde y por no faltar viniera sucia. Me daban ganas de llorar y hacía esfuerzos para no verla; ella me cogía las manos y me las emporcaba. Cuando nos separamos tuve la esperanza de que en lo sucesivo no fuera lo mismo, pero me equivoqué. Al día siguiente y siempre, eso era una porquería.

Entonces empezó a asaltarme la cólera, despiadadamente, llenándome el cerebro de sangre, convulsionándome, en torbellino. Maldecía porque no nos hubiéramos encontrado antes por la mañana y me angustiaba al pensar que había besado eso.

Dudé entre insultarla o aconsejarla. A veces pensaba pararla en seco:

-Oye, cochina, anda lávate.

A veces me estremecía hasta querer suplicarle:

-Oye, Adrianita, ven mañana un poquito más tarde, aunque sea después del baño.

Pero me daba vergüenza de decírselo y prefería hundirme en la cólera, blasfemar por dentro y considerarme el más infeliz pobre diablo del mundo.

Eso sí, aprovechaba la primera oportunidad que tenía delante para insultarla. Prefería el insulto al consejo. Por ejemplo, recordando la opereta "Madame Pompadour", le apliqué una mañana ese mote sarcástico. Ella creyó que se lo decía por elogio y tuvo gusto; pero inmediatamente me puse a entonar el estribillo: "Madane Pom-Pom... Pompadour-es una gran co-co... es una gran coqueta"

Ella me miró con sorpresa; yo reí y pasó la gracia. Después solía entonar lo mismo, continuamente.

Pero una mañana vino más sucia que de costumbre y como tenía casualmente algo por qué pelear, me pareció demasiado decente la palabra intencional del estribillo y le solté la otra, la redonda y pesada, la que se arroja a la cara de una mujer como un guante a un hombre.

Se la arrojé dos, tres, cuatro veces.

Empalideció, pero volvimos después de un momento a estar de brazo. Reaccionaba muy cortamente ante el insulto y en el fondo no era orgullosa ni decente.

Naturalmente, se vengó de mí porque al poco trotaba calles con otro. Yo, que lo supe, la llamé porque estaba interesado en un plan que no confieso. Me ofreció salir pero me dejó plantado.

Y al día siguiente recibí la conveniente misiva de estos casos. Misiva que empieza:

"Cisalpino:

Tú sabes más que nadie...", etc.;

que tiene escrita la palabra "canalla" -no para mí-; que dice "separación muy dura"; que exclama "perdóname y olvídame"

Al leerla, temblaba un poco, y amaba violentamente a Adriana, y se me encogía el corazón recordando que todo ello fue tan pintoresco y estuvo tan empapado de oscura tragedia.

Luego...luego lo mismo que siempre.

¡Cualquier día amanecerás muerto y a quien le importa esto!

Pero, ¿qué es ello?

“Señor, señor, señor, señor, señor”, sacudiéndome como a una cosa.

Abro apenas los ojos y siento mi piel templada sobre los pómulos.

Es mi compañero y hay una criada con una bandeja de alimentos humeantes.

No me he levantado desde que conocí a ese hombre, ese, el del Casino de Oficiales.

Mi compañero dice:

-Caramba, debe tener apetito y no hay razón para que le haga daño. Cogí un sucre cincuenta de su bolsillo y le mandé a preparar un pollo frito. Tiene que terminarlo porque no ha comido días y está de lamerse los dedos.

Comprendo muy brumosamente lo que sucede; pero me siento, agradezco a mi compañero muy cordialmente y me como el pollo frito.

SIERRA

Este es un viaje de siete días y usted, caballero, caballero en una mula flaca, tiene por bien insultar a las autoridades civiles, y a las militares, y a las eclesiásticas. Unas veces el sol le latiguea las espaldas, de la salida a la puesta. Otras, el cierzo le masca los huesos.

Me place imaginarlo, a usted, señor, al tiempo de ascender una de estas grandes arrugas terrestres, la silla casi ya en las ancas de la mujer flaca, a consecuencia de la cual usted, señor, es caballero.

De aquí a diez leguas hay un techo de paja y si usted llega allá, aunque hay chinches, antes de concederle abrigo se aseguran de que no sea soldado.

Usted se rasca. Usted ama. Usted se fuma un pitillo. Usted echa una miradita al horizonte. Usted se divierte mucho con todo lo grande que es esto. Usted aspira el aire puro de las montañas con el objeto de asegurar a sus amigos que aquello era regularmente vivificante.

Aquí no es verdad que para la tierra cada siete años sea sábado. La naturaleza es judía y a la tierra, le exige. Todo el tiempo se está oliendo. ¡Huele a quinina, a fresno, a cedro, a albaricoques y a tierra! Pero también es cierto que aquí para ella todos los años son sábado, porque no queremos oler nada, nada, nada.

El viento se ha creído que entre los árboles hay tubos y silba.

La paja crece alta, seca, gris y desgarbada como señorita de provincias.

Con un poco más de frío, la nariz se le haría a usted un helado.

Bien lejos, dos ramas que rozan con fuerza chillan como condenados: una vez y otra; otra y una vez. Así, en balancín y con batuta.

¡Y usted aquí solo, sin tener un amigo para que le aconseje!

En la ciudad le habrían dicho:

-¿Por qué no te escribes un libro?

-¿Por qué no te enamoras de Adriana?

-¡Te hubieras levantado un poco más temprano!

-¿Por qué no ha venido usted a verme?

-Le aconsejo que se compre un caballo.

O habría usted visto, en la ciudad, a las damas que echan tan atrás la cabeza que parecen perros de caza.

Pero con todas estas garantías aquí, su corazón está en un puño.

Ahora el viento le acerca y envuelve. Usted ve que el espacio se mueve; ese espacio gris, turbio, opaco, espeso. El aire se agita y el horizonte se desdibuja; algo se viene contra usted y lo cubre. No hay montaña y sólo existe lo gris. Usted se admira de respirar una masa espesa, que le sobrecoge, le pone en ridículo y le hace sandwich.

En el mundo sólo existen dos cosas: su notable persona y la niebla. Su notable persona y la niebla. Usted tiene miedo de encontrarse tan solo, en medio de la niebla. De estar acompañado, de estar acompañado por un habitante de estos lugares grises, usted, por espantar al miedo haría una pregunta:

-¿Lloverá mañana?

Y de estar usted muy cerca, demasiado cerca del americano, podría ver que éste alarga un brazo y luego le responde:

-No; la niebla está seca, porque el americano de adentro tiene las manos húmedas de palpar niebla que usted nunca ha encontrado en su vida. ¡Y pensar que toda niebla debiera ser húmeda!

¡Y estar aquí solo, sin tener un amigo para que le aconseje!

Espere usted, que a la mañana puede desquitarse, -puede imaginar que se desquita.

Ha coronado la montaña. Por casualidad no hay una nueva atrás. Está usted en el portete, ese burladero que todas las montañas tienen y por donde se escapa uno hacia el valle, cálido, con ananas, con caña de azúcar, con melones hidrópicos.

¡O! ¡O!

No hay valle. Ha desaparecido el valle. Sólo hay nubes emplazadas en el valle, y como usted está bien alto: en el portete, resulta estar sobre las nubes.

Si usted ha creído que el cielo es aquello en donde las nubes suelen pasar el tiempo, ha caído el cielo.

Si usted viene de adentro, no olvide decir "¡O! ¡O!"

Nubes blancas, hacinadas, fundidas, blancas otra vez, poseyendo el valle. Y en alguna parte está el sol, el sol colorado, sajón y salchichero, que echa una mancha roja sobre el más lejano límite de la masa blanca.

Los colores están en este orden, partiendo desde usted:

blanco - bastante;

rojo - cinta delgada;

azul - todo el resto.

Si usted viene de adentro, no olvidará decir que este ha sido el maravilloso espectáculo que tuvo en su vida ¡en su pobre vida! y con las nubes bajo los pies.

Pero luego va a llegar a la ciudad. Allí encontrará mujeres con las narices tan en alto como perros de caza. Allí se dará cuenta de que un *maitre d'hotel*, con anilinas comestibles, puede trabajarle un budín más maravilloso que el espectáculo que quedó bajo el portete. Y...

O, O. La naturaleza.

¡Que me vengan a mí con la naturaleza!

POEMAS

OJOS NEGROS

Ojos negros, ojos puros,
de pureza, madrigal,
ojos de tintes oscuros
de belleza sin igual.

Ojos tristes y sinceros,
apasionados y bellos,
ojos, que suaves destellos
lanzan, cual lindos luceros.

Ojos de amor y de pena,
ojos cual negros diamantes,
de mi virgen agarena;

ojos que su luz dilatan
como estrellas rutilantes,
ojos que queman, que matan.

CAPRICHO PICTÓRICO REPRESENTANDO A LAURA JUDITH I

Pinta el intruso
Los párpados semicaídos tan dulcemente como el tiempo sobre los recuerdos.
Bajo las medias lunas de las cejas, luz neblinosa de misterios.
No es verdad que el alma tenga ventanas o están siempre cerrados
sus visillos,
porque cuando quise empinarme a descubrir sus secretos, me respondió
mi imagen
y el chorro de día de las lámparas:
adentro lleno de silencios:
retrato adormilado de Matías Santoyo que he visto en los papeles que nos
vienen de México.
Fina como un tango dulcificado por la lejanía o amortiguado por el aislador
de los vidrios que se cierran a la noche.
La boca es el punto final de un éxtasis monárquico.
Laura Judith para decapitar nuevos Holofernes sitiadores en la guillotina
de oro de la risa.

CAPRICHO PICTÓRICO REPRESENTANDO A LAURA VELA

Pinta el intruso
Los párpados semicaídos tan dulcemente como el tiempo sobre los recuerdos.

Bajo las medias lunas de las cejas, *ánforas pardas de secretos.*

No es verdad que el alma tenga ventanas, o están siempre *corridos* sus visillos,

porque cuando quise empinarme a descubrir sus secretos me respondió mi imagen y el chorro de día de las lámparas:

adentro lleno de silencios.

Retrato adormilado de Matías Santoyo que he visto en los papeles que nos vienen de México.

Fina como un tango dulcificado por la lejanía o amortiguado por el aislador de los vidrios que se cierran a la noche.

La boca es el punto final de un éxtasis monárquico.

Y HOY QUE HA HECHO SOL POR TODAS PARTES

¡Un cofre de silencio
para llenarlo de recuerdos!

AS DE DIAMANTES ISABEL LEÓN

Quien corta con echar el aliento escalofría pupilas de vidrio enamoradas.

Mitilana nacida de un surco de la tierra,
mujer de líneas suaves,
miró como un dios guiñar el párpado.

E indujo al Hombre, descendiente del bandolero
Valmiki, en inmovilidad de un millar de años

para que se encontrara su cuerpo taladrado por los nidos de los malos pensamientos.

Isabel León, As de Diamantes para las sortijas en manos de los ladrones, escurridizas, fugitivas, tan inquietas como lágrimas a la orilla de las pestañas. (Hace llorar el que no venga la madre a darnos el último beso del día).

As de Diamantes, para cortarnos el respiro.

AS DE CORAZONES
YO Y MIS RECUERDOS

Solo como una moneda de mendigo. Aporreado por
la vida y con "qué importa" sobre los hombros.
No fue esa la mujer que debió llenar mi alma; era
tan cobarde como una hoja de oro; ni fue la otra que
enmudecía y se ponía pálida; ni fue la tercera, que me
amó antes de que yo la amara; ni fue la cuarta de todo
el alto de una mujerzuela.
Debo esperar el tiempo de las frutas maduras para
gozar del sol dorado de los siervos tendido a lo largo de
mi vida con este frío voluminoso en las mucosas y estas
corazonadas retumbantes y esta llenura del cerebro que
ocupará mi anhelo definitivamente.
Pero ya nada queda en ningún rincón del
mundo y voy a estar por toda una eternidad tendido
en el andamiaje de mi esperanza, tendido como un muerto.
As de corazones
yo y mis recuerdos.
¿Pero qué es eso de los recuerdos si ya no me hacen
poner alegre ni triste, ni me importan esas arrugadas
caricias porque no soy un tratante de viejo?
NADA te debo, madre: no sé de qué color fueron
tus ojos, ni sé si fueron suaves las palmas de tus manos,
ni si tus besos fueron dulces.
Yo solo
Tendido como un muerto.

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS Y FILOSÓFICOS

Prosa no ficticia y traducción

COMENTARIO DEL AÑO 1957 (*)

Hacen hoy veinticinco años, el 1 de mayo de 1932, la burguesía de la ciudad de Quito, hizo su primera manifestación sangrienta contra las aspiraciones de justicia de la clase proletaria. El Gobierno nacional, las asociaciones católicas, los capitalistas y los aspirantes al Poder se coaligaron entonces para reprimir en la forma más vil que registra la historia un sencillo desfile, de carácter simplemente intelectual, en el que los universitarios de la Central y algunos obreros recorrerían unas pocas calles de la ciudad y en el que tomarían la palabra unos dos intelectuales para indicar al pueblo trabajador la necesidad urgente de unirse en defensa de los intereses de la gran mayoría.

Veamos sintéticamente cómo actuaron las masas y cuál era el ambiente de esa época.

La República participaba entonces de la gran crisis mundial que azotó a los pueblos en la tercera decena de este siglo y en la cual los hombres, desorientados, buscaban desesperadamente un remedio para evitar el hambre de las masas y abrir un camino de justicia a las aspiraciones populares, Gobiernos anteriores habían gozado de abundancia pero los productos de los impuestos no se habían aplicado al progreso de la República, sino al boato y lujo de los gobernantes, al enriquecimiento de unos pocos empresarios, agotando las fuerzas productivas del país y sembrando el descontento en las clases trabajadoras. Entonces, los hombres, para gobernar, no se agrupaban en torno a una idea y a un programa sino en torno a un individuo. Las pasiones, por eso, eran bestialmente egoístas y se juzgaba como bueno lo que era ordenado por el cacique. Todo lo que iba o podía ir contra el cacique era rechazado como criminal y había así un grupo dominador, como siempre había existido en la historia de los regímenes anteriores, sin ningún control de masa, sin ningún reconocimiento de los intereses del gran conjunto de siervos. En esa época la burguesía representada por el bonifacismo era un grupo de hombres que hacía lo que les ordenaba Bonifaz, un sujeto, un latifundista de ese tiempo.

(*) Cartel, No. 14, Quito, 7 de mayo de 1932, pp.1-6.

Junto a ese grupo dominador había un pequeño número de hombres que protestaban contra ese estado de cosas, pequeñas hojas periódicas, de propaganda inocente de los nuevos principios de justicia circulaban entre los descontentos, señalando los peligros y los defectos de las oligarquías y del impotente individualismo que arrastra al país a la ruina.

Entonces los universitarios de la época, los universitarios, corazones jóvenes y puros, naturaleza apta para reproducir la semilla de las grandes reivindicaciones, comprendiendo que había llegado la hora de tomar la iniciativa en la gran conjunción intelectual y obrera para la conquista del futuro, invitaron a los trabajadores a recorrer la ciudad en manifestación callejera que expusiera ante los Poderes Públicos y los magnates opresores la necesidad urgente de tomar nuevos rumbos en la vida política y de dar las espaldas al pasado miserable.

La invitación se la había hecho algunos días antes del primero de mayo. ¿Qué debían hacer las *autoridades*? ¿Qué debía hacer la burguesía? ¿Qué debían hacer los aspirantes al poder?

En primer lugar, era necesario matar en sus raíces aquella funesta idea de cerebros utópicos de que el poder político corresponde al pueblo trabajador y no a los privilegiados. En ese tiempo se hacía buen gobierno cuando había buen tráfico de automóviles y bastantes caballeros en los bares, no cuando el miserable tenía lo suficiente para mejorar su condición de bestia de carga. Había que hacer, pues, buen gobierno.

La primera medida de la burguesía fue prohibir la manifestación y luego de prohibirla, desarrollar una campaña de terror, amenazando a los posibles manifestantes con escenas sangrientas y con el fantasma de la muerte en ronda por la ciudad. Sesionaron las señoras católicas. Sesionaron los comités de orden. Sesionaron todos los patriotas y todos los honrados. Un secreto murmullo de terror circulaba por toda la ciudad, con la oculta y expresa intención de excitar el coraje de los universitarios que habían comprometido su palabra de salir a la calle.

Ved, además, cómo a una sencilla manifestación, sin fines concretos, sin intentos determinados de alteración del orden, se le opone la malévola propaganda popular para agudizar las pasiones y levantar la animadversión de las masas religiosas: policías disfrazados de paisanos se riegan por la ciudad. Se dice que los universitarios irán a sustraerse el cuadro enjoyado de una imagen del Colegio de los Jesuitas; se dice que los universitarios incendiarán la Compañía de Jesús y todas las demás Iglesias y Conventos. Mil cosas terribles se dicen y son comentadas en todos los círculos creyentes. La propalación de noticias falsas está a la orden del día, bajo el apoyo de las *autoridades*. Los grupos reaccionarios se concentran a escuchar conferencias contra el fantasma comunista, a templar el ánimo con las enseñanzas exasperadas de los oradores sagrados. Circulan hojas sueltas, algunas firmadas por los patriotas del orden, llenas de amenazas y de previsivos consejos.

Entonces caldeados los ánimos, llega la noche del primero de mayo y los universitarios y algunos obreros se reúnen en la Casa del Estudiante. Empieza el desfile entre exclamaciones juveniles y recorre algunas calles, avanzando hasta la Plaza del Teatro, en donde la muchedumbre se detiene para escuchar a los oradores. Hablan dos universitarios: hablan de justicia y de progreso: hablan contra la tiranía: declaman por la libertad:

señalan al capitalismo como la tiranía moderna contra la cual tenemos que combatir todos los desheredados para la implantación de la Era de amor y solidaridad sobre la tierra. Entonces quiere hablar un miembro del partido comunista; pero apenas ha dicho unas pocas palabras llega la Policía y el temor propalado de represiones sangrientas obliga a la multitud a disolverse sin un grito.

Momentos después, pasado el temor, los estudiantes se reconcentran y, unidos, regresan a su casa. Ha terminado la manifestación. El orden se mantiene: todas las autoridades continúan en sus puestos.

Pero aquí comienza lo inaudito: un escuadrón de caballería cierra un extremo de la calle en que está situada la Casa del Estudiante, el otro extremo lo ocupan grandes grupos de masas exaltadas por la falsa propaganda, entre los que abundan policías disfrazados y agentes secretos. Una compañía de la gloriosa Institución que mantiene el orden penetra en la Casa del Estudiante, al mando de oficiales que garantizan el desalojamiento en paz de los universitarios. Carga la caballería contra el pueblo. Sables relucientes, grandes cascos sobre los ciudadanos atropellados; gritos, sangre. Los universitarios son expulsados a palos de su Casa y desfilan entre hileras de gendarmes que descargan sus garrotes sin compasión. Los heridos caen sin conocimiento y los valientes les dan taconazos en la cara. Una furia epiléptica ha atacado a los castigadores que hacen cosecha de cabezas con sus cachiporras. Los que estaban con pocos golpes son finiquitados en las inmediaciones. Las casas vecinas son allanadas y todo hombre joven es apaleado, por parecer estudiante. Un muchacho, para salvarse, se ha colgado de una ventana y lleno de terror está mirando la caza sangrienta de la calle: entonces la caballería comienza a hacer evoluciones bajo él y ensayan a pincharle como en las fiestas de cintas. Por fin, uno le acierta y cae. ¡Ya han triunfado! ¡Bravo!

Después el silencio se gana la calle; los asaltantes, satisfechos, van refregándose las manos. ¡Ni un herido de su parte! Solamente los que asistieron disfrazados a la fiesta y tenían cara de saber leer según los miraban con buen ojo los mantenedores del orden.

Ahora pequeños grupos de hombres cabizbajos merodean por los contornos. Están comiéndose la rabia impotente de no tener en sus manos la fuerza que pulverice a los canallas. Un nudo amargo entorpece la garganta de estos hombres inútiles. Ya han triunfado los sayones. ¡Ya han triunfado! ¡Bravo!

Aquellos hombres que así se atrevían a disponer de la vida de los ciudadanos fundaban su autoridad en un papel timbrado que equivalía a un nombramiento de funcionario público. Los que no traían ese nombramiento, por esa época, no tenían derecho para hablar.

Entonces estaba encargado del Poder Ejecutivo Alfredo Baquerizo Moreno, eran sus ministros Carlos Flores Guerra, de Gobierno; Manuel Cabeza de Vaca, de Educación; Leonardo Sotomayor y Luna, de GUERRA. Les acompañaban otros sujetos de ínfima cuantía.

La posteridad estudió con calma sus actos; les juzgó concienzudamente. Calificó a los responsables directos; a los que se hicieron solidarios de sus actos, expresamente o con su silencio.

Y hoy el Municipio ha provocado general plebiscito para saber cómo quiere el pueblo eternizar esa gloriosa hazaña y se ha obtenido gran mayoría porque consten indelebles sus nombres en las escupideras nacionales.

LA PROPIEDAD DE LA MUJER*

El hombre es un animal testarudo. Lo sería más que la vaca si la vaca fuera un animal bien testarudo. Suele disponer de ciertos conceptos fundamentales, adquiridos por herencia, por tradición o simplemente en virtud de sus mismos prejuicios, en torno a los cuales fija toda su concepción del mundo. Es así como se han formado sus conceptos de felicidad, de amor, de honradez económica, de moralidad. Y es así como su mayor o menor resistencia a la aceptación a las verdades tradicionales hacen de él un individuo más o menos adaptado al orden, más o menos burgués, más o menos feliz en la comunidad de sus vecinos, parientes y amigos.

Cuando los paréntesis de crisis –generalmente de crisis económica–, han obligado al hombre a revisar sus conceptos y a desentrañar el fundamento lógico de las verdades establecidas, dos grandes bandos se han formado y se ha entablado la gran lucha entre la justificación y mantenimiento de la norma vigente y la derogación de ella.

La gran crisis del siglo XX ha traído como consecuencia el desequilibrio de las verdades trascendentales. Tras un período de escepticismo absoluto, de rotunda iconoclastia, una especie de optimismo resurrecto se apresta con nuevos bríos a implantar verdades no sospechadas. La civilización, la jerarquía, el orden ante la nueva crítica vienen a ser algo así como el salvajismo, el despotismo y el desorden. Por eso, cuando los actuales depositarios de la fuerza tratan de defender el conjunto jurídico imperante en nombre del "orden", los hombres del otro lado se quedan estupefactos de admiración ante la temeridad de invocar precisamente lo inexistente a favor de una situación que se sostiene a base de prejuicios. "Defendemos el orden", dicen los unos; "eso no se llama orden" dicen los otros.

El principal motivo de lucha del mundo contemporáneo se desarrolla sobre el concepto de la propiedad como la expresión del orden, los otros exigen que desaparezca la

(*) El Día, Quito, 14 de junio de 1932, pp.1.

propiedad como un principio del orden. "Ya va a comenzar el orden", es el programa de los unos; "nos estáis llevando a la anarquía", es la queja de los otros.

Con la propiedad de las cosas está sucediendo lo mismo que ha sucedido en tiempos antiguos con la propiedad de las personas. Algunos caballeros poseían grandes cantidades de esclavos y en nombre del "orden" defendían la propiedad de los esclavos, cuestión de derecho natural, como ahora lo es la propiedad de la tierra.

Pero ahora no quiero referirme a la propiedad de los esclavos ni a ninguna otra propiedad "económica", porque los hombres somos muy afectos a nuestros centavos y cuando alguien quiere desposeernos hacemos de ello lucha de los canes con los huesos. Quiero referirme a una especie de propiedad sentimental, la propiedad de la mujer, para examinar el concepto que el hombre como legislador –apropiado de la fuerza– ha tenido y tiene realmente sobre el bello sexo en la constitución de sus relaciones legales.

La cuestión central está en bosquejar ligeramente la legislación dictada por los poseedores de mujeres en defensa de sus intereses, a través del desarrollo humano. El adulterio y el criterio político punitivo del adulterio nos va a dar una luz en el problema.

Tomemos el código más antiguo del mundo, el Código de Hammurabi, aproximadamente del 2250 antes de Jesucristo, recibido de un dios, en un monte y entre truenos, justamente como el de Moisés, cuando los hombres eran temerosos y había orden y paz. Dice la ley 129: "Si alguno sorprende a su mujer yaciendo con otro, dueño es de atar a entrambos y arrojarlos en el agua, pues el marido puede hacer gracia a su mujer, como el Rey la hace a sus esclavos".

Tomemos el Levítico: "XX, 10: Si alguno comete adulterio con la mujer de su prójimo, mueran ambos adúlteros".

Y el Deuteronomio: "XXII, 22: Si es encontrado alguno yaciendo con mujer casada, mueran uno y otra y el mal será extirpado de Israel".

Las legislaciones babilónica y mosaica, a pesar de sus divergencias punitivas –castigo voluntario en la primera, obligatorio en la segunda–, concuerdan en un punto fundamental: la mujer es propiedad del marido y su infidelidad es castigada con la pena de muerte, sin más proceso.

Parece evidente que este riguroso criterio punitivo arranca del procedimiento originario de adquirir el dominio: la fuerza, la conquista. La invasión de las tribus guerreras a los pueblos estables, con el subsiguiente reparto de riquezas, entre ellas las mujeres, debía originar la sanción legal de la fuerza a toda amenaza contra el "orden". "Mi mujer es mía", dice el legislador establecido, "si atentas contra ella, te mato". El rapto de la mujer, formalidad establecida aún entre los primitivos romanos, como un requisito previo del matrimonio, es precisamente un recuerdo de la idea de fuerza, de dominación.

Y para dar una idea más exacta de ese criterio de propiedad, de esclavitud y de fidelidad, copiemos una disposición más del Código de Hammurabi, modelo de temeridad morbosa de los antiguos: "Ley 153. Si una mujer ha hecho asesinar mediante alguno a su marido, sea ensartada en un palo".

El marido es, pues, dueño de la mujer. Cualquier atentado de ésta contra aquél es castigado severamente como si se tratara de un esclavo. Su uso es exclusivo del marido.

La costumbre de matar a la mujer adúltera domina en las legislaciones y costumbres antiguas. La tienen los indios, los germanos, los judíos.

Para los romanos, Catón escribe: "Si sorprendiste a tu mujer en adulterio, puedes matarla impunemente sin proceso; pero si tú adulterases, ella ni siquiera podrá tocarte con el dedo ni llamarte a juicio".

La cultura griega tiene un concepto diametralmente opuesto de la situación legal de la mujer frente al marido. Ni siquiera en los tiempos heroicos los dioses son celosos en forma cruenta. He aquí por qué Vulcano, ante la traición de Venus, en vez de asesinarla se contenta con decir unos malos versos, que en resumen anuncian solamente que sus redes mantendrán presos a los delincuentes hasta que el padre Júpiter le "devuelva íntegra la dote" que les ha dado. La preocupación del dios es meramente económica. No es justo, dice para sí, que la familia de esta dama retenga mis riquezas mientras ella no ha sabido retener su pudor.

Bajo Licurgo, tiempo en el cual el orden jurídico griego llega a su máximo de perfección, no existe, prácticamente, el adulterio. El matrimonio es, entonces, una institución jurídica que sólo tiene razón de ser desde el punto de vista del beneficio del Estado. "Licurgo no miraba a los hijos", dice Plutarco, "como propiedad de los padres, sino que los tenía por comunes de la ciudad, por lo que no quería que los ciudadanos fueran hijos indiferentemente de cualesquiera, sino de los más virtuosos; y por otra parte notaba de necias y orgullosas las disposiciones en este punto de otros legisladores, los cuales, para las castas de los perros y de los caballos, por precio o por favor, buscan para padres los mejores que pueden hallarse, y en cuanto a las mujeres, cerrándolas como en una fortaleza, no permiten que procreen sino de sus maridos, aunque sean o necios, o caducos, o enfermizos".

Frente a estas dos lecciones de la historia, nuestra legislación mantiene todavía el criterio de propiedad de la mujer, ¿cuál es la verdad, cuál el criterio más justo?

De los griegos no debiéramos decir que eran inmorales, sino que tenían su moralidad propia, su moralidad santa, según sus conceptos de la moralidad y de la vida. De los romanos y de los otros pueblos, que defendían intereses de clase y tal vez, una moralidad hipócrita.

Es así como ante la evolución de los conceptos jurídicos y morales, la sociedad tiende a renovar sus creencias egoístas y por medio de la institución del divorcio, ampliamente abierta en los dos ejemplos de sociedades modernas, la socialista de Rusia y la capitalista de Norteamérica, trata de enaltecer la identidad jurídica femenina y de respetar su derecho a la felicidad. La base de este respeto reside en la capacitación económica de la mujer que, igualada en este aspecto al hombre, tomaría la cuestión sexual como secundaria, para que pueda haber paz y amor.

Cualquier día de éstos va a estallar la gran revolución de las mujeres contra el artículo 24 del Código Penal, que autoriza al marido para matar a la mujer que no le ama; ahora que no se conquista a la mujer por la fuerza, sino con un clavel en el ojal, con un par de guantes, con un bastón y con una hermosa caída de ojos en una tarde primaveral.

SENTIDO DE LA PALABRA VERDAD*

Advertencia

¿Qué sentido debemos dar a la palabra Verdad? es la pregunta a la que se pretende dar respuesta en esta brevísima investigación. Tomamos el asunto desde un punto de vista filosófico, naturalmente sin restringir las consecuencias al exclusivo dominio de la filosofía sino admitiéndolas para la conducta general del hombre.

Pero, ante todo, debemos hacer una advertencia: La palabra filosofía está mal mirada, entre otros, especialmente por los cronistas y diletantes de la política y del arte. Se pretende que la filosofía es una especie de castillo interior en el que el estudioso puede encerrarse aislándose de la realidad, para dedicarse a contemplaciones idealistas que nada tienen que ver con las amarguras y dificultades de los comentadores de la política. Este concepto de la filosofía es común en todos los inteligentes que resuelven fácilmente todas las cuestiones con sólo lejanas referencias de ellas, sin la más mínima buena voluntad de comprender y de tomar contacto con los problemas. Es un prejuicio que se apoya en la ignorancia más completa del contenido actual de la filosofía. El menos iniciado sabe que la filosofía trata de fundamentar la legitimidad del conocimiento, por una parte, siendo en este sentido previa a la ciencia, y que, por otra, tiende a hacer síntesis científica para deducir de ella la posición y la conducta del hombre en el mundo. En este sentido, la filosofía no termina en sí misma: es arma, método y medida para la ciencia y para la conducta. Lo fundamental es vivir y actuar, tomar una dirección, orientar nuestra voluntad hacia un fin concreto; pero tenemos que determinar este fin en alguna forma reflexiva que lo justifique. La filosofía es el único camino para ello y en este sentido la filosofía es la condición de la acción.

(*) Bloque, Loja, año I No. 1, enero de 1935, pp.29-41.

Quien, en alguna forma, interviene en cualquiera de las actividades humanas, lo hace en virtud de principios, de creencias, que no aparecen en cada caso concreto, pero que residen en el fondo de nuestras determinaciones, regulándolas. Cada hombre obra, pues, en virtud de una filosofía; cada ser humano tiene su filosofía, por más que no se dé cuenta de ello. Actúa aparentemente como libre, pero en el fondo tiene principios o creencias, religiosas, materialistas, idealistas, etc. No quiere decir esto, es claro, que nuestras creencias sean las únicas determinantes de nuestras actuaciones; pero la influencia que ellas ejercen, pudiéramos decir en primer término es indudable.

Hacer conscientes esos principios y creencias, promover fines; hacer reflexiva la conducta humana, justificando la existencia y recta formación de los principios y creencias, dilucidar la tarea del hombre en el mundo; influir en la vida social para hacerla cada vez más humana: todo eso es la misión fundamental de la filosofía. La filosofía es, pues, condición de la acción: no termina en sí misma.

Por supuesto no olvidamos que antiguamente la filosofía tenía un sentido de contemplación y que el nervio y fin de la investigación fue la vanidad personal, sintetizada en la fórmula clásica “el saber por el saber”; pero actualmente la fórmula se ha enriquecido con el concepto activo que impulsando los acontecimientos dice “el fin del saber es el poder”. Del antiguo significado contemplativo de la filosofía se ha pasado, pues, a un significado activo. Del saber cómo contemplar al saber cómo hacer. Sin destruir tampoco, absolutamente, el placer individual que queda proporcionar el saber.

Entendida así la filosofía, no es necesario ya justificarla. Los cronistas de la política reclaman acción y son enemigos de la filosofía; pero ignoran completamente su contenido y entonces su enemistad vale como la confusión de “molinos de viento” y “ejército de malandrines”. Hay que llegar al objeto de nuestras ansias o de nuestros desdenes para saber si es lo uno o lo otro.

El problema

Aclarada así la misión de la filosofía, queremos plantearnos por ahora el problema fundamental de la misma, que tantas consecuencias tiene para la conducta del hombre. Habíamos dicho que actuamos en virtud de principios y creencias; que proyectamos fines a los cuales acomodamos nuestra acción. Agreguemos que esos fines, que nos los imponemos nosotros mismos (si tuvieran imposición extraña no podríamos hablar de su eticidad o moralidad), llegan en cierta manera a objetivizarse y a transformarse en algo así como exterior y superior a nosotros, que nos compele y nos domina. Esto es lo que llamamos *deberes*. Tengo el *deber* de actuar en determinada forma, de tal manera que mi acción sea conducente al fin que me he propuesto. Me debo, pues, a mi **fin**. Esto ha sugerido la idea de que pudiéramos tener un fin absoluto, que sería el superlativo moral, el bien supremo, ante el cual nuestros fines particulares fueran considerados como simples medios en sucesivo eslabonamiento, hasta dar con aquel fin, aquel gran fin que sería la suspensión de todo.

Enunciada esa idea, se agolpan las preguntas en forma vertiginosa: ¿Qué es eso del fin absoluto? ¿Existe, en primer lugar? ¿Cómo es? ¿Podemos conocerlo? ¿Cómo conocemos? ¿Qué es *verdadero*? ¿Existe la verdad?

El nudo del problema viene a coincidir, en definitiva, con la última interrogante. Nos interesa saber qué es la verdad para estar seguros de si nuestro fin está de acuerdo con ella y si los medios de acción empleados o proyectados están dirigidos, por la verdad también, en el sentido del bien buscado. Y como el orden lógico del conocimiento exige que antes del **qué es** y del **por qué** es se investigue el **si es,** queda de hecho planteada, como primer objeto de la investigación, la pregunta fundamental "¿Existe **la verdad**?"

Meditemos sobre el sentido exacto del problema: cuando yo me propongo la cuestión trascendental de si existe "la verdad", relaciono este concepto con otros similares en la forma: "la razón", "la voluntad", "el bien". Todos estos son conceptos abstractos: se han formado aislando cualidades que pertenecen a un sujeto y dándoles existencia independiente. Después he ido familiarizándome con estos conceptos hasta considerarlos casi concretos y luego he creído que tenían existencia propia y he establecido, en mi mundo de significaciones, con derecho de ciudadanía, una razón, una voluntad, un bien.

Idéntico es lo que sucede con la "verdad. El sentido en que se la toma tiende a considerarla en cierta forma objetiva, hipostasiada, trascendente. De aquí a darle el valor de **Ser** no hay sino un solo paso, como también el hecho de reconocer la existencia de nociones universales e inmutables que, como una regla superior, estuvieran compenetradas e identificadas con ese mismo Ser. El problema de la existencia de la verdad vendría pues a convertirse en el problema de la existencia del Ser, como históricamente ha sucedido en todas las filosofías que afirman la existencia de un objeto trascendente.

Localizado así el problema, volvamos a preguntar ¿existe la verdad?

Breve historia de lo trascendente

Pero ilustremos antes lo relativo al concepto de lo trascendente, con una breve historia de sus momentos esenciales, limitándonos, de acuerdo con el contenido de esta investigación, al pasado reflexivo y suprimiendo los aportes religiosos que se mueven dentro del campo irracional de la revelación.

Xenófanes de Colofón es según Aristóteles el primero en hallar lo uno. "Habiendo vuelto, dice, su vista hacia el conjunto del mundo, dijo que lo Uno es Dios". Xenófanes creía que había un Dios, el mayor de todos, que no era igual a la forma y al pensamiento humano. Creía que no se movía, que no cambiaba de lugar, que estaba eternamente en todas partes.

Por supuesto Xenófanes no era un antropomorfista. "Los hombres se han dado dioses a su imagen –dice-: Los etíopes afirmaban que los suyos eran chatos y negros y los tracios que tienen los ojos azules y los cabellos rojos. Por lo tanto, si los bueyes y los caballos y los leones tuvieran manos y pudieran, con sus manos, pintar y producir obras como los hombres, los caballos pintarían figuras de dioses semejantes a caballos y los bueyes, semejantes a los bueyes".

No vamos a discutir ahora la opinión de Xenófanes y, anotando sólo de pasada que los caballos y bueyes de la suposición de nuestro filósofo, en las condiciones indicadas ya no habrían sido más caballos o bueyes, precisamos que el centro de su filosofía se refiere a diferenciar "el Uno" del hombre y hacerlo a aquel inmóvil y permanente.

Atribuye además al Uno el **saber absoluto** y al hombre la mera opinión, circunstancia que nos es importantísima para destacar el punto que investigamos.

Xenófanes (570-480 a. de C.) introduce en lo expuesto un tema fundamental en la filosofía europea, que después será tratado con casi la totalidad de los filósofos. Inmediatamente después de él, sus discípulos, Parménides y Zenón de Elea, Meliso de Samos, dedican toda su filosofía a la investigación de los atributos del Ser. Lo consideran uno, eterno, permanente, inmóvil, inmutable. Los dos últimos llegan hasta a negar el movimiento, dentro de un gran totalismo que es algo así como la negación de la diferencia entre el uno y el hombre, establecida por el maestro.

Al mismo tiempo casi, Heráclito de Efeso afirma el devenir eterno, oponiéndose a la unidad Parmenideana; dice que las cosas son y no son a la vez, que se encuentran en continuo flujo hacia la muerte y luego hacia una nueva vida; que hay un camino hacia lo alto y un camino hacia lo bajo, o sea que la tierra después de sucesivas transformaciones va a parar en fuego y el fuego, asimismo, en tierra. Unificando este perenne movimiento, encuentra Heráclito, sin embargo, "una ley divina, la necesidad, que lo domina todo, que basta a todo y lo supera todo".

Para Heráclito todo cambia, entonces, pero existe una ley del cambio, que es representante de lo Uno en lo múltiple del devenir.

Pero agrega importantes aclaraciones: "No es lo prudente –dice en uno de sus fragmentos– prestarme oídos a mí, **sino al Pensamiento**, reconociendo que todo es uno". En otro: "Los sentidos son malos testimonios si el alma es un bárbaro que no entiende el misterio de su lenguaje". En otro: "Mientras el pensamiento se da a sí mismo su propio desarrollo, los sentidos están bajo la dependencia de los contrarios y sin referencia con la armonía".

Esos fragmentos de Heráclito dan motivo para deducir dos importantes consecuencias: la tendencia a identificar el concepto de ley y el de necesidad y pensamiento, y la clara intención de asignar a este último la función de dar unidad y armonía a las cosas cambiantes.

Pensar es, en realidad, relacionar, generalizar, formar conceptos y significaciones. Formar conceptos es paralizar, en cierta forma y temporalmente, el atropellado curso de las individualidades.

La Filosofía Heracliteana es así un esfuerzo para conciliar la existencia del Uno y del devenir permanente: la ley y las ejemplaridades de la ley. Ésta es, para Heráclito, lo trascendente; nuestro pensamiento lo comprende, por la identidad de su naturaleza y, dándose su propio desarrollo se hace distinto de lo sensible que está bajo la dependencia de los contrarios.

Por este mismo camino será por donde vaya Platón, con su doctrina de los dos mundos. Platón es fundamentalmente Heracliteano. Su preocupación primera es, también, conciliar el cambio permanente de lo sensible con la aspiración a la unidad de nuestro pensamiento. Lo característico en Platón es su concepción idealista del mundo, que lo ordena así: la materia es la nada, el no-ser, lo sensible es lo intermedio entre el ser y el no-ser, las ideas son el verdadero ser. Las ideas, nuestros conceptos genéricos, son pues, la más alta realidad; son la forma, lo que da la existencia a las cosas. Éstas devienen y perecen; las formas, las ideas, no. Son inmutables y eternas. Existen en un mundo especial,

que está coronado por la idea suprema del Bien. Tenemos, pues, dos lugares: el de lo sensible, que es el mudable y el pasajero, y el trascendente que es inmóvil y eterno. Este lugar trascendente es nuestra verdadera patria y nuestro cuerpo material es sólo una cárcel. La tarea de la filosofía consiste en elevarse de lo sensible a lo inteligible y, de unas ideas a otras, hasta la idea suprema del Bien.

Con esta filosofía Platón fija claramente la diferencia que venimos investigando: la unidad como trascendente por un lado y la multiplicidad por el otro. En el fondo de todo esto (las unidades en Platón no son otra cosa que nuestros conceptos) encontramos una función de pensamiento ya perfilada en el Heraclitismo: descubrir una regla en el cambio. Biológicamente el hombre odia el desorden y la confusión y sus pensamientos fundamentales son manifestaciones de deseos que la mayor parte de las veces no son cumplidos por no corresponder a realidad alguna.

En la violencia del deseo Platón hipostasió los conceptos, que introducían unidad en las sensaciones y, dándoles valor real, se fabricó un mundo igual al que el niño se hace todos los días en sus juegos, dando vida y movimiento de seres vivos a lo que encuentran en sus manos. En la época niña del pensamiento humano los filósofos también creaban realidades de los juegos de la fantasía, siendo así los padres de sus propios fantasmas.

La intuición de ese mundo de esencias o mundo de ideas, que hemos especificado, es lo que, en la filosofía platoniana tiene el sentido de conocimiento de la verdad. Intuición tiene en este filósofo el sentido de mirar directamente, de ver, de ponerse en contacto inmediato con la más alta realidad. Esta realidad tiene un carácter objetivo, externo, se impone a nosotros mismos. La podemos conocer y aceptar, pero no podemos crearla ni destruirla, pues tiene existencia independiente.

Platón resulta así el verdadero padre de lo trascendente. Más tarde Plotino fundirá su filosofía en un misticismo agudizado en el que la contemplación del mundo trascendente tomará un verdadero carácter de delirio. Más tarde aún, San Agustín, padre de la Iglesia, tendrá que encontrar en los platonianos el verdadero camino de salvación y, precisamente su lectura iniciará el período emocionante de su vida en que de maniqueo se convierte en cristiano.

La Edad Media copia también, fundamentalmente, la concepción platoniana, toda su filosofía es un plan de formación del hombre intelectual y moral para su unión con lo trascendente, que es la suprema perfección. Nada difiere este plan de la dialéctica filosófica de Platón que fija la verdadera patria del hombre en el mundo de las ideas puras.

Aun la concepción del Universo de la Filosofía Medioeval está de acuerdo con el esquema de la Filosofía Platoniana. Veámoslo: En Platón, jerarquía del mundo de las ideas, coronadas por la idea suprema del bien; en la Filosofía Medioeval, jerarquía celeste con Dios a la cabeza de todos, sus nueve coros de ángeles, las armadas divinas, los muertos fieles, etc.

Sólo en un punto fundamental difieren: mientras Platón, absolutamente consecuente con su idealismo, trata de abolir las dificultades materiales para hacer más fácil la contemplación y propugna una organización social comunista, los cristianos de la Edad Media prefieren imitar fielmente la jerarquía celeste, que es la sede de la perfección y establecen una jerarquía eclesiástica: el Papa, sus cardenales, sus arzobispos y obispos, y una

jerarquía de los laicos: el Emperador o Rey, sus nobles, los burgueses, los artesanos, los comerciantes, los villanos y los siervos.

Todo, como vemos, tiene una organización rígida e inmóvil, y la verdad es un objeto de contemplación.

Esta manera de ver las cosas perdura durante mucho tiempo en el espíritu de los hombres y en su filosofía. Recordemos solamente algunas opiniones del señor Bossuet, "la autoridad más sólida de los doctores cristianos del siglo XVII". "La inteligencia tiene por objeto las verdades eternas, que no son otra cosa que Dios mismo, de donde subsisten, siendo perfectamente entendidas". "Están, pues, en él (las verdades eternas) de una cierta manera que me es incomprensible; están en él, digo yo cuando veo estas verdades eternas, y al verlas me veo obligado a volverme hacia Aquel que es inmutablemente, y recibir sus luces". "Estas verdades eternas que todo entendimiento percibe siempre las mismas y por lo que se regula todo entendimiento, son alguna cosa de Dios, o mejor dicho, son Dios mismo".

Las opiniones anteriores son típicas en la cuestión fundamental de la apreciación de la verdad. La creencia firme en la existencia de lo trascendente tiene como consecuencia inevitable la creencia, firme también, en la de una verdad, que consiste precisamente en esa existencia. En segundo término, esta afirmación implica una actitud humana: la actitud contemplativa.

Histórica y lógicamente los dos problemas se encuentran tan estrechamente unidos que, en la práctica, afirmar lo uno es afirmar su consecuencia y también adoptar la actitud correspondiente.

Pero debemos anotar, además de lo anterior, un dato notable: el contenido principal de la filosofía Hegeliana, que tiene estrecho contacto con la historia de lo trascendente, pero que presta precisamente el punto de apoyo para una filosofía materialista. La concepción de Hegel está prácticamente en la cúspide del más desarrollado idealismo: pero, como no lo ignora nadie, es, al mismo tiempo, el soporte fundamental de las posteriores concepciones materialistas.

El mérito fundamental de Hegel consiste en haber traído lo trascendental al mundo, anulándolo así de hecho en su propio concepto. Hegel demostró además muy claramente, como veremos más tarde, la calidad abstracta (producto mental) de la idea de lo trascendente.

Hagamos un pequeño resumen: Para Hegel, el Universo es el desarrollo de la Idea. Dios y la naturaleza de su voluntad son una misma cosa, y ésta es la que filosóficamente llamamos **Idea**. Tres son las expresiones en que la idea se revela a nosotros: la más pura es el pensamiento; la otra, la naturaleza física; la última, el espíritu en general.

El espíritu general es el espíritu del mundo, espíritu que es conforme a la Idea, que es lo absoluto, al mismo tiempo que lo divino. Lo divino es omnipresente; está en todos los hombres y la suma de éstos es el espíritu universal, que nunca perece. El fin del Universo y de la historia es lo **querido**, Dios, que es a la vez su principio, lo que se desarrolla. El fin del espíritu es llegar a la conciencia de sí mismo o hacer el mundo conforme a sí mismo: es decir, explicitarse y saberse. Es por esto que la razón gobierna el mundo.

La verdad Hegeliana es, así, la "unidad de la voluntad universal y esencial con la subjetiva". Cuando el hombre comprende el espíritu y une con la suya la voluntad univer-

sal, entonces está en la verdad, como también está en la moralidad, en la razón, en la libertad, en el derecho.

"El espíritu dice, es **una** individualidad que es representada, venerada y gozada en su esencialidad, como esencia, como Dios, en la **religión**. Es expuesta como imagen e intuición en el arte. Es concebida y reconocida por el pensamiento en la **filosofía**". Por eso es que, en el material en que se verifica el fin último de la razón o del espíritu, en el Estado, todo existe en inseparable unidad: "Esta forma de Estado sólo puede coexistir con **esta** religión; y lo mismo **esta** filosofía y este arte en **este** Estado".

A Dios mismo, dice, hay que considerarlo "como unidad de lo universal y lo particular", es decir, identificarlo con la verdad, definida ya en la misma forma.

Pero Hegel reclama para esta concepción, esencialmente, la unidad y no la separación. Él mismo dice que no debemos concebirle como "un Ser abstracto, que reside allá arriba, más allá de todo y del cual la realidad humana está excluida".

Sólo es posible explicarse su concepto por "la unidad con lo divino que se procura la conciencia individual".

Y agrega estas palabras básicas para nuestra investigación:

"La inteligencia moderna ha hecho de Dios una abstracción, algo más allá de la conciencia humana, un muro desnudo y férreo sobre el cual el hombre se rompe la cabeza. Pero las ideas de la razón son enteramente distintas de las abstracciones de la inteligencia".

Para Hegel, pues, Dios está dentro de nosotros mucho más de lo que creemos, y por esto, porque existe es porque existe lo absoluto y por estar dentro de nosotros es porque podemos conocer la verdad. Se podía interpretar la idea de Hegel más claramente, imaginando como uno de los aspectos de la divinidad de la unión racional de todos los hombres, la común sujeción a ciertas reglas y procedimientos de conocer. Así el demente estaría en parte abandonado de Dios y las cosas, para él, estarían mezcladas y confusas, sin la unidad que pone en el mundo el espíritu, como su esencia.

El pensamiento de Hegel pasó, como sabemos, a alimentar las fuentes de la doctrina materialista. Suprimamos todo el espiritualismo de Hegel y tomando sólo las cosas que vemos y experimentamos, tendremos, de inmediato, que el Universo es el autodesarrollo de la naturaleza. Correlativamente la verdad estaría representada en la unidad de ese desarrollo y la conciencia subjetiva de él y, como quiera que este autodesarrollo de la naturaleza representa indudablemente una cosa absoluta, existiría también, para el materialista, como una afirmación metafísica, una verdad absoluta, tras lo cual vamos, descubriendo progresivamente sus velos, pero sólo por medio de verdades relativas que sólo son nuestras armas de investigación.

En realidad, los hombres somos la obra del Universo y en consecuencia una parte de su proceso. Es fundamental para nuestra existencia que tengamos la seguridad de ese asiento real y la certidumbre de que la naturaleza no nos engaña. En consecuencia, que tengamos también la esperanza firme de llegar a la realidad en sí, lo que sería algo como encontrar la verdad absoluta. Pero recordemos, con Hegel, que la realidad (equivalente para nosotros de las Ideas de la razón), es distinta de las abstracciones de la inteligencia.

La afirmación metafísica sobre la verdad absoluta asequible, sólo valdría, en el mejor de los casos, para la humanidad entera y en el curso de todos los siglos. Y afirmar esto es lo mismo que afirmar su inexistencia. Estamos simplemente de tránsito, más bien vivimos perentoriamente y nuestra individualidad no puede conciliarse con esa absoluta totalidad.

Es posible que no nos equivoquemos colectivamente, en el espacio y en el tiempo. Tenemos la seguridad biológica de que no nos equivocamos, como humanidad. Pero indudablemente no podemos creer absolutas nuestras verdades porque nos falta la experiencia de las generaciones que vienen y a ellas les faltará la de las que estén entonces por venir.

No podemos, pues, afirmar nada de esa gran verdad. Tenemos que reducirnos a considerar las armas propias de cada época y a sentirnos en tránsito con ellas.

Saber y creer

Una gran parte de las actividades humanas se desarrolla dentro de la experiencia. Cuando se trata de estos casos, el criterio de verdad más firme nos indica que el pensamiento debe adecuarse a la cosa, que debe concordar con ella. Dejemos a un lado el difícil problema de la posibilidad de darnos cuenta exacta del comportamiento de las cosas y, démoslo por aceptado, pues ningún conocimiento sería posible sin ello. Pero precisemos el sentido exacto del conocimiento de experiencia y de la relación del pensamiento con su objeto.

Todo conocimiento completo empieza y termina con la observación concreta. Sucesivamente, los momentos que componen el acto de pensamiento pudieran esquematizarse así: problema, sugerencia de solución, comprobación. Naturalmente, la mayor exactitud del pensamiento corresponde a la más extensa y documentada dilucidación de cada uno de los momentos enunciados; pero, sintéticamente, todo pensamiento científico se compone sólo de esos tres momentos. Si de la discordancia o dificultad que determinados hechos promueven en nosotros inferimos determinada solución para los mismos y luego comprobamos con hechos, realizándolos, que la solución indicada se comporta exactamente igual, tenemos motivos suficientes para deducir que aquella (la solución) actúa verdaderamente. Los momentos del creer y los momentos del saber se perfilan claramente en este proceso. Sólo sabemos positivamente cuando hemos comprobado las consecuencias que implicaba la solución propuesta; pero creíamos en su verdad, probablemente, antes de la comprobación. En todo caso, como lo ampliaremos luego, la creencia revela un proceso incompleto de conocimiento.

En efecto: no tendríamos dificultades si actuáramos siempre sobre la base de la experiencia, de lo que es. Pero sucede que la mayor parte de nuestras actividades está regida por el pensamiento de lo que puede o de lo que debe ser. En estos casos, como en los anteriores también, tendríamos que esperar a que se realicen las consecuencias de nuestros actos, para saber si nuestras creencias actuaban verdaderamente, y mientras no se consiguiera eso, nuestro postulado no podía salir de sus propios límites. Pero, por desgracia, en la cuestión planteada, lo de lo trascendente, que es justamente uno de los casos que el

hombre suele localizar entre lo que puede ser, no podemos esperar, pues la comprobación no la tendremos nunca o no nos será útil una vez conseguida. ¿Qué es lo que determina la creencia, entonces?

Habíamos dicho que el acto de creencia se detenía en la solución sugerida por nosotros a un problema y que no necesitaba esperar su comprobación. Ahora bien, creemos o no creemos cuando encontramos racional o no la solución sugerida. La racionalidad resulta, pues, la piedra de toque de la creencia (por supuesto en el mejor de los casos, si el que cree no dice que cree porque sí, sin razón) y el elemento racional debería ser examinado para saber qué es lo que nos induce a creer en una verdad.

William James ha estudiado con gran acierto este que llamamos sentimiento de racionalidad. La posición de este filósofo nos parece justísima al respecto: la racionalidad se reconoce por ciertos signos subjetivos que afectan al sujeto pensante: un sentimiento de facilidad, de paz, de tranquilidad: la seguridad interna del paso de la incertidumbre y perplejidad a una comprensión clara de algo.

En efecto, nada más relativo que el sentimiento de racionalidad. Cada cual tiene en sí una sanción interior racional, que es como la sanción moral o la sanción lógica. Interiormente uno mismo se dice si algo es bueno o malo, lógico o ilógico, racional o irracional. Sólo cuando sus afirmaciones salen al exterior se realiza un control, de acuerdo con los conocimientos de la época, el ambiente social, etc. y se decide si ese criterio es **real** o no. Pero la creencia no puede tener comprobación. Por esto, afirmamos que en la creencia el pensamiento se rige a sí mismo y que el único criterio de verdad de la creencia es la conformidad del pensamiento consigo mismo.

Es así porque de dos individuos ante quienes se suscita el problema de lo trascendente, el uno afirma su existencia y el otro su no existencia, ambos con el más claro sentimiento de racionalidad que hace fácil para su entendimiento la respuesta dada.

Las diferencias son de explicación clara: las sugerencias con que personalmente respondemos a los múltiples problemas comunes que se nos presentan tienen como respaldo la conciencia de cada cual: diversa constitución personal, diversa cultura, diverso adiestramiento especial, clase a la cual se pertenezca, etc. Las coincidencias también son explicables: comunidad de problemas, conquistas culturales de la época.

Influencia fundamental tiene que ejercer el respaldo de experiencia que forma la estructura y el arsenal propio de sugerencias que se puedan presentar a los casos en cuestión.

Para aclarar con ejemplos todo esto, recordemos cuán racional era en la Edad Media la constitución triple del Universo: el cielo arriba, la tierra inmóvil en medio y el infierno debajo; y cuán racional es ahora nuestra concepción: la tierra redonda girando alrededor del Sol; nuestro sistema planetario, parte de una constelación que se mueve entre miles de miles de constelaciones.

Otro ejemplo racional: el camino más cercano de un punto a otro es la línea recta, y su opuesto: en espacios incurvados, no euclideanos, como el nuestro, el camino más cercano es la línea curva.

Siendo el único criterio de verdad de la creencia el acuerdo del pensamiento consigo mismo, inútil es que le busquemos consecuencias reales y que tratemos de encontrar una

verdad objetiva que corresponda a esa creencia. El dominio de la creencia es sólo el pensamiento y nada más que el pensamiento. La creencia no tiende a la comprobación: supone y tiene fe en su suposición. Si trata de probar su fe sólo trata de probarla con argumentos racionales (ya hemos visto el valor de la racionalidad), no con hechos. Y en cuanto la razón quiera probarse con la razón, no se sale del círculo del pensamiento. Yéndose al extremo pudiéramos decir que en el caso de que pueda probarse la racionalidad de la existencia de lo trascendente (hacemos una concesión casi imposible), no quedaría probada con esto la realidad de lo trascendente. Por eso no es posible tener un conocimiento completo sino sobre aquello en que es posible la constatación más o menos inmediata.

No otra cosa debemos decir de la **verdad**: querer encontrar la verdad absoluta es algo así como afirmar que nuestra idea de lo trascendente corresponde a algo real, es decir, fundamentar con un objeto externo nuestro acuerdo del pensamiento consigo mismo. Lo único que se puede decir es que en nuestras acciones, en cada una de nuestras acciones, nos conducimos verdaderamente o no; que nuestro pensamiento, que cada uno de nuestros pensamientos, se comporta o no de manera igual a como se comportan los objetos de ese pensamiento. Pero pasar de eso a la afirmación de que existe una verdad absoluta es tan forzado como desprender de la actividad humana la razón y afirmar que existe una razón absoluta o sustancial, cuando lo justamente racional es, no que la razón y la experiencia se hallen separadas y contrapuestas, sino que cada acto de experiencia se desarrolle con la razón necesaria para ser justa acomodación a la realidad. En el fondo de todo, lo que encontramos como máxima agudización del problema es el hombre solo, con su pensamiento y demás armas propias, buscando acomodo en un ambiente que deberá dominar para subsistir. Cuanto más logra triunfar sobre lo externo más verdaderamente se conduce.

No hallamos, pues, racionalmente, una verdad absoluta; hallamos simplemente muchas verdades provisionales, las actuales armas del hombre, relativamente aptas para dominar el ambiente y regular su conducta; armas que fácilmente pueden convertirse en falsas e inútiles, como podemos observar respecto de muchas verdades desaparecidas a pesar del carácter absoluto que tenían dentro de su época.

De la alegría que produce el no poder encontrar la verdad

En resumen hemos caracterizado la idea de verdad como la ilusión de encontrar una más alta realidad, permanente e inmutable, que resuelva las contradicciones y dificultades de nuestra experiencia. Esta ilusión la encontramos conforme con la función legítima del pensamiento, ya señalada por grandes pensadores (uno de ellos, Kant): buscar la unidad en la multiplicidad. Para la mayoría de la gente: Dios; para los llamados racionalistas, la Ley. (La Ley tiene también, en la mayoría de los racionalistas, un sentido místico que se diferencia poco de la divinidad y a veces no se diferencia).

Pero se creerá entonces que la negativa de principios absolutos implica la inseguridad del hombre en la vida y la angustia de la indecisión. Dice Víctor Cousin: "La primera, la más imperiosa, es la necesidad de principios fijos e inmutables, principios que ni

dependan del tiempo, ni de los lugares, ni de las circunstancias, y principios en los cuales repose el hombre y su espíritu con una ilimitada confianza". Para que **repose el hombre**, en realidad, nada más cómodo que existan principios fijos e inmutables. Esto es precisamente lo que ha querido la filosofía tradicional: hacer del hombre un contemplador. Para que repose el hombre es menester que exista una gran verdad que podamos mirar directamente, como si ya la hubiéramos encontrado, para gozarnos inofensivamente de su contemplación.

Mas nunca podremos saber cómo sería de desesperada la vida del hombre el día en que esa verdad llegara a ponérsele de manifiesto; en que esa gran verdad le deslumbrara y esclavizara. Desde ese día, el hombre no podría seguir siendo hombre.

Más se acomoda a nuestra pequeñez y a nuestra grandeza el hecho paradojal de que no existiendo una verdad absoluta que nos oprima, podemos así ser libres y vivir más humanamente, con el gran propósito de hacer cada vez menos dolorosa nuestra propia vida. Si tuviéramos delante de nosotros una verdad así absoluta seríamos ciegos para toda otra cosa que para ella. El día de la verdad sería entonces el día final de todo.

Pero alegrémonos por la fausta noticia de que la verdad no es ser sustancial que alguna vez podremos verlo. Nuestra alegría consiste precisamente en el hecho de que nunca podemos llegar al final de las cosas y de los problemas. Cuando descartamos, un nuevo horizonte se abre y lo que erróneamente consideramos la cúspide no es otra cosa que segundo escalón para más difíciles ascensiones. A través de toda la historia del pensamiento, no aparece el hombre sino como un ser pesado y a medias vidente, que a costa de grandes esfuerzos y muy de tarde en tarde llega a adquirir horizontes más amplios.

Imaginaos el crimen que hubiera sido cerrarle de improviso el paso, presentándole la verdad absoluta ante los ojos y cegándolo definitivamente para la vida.

SENTIDO DE LA PALABRA REALIDAD*

La afirmación de la Filosofía básica contemporánea es admitir como indudable la existencia del mundo exterior.

Pensaréis al leer esto que se trata de una afirmación vacía de sentido práctico, ya que es inútil afirmar la existencia de algo cuya realidad se impone de hecho, con la evidencia de lo que se ve y se palpa. Pensaréis que todas las demás conclusiones filosóficas, si van por este camino, son una especie de truco de la inteligencia, hecho para ocupar la vacancia de gente ocupada.

Algo de esto existe, en realidad, en el fondo del problema: la verdadera filosofía, la investigación libre de la realidad del universo, aparece por primera vez en la antigua Grecia, y uno de sus filósofos, Aristóteles, al referirse a la razón de que surgiesen las artes matemáticas en Egipto, dice que esto fue debido a que "allá la casta de los sacerdotes gozaba de tranquilidad" afirmación que también es válida para la mayor parte de los filósofos griegos.

Dominaba entonces en Grecia el sistema económico esclavista, dentro del cual la mayor parte de los hombres formaban el patrimonio de la minoría, siendo objeto de compra-venta, y estando obligados, ellos exclusivamente, al trabajo que era considerado ocupación vil para los propietarios. Generalmente todos los filósofos eran propietarios y la mayor parte de ellos, Jefes de gobierno o emparentados con los gobernantes. Algunos de estos filósofos es verdad que mantenían una posición libre y eran opuestos al sistema, pero casi todos eran aristocráticos, querían el gobierno de los mejores, e insultaban a los esclavos con bastante entusiasmo, como el famoso Heráclito de Efeso, cuya filosofía ha sido utilizada después por los revolucionarios socialistas, el mismo que decía cosas como éstas: "La muchedumbre, al igual que los perros, ladra a quien no conoce, y, como el asno, prefiere el heno al oro". "Llenan su barriga como bestias".

(*) Bloque, Loja, No. 2, mayo de 1935, pp.101-114.

Ahora bien, estos propietarios en descanso, se dedicaban a la investigación filosófica y su primera interpretación del mundo fue precisamente materialista. Comprendían al mundo en una forma sencilla, no dudaban de su existencia, daban como explicación de la existencia de las cosas un elemento material (el agua, el aire, el caos o lo indefinido, el fuego) y aunque en realidad estaban errados en sus apreciaciones, exaltaban el Universo exterior como verdadero y creían de manera ingenua en su validez y objetividad.

Pero la inteligencia es audaz y sólo difícilmente puede ponerse vallas. Junto a estos filósofos ingenuos aparecieron otros de contextura más compleja. Los pitagóricos que trataron de explicar lo sensible por lo inteligible, poniendo el número como base de su conexión del Universo (lo que, como veis, ya es demasiado e inteligente). Los eleáticos, que, con Parménides a la cabeza, se preocuparon de buscar la Unidad del Ser, frente a la pluralidad de lo sensible, como lo único comprensible y racional. (Esta oposición obedece a la tendencia de buscar una interpretación monista del mundo: las cosas individuales unidas por la regla y el orden). Anaxágoras, que introdujo la teoría del Nus, espíritu, como poder regulador de la mezcla confusa de gérmenes (llamados *homeomerías* desde *Aristóteles*) que existían antes de la aparición del orden.

Después apareció Demócrito, el primer gran filósofo materialista que representa una coronación de la corriente que explicaba el mundo como existente por sí. Siguió las enseñanzas de su maestro Leucipo y procedió a dar una razón de las cosas, por medio del atomismo, doctrina que aún perdura, naturalmente sólo en sus bases. Demócrito no habló de ningún espíritu en su teoría de la formación del mundo porque el espíritu es un fenómeno aparecido después de las cosas y después de la vida orgánica misma. Se encontraba pues, ante el problema del Universo, sin inteligencia alguna que intervenga en su construcción. Demócrito formuló la doctrina de que en toda la eternidad existen átomos (las últimas partículas *indivisibles* de materia) y él *vacío*, que no habían tenido principio porque de la nada, nada sale, y que aquellas, las partículas indivisibles, los átomos, diversas por su forma pero idénticas por su cualidad, debido al vacío existente, necesariamente se pusieron en movimiento por la caída y formaron las cosas sensibles, los cuerpos, sin intervención alguna de un ser trascendente. A esta interpretación del mundo se le ha llamado mecánica.

Demócrito habló también de la infinidad de mundos y de la indestructibilidad de la materia, teorías que desaparecieron después por la intervención de filósofos idealistas como Platón, Aristóteles, los escolásticos (católicos) de la Edad Media, y que hoy, en la Edad Moderna, han sido comprobados plenamente por la ciencia.

Luego aparece en la filosofía el primer sistema idealista, obra de un hombre inteligente que positivamente ha prestado grandes servicios a la humanidad, pero que positivamente también ha sido causa de muchos males por haber contribuido, con su gran fuerza mental, a desvirtuar y combatir la interpretación materialista del mundo. Este hombre es Platón, filósofo griego.

Su doctrina no es exclusivamente suya pues se funda en la enseñanza de Sócrates, su antecesor que interpretaba el mundo según un sistema racionalista que no podía ser perfecto dado el estado de civilización de la época que no tenía datos científicos suficientes para justificar, racionalmente, su sistema. Sócrates quería que se interpretara todo de

acuerdo con la razón y que, dada una afirmación, se la probara demostrando porque es mejor que sea así y no de otra manera. Pero como el concepto de lo mejor es exclusivamente humano (no existiendo en la naturaleza), y corresponde siempre a los conocimientos y condiciones de una época, fácilmente podéis comprender cómo podían acumularse los errores sobre la base de esa apreciación. Así fácilmente se entiende que con un criterio racionalista haya sido considerado vil el trabajo en la época Socrático-Platónica, y de este ejemplo deduciréis si todas sus conclusiones racionalistas son merecedoras de crédito completo.

De acuerdo con este criterio básico, Platón llegó a establecer una división estricta entre el mundo de la razón y el mundo de lo sensible. El mundo de lo sensible era para él este mundo nuestro de cosas cambiantes (el único mundo real para nosotros), en el que todas las cosas devienen y en donde todo es susceptible del más o del menos.

¿Pero del más o del menos con relación a qué? Pues, con relación al mundo perfecto, mundo que Platón pobló de ideas, es decir de los prototipos de las cosas. Platón creía que aquello que es común a todas las cosas individuales del mismo género es lo sustancial: de todos, los hombres tenemos una idea común que es "hombre" y son hombres aquellos en cuanto participan de esta idea. En consecuencia, lo único permanente, lo único verdaderamente real frente a lo sensible, a lo que cambia, es la idea.

Y como lo más perfecto es lo racional, el único mundo verdaderamente perfecto y real es el mundo de las ideas, que está separado del mundo de las cosas. Ahora bien, sólo este mundo tiene el ser perfecto; nuestro mundo, el de lo sensible, es simplemente copia, fantasía. Ese mundo, el perfecto, es incorpóreo, intemporal, inespacial (no tiene forma sensible, no deviene en el tiempo, no está dentro de ningún espacio), y sin embargo es el *único real*, al cual el verdadero sabio aspira.

¿Habréis leído alguna vez más grande mezcla de contradicción? ¿Es posible entender, sinceramente, qué es aquello que es lo más perfecto y más real y sin embargo no es con forma ni en un espacio ni en un tiempo?

Sin embargo no os alarméis por ello. Diréis vosotros que Platón afirmaba estas cosas porque es muy antiguo y entonces los hombres eran sumamente fantásticos. Pero si esto es verdad no lo es en toda su extensión porque hay muchos hombres de hoy que no se diferencian de los de ayer en grado sumo.

Ved si no lo creéis entre los modernos, la filosofía de Bertrand Rusell, un filósofo y científico de nota cuya ciencia debe ser admirable pero cuya filosofía es difícil de comprender. En Rusell, el problema de las ideas toma el nombre de problema de los universales: aquellas palabras que encierran individualidades, el sustantivo *casa*, el adjetivo *verde*, el verbo *gozar*, etc. Ahora bien: estas palabras existen, más bien diré, en el sentido de Rusell, estas representaciones existen con validez universal, fuera de cada uno de nosotros, puesto que no son personales. ¿En dónde existen, pues? Ante la dificultad Rusell descubre un mundo (respetemos la memoria de Cristóbal Colón, compañeros). *El mundo de las esencias*, coexistente y supersupuesto a nuestro mundo sensible, que él llama *mundo de existencias*. La diferencia de estos dos mundos consiste en que éste es temporal y especial y, en cambio, aquél de las esencias, intemporal e inespacial.

Ahora bien ¿podemos nosotros hombres entender alguna vez esto?

Sería aventurado responder positivamente a esta pregunta. Nuestra capacidad mental puede elevarse audazmente hasta legalizar las más absurdas construcciones, pero si tratamos de reducirnos dentro del mundo sensible, nos basta con la evidencia de que hay cuerpos y funciones espirituales, adheridas a esos cuerpos y dependientes de ellos, sin posible separación que no podemos verlas ni limitarlas, mas, que no por esto nos dan material suficiente para hacer de ellas mundo aparte. Separad el espíritu de los cuerpos y empezaréis a volveros locos.

Pero con esta separación de mundos y supremacía del llamado mundo de esencias sobre el mundo sensible, dominante en las filosofías platonianas, no hemos dejado explicada aún la proposición de que el mundo exterior no existe por sí sino como sensación del hombre, punto de divergencia con la filosofía materialista del mundo.

Llegaremos a esta dificultad de los filósofos en forma más clara, cuando nos encontremos, en la Edad Moderna, con el obispo irlandés, señor Jorge Berkeley, quien niega absolutamente la materia y sólo cree en la existencia de Dios y de los espíritus. Es importante y particularmente curioso aquel documento de la filosofía *Tres diálogos entre Hilas y Filonús*, en que, forma popular, el señor Obispo de Cloyne (lo era Berkeley), destruye el mundo con una facilidad asombrosa, y deja como solo habitante de su espíritu su poderosa imaginación.

Pero para llegar a esto sigamos rastreando en la historia del pensamiento los pasos importantes de la filosofía, a fin de tener a mano un esquema rápido de lo que ha sido la interpretación del mundo. Sigamos, al presente, el recorrido de la filosofía idealista, y utilicémoslo en cuanto se relaciona con el problema inicial de este ensayo.

Platón había dado realidad a las ideas (*eidos*, formas, esencias) e irrealidad a la materia. Además conviene que lo apuntemos, había hecho suya la antigua doctrina mítica de la trasmigración de las almas, haciendo de todo conocimiento una reminiscencia.

Su sucesor, Aristóteles, fue más humano y menos poeta. No menospreciaba como aquél la materia, la consideraba por el contrario, tan importante como la forma, pues si aislamos una y otra nada podemos comprender, y cada una de ellas tiene para él el valor de complemento indispensable de la otra. Su filosofía es una filosofía fusionista, desde el punto de vista de las relaciones de materia y espíritu: ha dominado gran parte del espiritualismo medioeval y ha sido el fundamento inmediato de una interpretación materialista, la de Julián Offray de La Mettrie, en *Historia Natural del Alma y el Hombre Máquina*, filósofo francés del siglo XVIII.

Pero la concepción de Aristóteles, a pesar de ese sentido, es predominantemente espiritualista, pues en las relaciones de materia y forma, ésta adquiere lugar predominante y directivo. Admitió la existencia de un primer moto, origen del movimiento del mundo.

Contradijo también a su maestro en lo relativo a la doctrina de la reminiscencia, no admitiendo su consecuente, la de las ideas innatas, y afirmando que todos nuestros conocimientos vienen de los sentidos, con la fórmula clásica de la filosofía: *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, o sea: "Nada existe en el entendimiento que antes no hubiera estado en los sentidos". Esta fórmula del gran filósofo llevada a sus extremas consecuencias, será motivo, después, para la negación del mundo exterior, como veremos más adelante.

Después de Aristóteles, el caso más importante de la filosofía se nos presenta en Plotino, que se acomoda dentro del esquema platoniano, socorrido de un fervor místico que es verdaderamente interesante. Su filosofía es, tal vez, la más grande filosofía imaginativa de que tengamos noticia. Por el lado idealista hizo una teoría de Dios, otra del Espíritu y otra del Alma del Mundo: por el lado de abajo lo liquidó todo con especial delectación. Es curioso que Plotino, en su interpretación del mundo colocó todo lo existente entre dos polos negativos, incomprensibles totalmente para el pensamiento: Dios y la materia, en los términos en que para él debían ser entendidos.

La idea de Dios la formaba mediante una inmensa negación de todo lo sensible, de toda limitación, de toda forma. Dios era más que la razón, y el pensamiento no podía llegar a Él. Estaba por encima de todos los conceptos. Lo que podía enunciar de Él era que nada determinado podía enunciar. Dios era el gran desconocido.

En el otro polo estaba la materia, sin magnitud, sin cualidades. Ni visible, ni tangible. No era razón, ni espíritu, ni alma, ni vida, ni límite, ni forma. No tenía movimiento, porque toda fuerza es patrimonio del Espíritu único, a pesar de que Dios, que vive siempre en la profunda soledad de sí mismo, está siempre en reposo absoluto.

Entre estos dos polos estaba el espíritu, reino de las ideas, y el alma del mundo, principio de unión entre lo sensible y lo suprasensible.

Como veis, esta fantasía de Plotino es también difícil de comprender. Sin embargo, como lo entiende el Profesor Francois Picavet, formó el marco general dentro del cual se movió toda la filosofía de la Edad Media, en la cual aparecieron dos filósofos de bulto: San Agustín, predominantemente platoniano, y Santo Tomás predominantemente aristotélico.

Todas estas filosofías aceptan el postulado general de los dos mundos: el perfecto y el sensible. El primero divino, el segundo humano, bajo y despreciable.

Ahora bien, en la Edad Moderna, nos interesa para la localización de nuestro problema el enunciado de Locke, filósofo inglés quien puso de nuevo a discusión los problemas de la teoría del conocimiento, afirmando que nada existe en el entendimiento que antes no hubiera estado en los sentidos y que, como Aristóteles lo había dicho, la inteligencia era una tabla rasa que recibía las impresiones exteriores. A esta posición filosófica se la ha llamado sensualista y éste es el punto del cual parte el señor Obispo de Cloyne. Pero el señor Obispo vuelve la funda del revés con una habilidad pasmosa hasta convertir la proposición del antiguo maestro en ésta que es una joya de la filosofía: nada existe fuera de nosotros si no ha estado antes en los sentidos.

No es ésta, por supuesto, proposición suya textual, pero la usamos por razones de claridad en la exposición, con la seguridad de que no desvirtuamos fundamentalmente su pensamiento.

¿Cómo llegó Berkeley a esta afirmación? Vamos a verlo enseguida.

El razonamiento de Berkeley se funda en las siguientes proposiciones:

1ª La sensación sólo existe en el espíritu.

2ª No podemos tener ideas abstractas.

La afirmación que trata de probar es la siguiente: “No existe en el mundo una cosa que pueda llamarse sustancia material”.

El desarrollo de la prueba parte desde la definición de cosas sensibles. ¿Qué son cosas sensibles? Se pregunta Berkeley. Cosas sensibles son las que se perciben mediante los sentidos. ¿Qué es lo que se percibe mediante los sentidos? Por la vista, los colores, la luz, las figuras; por el oído, los sonidos; por el paladar, los sabores; por el olfato, los olores; por el tacto, las cosas tangibles.

¿Queda algo sensible, después de suprimidas las cualidades sensibles? Nada sensible queda.

Entonces, cosas sensibles son las cualidades sensibles o las combinaciones de las mismas.

Segundo problema de la filosofía Berkeliana: ¿consiste la verdad de las cosas sensibles en ser percibidas? Dos posiciones son posibles ante esta pregunta: 1ª Existir y percibir son dos cosas, o existir y percibir es lo mismo (*esse: percipi*). En el segundo punto de vista se coloca el señor Obispo.

Para probarlo hace un análisis acerca de la localización de las cualidades secundarias de las cosas, tal como habían sido clasificadas por Galileo, Locke, etc.

¿Existen el sabor, el olor, los sonidos, el color, y el calor y el frío en las cosas o en el espíritu? ¿Siente la materia?

¿No es verdad que los hombres tienen distintos gustos y apreciaciones de sabor de la misma cosa, que la misma cosa que para un hombre es un alimento para un animal de otra especie no tiene ninguna importancia? Es así, luego el sabor no existe en la cosa sino en el espíritu.

¿No es verdad que lo que para un hombre es un miasma, para animales inferiores es ambiente de sustentación? Luego, el olor sólo está en el espíritu.

¿No es verdad que los sonidos no están en la cosa sino que son un movimiento del aire, que es transformado por el espíritu? Luego el sonido sólo está dentro de nosotros.

¿No es verdad que las montañas que de lejos vemos azules, de cerca son grises o verdes? Es así, luego el color sólo está en el espíritu.

¿No son el calor y el frío una variedad del dolor o del placer, como son los sabores, los olores, los colores, los sonidos? ¿Puede sentir la materia placer o dolor? No lo pueden. En consecuencia, todas las cualidades secundarias no tienen una existencia fuera del espíritu.

Luego pasa Berkeley al examen de las cualidades primarias: extensión, figura, solidez, gravedad, movimiento y reposo.

Su primera labor es destruir la extensión. En realidad, como después lo explica, negada la extensión, quedan negadas de hecho las demás cualidades que sólo se explican sobre su base.

La extensión queda negada así: existen en el Universo seres de diversas especies, magnitudes y condiciones de vida. Un pequeño animal, microscópico, tiene sentido para conservarse; lo que tiene él para conservarse es para él completo y útil. Pues bien, lo que para nosotros los hombres, es un grano de polvo, para aquel pequeño animal es una gran montaña. No existe, pues, la extensión, sino el espíritu de cada uno de los seres percipientes.

Otra prueba: el mismo objeto que es visto grande cuando estamos próximos a él, es visto pequeño cuando estamos distantes. La extensión depende entonces de nosotros, sólo existe en nuestro espíritu.

Destruida la extensión real quedan negadas las demás cualidades primarias, pero Berkeley no quiere ahorrarse de ninguna manera trabajo y quiere abundar en razones, para no dejar rastros de existencia de las cosas por sí.

El movimiento lo destruye en esta forma: ¿puede ser el movimiento, a la vez, vivo y lento? No puede ser. Bien entonces: medimos el tiempo por la sucesión de ideas en nuestro espíritu, y como las ideas se suceden con diversos ritmos en los espíritus, una persona puede apreciar un movimiento como vivo y otro como lento. Luego, el movimiento sólo está en nuestro espíritu.

La solidez desaparece así: ¿la solidez es cosa sensible o es resistencia? Si es resistencia, no se halla en los cuerpos, pues lo que para un animal es duro para otro es blando. Si es cosa sensible, ya está probado que todo lo sensible sólo se halla en el espíritu.

Pero no es esto todo. La demostración continúa, más agresiva aún. Según el señor Obispo todo lo que existe es particular. No podemos formarnos concepto alguno de un movimiento que no es rápido ni lento. Algo separado de lo grande y de lo pequeño, de esta o aquella magnitud, no es concebible. No podemos formarnos idea de una extensión sin color, ni es posible separar cualidades primarias de cualidades secundarias: sólo tenemos un indicio de distinción entre ellas: las primeras nos son indiferentes, las segundas nos causan placer o dolor.

En consecuencia, donde están las unas están las otras.

Y como ya hemos probado, tanto de unas como de otras que sólo están en el espíritu, está demasiado probado también que no tienen ninguna existencia independiente.

Y, para evitar todas las dudas, Berkeley da más pruebas, pruebas a porrillo.

Se dice que la materia es la que tiene realidad y existe fuera de nosotros ¿pero qué es la materia?

¿Es una substancia? Substancia viene de *sub y stare*, estar debajo. ¿Está, pues, extendida la substancia bajo las cualidades sensibles? Pero hemos visto que la extensión sólo puede estar en el espíritu, y entonces el lugar de la substancia es el espíritu.

¿Es la causa del movimiento? Pero si el movimiento está en el espíritu y la materia no es extensa, no tiene por consiguiente fuerza y es inerte. No puede ser causa ni movimiento.

¿Qué es entonces la materia? No es substancia, no es causa, no es extensa, no piensa, no puede ser percibida. La materia es nada, en definitiva.

¿Es posible *concebir* un árbol existente por sí? Imposible, eso sería una concepción sin concepción.

Pero aquí el espíritu del Obispo siente temores insospechados. Todo lo expuesto es verdadero, pues está probado con evidencia. Sin embargo existe algo que es independiente de mi voluntad, existen cosas que se imponen sobre mí y que no puedo cambiarlas, por más que estén en mi espíritu. Cuando veo un color blanco, no puedo verlo de otra manera.

¿Cómo justificar esta contradicción?

En este punto se realiza el tránsito de su doctrina espiritualista a su doctrina teológica. Veámoslo claramente.

No dudo, dice el señor obispo, de la existencia de las cosas que percibo. Tanto podía dudar "de mi ser como de las cosas que actualmente veo y toco. Bosque, piedras, fuego,

carne, hierro y cosas análogas, que nombro y sobre las que discurro, son cosas que conozco. Y no las conocería, si no las hubiese percibido por mis sentidos, y cosas percibidas inmediatamente son ideas, y las ideas no pueden existir fuera del espíritu; su existencia, por consiguiente, consiste en ser percibidas; cuando, pues, son percibidas actualmente no hay duda alguna acerca de su existencia".

"Cuando niego a las cosas sensibles –añade–, una existencia exterior al espíritu no pienso en mi espíritu particular, sino en todos los espíritus. Ahora bien; es claro que tienen una existencia independiente de mi espíritu, ya que hallo por experiencia que son independientes de él. Por consiguiente, existe algún otro espíritu en que existen durante los intervalos que transcurren entre mis percepciones de ellas, lo mismo que lo hicieron antes de mi nacimiento y lo harían después de mi supuesta aniquilación, y como lo mismo es cierto con respecto a los demás espíritus finitos, se sigue necesariamente que hay un *espíritu eterno omnipresente* que conoce y comprende todas las cosas y nos las presenta a nuestra visión de la manera y según las reglas que Él mismo ha ordenado y que nosotros llamamos *ley de la naturaleza*" (Diálogos, p. 115).

"La cuestión debatida entre los materialistas y yo no es si las cosas tienen una existencia real fuera del espíritu, de esta o aquella persona, sino si tienen una existencia absoluta independiente del ser percibida por Dios y exterior a todos los espíritus".

En consecuencia, las cosas sensibles, que son percibidas inmediatamente, son ideas, las ideas sólo pueden estar en el espíritu, y como mi espíritu tiene interrupciones en sus percepciones, y las cosas se me imponen desde fuera, ellas deben estar en la percepción de Dios. Tal es el razonamiento central del señor Obispo.

Pero no hemos olvidado todavía los motivos que tuvo para la destrucción de la realidad exterior y esos mismos motivos los usaremos para encontrar las confusiones terribles del sistema, sin olvidar nunca las armas o instrumentos de la primera destrucción.

Se quiere decir que por la percepción de Dios las cosas tienen realidad. Bien, pero las cosas percibidas por Él tienen realidad y éstas, según la definición de Berkeley, tienen que ser combinaciones de sensaciones. Entonces las sensaciones de color están en la cosa y la cosa tiene color, y las de sabor están en la realidad y la cosa sabe, y el dolor está también en la cosa y la cosa siente, y la extensión está en la percepción de Dios (en la cosa que se impone a nosotros) y entonces la extensión está fuera de nosotros.

¿O es necesaria una nueva percepción de estas percepciones de Dios y entonces esta realidad nuestra tiene que resolverse en un solipsismo, necesario en el que sólo existen para el yo que percibe?

Por otra parte, separemos mentalmente el espíritu del señor Berkeley de toda realidad exterior, considerémosle sólo en sí mismo, sin lugar ni espacio y preguntémosle si tiene sensación de color, si le duele el pinchazo imaginario del imaginario alfiler que hemos imaginado darle. Es seguro que su espíritu permanecerá inalterable, pues nada le habrá modificado.

Entonces, si es verdad que la sensación está en aquello que él llama espíritu, tendremos como indispensable que para que en él esté, esté también otra fuerza al lado de él, que sea capaz de modificarlo. Pero dejémonos de imaginaciones incomprensibles. El señor Berkeley se colocó en esta situación escabrosa: se cogió para él el espíritu y nos pre-

guntó ¿siente la materia? ¿Están el sabor y la extensión en la cosa? Nosotros cojámonos la materia para nosotros y preguntémosle: ¿existe su espíritu? ¿Están el sabor y la extensión en su espíritu?

En segundo lugar, para probarnos que todas las cosas estaban en el espíritu nos llevó a la afirmación de la relatividad. No existe el sabor en la cosa porque lo que es para unos agradable para otros es desagradable; lo que es caliente para unos para otros es frío; lo que para unos es grande para otros es pequeño. Pero esto ¿no prueba mejor que cualquier otra cosa el hecho mismo de la existencia de algo que para unos es pequeño y para otros grande, para unos caliente y para otros frío, para unos agradable y para otros desagradable? ¿No quiere decir esto que existe una realidad evidente de la cual tenemos diversas apreciaciones y que lo absoluto existe del lado de ella siendo relativa solamente nuestra sensación de ella?

Pero el obispo objeta que no es concebible una extensión separada de lo grande y de lo pequeño, que no es concebible una extensión sin color, en pocas palabras, que no podemos tener ideas abstractas.

Admitimos que para Berkeley no sea concebible la extensión separada de las determinaciones de lo concreto, porque no podemos entrar fácilmente en las concepciones de lo demás, pero lo que no admitimos es la prueba de que por no concebible es no existente, porque eso es simplemente antropocentrismo. Existencia y concepción no hacen una sola cosa. No tengo ninguna percepción del movimiento orgánico y el movimiento existe; ni tengo percepciones del movimiento molecular, que sin embargo existe. Antes que Lavoisier separara el oxígeno del aire, el oxígeno existía en el aire por más que éste fuera concebido por sus predecesores como elementos de la naturaleza y un componente en él fuera inconcebible.

Existencia y percepción; existencia y concepción no son lo mismo.

Es verdad que lo que no conozco no existe para mi conocimiento y lo que no es conocido por nadie no existe para el conocimiento en general, pero esta particularidad de relación nada tiene que ver con la existencia absoluta.

Así el sistema de Berkeley falla desde el momento de su constitución y carece de fundamento en sus bases como en su desarrollo: La proposición "No es *concebible* un árbol existente por sí" es verdadera realmente; pero quitad de esto la concepción y encontraréis, que sin embargo, existen infinidad de árboles sin la concepción del árbol. Y si la palabra existencia nos confunde, tendremos que convenir indiscutiblemente en que los árboles están sin la concepción.

Diariamente estamos refutando el criterio de Berkeley con la distinción usual que hacemos entre los términos *descubrir* e inventar. Para este obispo, si forzamos un poquito su teoría, para explicarnos más claro, cuando decimos: Cristóbal Colón descubrió América, debiéramos decir: Cristóbal Colón inventó América, proposición que inmediatamente nos repugna, y de hecho rechazamos como falsa.

El más grande error de cierta filosofía es confundir las ideas que tenemos de las cosas y su existencia; y nuestra mayor verdad, en consecuencia, la evidencia inmediata de la realidad exterior a la base de la diferenciación fundamental entre ser y concebir, ser y percibir.

Pero esta realidad de separación no debe llevarse a los extremos límites,

colocando estas dos entidades en diversos mundos. Separémoslos dentro del pensamiento abstracto, pero démosle unidad dentro de lo concreto. ¿Existe algo que los una y que los complemente?

El ser y la concepción son diversos; pero el ser es la base y el fundamento de la concepción. Podría existir el ser sin la concepción, pero no la concepción sin el ser.

Posteriormente entraremos con detalle en estas consideraciones. Por ahora bástenos dilucidar el punto central de la unidad referida.

La conclusión final de la filosofía berkeliana y su más importante resumen, para nuestro fin, es el siguiente: "El convencimiento total de que vemos las cosas en su verdadera forma y de que no debemos preocuparnos por sus naturalezas desconocidas o existencias absolutas".

Este resultado llevó a la filosofía a posiciones agnósticas que colocaron la realidad fuera de nuestro alcance.

David Hume, discípulo del señor Obispo, llegó a negar toda sustancia, ya material o espiritual, toda relación de causalidad; y produjo una filosofía que pudiera llamarse de las sensaciones sueltas, en la que, con respecto a los hechos, no era admisible siquiera buscar la sensación de seguridad.

Manuel Kant afirmó la existencia de una cosa en sí, distinta de lo que aparece (conforme a las leyes), pero inalcanzable, incognoscible, no para nosotros. Colocó pues, el mundo absoluto, el mundo verdadero, fuera de la posibilidad del conocimiento.

Lo mismo hizo el positivismo, impugnando la utilidad de la metafísica, las existencias absolutas, el respaldo material de las cosas, y el empirio–criticismo moderno que trata de referirse solamente a una experiencia universal, como fundamento del ser, es decir, en definitiva, a un complejo de sensaciones.

El materialista Engels refutó el concepto de la *cosa* en sí *incomprensible* de Kant, afirmando que esa cosa en sí ha llegado a ser "cosa para nosotros". Usaba como ejemplo el caso de la "alizarina, substancia colorante de la rubia granza que obtenemos ahora, no solamente tratando raíces de granza, sino más económicamente y por un procedimiento más sencillo, tratando alquitrán de hulla".

De esto se ha dicho que es como tomar el rábano por las hojas, y es verdad que el ejemplo puede ser refutado, por cuanto subsiste la pregunta fundamental sobre la existencia misma de la alizarina. Pero esto es un ejemplo, nada más. Todos sabemos que las investigaciones científicas se orientan hacia el descubrimiento de la última realidad, en un sentido monista. La química tiende a ser una física del átomo. Descubierta esta realidad, esta última realidad, el problema de la cosa en sí habría desaparecido. No debemos confundir nuestra propia ignorancia, nuestras dificultades de conocimiento, progresivamente allanadas cada vez más, con la incognoscibilidad de las cosas.

Estamos en un mundo, formamos parte de una realidad, somos productos de la realidad misma y, en consecuencia, en nosotros tenemos la esencia misma del mundo. La característica fundamental del hombre es la de tener un pensamiento; esto es lo que nos aturde y nos hace creer en cosas extraordinarias. Pero, si hemos de ser lógicos, tenemos que considerar ese pensamiento como producto del mundo y como su reflejo. En el mundo mismo, entonces, en su organización general, debe estar el germen del pensamiento.

No por supuesto, en forma sustancial y consciente (no confundamos nuestras ideas empíricas con la realidad), sino simplemente en forma de enlace, de relación inconsciente y sólo de hecho. Producto del mundo, vida y espíritu deben ser un microcosmos, deben estar estructurados con la misma esencia. Añadamos solamente al hombre la conciencia de sí, el hecho de que hombre puede ser su espejo, y estructurémoslo sobre las bases fundamentales de la realidad funcionando y viviendo como ella.

Y ahora volvamos a un filósofo antiguo, Anaxágoras, que ya previó esa organización fundamental. Anaxágoras es el introductor del *Nus*, en la interpretación de la realidad. Nus tenía el sentido de *mente*, *intelecto*, *razón*; pero no en el sentido de *consciente de sí mismo*. Estaba en las cosas, en su desarrollo, sólo como proceso, no como finalidad, pues este criterio es humano, ya no es lo estrictamente existente sino lo empírico. Aclaremos esto ayudándonos de la explicación textual de un idealista, del alemán Hegel: "El movimiento del sistema solar se verifica según leyes invariables; estas leyes son la razón del mismo; pero ni el sol ni los planetas, que giran en torno al sol conforme a estas leyes, tienen conciencia de ellas. El hombre extrae de la existencia estas leyes y las sabe".

Pero, agreguemos: el hombre extrae de la existencia estas leyes debido a que tiene en sí la organización esencial del mundo, pues es obra de él, desde su constitución y durante toda su experiencia del mundo. Su pensamiento, entonces, procede, pero de acuerdo con la organización de ese mundo que es su fundamento, y, dándose conciencia de esto, le llama a este proceso razón.

El fondo de la realidad es nuestro y a él, progresivamente, nos aproximamos. Podemos penetrar en él porque somos su producto y estamos organizados conforme a su proceso. Somos la parte de la naturaleza que adquiere conciencia de sí, pero estamos dentro de sus leyes. Adquiriremos plena y total conciencia, a fuerza de experiencia, de instrumentos, de perfección, de movimiento incesante, de vacilaciones, errores y aciertos relativos. Pero es posible la plena y total conciencia de esa realidad porque estamos tan cerca del mundo y dependemos tan estrechamente de él como el fruto de su árbol. Nos movemos con él.

Ser y percepción no son la misma cosa, pero la percepción tiene la raíz del ser. Cosas y conceptos son diversos, pero éstos son reflejo de aquéllas que son sus bases.

Distingamos, pero unamos. Realidad y concepción tienen un punto central de unidad que es proceso en las cosas y que en los hombres, siendo conciencia, es proceso también.

Existe una realidad en sí, somos parte de esa realidad, y podemos conocerla porque hacemos una sola cosa con ella.

BREVE ESQUEMA GENÉRICO SOBRE LA DIALÉCTICA*

La dialéctica, tal como la entiende el socialismo científico, se funda cronológica y lógicamente en un racionalismo de principio. De hecho representa la posición suprema del racionalismo. Su historia consta de sucesivas etapas que comienzan tan atrás en el tiempo que ahora pudiéramos calcular su edad en unos veinticinco siglos.

La más antigua de esas etapas, la que deberíamos llamar etapa raíz de la dialéctica, es la fundamentación del conocimiento racionalista, o sea su consideración teórica.

Es en la segunda mitad del siglo V, antes de esta Era, que aparece la primera luz que iluminará la legitimidad del conocimiento racional. Parménides de Elea encuentra esta luz y le da forma en su axioma: "Lo mismo es Pensar y Ser".

Este axioma constituye la noción de las nociones o la prenoción sin la cual el pensamiento humano se vería forzado a vagar por los dominios de la mera fantasía. Y de esta prenoción ha tomado en general el hombre su fuerza para vivir y actuar.

Por supuesto la luz de Parménides no da predominancia al pensamiento sobre el ser; por el contrario, el ser, la realidad objetiva, es lo que regula el pensamiento: "Lo mismo es Pensar y Aquello en vista de lo cual el pensamiento tiene lugar; pues sin el Ser a propósito del cual tiene lugar la enunciación, no hallarás el pensar, ya que nada hay que sea o deba ser, distinto del Ser y fuera de Él".

La identidad del pensamiento y su objeto, partiendo de éste, es pues, la esencia y base del conocimiento racional, ya que nada sería posible en el conocimiento si uno y otro estuvieran desasociados.

Mas para Parménides, que es el creador del monismo metafísico, el Ser es el único real y el no-ser es impensable e innominable. Por esto, el Ser es inmóvil, uno, eterno e in-

(*) Sea, Quito, No. 2, julio-agosto de 1938.

mutable. No es posible entonces dentro de su sistema, el devenir, porque todas las actividades del Ser no tienen otro campo de desarrollo que el Ser mismo.

Contemporáneamente, a una gran distancia geográfica, no en la magna Grecia, sino en una colonia griega del Asia Menor, en Éfeso, Heráclito fundamenta el conocimiento en forma coincidente pero ampliada, a la de Parménides, y contra éste reconoce la existencia empírica del No-Ser, del contraste, del devenir eterno, con un fondo único: la Armonía, el Logos o Razón. Como se ve, la de Heráclito es una Filosofía de excepciones y para explicarla es necesario hacer uso de los "peros".

Su punto de vista respecto al conocimiento se desarrolla así:

Todo deviene y cambia; todo está sujeto al contraste, a la oposición y a la lucha. Pero los contrarios se ponen de acuerdo, como de sonidos opuestos resulta la más bella armonía, y todo es engendrado por la lucha, como la consecución de la justicia entre los hombres.

El cambio es la ley de la naturaleza. Pero nada en ella se produce por azar: el cambio está regido por las leyes inmutables que en su conjunto se denominan Logos o Razón.

La RAZÓN no es exclusiva del hombre: gobierna en todo, penetrándolo todo. La sabiduría consiste en conocerla; en otras palabras, se la adquiere de la naturaleza, se la perfecciona por contacto con ella. Es propiamente una función, y como penetrándolo todo o extendiéndose a todo, alimenta también al hombre, ligándolo a la naturaleza, por este ligamen el hombre se hace capaz de conocer las relaciones íntimas de ésta. Pero para conocerlas así, íntimamente, hay que luchar por su esclarecimiento, pues "la naturaleza goza ocultándose".

El pensamiento básico de Heráclito estableció también, entonces, para la legitimidad del saber la identidad del proceso objetivo y del subjetivo.

En el Siglo XVII, Hegel representa al racionalismo, también en forma absoluta. Define la filosofía como "la investigación de las cosas por el pensamiento", y crea una lógica metafísica en la que la naturaleza procede como la idea, es decir volviendo del revés las doctrinas de Parménides y Heráclito: es el espíritu la causa del mundo. La idea es la que toma una forma exterior y es por esto que lo interior y lo exterior tienen el mismo contenido.

En su lógica parte de la proposición fundamental de que el pensamiento se niega y contradice a sí mismo. Sobre esta base se eleva su doctrina: el ser finito, al determinarse, se pone su límite y toda determinación es negación. Todas las cosas finitas contienen un lado falso. Las antinomias "existen en todo objeto de toda especie, en toda representación, en toda noción y en toda idea". Conocer esta propiedad de las cosas es la esencia de la filosofía y esta propiedad es la que constituye el movimiento dialéctico.

El momento dialéctico es el del tránsito de un término a otro.

"Lo propio de toda cosa finita es suprimirse a ella misma". La vida lleva el germen de la muerte.

Pero teniendo la dialéctica un sentido negativo como resultado, éste "es al mismo tiempo un término positivo porque contiene como absorbido en él aquello de que resulta y no existe sin él".

La dialéctica es la unidad de las determinaciones diferentes y esta unidad es el devenir.

"La dialéctica es el principio de todo movimiento, vida y actividad". "Existe en el mundo del espíritu y más particularmente en el dominio del derecho y de la vida social". En este dominio, cuando la determinación positiva es llevada a su extremo límite, se cambia ordinariamente en su contraria. La experiencia universal confirma esta dialéctica con adagios, por ejemplo: *summun jus*, *summa injuria*. "En la esfera política los extremos de la anarquía y el despotismo se engendran uno a otro". La dialéctica "es el alma de todo verdadero conocimiento científico".

La teoría de Hegel repite y esclarece conceptos expresados en la teoría heracliteana, pero desde el punto de vista del idealismo.

En cuanto a su fundamentación racionalista, que es la base de su dialéctica: todo lo racional es real y todo lo real es racional, ya estaba expresada más sencilla y justamente en el axioma de Parménides tal como antes lo mencionamos.

La última etapa de la dialéctica la constituye el socialismo científico. Carlos Marx diferencia su método dialéctico y el de Hegel en la base de que cada uno parte. Hegel, dice, coloca el proceso dialéctico de cabeza. "Hay que darle la vuelta para descubrir el meollo racional que encubre la envoltura mística". La naturaleza, lo objetivo es, pues, lo que debe ir a la base del proceso dialéctico.

Expresa concretamente el sentido de éste: "Lo que constituye el movimiento dialéctico es la coexistencia de los dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una categoría nueva".

Amplía y precisa la existencia del movimiento dialéctico en lo social, confirmando la afirmación de Hegel. El triunfo moderno de la burguesía se explica en el modo de producción feudal dentro del cual se desarrolla sucesivamente una clase antagónica, el lado malo e inconveniente de esa sociedad, hasta que llega al punto necesario de madurez y hace estallar el antiguo estado de las cosas. "La burguesía empieza con un proletariado que es a su vez un resto de los campos feudales". Luego en el curso de la historia va acrecentándose el antagonismo con el proletariado, pues en la misma relación que se produce la riqueza, se produce también la miseria, de tal manera que el proletariado va siempre en aumento. En el seno mismo de la realidad social germinan los antagonismos que, desarrollándose, llevan en sí la destrucción de la matriz.

No hay pues leyes eternas. Las leyes "corresponden a un desarrollo determinado de los hombres y de sus fuerzas productivas", y "un cambio introducido en las fuerzas productivas de los hombres trae consigo necesariamente un cambio en las relaciones de producción".

Con respecto a la fundamentación del racionalismo, base también de la dialéctica materialista. Federico Engels la explica en colaboración, según él, con Carlos Marx, en estos términos: "en vez de concebir las cosas reales como imágenes de tal o cual grado de la Idea Absoluta" concebimos "los conceptos de nuestro cerebro como imágenes de las cosas reales" y con esto quedó "reducida la dialéctica a la ciencia de las leyes generales del movimiento tanto del mundo exterior como del pensamiento humano, dos series de leyes que, aunque idénticas de hecho, se distinguen respecto a la forma en que el cerebro del hombre puede aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza y hasta hoy en gran parte en la historia de la humanidad, se cumplen inconscientemente, ba-

jo la forma de una necesidad exterior y en medio de una serie interminable de contingencias aparentes".

En otros términos antiguos, "lo mismo es ser y pensar", como en Parménides, o sea, para considerar posible el conocimiento es preciso que haya unidad e identidad en los procesos objetivo y subjetivo.

En otros términos también: la razón lo gobierna todo, penetrándolo todo como suplemento. Entendida la razón en sentido funcional, no como sustancia ontológica, necesariamente deben interpretarse estos términos en el sentido de que en la naturaleza el proceso de la Razón es inconsciente; que ese proceso, ciego en la naturaleza, con respecto a su autoconocimiento, se hace consciente en el hombre, que obedece orgánicamente a la naturaleza por ser su producto.

Con esta identidad, la dialéctica materialista contiene en esencia afirmaciones al parecer sólo metafísicas, pero que en el fondo son estrictamente científicas. Expliquémoslo, no es verdad que siempre sean idénticos los procesos objetivo y subjetivo, pues existen discordancias que tienen lugar cuando la razón consciente, que goza de hecho de la capacidad de formar combinaciones propias, no capta correctamente la realidad.

El materialismo, además, tiene un método de prueba que no falla para la comprobación de la identidad y discordancia de esos procesos. El concepto se hace verdadero al convertirse en un hecho en la experiencia. Mientras la naturaleza o la idea no ha comprobado el concepto no tiene éste valor de aceptación. El químico que descompone un concepto en sus elementos y que uniendo estos elementos integra el cuerpo, tiene la firme convicción de que su conocimiento se identifica con la realidad.

Por otra parte no se encuentra en la filosofía manera más adecuada para legitimar el conocimiento y la acción del hombre. Si no estuviéramos íntimamente convencidos, aunque sea en forma inconsciente, de que nuestra acción ha de realizar la obra que concebimos, no seríamos capaces de vivir siquiera.

LOS FRAGMENTOS ORIGINALES DE HERÁCLITO DE ÉFESO

Heráclito de Éfeso tuvo sus esplendor hacia la LXIX olimpiada (504-501 A. de J.C.). Pretendió haberse buscado a sí mismo y haberlo aprendido todo solo; pero según Diógenes Laertio, Sotion fue quien le encontró maestro: Xenófanes de Colofón.

Este Xenófanes proyectó su filosofía sobre dos postulados esenciales: hallar lo Uno y combatir el antropomorfismo religioso. Vivió antes que Heráclito, quien filosofó también sobre estos mismos postulados. Es posible, pues, que éste hubiera sido su discípulo.

Según muchos, Heráclito murió devorado por los perros, por no aceptar auxilios médicos para la curación de su hidropesía: quiso sanarse solo; aplicó al caso su filosofía de lo seco y de lo húmedo, se hizo cubrir con estiércol de ganado (esperando que el calor de éste evaporaría el agua) y como quedara irreconocible, según Neanthes de Cizique, los perros se lo comieron. Según otros, murió enterrado en la arena, por iguales motivos.

De la filosofía de Heráclito nos han quedado pocos fragmentos, casi todos transmitidos por segunda mano y reconstruidos. El alemán Hermann Diels, en sus "Fragmentos de los Presocráticos", es el que mayor servicio ha prestado en este sentido, reconstruyendo la obra de los antiguos filósofos griegos y realizando la obra central que ha servido después de guía de nuevas investigaciones. Últimamente, Mauricio Solovine ha trabajado en Francia varias monografías, entre ellas la de Heráclito, sobre la base de Diels, modificando en parte la enumeración de los fragmentos.

De la obra de Solovine nos permitimos traducir las sentencias reconstruidas que nos quedan de Heráclito, dejando para otra ocasión el material biográfico y doxográfico, que es abundante y contribuye a aclarar el sentido de los fragmentos.

Esta traducción se justifica por dos razones: primero, que no se ha publicado antes, que nosotros sepamos, una colección completa como la presente, en nuestro idioma; segunda, que existe consenso universal respecto a la sabiduría de Heráclito.

Para demostrar esta última afirmación nos bastará recordar que gentes de las más disímiles opiniones coinciden felizmente en este punto, y que en consecuencia, no dañaremos a nadie con la difusión de su doctrina.

Entre los cristianos, San Justino, por ejemplo, citado por Fouillée, dice los siguiente: "Todos aquellos que vivieron de acuerdo con el Verbo son cristianos aunque hubieran sido considerados como ateos; estos fueron Sócrates y Heráclito, entre los griegos, y entre los bárbaro, Abraham, Ananías, Misael, Elías y otros muchos".

El alemán Nietzsche: "El mundo tiene eternamente necesidad de verdad y es por esto que tiene eternamente necesidad de Heráclito".

Finalmente, la filosofía oficial del materialismo histórico ha tenido que referirse necesariamente a Heráclito como elaborador en términos generales de la dialéctica.

Al servicio de cristianos, individualistas y socialistas, pues, publicamos esta traducción, pidiendo de antemano disculpas por sus posibles errores.

TRADUCCIÓN DE LOS FRAGMENTOS

1

Aunque esta Razón existe eternamente, los hombres son incapaces de comprenderla, lo mismo antes de conocerla que cuando por primera vez la conocen, y sin embargo de que todas las cosas suceden conforme a esta Razón, se revelan inexpertos cuando se ponen a prueba en las palabras, y en los hechos tal como los expongo, distinguiendo cada cosa según su naturaleza y explicando cómo es. Pero los hombres no saben lo que hacen cuando están despiertos, como olvidan lo que hacen durante su sueño.

2

Es por esto que es preciso seguir lo que es común; pues, lo que es universal es común. Mas, aunque la Razón sea universal, la mayor parte vive como si tuviese una inteligencia particular.

3

Si la felicidad consistiera en los placeres corporales deberíamos considerar felices a los bueyes, mientras comen.

4

En vano se purifican manchándose de sangre, como si alguien, entrando en el lodo, quisiera lavarse con el lodo. A cualquiera que les viera actuar así, ciertamente le parecería insensato. Y hacen oraciones a las imágenes de los dioses, como que quisieran hablar a las casas, sin darse cuenta de lo que son los dioses y los héroes.

5

El sol es nuevo cada día.

6

Si las cosas vinieran a parar en humo, las narices podrían distinguirlas.

7

Los contrarios se ponen de acuerdo, de sonidos diversos resulta la más bella armonía, y todo es engendrado por la lucha.

8

Los asnos preferirían la simple paja, al oro.

9

La naturaleza ama también los contrarios, y es con ellos y no con los semejantes que produce la armonía. Es así, por ejemplo, que une el macho con la hembra, y no cada ser con su semejante; que realiza la concordia primera por la unión de los contrarios, y no de los semejantes. El arte procede así, de la misma manera, imitando a la naturaleza; la pintura mezcla los colores blancos y los colores negros, los colores amarillos y los colores rojos, y obtiene de esta manera el parecido de la imagen con el original. La música combina los sonidos agudos y los sonidos graves, los sonidos largos y los sonidos breves en diferentes voces, para producir una armonía única. La gramática construye todo su arte combinando vocales y consonantes. Así lo afirmaba Heráclito el Oscuro. "Las uniones son cosas enteras y no enteras, concordia y discordia, armonía y desarmonía; de todas las cosas del Uno, y del Uno todas las cosas".

10

Todo lo que se arrastra (sobre esta tierra) está gobernado a golpes.

11

Los que descienden en los mismos ríos, reciben constantemente nuevas corrientes de agua. Y las almas también exhalan de las sustancias húmedas.

12

No conviene al hombre bien nacido ser desaseado ni gozarse en la obscenidad.

13

¿A quién profetiza Heráclito? "A los noctámbulos, a los magos, a los inspirados, a los bacantes, a los iniciados". Es a ellos que amenaza (con castigos) después de la muerte. Es a ellos a quienes profetiza el fuego. "Pues ellos se hacen iniciar en una forma impía, en los misterios practicados por los hombres".

14

Si no fuera en honor de Dionisio que hacen la procesión y cantan el canto fálico, ésta sería la acción más vergonzosa. Pero el Hades es lo mismo que Dionisio, por quien ellos están agitados con violentos transportes y celebran las fiestas báquicas.

15

¿Cómo podría el hombre ocultarse de quien no desaparece jamás?

16

La mayor parte no reflexiona sobre los hechos que encuentra, no los comprenden ni siquiera después que se les ha enseñado, pero se los imaginan.

17

Si no lo esperamos, no encontraremos lo inesperado, que es impenetrable e inaccesible.

18

No saben ni escuchar, ni hablar.

19

Una vez nacidos, quieren vivir y luego morir, o más bien reposar. Y dejan atrás de ellos niños que (a su turno) morirán.

20

Muerte es lo que sentimos estando despiertos, y sueño lo que sentimos estando dormidos.

21

Los buscadores de oro cavan mucha tierra y encuentran poco.

22

Los hombres no conocerían la palabra Justicia, si estas cosas (injustas) no existiesen.

23

Aquellos que cayeron en el combate, son honrados por los dioses y los hombres.

24

La muerte más gloriosa recibe los honores más grandes.

25

El hombre, cuando muere y sus ojos se apagan, enciende para sí una luz en la noche. Vivo, palpa a la muerte cuando, dormido, sus ojos están cerrados; despierto, palpa al ser que duerme.

26

Cosas que no esperan, ni que siquiera se figuran, están reservadas a los hombres después de la muerte.

27

No son más que cosas probables las que el hombre más digno de confianza conoce y retiene. Pero la Justicia alcanzará ciertamente a los autores de mentiras y de (falsos) testimonios.

28

Hay algo que los más nobles prefieren a todo: la gloria eterna a las cosas perecederas. Pero la mayor parte se contenta con estar alimentada como el ganado.

29

Este Universo, el mismo para todos los seres, no ha sido creado por ningún Dios, ni por ningún hombre; pero siempre ha sido y eternamente será, fuego viviente, que se enciende con medida y se apaga con medida.

30

"El fuego, transformándose, se vuelve agua de la cual una mitad se hace tierra y la otra soplo ígneo". Quiere decir por ello, que el fuego, por efecto de la razón divina que gobierna todas las cosas, se transforma, a través del aire, en sustancia húmeda, que es el germen del Universo, y que él llama agua. De ésta se forman enseguida la tierra y el cielo, y todo lo que contienen. De qué manera el mundo es de nuevo conducido hacia atrás y consumido por el fuego, lo indica claramente en las palabras siguientes: "El agua se disuelve y recibe su medida en la misma proporción que tenía antes de hacerse tierra".

31

El Uno, que es sólo la Sabiduría, no sufre y sufre porque se le llame Zeus.

32

Existe una ley también, la de obedecer a la voluntad de uno solo.

33

No lo comprenden ni aun cuando lo han oído, por eso se parecen a los sordos. Es de ellos que dice el proverbio: “Presentes, están ausentes”.

34

Los que son amigos de la sabiduría debieran conocer bien las cosas.

35

Para las almas, la muerte es volverse agua, y es la muerte para el agua, convertirse en tierra. De la tierra nace el agua y del agua el alma.

36

Los cerdos se bañan en el fango; las aves de corral, en el polvo o en la ceniza.

37

Biante, hijo de Teutamo, nació en Priena, y su renombre sobrepasa al de todos.

38

Una vasta erudición no enseña a ser inteligente; de otra manera, ella lo habría aprendido en Hesíodo y en Pitágoras, lo mismo que en Xenófanes y en Hecateo.

39

La sabiduría consiste en una sola cosa: conocer la Razón que gobierna todo, penetrándolo todo.

40

Homero merecía ser echado de las asambleas y apaleado como Arquíloco.

41

Es más necesario apagar la incontinencia, que un incendio.

42

El pueblo debe combatir por la ley como por sus murallas.

43

Los límites del alma, cualquiera que sea el camino que sigas, no podrás descubrirlos, tanta es la profunda razón que encierra.

44

La presunción es un mal sagrado, y la vida nos engaña.

45

No conjeturemos, al azar, sobre las cosas más importantes.

46

El nombre del arco es vida; su obra, muerte.

47

Un solo hombre vale para mí diez mil, si es el mejor.

48

Descendemos y no descendemos en el mismo río, somos y no somos.

49

Si no me escucháis a mí, sino a la Razón, es sabio reconocer que todo es uno.

50

No comprenden cómo lo que se opone está de acuerdo consigo: armonía de tensiones opuestas, como la del arco y la de la lira.

51

El Tiempo es un niño que juega a las damas: es el reino de un niño.

52

El combate es el padre de todas las cosas, el rey de todo. Hace representar a los unos el papel de dioses, a los otros, el papel de hombres; vuelve esclavos a unos, a los otros, libres.

53

La armonía escondida vale más que la armonía visible.

54

Las cosas que se pueden ver, oír y conocer, son las que yo prefiero.

55

Los hombres se dejan engañar completamente respecto a las cosas manifiestas, como sucedía a Homero, que, no obstante, era el más sabio de los Helenos. Ciertos muchachos, espulgándose los piojos se mofaban de él, diciéndole: "Lo que hemos visto y cogido, lo hemos abandonado, y lo que, al contrario, no hemos visto ni cogido, lo llevamos con nosotros".

56

Maestro de la mayor parte es Hesíodo. Creen que sabía casi todas las cosas, él, que no conocía el día y la noche: da lo mismo.

57

El bien y el mal (son la misma cosa). Los médicos cortan y queman a los enfermos, y les atormentan cruelmente, reclamándoles todavía los honorarios: lo que en ninguna manera merecen, pues ellos causan la misma cosa, el bien (que nos hacen es también doloroso) a la enfermedad.

58

En la máquina de abatanar, el camino del tronillo, recto y curvo, es uno y el mismo.

59

El camino que sube y baja es uno y el mismo.

60

El agua del mar es la más pura y la más impura: para los peces es potable y saludable, para los hombres, imbebible y funesta.

61

Los inmortales son mortales y los mortales inmortales; intercambian la vida y la muerte.

62

Allí, ante el que es (los héroes) se levantan y se hacen guardianes vigilantes de los vivos y de los muertos.

63

La fulminación y la ruina gobiernan el universo.

64

El fuego, apareciendo de improviso, juzgará todas las cosas y las avasallará.

65

Dios es día y noche, invierno y estío, guerra y paz, abundancia y escasez. Se transforma como el fuego que, mezclado de aromas, recibe nombres diversos, según el gusto de cada uno.

66

Así como la araña inmóvil en el centro de la tela, apenas una mosca rompe uno de los hilos se apercibe de ello y corre rápidamente, mostrándose afligida por el desgarramiento. Así, cuando una parte cualquiera del cuerpo recibe daño el alma humana se rinde de prisa, como si no pudiera soportar la lesión del cuerpo al cual está ligado sólidamente en una cierta proporción.

67

Las opiniones humanas son pasatiempos de niños.

68

Hay que acordarse también del que olvida a dónde conduce el camino.

69

Con la razón que rige el universo están en desacuerdo, aunque estén en continua relación con ella, y las cosas que diariamente encuentran les parecen extrañas.

70

No hay que obrar y hablar como las gentes que duermen, ya que en este estado creemos también obrar y hablar.

71

No debemos obrar como los hijos (bajo la autoridad) de los padres, es decir, simplemente, como lo hemos aprendido de la tradición.

72

Los hombres durante el sueño trabajan y colaboran en los sucesos de la naturaleza.

73

La vida del fuego viene de la muerte de la tierra, y la del aire de la muerte del fuego; la vida del agua viene de la muerte del aire, y la de la tierra de la muerte del agua.

La muerte del fuego da nacimiento al aire y la muerte del aire da nacimiento al agua.

La muerte de la tierra engendra el agua, la muerte del agua engendra el aire, la muerte del aire engendra el fuego, e inversamente.

74

Muerte o placer es para las almas volverse húmedas. Es un placer para ellas entrar en la vida... Nuestra vida viene de su muerte y su vida de nuestra muerte.

75

La naturaleza humana está privada de sabiduría, pero no la naturaleza divina.

76

El hombre en relación con la divinidad es tan pueril, como el niño lo es con respecto al hombre.

77

Hay que saber que la guerra es universal, que la justicia es una lucha, y que todo toma su vida de la discordia y la necesidad.

78

El mono más bello es feo cuando se lo compara con la especie humana.

79

El más sabio de los hombres, comparado con la divinidad, parece un mono en cuanto a sabiduría, a belleza y a todo lo demás.

80

Transformándose él (el fuego) descansa, pues es penoso trabajar (siempre) para los mismos (amos) y ser mandado.

81

Duro es luchar contra el propio corazón: cada uno de nuestros deseos está comprado al precio de nuestra alma.

82

La mayor parte de las cosas divinas escapan al conocimiento a causa de nuestra incredulidad.

83

El necio permanece pasmado ante todas las razones.

84

Es la misma cosa que vive en nosotros: la vida y la muerte, la vigilia y el sueño, la ju-

ventud y la vejez. Estas últimas, al transformarse, se tornan las primeras, y al transformarse de nuevo, son las segundas.

85

Los hombres en el estado de vigilia tienen un solo mundo, que les es común a todos. Pero durante el sueño cada uno retorna a su propio mundo.

86

Todas las cosas se cambian con el fuego y el fuego con todas las cosas, como las mercaderías con el oro y el oro con las mercaderías.

87

No se puede entrar dos veces en el mismo río, ni tocar dos veces una substancia perecedera en el mismo estado, pues ella se dispersa y se reúne de nuevo, se aproxima y se aleja por la prontitud y rapidez de sus cambios.

88

La sibila, que por su boca delirante dice cosas graves, privadas de adorno y voluntad, atraviesa con su voz millares de años, a causa de Dios (que la anima).

89

El maestro, cuyo oráculo está en Delfos, ni dice nada, ni oculta nada, no hace más que indicar.

90

El sol no saltará sus límites; de otra manera las Erinias, las auxiliares de la justicia, conseguirán descubrirlo.

91

Lo mejor es ocultar la falta de juicio, pero esto es difícil en el atrevimiento y la borrachera.

92

Los cadáveres son más desechados que la basura.

93

Los perros ladran contra lo que no conocen.

94

Las almas respiran en el Hades.

95

Si el sol no existiera, todo sería noche, a pesar de la presencia de los demás astros.

96

El sol, amo y guardián de las revoluciones periódicas, determina y dirige, hace patentes y produce los cambios y las estaciones, que traen todas las cosas.

97

Yo me he buscado a mí mismo.

98

Los ojos son testigos más seguros que las orejas.

99

Para Dios todo es bueno y bello y justo; los hombres, al contrario, conciben ciertas cosas como injustas y otras como justas.

100

En la periferia del círculo el comienzo y el fin coinciden.

101

¿Cuál es, pues, su espíritu o su inteligencia? Se dejan persuadir por los cantores callejeros y tienen la demencia por maestra, sin saber que la mayor parte son malos y que no hay sino pocos buenos.

102

Un día es parecido a todos los días.

103

Los ojos y las orejas son malos testigos para los hombres que tienen almas bárbaras.

104

Ninguno de aquellos a quienes he escuchado discursos alcanza a comprender que la sabiduría se distingue de todo lo demás.

105

Más vale ocultar la ignorancia que enseñarla en público.

106

No sería mejor para los hombres que todos sus deseos fuesen satisfechos.

107

La enfermedad hace la salud agradable, el mal hace el bien, el hambre la saciedad, la fatiga el reposo.

108

El pensamiento es la más grande de las virtudes, y la sabiduría consiste en decir la verdad y en obrar conforme a la naturaleza, escuchándola.

109

El pensamiento es común a todos.

110

Los que hablan con talento debieran apoyarse en lo que es común a todos, como la unidad (se apoya) sobre la ley, y aún más fuerte todavía. Pues todas las leyes humanas toman su fuerza de la única ley divina que extiende su poder tan lejos como le place, que basta a todos, y que lleva la victoria sobre todo.

111

La razón es peculiar del alma y se alimenta de ella.

112

Es dado a todos los hombres conocerse a sí mismos y ser razonables.

113

Cuando un hombre está ebrio es conducido por un niño; tambalea y no sabe a dónde va, porque su alma está húmeda.

114

El alma seca (es decir, en el estado de fuego puro) es la más sabia y la mejor.

115

El carácter del hombre es su genio.

116

Los límites de la aurora y de la tarde son la Osa Mayor y, opuesta a ésta, la montaña del sereno Zeus.

117

Los Efesianos deberían ahorcarse en conjunto y abandonar la ciudad a los niños, pues arrojaron de ella a Hemodoro, el hombre más valiente de todos, diciendo: “No necesitamos que haya entre nosotros un hombre muy valiente, y, si existe uno, que se vaya a vivir en otro lugar y entre otras gentes”.

118

Que la riqueza nunca os haga falta, oh Efesianos, a fin de que aparezcáis en el gran día como gente de mala conducta.

119

La naturaleza goza ocultándose.

120

El mundo más bello es, por decir así, un montón de inmundicias esparcidas al azar.

121

La bebida compuesta se descompone por sí misma si no es removida.

122

El frío se convierte en calor, el calor en frío, lo húmedo en seco, lo seco en húmedo.

(Los pensamientos que siguen son en parte dudosos, en parte apócrifos).

123

Según la ley de los tiempos, el número 7 forma un todo unido en lo que concierne a (las fases de) la luna, pero está dividido en lo que concierne a la Osa Mayor y la Osa Menor, las dos constelaciones de memoria imperecedera.

124

Tal cosa crece siempre de una manera, tal otra de otra, según lo que le falte.

125

Heráclito decía a los Egipcios: "Si éstos son dioses, ¿por qué les lloráis? Y si les lloráis, no los miréis como dioses".

126

Heráclito, viendo a los Helenos ofrecer presentes a los dioses, decía: "Dirigen oraciones a las imágenes de los dioses como si estos últimos oyeran, pero no oyen ni restituyen los dones, así como no piden nada".

127

Pitágoras, hijo de Menesarco, que se dedicó al estudio más que todos los (demás) hombres, después de haber escogido para sí los libros, se hizo su propia sabiduría: vasta erudición, mal comportamiento.

128

No se debe estar festivo hasta ese grado en que uno se pone ridículo.

129

La presunción es un obstáculo para el progreso.

130

Los títulos de honor avasallan a los dioses y a los hombres.

131

Los mentirosos son los enemigos de los hombres verídicos.

132

La cultura del espíritu es un segundo sol para las gentes instruidas.

133

El camino más corto para adquirir una buena reputación es hacerse bueno.

134

Las almas caídas en el combate son más puras que las que sucumben a las enfermedades.

135

De manera cierta existen los decretos del Destino.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE PALACIO

Un hombre muerto a puntapiés. Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1927.

Débora, Quito, s. p. i., 1927.

Vida del ahorcado, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1932.

Obras completas de Pablo Palacio. Edición de Alejandro Carrión, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1964.

Obras escogidas. Introducción y prólogo de Hernán Rodríguez Castelo, Guayaquil/Quito, Publicaciones Educativas Ariel, [1973].

"[Cartas]", Benjamín Carrión: Correspondencia I: Cartas a Benjamín, Selección y notas de Gustavo Salazar, prólogo de Jorge Enrique Adoum, Quito, Municipio del Distrito Metropolitano, 1995. pp. 135-152. [contiene 12 cartas desde 1925 hasta 1931].

Obras completas. Edición de María del Carmen Fernández, Quito, Libresa, 1998.

Obras completas. Edición de Wilfrido H. Corral, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2000. (Colección Archivos de la UNESCO, n. 41).

Una carta, un hombre y algunas cosas más, Iris. año 1. n. 1. Loja. 1 de junio de 1924. pp. 2, 6, 7.

SOBRE PALACIO

LIBROS

Díaz Ycaza, Rafael, et. al. Cinco estudios y dieciséis notas sobre Pablo Palacio, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1976.

Donoso Pareja, Miguel, ed. Recopilación de textos sobre Pablo Palacio, La Habana, Casa de las Américas, 1987.

Fernández, María del Carmen, El realismo abierto de Pablo Palacio en la encrucijada de los 30, Quito, Ediciones Libri Mundi, 1991.

Manzini, Celina, ed. El mordisco imaginario. Crítica de la crítica de Pablo Palacio, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1994.

ESTUDIOS, ENSAYOS, NOTAS.

Adoum, Jorge Enrique, "Prólogo". Narradores ecuatorianos del 30. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, pp. ix-lxi.

Alemán, Hugo. "Pablo Palacio". Presencia del pasado, tomo II, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1953.

Andrade, Raúl. "Treinta poemas de mi tierra y Un hombre muerto a puntapiés". Savia, n. 25, mayo de 1927, s. p.

Barrera, Isaac J. "Pablo Palacio.- La vida del ahorcado.- Quito. 1932", Revista de la Sociedad Juridico-Literaria, nueva serie, t. 42. n. 131. Quito. ene.-dic. 1932. p. 211.

Carrión, Alejandro. "Pablo Palacio, el fulminado por el rayo". Galería de retratos. Quito, Banco Central del Ecuador, 1983, pp. 73-93.

Carrión, Benjamín. "Pablo Palacio". Mapa de América. Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1930, pp. 61-98.

Corral, Wilfrido H. "Un cuento rescatado de Pablo Palacio, o la manía de adelantarse", Guaraguao, [Barcelona], año 5, n. 13, 2001. pp. 140-142. [incluye "Una carta, un hombre y algunas cosas más" de Pablo Palacio].

Corral, Wilfrido H. "Pablo Palacio", Cuentistas hispanoamericanos de entresiglo de W. H. C. y Leonardo Valencia, New York, Mc Grau Hill, 2004. pp. 27-45. [incluye "Una carta, un hombre y algunas cosas más" y "Un hombre muerto a puntapiés" de Pablo Palacio].

Cueva, Agustín. "El mundo alucinante de Pablo Palacio". Introducción a Un hombre muerto a puntapiés y Débora. Santiago, Editorial Universitaria, 1971, pp.9-14.

Espinosa, Carlos Manuel. "Epistolario parbo[sic] de Pablo Palacio". Letras del Ecuador, año 3, n. 24-25, junio-julio de 1947.

Flores Jaramillo, Renán. "Dos novelistas enloquecidos en la mitad del mundo". Cuadernos Hispanoamericanos, n. 303, Madrid, septiembre de 1975, pp.677-692.

Gallegos Lara, Joaquín. "Hechos, ideas y palabras. La vida del ahorcado". El Telégrafo, Guayaquil, 11 de diciembre de 1932, p. 12.

Pérez, Orlando. "Palacio sigue 'publicando. El cuento "Una carta, un hombre y algunas cosas más" fue escrito, al parecer, en 1924", Hoy, Quito, 13 de septiembre de 2000. p. 5, sección B.

Picón Salas, Mariano. "[Carta]", en: "Una nota inédita sobre Pablo Palacio" de Pablo Palacio Palacios, Eskéletra, n. 10, Quito, junio de 2004. p. 43.

Reyes, Jorge. "Pablo Palacio. Un hombre muerto a puntapiés - Quito" Boletín Titikaka n. 7, Puno, febrero de 1927, p. 3.

Ribadeneira, Edmundo. "Presencia y ausencia de Pablo Palacio". La moderna novela ecuatoriana. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958.

Robles, Humberto E. "Pablo Palacio: El anhelo insatisfecho". Cahiers du Monde Hispanique et Luso Bresilien, Caravelle, n. 34, 1980, pp. 141-156.

Rojas, Ángel F. "Pablo Palacio". La novela ecuatoriana. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 216-218.

Ruffinelli, Jorge. "Pablo Palacio: Literatura, locura y sociedad". Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, año 5, n. 10, 2° Semestre de 1979, pp. 47-60.

Salazar, Gustavo. "Pablo Palacio: ¿Acaso nació humorista?" en: El Búho, Quito, n. 15, 2006, pp. 8-11. [incluye "Una carta, un hombre y algunas cosas más" de Pablo Palacio].

Sánchez, Luis Alberto. "Pablo Palacio: La Vida del ahorcado". Hontanar, n. 10, Loja, diciembre de 1932, pp. 119-121.

Tobar García, Francisco. "Pablo Palacio, el iluminado". Anales de Literatura Hispanoamericana, nos. 2-3, 1973-1974, pp. 657-666.

Villacís, Efraín. "Un hombre muerto a puntapiés: la mordacidad de una investigación". Revista Artes, Diario La Hora, Quito, 2 y 9 de mayo de 2004. [publicado en dos partes en la página 4 y 7 respectivamente].

Zaldumbide, Gonzalo. "Un hombre muerto a puntapiés, par Pablo Palacios[sic] (Quito, 1927)" en: Revue de l'Amerique Latine. año 6. t. 14. n. 67. Paris. 1 jul. 1927. p. 83

...TAL ERA SU ILUMINADO ALUCINAMIENTO...*

BENJAMÍN CARRIÓN
ALEJANDRO CARRIÓN

(*) De *Un hombre muerto a puntapiés*

PABLO PALACIO

I

Benjamín Carrión

> *Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas, y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida.*
>
> *Toda esa vaciedad golpea la frente del hombre. ¿Quién me dice que toda esa bruma, como manos,*
> *no le hizo la cara que tiene hoy?*
>
> *Perdía el control ante ese caprichoso órgano (el corazón), cuyo sentido espiritual perdió terreno en el avance del tiempo: cincuenta años antes presidió las actitudes amorosas o los altos grados anímicos de emoción; ahora, hondamente incomprendido, se anima ante bajos cambios de la normalidad.*
>
> *Sólo los locos experimentan hasta las glándulas de lo absurdo y están en el plano más alto de las categorías intelectuales.-*
>
> *(P. P.)*

Los pobladores de la ciudad de Loja, en la República del Ecuador, han llegado, por leyenda que es ya casi un blasón nobiliario, al convencimiento de que viven en "el último rincón del mundo". Hay toda una literatura, oral y escrita, a este respecto. Realmente, diez días a lomo de mula, por entre inverosímiles senderuelos bordeados de precipicios, separan este pueblo de las más próximas vías del mar o del ferrocarril. Peor que en el centro de Africa.

Enemigos del nocivo patrioterismo abultador, ya alguna vez declaramos que, desde hace cincuenta años, el Ecuador ha perdido el sitio que le parecía reservado en la jerarquía intelectual del Continente. Y en la jerarquía de valores políticos también. Montalvo y García Moreno son las dos últimas grandes figuras de valor supranacional, después de las cuales nos hundimos plácidamente en la tarea familiar de coronar -casi anualmente- a poetas domésticos.

La generación americana del novecientos -hasta aquí la mejor cosecha espiritual de las Indias españolas: poetas presididos por Rubén, prosistas presididos por Rodó- no tuvo ningún representante ecuatoriano: la política interna, el panfleto, habían acaparado las mejores inteligencias. Y en la lírica, un retrasado romanticismo eglógico y mariano -que después ha invocado el patrocinio de Mistral- había cerrado el camino a las nuevas tendencias.

Sólo diez años después, y cuando ya el modernismo, como escuela, estaba pasado de moda, y sólo quedaban en pie las consagraciones sobresalientes de los jefes de fila -Rubén, Herrera y Reissig, Rodó, Blanco Fombona, los García Calderón, Arguedas, Nervo, Ugarte, etc.-, cuando ya las miradas juveniles se volvían hacia nuevos caminos, entonces asomó una generación ecuatoriana modernista, particularmente atacada de dos excesos de aquella modalidad: el *saturnianismo* -poetas marcados del estigma sagrado, abuso de estupefacientes- y la desgraciada, falsa, hueca imitación de Samain. Bastante bien dotados muchos de estos poetas, ninguno -excepción hecha de Medardo Angel Silva, el suicida- configuró integralmente su personalidad ni consiguió que su reputación atravesara las fronteras del país. (Acaso esto se debe también a la solución de continuidad tan larga entre Montalvo y ellos: interrumpida la cadena, era preciso la aparición de una personalidad original y fuerte para romper el maleficio). Arturo Borja, Ernesto Noboa, pudieron ser quizás grandes poetas. El que más cerca llegó -el Perú había producido en la misma tendencia al estupendo José María Eguren, la voz más pura de la lírica hispanoamericana- fue Humberto Fierro.

En "el último rincón del mundo", mientras tanto, en Loja, coetáneamente a la aparición de la falange modernista, Héctor Manuel Carrión, que el Ecuador acaso por exceso de grandes figuras desconoce, había escrito estudios sobre Baudelaire, sobre Anatole France, sobre Edgar Poe, y sus poemas emparentaban con el simbolismo más alto -no con Samain- de Mallarmé y de Rimbaud.

Durante el ciclo de nuestra política trágica -1911 y cinco años después-, cuando culminaba en el panfleto ese gran insultador y escritor admirable que fue el tuerto Calle, en "el último rincón del mundo" Pío Jaramillo Alvarado atalayaba

todos los caminos, y con una curiosidad inagotable de pensamiento y de acción, ensayaba la novela indígena: *El último Yaguarzongo;* presidía cenáculos de avanzada literaria: el grupo *Vida Nueva,* en el que, aun dentro de la corriente modernista, se bebía la parte más pura: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Herrera y Reissig; y en escaramuzas provinciales, descubría en sí mismo la capacidad periodística más auténtica de la historia ecuatoriana.

Pablo Palacio salió también del "último rincón del mundo". ¿Salió a cantar la hierbabuena y el tomillo, la égloga monótona que nos dura ya un siglo, sin variar de cuerda? ¿Salió a dolerse, en malas novelas y peores versos, de la suerte del indio, no penetrando en su profundidad, sino prestando al aborigen la sensiblería de criollos debilitados por la holganza?... Pablo Palacio, del "último rincón del mundo" salió a hacer la literatura más atrevida -de contenido artístico y temático- que se haya hecho en el Ecuador. Sin duda alguna. Literatura audaz de asunto, audaz de ironía; una ironía seca, filuda, inaudita en nuestro medio.

Hace años, en un concurso literario infantil, de cuyo Jurado formé parte, se recibió, entre muchas ingenuidades, una especie de cuento, vargasvilesco en la forma recortada y asintáctica, pero que acusaba cierta facilidad de disparate expreso, intencional. Entre descalificar al audaz que tomaba el pelo al Jurado o premiarlo por curiosidad, optamos por lo último. El autor resultó ser Pablo Palacio. (En ese tiempo se llamaba Pablo Arturo. Yo le insinué -y estoy orgulloso de ello- que se cortara ese Arturo burlesco que habría comprometido su carrera literaria).

El joven Pablo Palacio



Un muchacho magro, con una cara alargada, de esas a las que el expresivismo popular aplica la fórmula: "de frente, filo; de filo, nada". El pelo rojizo, cortado a la "cepillo de vestidos". La cara blanca, constelada de pecas. Y allí, unos ojillos pequeñines que, de cuando en cuando, se

iluminan de pasajero fulgor. La cara inclinada y un cierto balanceo perezoso en el andar.

Cuentan de este muchacho que a los tres años de edad no daba señales de gran inteligencia, ni mucho menos. Un buen día, la niñera lo llevó consigo a lavar ropa blanca en el arroyo. Un arroyo que, haciendo un pequeño remanso en lo alto de "la Colina de la Virgen", se precipita luego por entre cavidades rocosas, hacia el valle y hacia el río. La niñera lavaba y el niño, mientras tanto, se entretenía andando a gatas por los bordes del agua. Sin duda, ella cantaba y ensoñaba. ¿Por qué esto de cantar, trabajar y soñar está sólo reservado a las bordadoras? Volviendo de su canto y de su ensueño, mira hacia el sitio en donde estuvo el niño. A los gritos de espanto de la mujer horripilada, los puebleros de la loma hicieron multitud para seguir en la corriente loca las posibilidades de encontrar al desaparecido. Y de cascada en cascada, la espuma nada devolvía. Sólo medio kilómetro más lejos, ya en la llanura, al confluir del torrente con el río, deshecho, amoratado, informe, el cuerpo del muchacho. Días entre la vida y la muerte. Pero cuando comenzó a sanar de sus setenta y siete cicatrices, las palabras, que antes del accidente eran difíciles, babosas, surtieron llenas de inteligencia. Y en la curiosidad infantil que iba descubriendo las cosas, como alguien que despierta de una larga letargia cataléptica, había siempre el acierto de las relaciones y las comparaciones: parecía una persona mayor. No balbuceó nunca, no dijo medias palabras.

La familia quiso aprovechar esta inteligencia sorprendente en el oficio de la platería, propio de gentes finas. Y a platero -en el taller de Cuadrado- se dedicó el muchacho, en las horas libres que le dejaba la escuela. En la escuela ganó premios de aprovechamiento, de aplicación y de piedad. Los hermanos cristianos, para descargar su conciencia, declararon al tío de Pablo Palacio que era un deber hacer un esfuerzo para continuar los estudios del chico, en el que acaso había madera de prior o de arzobispo. El virtuoso tío apoyó la secundaria de Pablo. Siguieron los premios de virtud escolar y las distinciones en álgebra y química. Sobre todo en lenguas vivas. El cuento vargasvilesco del concurso que hemos recordado, nos hizo la revelación del escritor, que Pablo había tenido hasta entonces escondido, como un pecado mortal.

Ya escritor -en el Ecuador se es "escritor" después del primer artículo acogido por un periódico-, el rincón provin-

ciano, “el último rincón del mundo” resultó estrecho para Pablo Palacio. Hubo que mandarlo a Quito, a la Capital. Y la Providencia, en forma de tío, asomó nuevamente. A Quito, pues, a estudiar medicina por cuenta del tío. ¿Medicina? Al llegar a Quito, Pablo vacilaba entre la pintura y la jurisprudencia. Optó momentáneamente por la jurisprudencia, más explicable y aceptable a los ojos del tío. Y a los dos años de estudiar -siempre con distinción- las asignaturas jurídicas, publicó *Un hombre muerto a puntapiés.*

Escándalo. La Prensa se indigna del desacato social. Los ojillos de Pablo Palacio iluminan su fulgor. Los grupos intelectuales de vanguardia, con Gonzalo Escudero -el poeta de *Parábolas Olímpicas*, un Sabat Ercasty ecuatoriano- a la cabeza, acogen al recién llegado, lo sostienen orgullosos del inesperado reclutamiento: el humorista que les hacía falta.

Quiso leer D’Anunzio en Loja, a los quince años. Le presté *El fuego;* me lo devolvió sin haber podido pasar de las primeras páginas. Insistí con dos o tres libros más. Inútil. En cambio, devoraba los libros de Eça de Queiroz, los de Pirandello, entonces recién revelados a los públicos hispanoamericanos, y los novelistas franceses desde Flaubert.

Carátula del libro editado en Quito en 1927



Un hombre muerto a puntapiés, libro de cuentos con que se reveló Pablo Palacio, tiene de Poe y de Maupassant -dos grandes desequilibrados-, de Pirandello el cuentista. Pero sobre todo, tiene de Pablo Palacio.

Es un libro esencialmente antirromántico. Pero no de un antirromanticismo combativo, como de escuela y de prédica. Su sentido interior recuerda un poco el de *Une vie*, de Maupassant, aquello de mantener lo que yo alguna vez he llamado al descrédito de la realidad. Pero lo que en el francés resuma -por entre una elegante ironía- desesperanza, espíritu de rebelión, en el cuentista ecuatoriano es algo espontáneo, corriente, natural. Todo dramatismo, toda sensiblería le son consustancialmente ajenos. Si a Pablo Palacio se le viniera -por transigir con un público habituado al lagrimón- la idea de escribir literatura sentimental, le resultaría tan falsa como falsa es la literatura indigenista nuestra,

que presta a los indios los modos de ver y de sentir de mestizos holgazanes y criollos reblandecidos por la imitación de vicios literarios.

El humorismo, propiamente tal, cuenta pocos representantes en la literatura hispanoamericana. Existe, sí, abundante y con cultivadores de primer plano, lo que pudiéramos llamar el "costumbrismo satírico"; el panfleto a base de ironía y hasta de insulto -sobre todo de insulto-; la literatura chascarrillera. El humorismo es más raro. Y es que nada más trascendente que el verdadero humorismo; nada que llegue más hondo al tuétano de la verdad y de la vida. Humorista así, en el alto sentido, conservándose artista, sin caer jamás en la anécdota pueril ni en la alusión ordinaria y barata, en el juego de palabras ni en la sicalipsis babosa; humorista trascendente es Pablo Palacio.

Pero no es el suyo una aproximación del humorismo inglés, nacido del aburrimiento, y que deja asomar las orejas a la sensiblería. Ni del francés, discutidor, cargado de argumentos en pro de una tesis, clarificador y a veces corrosivo. El de Pablo Palacio es humorismo puro, como la poesía, como la música puras. Casi todas las grandes obras del humor, de *Las nubes* a el *Quijote*, de *Cándido* a *La isla de los pingüinos*, envuelven una enseñanza, una tesis o una prédica; van tras una finalidad de moral o de estética, envuelven dentro de sí un cierto pragmatismo: son obras satíricas. Este humorismo puro: Cami, Ramón Gómez de la Serna, Mássimo Bontempelli- en cuya línea hallamos a Pablo Palacio, a Lascano Tegui-, vive por sí mismo, sin trastienda moral ni política; tiene su contenido artístico propio, su materia en sí.

Recurriendo a una imagen cinematográfica, y considerando a Charles Chaplin como el representante del humor humano, humanizado, que dice algo, que algo prueba, puedo decir que Pablo Palacio es un Buster Keaton -el cómico que nunca ríe- del humorismo. Un humorismo deshumanizado, con la expresión cara al señor Ortega y Gasset.

Considero a Ramón Gómez de la Serna como el maestro de humoristas en lengua española. (A Fernández Flores en España, a Genaro Prieto en Chile, los considero autores satíricos. Julio Camba, dueño de mi admiración, es un autor festivo). Y veo en él al tipo de humorista puro, que va directamente a la realidad -hombre, paisaje-, y de su encuentro con ella surge, como el chispazo eléctrico, la......, pues, la greguería. La greguería -¡y yo que pretendo definirla!- es la imagen, o un

conjunto de imágenes estilizadas. No es preciso ni siquiera la estilización en el sentido caricatural; basta que proponga, al realizar la imagen, una solución inesperada, original.

Se ha sostenido que el alargamiento espiritualizador, superhumano, de las figuras del Greco es un producto, antes que del genio, de un defecto de la vista, de Domenico Theotocopuli. Esto que no ha resistido al análisis felizmente, al tratarse del iluminado de Toledo, es quizás lo que ocurre con las antenas atrapadoras de la realidad que poseen humoristas como Ramón, como Pitigrilli. Los ojos, los oídos, el tacto de estos hombres tienen un poder deformador, o mejor, reformador sobre las cosas, y éstas, al pasar por los alambiques del espíritu para ofrecércenos en forma de novela, cuento, greguería, han adquirido una individualidad aparencial distinta, son la plasmación de Ramón o de Pitigrilli sobre el barro primario de la realidad.

Hay más: los humoristas de la línea de Gómez de la Serna poseen una especie de *mediumnidad,* de don de milagrería más pronunciado que el que siempre se ha atribuido a los poetas: ven, oyen más allá de la realidad. En una greguería típica de Ramón -cuya redacción literal no recuerdo- hay un hombre con el ojo derecho en el sitio del izquierdo y el izquierdo en el sitio del derecho; tiene toda la realidad atravesada en forma de X. Quizás ese hombre sea la mejor representación del humorismo verdadero, del humorismo puro.

Pablo Palacio tiene también esos dones de atravesamiento. Pero lo que predomina en él, algo que le es peculiar, es una especie de fuerza de inercia ante la emoción, una resistencia pasiva, pero invencible, ante la emoción que, junto con su inercia ante la moral, lo deshumanizan fundamentalmente.

Creo yo que ese desbordar lloriqueante, quejoso, que por momentos han dejado

Pablo Palacio con Jorge Carrera Andrade



transparentar aun los más grandes burlones de la literatura; ese espíritu de confidencia reclamadora de socorro, al que casi nunca han escapado ironistas y satíricos, es una especie de movimiento reminiscente, una reproducción del llanto infantil, que pide el seno de la madre, que pide amparo al padre. La infancia de Pablo Palacio da acaso la clave de su actitud literaria, que muchos consideran artificiosa, de originalidad rebuscada. No es que haya sido una infancia desgraciada, de abandono o de miseria; ha sido una infancia sin padre y sin madre, atendida por parientes *petits-bourgeois*, sin canciones de cuna, sin cuentos de hadas y sin mimos.

Así, Pablo Palacio no ha aprendido a ver las cosas a través de lentes sentimentales, que cultivan el sentido de la hipérbole. Ni se ha desarrollado en él el espíritu de queja. Sus relaciones con la realidad han sido siempre directas y secas. Su posición queda así radicada más acá de lo emocional y es, por lo mismo, la posición ideal para el humorista puro.

Además, Pablo Palacio es un determinista esencial. Sus personajes evolucionan, viven lejos de toda volición, de toda voluntariedad. Andan sueltos, sueltos de la mano de Dios y -lo que en este caso es más grave- sueltos de la mano del autor mismo. Y no se crea por ello que Palacio -como Duhamel con su Salavin, por ejemplo- nos dé patrones corrientes, tipos de a ciento en calle, encarnadores de la generalidad, de la serie humana. Al contrario, sus casos son casos clínicos: el pederasta, el antropófago, el sifilítico. Y bien: lo admirable en Palacio es que estos personajes, dentro de su arbitrariedad, son perfectamente lógicos en el desenvolvimiento de su conducta, y no se nota el esfuerzo constante del autor por mantenerlos en un plano de anormalidad. Nos da una sensación de anormalidad NORMAL: "eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio." Y más allá: "me refiero a la irresponsabilidad que existe, de parte de un ciudadano cualquiera, al dar satisfacción a un deseo que desequilibra atormentadoramente su organismo". Y aun: "estar de loco, como estar de teniente político, de maestro de escuela, de cura de la parroquia..."

Insisto en mi comparación de Pablo Palacio con Buster Keaton, el cómico cinematográfico que nunca ríe. Su posición de hombre sin ligámenes cordiales, le da la posibilidad de decir todo lo que se le viene a la cabeza. No espera que se produzca todo el proceso de elaboración de la idea, tan caro al pensamiento francés, clarificador y mesurado. Él nos deja ver

ese proceso, como los vendedores de automóviles dejar ver, en el esqueleto del motor, el complicado funcionamiento de la máquina. Y entonces, el entrechocar de paradojas, de paralogismos, de disparates, que precede a la ordenación del pensamiento y a la emisión de la idea, nos la ofrece Pablo Palacio con orgulloso impudor. "Piensa en voz alta", se dice popularmente, con esa fuerza de expresión que muchas veces escapa a las literaturas. En el caso de Pablo Palacio la expresión adquiere verdad. Su pluma es más bien una aguja registradora del pensamiento a medida que se produce. Mientras ese trabajo mecánico se realiza él, como Buster Keaton, permanece serio, indiferente. Pablo Palacio aun físicamente, se parece a Buster Keaton; más estilizado, con la cara más larga. Un Buster Keaton que se viera en un espejo convexo, en el reverso de una cuchara nueva. Con un poquito de *Poil de Carotte.*

Lo hemos dicho ya alguna vez: Pablo Palacio, fundamentalmente, tiende al *descrédito de la realidad.* Sin apoyarse expresamente en ninguna teorización científica, cree que las desigualdades a que la humanidad se ha habituado, un poco trágicamente, en lo económico y en lo social, no deben ser trasladadas a la literatura, a los temas, al contenido literario. Que dentro de la materia total no hay cosas más nobles y cosas menos nobles. Y con un sentido goyesco, del Goya de los Caprichos -que es acaso el más grande-, ataca, por reacción contra la melcocha romántica, los asuntos más triviales y bajos.

Dos amigos: Pablo Palacio y Alfredo Mora Reyes



Encuentra que, por lo general, la literatura sólo se limita a reproducir lo aparencial de la vida, cayendo necesariamente en el lugar común. Y que, de lo aparencial, una especie de gazmoñería de las convenciones y los usos sociales, sólo elige lo que se cree más noble, más decente. "Dado un boticario, verbigracia, se le hace vender drogas y presidir las reuniones cuchi-

cheantes del pueblo; sólo esto. Nos olvidamos que le tortura el 'ojo de pollo' metido entre los dedos de los pies, y el mal olor de las 'arcas' del chico, y el peso exacto de las cebollas compradas por la señora". Y en otro sitio, más explícitamente, abomina de la novela realista: "¿A quién le va a interesar que las medias del teniente están rotas, y que esto constituye una de sus más fuertes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu? ¿A quién le interesa la relación de que, en la mañana, al levantarse, se quedó veinte minutos sobre la cama cortándose tres callos y acomodándose las uñas? ¿Cuál es el valor de conocer que la uña del dedo gordo del pie derecho del teniente es torcida hacia la derecha y gruesa y rugosa como un cacho?

"Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas; y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida. Las otras son únicamente suposiciones: 'puede darse el caso', 'es muy posible'. La verdad, casi nunca se da el caso, aunque sea muy posible. Mentiras, mentiras y mentiras".

Por reacción, Pablo Palacio insiste -como un romántico puede insistir en el lago y en la luna- en lo de los callos y la digestión: "Todo hombre de Estado, denme el más grave, se sorprende cotidianamente con esto: ya es tarde y no he ido una sola vez al water". ¿Olvida Pablo Palacio que la aceptación de la realidad integral como tema artístico (sin excluir lo que, siendo natural y real, no se cree decente) ha sido practicada, con deliciosa mesura, por los grandes clásicos? ¿Olvida Pablo Palacio la escena de los batanes, en el *Quijote*: "porque ahora más que nunca, Sancho, hueles y no a ámbar?" Viejo empeño éste que condujo a J. K. Huysmans a excesos lamentables, que con tanta gracia realizó Jules Renard y que, actualmente, tiene un representante discreto y amable en Duhamel. Pero Duhamel no tiene esa insistencia de prédica, que tanto perjudica al cuentista ecuatoriano; nada más natural, más encantador que las escenas menores, sobre todo en *Confession de Minuit:* cuando Salavin sintió la tentación irresistible de rascarle la oreja a su jefe, origen de todas sus desgracias; cuando -a pesar de su gran cariño para ella- se le vino al pensamiento, como una mosca negra, la idea de la muerte de su madre, e inconscientemente comenzó a hacer planes con la posible herencia. Y es que Duhamel nos muestra la integridad

verdadera, y Pablo, cayendo en el exceso contrario al vicio que critica, se preocupa en presentar, de preferencia, los aspectos vulgares o que en el estado de la verdad actual son considerados como tales.

Esto que Pablo Palacio reclama ahora para los detalles de la digestión, para el proceso integral del pensamiento en todas las horas, lo ha reclamado ya -frente al romanticismo del beso y de los puntos suspensivos que hacen nacer los hijos- quienes hacen literatura sicalíptica, para los detalles de la generación. No es nuevo el pleito.

Pablo Palacio predica esta teoría del *descrédito de la realidad*, o del igualamiento de todas las realidades en literatura, casi a todo lo largo de su obra. Especialmente en su novela *Débora*, que es a ratos un verdadero alegato en pro de la tendencia. Es en este aspecto en el que corre el riesgo de anular sus dones de humorista puro.

La imagen es algo que entra en el proceso mecánico del pensamiento. Ya Marcel Proust afirmó que a la imagen no se la busca, se la encuentra. Pablo Palacio, un hombre que esconde su literatura, es un encontrador de imágenes. En uno de sus cuentos pretende hallar una comparación para el sonido que produce un puntapié en la nariz. Y después de ensayar dos o tres símiles, concluye: "Como el encuentro de otra recia suela de zapato con otra nariz". A pesar de esta ingeniosa diatriba contra el afán de hacer literatura, la obra de Pablo Palacio está nutrida de imágenes, pero con el mismo sentido irónico y despoetizador: "El lugar común de una velada familiar"; una revelación de intimidad es "un pedazo de alma tendido a secar"; y abunda en esta imagen de lavandería: "De puntillas sobre la ciudad, su plano sería un cuero tendido a secar".

Ensayo sobre la Verdad, 1935



Sentido de la palabra "verdad"

En su odio por el lugar común, Pablo Palacio acaba por atribuirle poderes verdaderamente taumatúrgicos. Para él, la literatura, aun la más ramplona -precisamente ésa-, a fuerza de ser repetida ha llegado a tomar una consistencia real, a cuajar en fuerza operante de la naturaleza. El recuerdo de una página libresca, es capaz de suscitar, de re-sucitar la emoción que ella pinta. Esto, que lo ha sostenido líricamente el romanticismo, que en sus esfuerzos de originalidad lo expresa Pirandello, lo afirma también Pablo Palacio con su humorismo corrosivo: "Sucede que muchas veces nos emocionamos porque llega el caso de atender a la emoción adquirida en una página y que la tenemos guardada hasta que circunstancias análogas la revelen como si fuera muy nuestra". Se le pasó, en efecto, por la memoria al Teniente -en *Débora*- el lugar común: "respirar a plenos pulmones". Y Pablo afirma: "Y respiró a plenos pulmones, debido a esta sugestión del recuerdo. También él. Claro, se nos clava la vieja frase del libro y el aire nos produce un beneficio hasta literario".

Un aspecto esencial de la obra de Pablo Palacio, que quizá ha escapado a lectores y críticos -un poco desconcertados por la originalidad de la obra y su contradicción con el medio-, es el de su carácter introspectivo, psicoanalítico, sobre una base velada de autobiografía. Desde luego, me refiero principalmente a su novela *Débora*. Sin embargo, a diferencia de las obras modernas de carácter introspectivo, que emplean siempre el "yo", tomando un airecito confidencial en primera persona, para contarnos casi siempre historias de inversiones y más vicios secretos, Pablo Palacio ensaya un procedimiento cuya realización, es, por lo menos, de una poderosa originalidad: como en el cinematógrafo, proyecta el negativo de sí mismo sobre la pantalla -no sin antes estilizarlo con su humorismo implacable-. Y él se constituye en operador y espectador de la película. Oigámosle a él mismo exponer su manera, en estas palabras dirigidas al Teniente, en *Débora*:

Portada de la novela Débora. Dibujos y exlibris de Latorre y Kanela. Quito, 1927



"Quiero verte salido de mí. Sin la ilusión visual de la niñez, no pasarás la mano ante tus ojos, creyendo encontrar a diez centímetros de la pupila todo el mundo real atemorizador.

"Ir, cogidos de los brazos, atentos al desarrollo de lo casual. Hacer el ridículo, lo profundamente ridículo, que hace sonreír al dómine, y que congestionado dirá:'¿Pero qué es esto? Este hombre está loco.

"Ver -alargando mi brazo y con el indicador estirado-.

"Y mientras ves, alejarme de puntillas, haciendo genuflexiones, horizontalizando los brazos para guardar el equilibrio".

Hallamos aquí un poco de Unamuno, del Unamuno de Niebla, interpelado por su personaje. Y también de Pirandello. Pero, preciso es decirlo, principalmente hallamos de Pablo Palacio.

Y a todo esto, ¿qué edad creen ustedes que tiene Pablo Palacio? ¿Setenta y cinco años? ¿Ciento cincuenta años? Pues bien, este hombre que se ríe de lo sentimental, del amor, de la emoción; que persigue lo romántico, lo novelesco, como un agente de aseo persigue las cosas infectas y sucias; que hace experiencias burlescas consigo mismo; que cuando la imaginación se le quiere echar a volar por la primera ventana, la amarra inflexible con el recuerdo de los callos o del w.c., tiene veinticuatro años. Salió del "último rincón del mundo"

Tal vez, si pronto le toca la gracia de una gran pasión -que sí le tocará-, perdamos a Pablo Palacio, el humorista puro. Pero cómo ganaremos cuando sus poderosas facultades de análisis psicológicos -no superadas por nadie en la literatura joven hispanoamericana- se apliquen al ejercicio disectivo de un gran amor o un gran dolor o un gran júbilo, que no excluirán -porque no son incompatibles- los pequeños dolores del "ojo de pollo", de la media rota; las pequeñas alegrías de encontrarse en la calle una moneda. Entonces tendremos en Pablo Palacio el novelista, el cuentista que ataca la realidad total, que igualmente acoge la posibilidad del acto heroico o de la escena idílica, produciéndose simultáneamente con la picadura de un piojo en el pescuezo...

("Pablo Palacio", en "Mapa de América", Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1930).

II

Por ser este, más que un estudio crítico, un itinerario de emociones que no se ciñe a la cronología, he de seguir recordando aquella época en que, estando ausente, esperaba el eco de mi pueblo lejano, desde el propio corazón de Occidente.

Llegó una voz que, acaso entre todas, esperaban la de Pablo Palacio. Muy, pero muy cerca, me queda este nombre de hombre. Este nombre de escritor. En mi libro *Mapa de América*, conté largamente mi cuento sobre Pablo Palacio. Faltaba entonces algo a su obra: su tremenda evasión que se llama *Vida del Ahorcado*, confirmación exacerbada y trágica de lo ofrecido en sus libros anteriores. *Un hombre muerto a puntapiés* y *Débora*. Y faltaba también su evasión definitiva. La de su espíritu, la de su poderosa, clara, algebraica inteligencia. Y su evasión final: la de la vida.

Dije entonces:

"...Pablo Palacio no ha aprendido a ver las cosas a través de lentes sentimentales que cultivan el sentido de la hipérbole. Ni se ha desarrollado en él el espíritu de queja. Sus relaciones con la realidad han sido siempre directas y secas. Su posición queda así radicada más acá de lo emocional y es, por lo mismo, la posición ideal para el humorista puro. Además, Pablo Palacio es un determinista esencial. Sus personajes evolucionan, viven, lejos de toda volición, de toda voluntariedad. Andan sueltos. Sueltos de la mano de Dios y -lo que en este caso es más grave- sueltos de la mano del autor mismo. Y no se crea por ello que Palacio -como Duhamel con su *Salavin*, por ejemplo- nos dé patrones corrientes, tipos de a ciento en calle, encarnadores de la generalidad, de la serie humana. Al contrario: sus casos son clínicos: el pederasta, el antropófago, el sifilítico. Y bien: lo admirable en Palacio es que estos personajes, dentro de su arbitrariedad, son perfectamente lógicos en el desenvolvimiento de su conducta, y no

se nota el esfuerzo constante del autor por mantenerlos en un plano de anormalidad. Nos da una sensación de *anormalidad normal*: 'Eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio'.

"Y más allá: 'Me refiero a la irresponsabilidad que existe, de parte de un ciudadano cualquiera al dar satisfacción a un deseo que desequilibra atormentadoramente su organismo.'.

"Y aún: 'Estar de loco, como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia...'

"No espera Palacio que se produzca todo el proceso de elaboración de la idea, tan caro al pensamiento francés, clarificador y mesurado. Él nos deja ver ese proceso, como los vendedores de automóviles dejan ver, en el esqueleto del motor, el complicado funcionamiento de la máquina. Y entonces, el entrechocar de paradojas, de paralogismos, de disparates, que precede a la ordenación del pensamiento y a la emisión de la idea, nos la ofrece Pablo Palacio con orgulloso impudor. "Piensa en voz alta", se dice popularmente con esa fuerza de expresión que muchas veces escapa a las literaturas. En el caso de Pablo Palacio la expresión adquiere verdad. Su pluma es más bien una aguja registradora del pensamiento a medida que se produce".

No. Yo creo poder afirmar que Pablo Palacio al escribir *Débora* o *Vida del Ahorcado*, no había leído a James Joyce. No lo había leído tampoco yo cuando escribiera, en 1929, el estudio que apareció en mi *Mapa de América*. Es decir que el gran humorista nuestro no entra dentro de la línea de seguidores innumerables del "monstruo de Dublín". Y sin embargo, atisbos geniales de "monólogo interior", encontramos en los dos libros mencionados. La relectura de la obra de Palacio, a la luz de las nuevas corrientes literarias, nos traerá las sorpresas más desconcertantes.

Otra cosa: Pablo Palacio, en realidad, nunca se repite. Cuando apareció

Pablo Palacio



Vida del Ahorcado, aquellas características tan suyas de humorismo implacable, tocaron límites difíciles de superar y que, acaso, solamente su doloroso final nos pudiera dar una explicación humana comprensible. Pero como su temática no tenía fijación alguna, es la expresión variada de un variado "monólogo interior", Palacio se renueva, cambia, varía, conservando su unidad interior permanente.

COMPRENSIÓN Y ESCEPTICISMO

"Todos en este país -me dice en una carta- se quejan, los pobres ricos y los pobres pobres". Su posición conceptualista, aun en política, lo llevaba a buscar, por las vías del análisis más ceñido, más riguroso -análisis espectral y químico-, una posibilidad de explicación y comprensión para todo. La actitud de Palacio ante la vida, hace aplicables para él estas palabras de Iduarte sobre César Vallejo:

"Sólo conocieron su dolor sus amigos íntimos. Oyéndolo se me han venido a las mientes, continuamente, estas dos palabras: los inermes. A la selecta raza de los inermes pertenecía Vallejo. Inermes -es claro -desde un punto de vista material y cotidiano. Inermes porque carecen de la malicia necesaria para engañar, de crueldad para herir, de servilismo para adular, de vanidad para exhibirse, de codicia para llegar a tener, de estupidez para colear... No tuvo ni el apetito de ser admirado. No quiso, tampoco, administrar su propaganda de escritor y poeta. Le faltaba toda condición para eso que llaman el éxito. No admitió ser bufón de poderosos, ni secretario de imbéciles, ni traspunte de badulaque, ni aprovechador de demagogias. Por eso sólo conocieron su talento y su corazón los que por azar, por amor o amistad coincidieron con él en la vida. Pero, a pesar de todo ello, su obra -escrita en el escondite de su pobreza y su amargura- lo salva de toda frívola acusación de negación o egoísmo.

"Vivió en la amargura y en la pobreza, pero sin rencor ni resentimiento. Eludió la caravana y la maniobra, el servilismo y el embuste, pero sin caer en el escepticismo ni en la cólera. Supo, incluso, ver las humanas bajezas con más lástima y pena que desprecio. No cayó nunca en el grito estridente de protesta. Muerto ya, sin que su pureza pueda herir a los que no la tienen, su obra alcanzará mayor espacio y será escuchada. La aclamarán, quizás, hasta sus odiadores".

Su socialismo no era de alarido ni de exclamación desentonada. No era tampoco de la palabrota rimbombante con que nuestros tribunillos -de izquierda o de derecha- creen que fulminan y destruyen al mundo. No creía -ni empleó nunca como político, menos aún como escritor- en el *clissé* izquierdizante, que de tan repetido, ha llegado a perder significación literal y emocional alguna. Esta enfermedad de ineficacia, vulgaridad, brutalidad, que ha mediocrizado tanto nuestra lucha política, la ha inferiorizado hasta límites vergonzosos e increíbles. Y es así como se piensa que no se puede hacer oratoria política ni periodismo político, sin descender al insulto soez, a la grosería vulgar y, lo que es peor, a la sosería más insoportable...

LA OBJETIVIDAD ABSTRACTA

Cuando, en carta amistosa, Palacio me anunció la aparición de *Débora*, me decía: "le envío este libro sentimental, casi romántico...". Y, a pesar de que yo conocí la madera desde cuando era arbusto -"yo lo conocí naranjo..."- me dejé llevar un poco por su afirmación, por lo menos en el sentido de que, acaso la militancia política y social a la que se había entregado, pudiera haber puesto rabia, protesta en su literatura.

Fotografía captada en Loja en 1924. Constan Manuel Agustín Aguirre, Servio Vélez Agustín Paladines, Eduardo Mora Moreno, José Miguel Mora Reyes, Pedro Víctor Falcón, Pablo Palacio, Alfredo Mora Reyes, Ángel Felicísimo Rojas.



Sin embargo, si hay un libro descarnado, esquemático, esterilizado, ese es *Débora*. Pudiéramos aplicarle las palabras de Jung respecto del *Ulises* de James Joyce: "cuya nota tónica es la melancolía de la objetividad abstracta"

LA REALIDAD PEQUEÑA

Se reía del realismo que cree ver y decir la realidad. Pero se reía con una risa colérica, porque creía que allí se hallaba una muy grande y maléfica mixtificación: tomar por real, lo externo, lo mostrable, lo "decente", según las conveniencias, y ocultar todo aquello que -en lo material o en lo puramente espiritual- se lo considera impresentable. Palacio coincide -nunca podría afirmar si lo había leído- con Lawrence en este aspecto. Aunque no, naturalmente, en aquel otro de la pasión vital, alma y llama de la obra del británico.

Clamaba por "las pequeñas realidades que forman una vida". Porque, sostenía con razón, la vida no es sólo lo que se ha convenido en considerar como realidad grande: la muerte de la madre o la novia; el suicidio; la pobreza infinita; el hambre y la desnudez extremas... No. Junto a esas realidades grandes están las otras, las que en verdad constituyen la vida cotidiana, hecha de instantes, como pensaban los hedonistas y mantuviera Goethe después. Confina, en ciertos aspectos, con el superrealismo. Pero no exclusivamente con la necesidad de la intervención del inconsciente: se trata aquí de algo así como de un manifiesto democrático en pro de la igualdad de realidades en el trato de los escritores. Que no se dé preferencia sólo a lo externamente voluminoso, desdeñando lo pequeño:

"Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas; y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida".

Y en otro lugar:

"...La novela realista engaña lastimosamente. Abstrae los hechos y deja el campo lleno de vacíos; les da una continuidad imposible, porque lo verídico, lo que se callan, no interesaría a nadie".

"¿A quién le va a interesar el que las medias del Teniente estén rotas, y que esto constituye una de sus más fuer-

tes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu? ¿A quién le interesa la relación de que, en la mañana, al levantarse, se quedó veinte minutos sobre la cama cortándose tres callos y acomodándose las uñas?

PRESENCIA DE LA ANGUSTIA

Pero, al fin aparece, nebulosamente, la angustia. En forma constrictiva, estranguladora, envuelta en letras de la más aguda, fina, pero helada ironía. *Vida del Ahorcado*, el último libro de Palacio, antes de ser hundido en la tiniebla. Cuando Palacio ríe en este libro, hace sonar el esqueleto. Es un *Eclesiastés* en que se masca la ceniza, pero que no ha sido precedido de un *Cantar de los Cantares*...

Sostienen los críticos -singularmente los modernos- que la biografía del autor es necesaria para la comprensión de la obra. Como todas las afirmaciones exclusivas, esta me parece sólo a medias exacta. Creo entender y, por lo mismo, amar entre todos los genios de las letras humanas, a Shakespeare, y nada o casi nada sabemos de su biografía; y cosa muy semejante nos ocurre, aun a las gentes de habla hispana, con el genio mayor de la estirpe, Cervantes...

Alejandro Carrión y Pablo Palacio con un amigo no identificado (centro), en una calle de Quito en los años 20.



En el caso de Palacio, la cosa es terrible. Sobre todo, al tener entre las manos este libro desconcertante, lleno de carcajadas, de gesticulaciones, de penetración aguda, de niebla, sobre todo de niebla. Y saber que su autor, a los pocos, muy pocos años, naufragó en la sombra de la locura. Este terrible, desconcertante y a ratos genial libro: *Vida del Ahorcado*.

Porque Palacio, el de *Un hombre muerto a puntapiés*, su primer libro -cronológicamente, acaso el primer gran libro de la nueva generación ecuatoriana- era un hombre ordenado, terriblemente ordenado, con la obsesión de las buenas calificaciones escolares y el aseo de su persona y de su habitación. Se indignaba cuando un cuadro en la pared se in-

clinaba más a un lado que al otro, y aun en casas ajenas, pedía permiso para enderezarlo... Hacía cuentas rigurosas de sus modestas posibilidades, y su presupuesto era un ejemplo de equilibrio fiscal. Bien vestido, gustador del buen corte y de la línea del pantalón perfecta. Enamorado de los buenos libros, pero también de los libros bien tenidos y bien encuadernados. En sus disposiciones personales de dinero, dejaba siempre un margen -lo más ancho posible- para cuadros y para libros... Y ese Pablo Palacio -humorista que nunca se reía, de pudor de su "risa de potrillo tierno"- escribió en aquella época, un cuento como *Luz Lateral* -un poco pirandeliano- en que se dibujan precisas las líneas de la esquizofrenia y se hace un anticipo tremendo de la sífilis...

"¡Treponema pálido! ¡Treponema pálido!"

¿OTRA ANTICIPACIÓN?

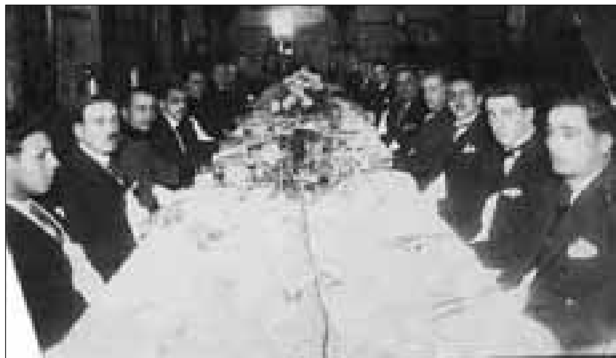
La presencia, la acción de la memoria, en la obra de Palacio, nos ofrece otro problema literario interesante: la posible influencia de Marcel Proust. Pero, francamente, quienes estuvimos cerca de Palacio, tenemos la posibilidad de afirmar que a Proust, en esa época, solamente lo conocíamos a través de comentario y crítica. Que la obra -a la altura de 1927, en que se publicó también *Débora*, donde hallamos más frecuentes muestras de vigencia del recuerdo-, la verdadera y completa obra de Proust, ni siquiera en traducciones, había llegado hasta nosotros. Al español ha sido vertida muy posteriormente, en estos mismos días. Veamos este pasaje:

"El Teniente, olvidado de la novela hasta parecer insensible, es una tabla rasa en la que nada escribió la emoción. Se sentía algo satisfecho, nada más. Y gozaba de la frescura. Recordó: La mañana era tan clara que daban ganas de correr, saltar y aun de sentirse feliz. Abrió la ventana y el aire le produjo un alivio. Respiró 'a plenos pulmones...' Y respiró a plenos pulmones debido a esta sugestión del recuerdo. También él. Claro, se nos clava la vieja frase y el aire nos produce un beneficio hasta literario. Sucede que muchas veces nos emocionamos porque llega el caso de atender a la emoción adquirida en una página y que la tenemos guardada hasta que circunstancias análogas la revelen como si fuera muy nuestra"

¿Quién no recuerda, en *Du Coté de Chez Swann* -la inicial soberana de la obra genial de Marcel Proust- el episodio aquel de "*la petite madelaine*", el bocadillo, masita o pasta que, ofrecida en un momento dado, con una taza de té, sirve para reconstruir toda una vida lenta y sensitiva, emocional como vida alguna llevada a las letras? Un bocado que se gustara antiguamente -como un perfume aspirado o un paisaje visto- sirve para reconstruir una vida, cuando se vuelve a gustar ese mismo bocado muchos años después... En este punto capital -piedra angular de la obra genial- no me atrevo a traducir, temo la profanación de un cambio sutil de palabra, que acaso destruiría la magia excelsa del pasaje:

"Et tout d'un coup le souvenir m'est apparu. Ce gout c'etait celui du petit morceau de madelaine que le dimanche matin á Combray (parce que ce jour-la je ne sortais pas avant l'heure de la messe) quand j'allais lui dire bonjour dans sa chambre, ma tante Léonie m'offrait aprés l'avoir trempé dans son infusion de thé ou de tilleul. La vue de la petite madelaine ne m'avait rien rappelé avant que n'y eusse gouté; peut-etre parce que, en ayant souvent apercu depuis, sans en manger, sur les tablettes des patissiers, leur image avait quitté ces jours de Combray pour se lier a d'autres plus récentes; peut-etre parce que de ses souvenirs abandonnés si longtemps hors de la mémoire, rien ne survivait, tout se était désagregé; les formes -et celle aussi du petit coquillage de pati-

Pablo Palacio (segundo desde la derecha) en una cena ofrecida por el presidente Isidro Ayora en la década del 20..



serie, si grassement sensuel, sous son plisage sevére et dévot- s'etaient abolies, ou, ensommeillés, avaient perdu la force d'expansion qui leur eut permis de rejoindre la conscience. Mais, quand d'un passé rien ne subsiste, aprés la mort des etres, aprés la destruction des choses, seules, plus fréles mais plus vivaces, plus inmaterialles, plus persistantes, plus fidéles, l'odeur et la saveur restent encore longtemps, comme des ames, á se rappeles, á attendre, á espérer, sur la ruine de tout le reste, a porter sans fléchir, sur leur gouttelette presque impalpable, l'edifice inmense du souvenir"

Para mí, acaso es este el párrafo capital en la obra del "buscador del tiempo perdido". Allí está toda su filosofía, toda su estética, la razón de su obra, su verdad y su esencia. Allí encontramos también, la defensa de "las realidades pequeñas", que forman las vidas según Pablo Palacio. Y allí está en el más poderoso entregador del interior del alma, de todos los tiempos y todas las literaturas, el gran milagro de construir, sobre "una gotita casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo"

Habría mucho que decir, muchas páginas para dilucidar estos parentescos casi inexplicables de Palacio, estos acercamientos no atribuibles a influencias, con tres de los más originales edificadores de belleza en letras de los tiempos modernos: Lawrence, Joyce, Proust. Y quién sabe si, cuando entraba en la tiniebla mortal -"la muerte no es enfermedad mortal", ¿verdad, Soren Kierkegaard?- podemos hallarle otro nebuloso parentesco con aquel que "vivió su vida y escribió su obra en pesadilla", el extraordinario Franz Kafka...

Yo propongo el problema.

LA LLAMADA DEL ABISMO

En toda obra de ficción -de talla literaria, he de decir, ya que no en la pura *novelería de aventuras*, que es distinto, también, de novela de aventuras- se encuentran las marcas de la intimidad, de lo autobiográfico. Escondido, agazapado en distintas situaciones, en distintos personajes. Pero presente, al fin.

Goethe, en sus diálogos con Eckermann y refiriéndose a *Las Afinidades Electivas*, hace esta afirmación que, como muchas suyas define y fija problemas estéticos: "Esta novela no encierra una línea que no sea un recuerdo de mi propia

vida; pero no hay allí una línea que sea una reproducción exacta".

En realidad, no puede concebirse de otro modo la ficción artística, sino como una entrega de algo de nuestro propio yo, en forma más o menos franca, más o menos encubierta.

Pablo Palacio, en este orden de cosas, es dilacerante, nos lleva hasta la angustia física, como el sujeto de aquella pesadilla que él mismo narra en su cuento *Luz Lateral:* "¡Socorro! un hombre me rompe la cabeza con una maza de 53 kilos y después me mete alfileres de 5 decímetros en el corazón..."

Y ya en sus primeros libros: el que sirvió para romper los cristales -como él mismo decía- *Un hombre muerto a puntapiés*, y luego *Débora,* donde se encuentra, *in ovo,* toda la obra, la significación y la posibilidad de Pablo Palacio: "Yo tuve una vez un perro de aguas... En esta obscuridad no se puede ver la hora que es...Ayer de mañana un hombre se ha hecho loco...¡Si yo me hiciera loco!

"Hay aquí una descarga hormigueante que se prolonga desde lacabeza hasta los pies"

En su cuento, de un poco de sabor pirandeliano -del Pirandello de los *Tercetos* cómicos-, llamado *Las mujeres miran las estrellas,* como un nuevo Erasmo del desequilibrio desconcertante, hace el elogio:

"Sólo los locos exprimen las glándulas de lo absurdo y están en el plano más alto de las categorías intelectuales"

Y la obsesión persiste, en todas las páginas. Unas veces con un sentido de amenaza, de la que hay que cubrirse, que huir. En otras, como aprovechando la presencia inevitable, riéndose de ella, como para ahuyentarla, arremetiendo al fantasma, pero a golpes de escoba:

"Esto también, pero lo pongo:

-Ah, me encontré pues con el Antonio. Adivina ónde. ¡Pobrecito!

-¿Onde?

Carmen Palacios esposa de Pablo.



-En el manicomio.

-¿Qué? ¡¿Está de loco?!

Estar de loco, como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia. Se puede también estar de bruto sin mayor sorpresa de la concurrencia.

¡Ah! Ahora que hablamos de locos, nuestro Teniente recibió una carta significativa; honda, que puede desquiciar a cualquiera. La recibió hace unos ocho días.

Estaba escrito:

Mi querido señor Teniente:

En la ciudad.

Ésta tiene por objeto saludarte y saber de tu familia.

Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada y nada más.

Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada. Te contaré que los sirvientes del Sol... ¿Qué me han querido decir con esto? ¿Por qué han puesto sirvientes...? Es del manicomio o mis amigos están de canallas. Ja, ja.

No hace ninguna falta el menú"

Ya hemos visto estas reminiscencias nebulosas, dentro de las cuales, entre negros y grises, pasa la sombra de la madre: "yo cierta vez tuve una madre..." Y esa es la verdad tremenda de la biografía de Pablo Palacio: tuvo una vez una madre, pero la sociedad se la escamoteó, se la robó, y le puso en su lugar una tía:

"Salió mi tía
Entró mi tía..."

He allí una tragedia íntima, tragedia de verdad, hasta cuya comprensión nos es difícil llegar a casi todos los hombres. El niño a quien le escamotean la madre, por prejuicios sociales, por honrilla a la española... Y le completan el drama, poniendo en su lugar a una tía. Y entonces, es preciso ceder a Palacio el derecho de expresar su angustia superior a lo humano. Así, se comprenderá mejor su obra, se comprenderá su vida. Todo esto, y su autobiografía entera está en este párrafo de *Vida del Ahorcado,* después del cual no se debe agregar una palabra más:

"Tengo miedo de las tinieblas. ¿Cómo puede uno dejarse engullir y cegar por las tinieblas? Mira: yo cierta vez tuve una madre; pero esta madre se me perdió de vista sin anunciármelo. Entonces he tenido esta sensación:

que en el lugar se habían hecho las tinieblas y que mi madre estaba allí, en lo negro, buscándome a tientas; pero no estaba, calla!

"Se va el tiempo sin que vuelva a iluminarse esa ventana.

"Luego camino lentamente en busca de mi cubo

"Lo encuentro hosco y solo.

"No estoy aquí; he caído de nuevo en este hueco de la ausencia. ¡Cada vez la sensación de ausencia! Estoy como desintegrado: me parece que partes de mí mismo residen lejos de lo mío, en algún sitio desconocido y helado. Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar a tientas por todos los límites del cubo, dominado por dos impulsos contradictorios: la esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca.

"Ana, te odio".

("Pablo Palacio",
en "El Nuevo Relato
Ecuatoriano", -crítica-
Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1951, Quito).

PABLO PALACIO

Alejandro Carrión
Quito, noviembre de 1963

Si Jaime Chaves Granja me ha pedido escribir las páginas introductorias de la primera edición de la obra literaria completa de Pablo Palacio, sin duda es por lo cerca que estuve, durante algún tiempo, del insigne escritor y por la amistad leal y constante que siempre me unió a él. Para cumplir el designio amable del Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana no creo que deba hacer la crítica de esta obra única, ni deba consagrarme a poco útiles escarceos estilísticos. Pienso que es mejor contar, con palabras sencillas, rasgos suyos, recordando instantes precisos y cruciales de su vida, que comenzó arduamente, partiendo de un gran dolor y fue acunada en la dura pobreza y en la fría soledad y que, más tarde, al impulso de su inteligencia poderosa, de su gran corazón rebelde al desaliento, del esfuerzo triunfal de su genio, llegó a los más altos niveles y estuvo en el umbral de las más esplendorosas promesas, para caer, de pronto, fulminada por el rayo, en el infierno oscuro de la locura incurable, como ese lejano hermano suyo, casi gemelo de su espíritu, por la precisa limpidez del pensamiento, por la audacia de su aventura intelectual, por el poder de la implacable ironía, por la razón poderosa basada en lógica irrebatible, por la originalidad casi adánica y por la mirada penetrante, que entraba hasta el hueso de los seres y de los acontecimientos: ese hermano suyo, lejano sí, pero casi gemelo de su espíritu: Jonathan Swift, el más lúcido, el más encantador y el más escandaloso y cruel de los creadores literarios de la lengua inglesa.

He pensado muchas veces en lo que la posteridad ha hecho con la obra de Pablo Palacio y no he podido menos que relacionarla con otra obra, abocada a igual destino: la de Alfredo Gangotena. Ambos, cada cual en su sitio, son cumbres únicas en nuestras letras, que surgen de pronto, sin antecedente alguno entre nosotros, se alzan, asombran, deslum-

bran y luego se apagan, cuando la muerte siega, cruel, la existencia juvenil de tan grandes espíritus. No brota de ellas una tribu de epígonos, un rebaño de discípulos. Pronto, todos dejan de hablar de ellas y el olvido trata de cubrirlas con su capa silenciosa y gris. Pero no puede hacerlo, porque la vitalidad que en ellas insufló el genio derrite el hielo del tiempo y con su aliento huracanado avienta el polvo gris que quiere aislarlas implacable. La edición de la poesía completa del grande y triste Alfredo Gangotena y la de la obra literaria completa de Pablo Palacio, el fulminado por el rayo, prueba como el olvido con ellas nada puede. No es necesario que una estela de discípulos siga al genio. Basta sólo la fuerza imbatible, el aliento gigantesco, la llama vital inapagable que caracteriza a la obra inmortal. Por eso, superiores a la moda y a la propaganda, insobornables, desde la soledad de su creación, Alfredo Gangotena, el poeta de las venas desgarradas, y Pablo Palacio, el enemigo de la realidad, su desacreditador implacable, viven cada día con más fuerza y en el horizonte de nuestras letras: son cumbres que se miran desde lejos.

Pablo Palacio



¿Cuándo conocí a Pablo Palacio?

La respuesta es: siempre. Vivía frente a la casa de mi abuela paterna y era, en cierto modo, parte de ella. Cuando iba a ver a la menuda y morena dama, me encontraba con Pablo, grandullón, entonces, para mí, con su cara de cuchillo afilado, su cutis blanco, constelado de pecas y su cabello rojizo.

El canal de la planta eléctrica pasaba por la propiedad de mi abuela, más tarde de mi padre, cerca de la casa donde ella vivía, y fue al final de ese canal donde estaba la gran chorrera por la que, niño aún, Pablo se precipitó hacia el río. Lo sacaron del agua borbollente, milagrosamente vivo, con el cráneo quebrado. Dios dispuso que se le soldara y, cuando ya era un gran escritor, el mayor de todos los jóvenes escritores del país no por la edad sino

por la fuerza y la originalidad, se divertía permitiendo que tocaran el hueco que quedó en su cráneo al soldarse los huesos: cabía en él la falange del dedo índice.

La gente de mi pueblo decía que por esa fractura le entró al cerebro el talento literario. La verdad es que en su familia nunca había habido un escritor. Fue un milagro del ángel de la literatura el que, en ese revoltijo de espumas furiosas, la trizada cabeza roja de ese niño no hubiese sido devorada por la muerte. Recuerdo el debut de Pablo en la gloria literaria.

Era el tiempo de los "juegos florales universitarios". Mi tío Benjamín Carrión, triunfador en los celebrados en Quito, había llevado a Loja la amable moda. Se eligió una hermosa reina, se inventó un ceremonial y se convocó un concurso literario: poemas y cuentos. Ganó el premio de poesía José Miguel Mora Reyes, que ahora no es poeta sino profesor de códigos. El premio en prosa, con un cuento, lo ganó César Alberto Bermeo, un pariente mío, que más tarde fue a Quito a estudiar medicina y que, en vísperas de graduarse, murió repentinamente una noche, en su cuarto de estudiante. Pablo, que era su amigo íntimo, contó su muerte en la inolvidable novela "La vida del ahorcado".

Pablo, todavía estudiante de secundaria, recibió entonces un accésit que le significó la entrada por la puerta grande de la literatura. Era el único colegial entre los concursantes, todos los demás estaban ya en la Universidad. Su cuento llamó poderosamente la atención de los jurados, entre los cuales el que llevaba la batuta era Benjamín Carrión.

El ceremonial exigía que los poetas y cuentistas premiados avanzaran por el escenario hasta delante de la linda reina y, arrodillados a sus pies, recibieran el premio -flores naturales- de sus blancas manos. Luego, dominando los aplausos, leían la composición premiada.

Pablo asomó en el tablado vistiendo su descuidada ropa de colegial sin familia: pantalones sobre la rodilla, camisa sport sin corbata, despeinado el rojo cabello rebelde. Tímido, algo ruborizado por lo caudaloso de los aplausos. Avanzó ante la reina, pero no se arrodilló. Se negó terminantemente a hacerlo: hasta el fin de la sala se oían los apremiantes llamados de los maestros de ceremonias. En el público se armó la tremolina. Gritaban, silbaban: había surgido el caos. La fiesta amenazaba hundirse. Alguien penetró al escenario y poniendo las manos sobre los hombros del muchacho, quiso

hacerlo arrodillar. El chico se sacudió violentamente y abandonó el escenario sin recibir el premio. Las manos de la linda reina quedaron llenas de rosas.

¡Un guambra salvaje, sencillamente!

Tal fue el comentario general.

Un año después, Manuel Agustín Aguirre ganó el premio de poesía de los segundos juegos florales, con unas pastorales hijas de las de Juan Ramón. No tuvo inconveniente en arrodillarse ante la linda reina y recibir, en premio, fragantes flores de sus manos.

Bueno: así hizo Pablo Palacio su entrada al éxito literario, que desde entonces le fue escrupulosamente fiel, que jamás lo abandonó.

Graduado de bachiller se vino a Quito, a estudiar leyes. Fue un estudiante excepcional, como más tarde sería un abogado sobresaliente.

Colaboró en las principales revistas literarias, se hizo un nombre en las letras juveniles y, por fin, publicó su libro de cuentos "Un hombre muerto a puntapiés" que le conquistó la fama en medio de un escándalo inenarrable.

¿Un escándalo inenarrable? Sí, a causa de que nunca se habían escrito cuentos así. Y a causa de que nunca más volverían a escribirse en tal forma: irritante, hiriente, a veces ají, a veces puñal, y con un conocimiento de la vida que se parecía al conocimiento que tiene el cirujano de la carne viviente: cortante, ensangrentado. La gente se sintió toda ella herida, sacudida, profundamente indignada. Pero, al mismo tiempo, con la sensación de que en las letras ecuatorianas había surgido un escritor incomparable.

Su viejo tío, el solterón que cuidó de su infancia, don José Angel Palacio, un día para él inolvidable leyó en un diario de la Capital, con los ojos saltándosele de las órbitas del puro susto, esta información. espantosa: "Un hombre muerto a puntapiés por Pablo Palacio" Se trataba de un anuncio del libro recién nacido. El buen viejo, que

Carmen Palacios y Pablo Palacio



jamás creyó que un chico de Loja pudiese escribir un libro, y que, además, nunca pensó que así podría titularse un libro, tuvo la espantosa impresión de que su sobrino había cometido un crimen atroz. Y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, nada fue más trabajoso que convencerlo de la verdad.

Tras la guerra de los cuatro días, Benjamín Carrión fue nombrado Ministro de Educación del gabinete del Presidente interino, doctor Alberto Guerrero Martínez. Era la primera vez que los socialistas llegaban al palacio: otro de ellos, Carlos Zambrano, era Ministro de Gobierno. Un estremecimiento recorría al país. Parecía que el Partido Socialista estaba destinado a suceder al Liberal en muy corto tiempo. Benjamín, naturalmente, nombró a Pablo para Subsecretario. Tres años antes, le había dedicado, en su libro "Mapa de América" -¿el mejor de sus libros?- uno de sus mejores ensayos. Así, el nombre de Pablo había comenzado a andar por el ancho mundo, en esas páginas llenas de agilidad, de gracia, de penetrantes atisbos. Para entonces, Pablo había publicado otro libro: "Débora". Un libro desconcertante, dislocado como un "puzzle", en el cual, en medio de un escepticismo helante, hay también girones de un alma desgarrada. Sus dos libros lo habían convertido en el más comentado, en el más discutido, en el más admirado de los escritores jóvenes.

Pero antes, Pablo había escrito otra novela, "Ojeras de virgen" de la cual publicó, como avances, los capítulos que figuran en estas obras completas, que son decididamente malvados. Esa novela tuvo mala suerte. Pablo, ignoro por qué, se desanimó de publicarla. Era tan buena como las que publicó enseguida. Cuando, muchos años después, perdió la razón, Carmita, su mujer, encontró en su biblioteca el manuscrito en un solo ejemplar. Aficionada con pasión al teatro, concibió la idea de adaptar la novela a la escena y con tal fin se la dio a leer al actor Marco Barahona. Este artista la perdió una noche y jamás se la pudo recobrar.

A los pocos meses, un incidente, que terminó en provocación a duelo, entre el Ministro de Gobierno, don Carlos Zambrano, socialista, y don Leonardo Sotomayor y Luna, Ministro de Guerra, liberal, puso fin a la colaboración de los socialistas en el Gabinete. El Presidente nombró al doctor Carlos Cueva Tamariz para reemplazar a Zambrano y en lugar de Benjamín designó al ilustre médico doctor Leopoldo Izquieta Pérez. Pablo continuó de Subsecretario.

Fue entonces cuando vine de mi pueblo a esta Capital, que es ya tantos años mi hogar: 1932. La ciudad estaba aún llena de los costurones causados por los cuatro días. Se olía aún el acre fragor de la pelea. Cristóbal Ojeda estaba recién enterrado. Todos tenían la boca repleta de anécdotas. En la casa de Benjamín, donde yo era huésped, se relataban cosas espeluznantes, heroísmos o cobardías casi increíbles. Gonzalo Escudero había estado a punto de morir de un balazo, que se estrelló contra una pared a milímetros de su rostro. Jorge Reyes, lo mismo. Exactamente lo mismo Alfonso Moscoso Cárdenas. Cristóbal León había reeditado sus heroísmos de la guerra del Rif, en la que participó como soldado de la Legión Extranjera. Bonifacistas exaltados habían atentado por lo menos tres veces contra la vida de Benjamín Carrión, a quien culpaban en gran parte del crac de su secta, en especial por su famoso artículo "Ni la sombra de la sombra de una duda", que había aparecido en "El Día". Era delicioso escuchar estas historias de la boca de Pablo: uno podía ver el heroísmo recién bañado, recién empapado en un balde de agua fría.

Y es que todo lo que pasaba por los labios de Pablo quedaba reducido, podado, enanecido. La realidad, en los labios de su enemigo, se desacreditaba, se ponía en evidencia. Para ello bastaban dos palabras, un adjetivo y su famosa "risa de potrillo tierno". La más terrible risa de Quito, aun más terrible que la de Emilio Uzcátegui.

Pablo con su "risa de potrillo tierno"



Fue entonces que apareció su tercer libro, "Vida del ahorcado". Pablo lo imprimió en las prensas del Ministerio de Educación. Los dos primeros ejemplares los llevó a la casa de Benjamín. Uno de ellos era para mí.

Poco después se hundió el mundo socialista, bajo una tempestad furiosa, una especie de "tifón Flora", que lo dejó arrasado. Yo era colegial del Mejía, sexto año, 18 de edad, socialista por entusiasmo y por amor. Entusiasmo por algo vagamente grandioso que yo intuía tras esa palabra. Y amor por Benjamín, por Pablo, por Jorge Reyes, por Gonzalo Escudero, por los brillantes jóvenes poetas y novelistas que me recibían como un igual entre ellos, que me trataban como a un guambra extraordinario, que creían en mí.

Pero antes de relatar ese episodio espantoso, contemos algo más amable. Jorge Reyes se pasaba

la vida haciendo feroces bromas telefónicas. Lo llamaba por teléfono al poeta José Rumazo González, que acababa de publicar "Altamar", un poemario para cuya lectura había que seguir un complicado método destinado a producir "resonancias" conceptuales. Reyes consideraba que un poema con método de lectura era algo intolerable. Poseído de cólera, bufaba, bajaba a los sótanos del diccionario, mordía furiosamente su pipa y clamaba, pidiendo la policía, pidiendo el enjuiciamiento criminal de oficio contra esa poesía "con receta de cocina", como él decía. Y tomaba el teléfono, en la biblioteca de Benjamín, localizaba a Rumazo y le decía, hirviendo de furia: "Habla usted con un desventurado que leyó su libro. Y como, no es justo que sólo yo haya sufrido el intolerable suplicio de sus versos y usted se quede tan fresco, para que tenga una idea de mis sufrimientos voy a leerle uno de sus poemas". Y al otro lado del hilo, el poeta Rumazo, paralizado por la increíble agresión de que era víctima, le escuchaba todos esos verbos y le escuchaba, además, todo el poema, leído con una voz espantosa, que seguía las reglas de la "resonancia" y que subía y bajaba a medida que hallaba negritas e itálicas. ¡Y no tenía fuerzas para colgar el fono!

Otra vez, Jorge le hizo la broma a Pablo, precisamente a Pablo el terrible. La cosa fue así: en "Débora", el personaje central es "el Teniente". Y en esos días daba candela en Quito, eligiendo reinas de belleza, publicando una revista ilustrada llamada "Claridad" y cometiendo portentosos poemas un joven teniente llamado Alfaro Augusto del Pozo, que más tarde se retiró y se hizo abogado. Sus poemas, repito, eran portentosos, por este modo:

A lo lejos los blancos incensarios
pululan como blancos dromedarios.

Reyes tomó el teléfono y llamó a Pablo. Cuando lo tuvo al micrófono, con "una voz de teniente", le dijo: "Habla usted con el Teniente Alfaro Augusto del Pozo. He sabido que en un inmundo librejo que usted ha publicado, se ha permitido burlarse de mí. Un oficial ecuatoriano no soporta ultraje alguno. Cuando se lo hacen, lo lava con sangre. Sepa usted que donde le encuentre voy a pegarle un tiro".

Y luego llamó al Teniente y le dijo: "Habla usted con el doctor Pablo Palacio. He sabido que con orgullo anda usted

diciendo que el personaje de mi novela es usted. Sepa y entienda que yo no me he preocupado de infusorios, óigame bien, de in-fu-so-rios, así usen uniforme. Ha ofendido usted mi prestigio literario y eso un escritor no lo perdona. Me importa un pepino su uniforme. Lo llamo para decirle que donde lo encuentre le pego un tiro"

El resultado de esta hazaña fue, naturalmente, que cuando se encontraban el Teniente y Pablo, ambos, deseosos de evitar los tiros, daban media vuelta y se alejaban el uno del otro a una velocidad decididamente uniforme.

Pero Pablo no era tímido ni mucho menos. Delgado, ágil, de buen cuerpo esbelto y musculoso. Nadaba. Boxeaba.

El Partido Socialista había declarado la oposición al Gobierno del Presidente Juan de Dios Martínez Mera, nacido, según se decía, de un fraude electoral. Mientras se luchaba, se organizaba el Congreso del Partido, y la casa de Benjamín Carrión, su Secretario General, era un emporio de trabajo con tal motivo. En tales circunstancias, el Canciller, Doctor Antonio Quevedo, amigo íntimo de Benjamín, le propuso la Embajada en México y Benjamín aceptó. El hecho produjo consternación mortal en el joven partido y cuando se repusieron de la impresión, una ola de ira se alzó contra Benjamín. En una asamblea, tras encendidos discursos, lo expulsaron. Había "compañeros" que pedían al Presidente: "Déme la palabra, porque quiero tener el honor de insultar también yo a Benjamín Carrión". Los violentos ataques afectaron hondamente a Benjamín. En especial porque Pablo Palacio y Jorge Reyes, dos de sus amigos más queridos, estuvieron acordes con su expulsión y votaron por ella, razonando su voto. Pablo, cuya amistad con Benjamín databa desde siempre y que tan cerca se hallaba de él, sufrió mucho: colocado entre su adhesión al Partido y la acción de su amigo que él no aprobaba, se rindió al fin a su deber partidista. Su amistad, lo mismo que la de Reyes, se destruyó. Entre ellos y Carrión se abrió un abismo de resentimientos. Yo contemplaba esto, sin explicármelo claramente, con dolor agudo. Se derrumbaba la vida de poesía y socialismo a que me había habituado en la casa de mi tío y veía dividirse en enemistad dolorosa a amigos que se querían entrañablemente. Pablo y Benjamín no llegaron a reconciliarse. Los años transcurrieron, Pablo perdió la razón y ya esa amistad no pudo reanudarse. Jorge Reyes, cuando el tiempo lavó la amargura de ese bravo paso, volvió a ser cercano amigo de Carrión.

Recuerdo que años después, cuando Benjamín había retornado de México, y Pablo frecuentaba la casa de doña Rosita Riofrío, la madre del pintor Eduardo Kingman, coincidió en ella con la esposa de Benjamín, doña Agueda Eguiguren, sobrina de la dueña de casa. Si bien la dama lo saludó como si nada hubiese ocurrido, Pablo, de ordinario impasible y burlón, se puso intensamente rojo, su desazón creció hasta el punto de que no pudo hilvanar una frase siquiera. Fue algo intensamente penoso, que muestra como afectó a Palacio ese horrible suceso político.

Por esos tiempos José Alfredo Llerena y yo, que compartíamos un cuarto de la vieja calle Bolivia, hoy Espejo, éramos los jóvenes amigos predilectos de Pablo Palacio y Jorge Reyes. Nos íbamos a verlos en sus habitaciones de jóvenes escritores solteros, desarregladas y llenas de libros, y conversábamos largamente, discutiendo de letras y política -nuestras pasiones-. Los dos mayores, burlones, nos hacían con frecuencia víctimas de sus bromas, siempre bondadosas, por cierto.

La joven Carmen Palacios Cevallos



Pablo vivía en la calle Guayaquil, en el tercer piso de la casa del doctor Catón Cárdenas, un abogado liberal que fue Canciller y Ministro de Educación. Ese piso estaba dedicado a inquilinato: jóvenes profesionales prósperos vivían allí. Uno de ellos, el doctor Antonio José Borja, que fue más tarde Vicepresidente de la Asamblea Constituyente y Ministro de la Corte Suprema, era uno de los amigos inseparables de Pablo. Otro, el doctor Juventino Arias, un joven médico lojano que tuvo trágico fin, era también amigo muy querido del gran escritor. Un mal día enloqueció, de súbito. Estuvo años privado de la razón y la recobró tan bruscamente como la había perdido. Lo primero que hizo al verse sano fue comprar una pistola y pegarse un tiro: como médico que era, comprendió su caso y supo que la locura volvería irremediablemente. Lleno de horror, se libertó por su propia mano.

¿Sintió Pablo entonces un presentimiento?

No lo sabemos. Es decir, lo que sabemos es que sus libros están todos atravesados por heladas ráfagas de terror. Terror a la locura.

Por aquel entonces organizamos el Sindicato de Escritores y Artistas, en el que Pablo fue uno de los más distinguidos miembros. Comenzó la gran carrera literaria de Jorge Icaza. Fundamos una revista y la Editorial Atahualpa, con un poco de papel que nos regaló don Jerónimo Avilés Aguirre, Ministro socialista del dictador Federico Páez. Eran los días de la poesía y el cuento "de contenido social". Los días del "realismo socialista". Jorge Carrera Andrade, que estaba en París, se asustó de lo que pasaba en la joven poesía, convertida en manifiesto político, y escribió un artículo de honda resonancia entre los nuevos poetas. Se titulaba: "¡Salvemos a la poesía!". Algo en él le disgustó a Pablo, y publicó en el diario "La Tierra" una helada diatriba contra el poeta. Lo llamaba, recuerdo, "poeta horticultor, devorador de zanahorias". Esto me hace recordar la forma en que Pablo se retiró de la Sociedad de Amigos de Montalvo, nombre inicial de lo que ahora es el Grupo América. Su carta de renuncia decía: "Sucede que, en realidad, resulta que no soy amigo de ese señor".

Carmen "escultura escultora"



Había progresado mucho.

Realizaba una brillante carrera como profesor universitario y como abogado. La Corte Suprema había publicado su tratado sobre la letra de cambio, considerándolo una obra notable de nuestra ciencia jurídica. Su estudio de abogado tenía clientela. En la Universidad era ya decano de la Facultad de Filosofía y Letras. La Editorial Ercilla, de Santiago de Chile, había publicado su traducción de Heráclito. En "Bloque", la revista que dirigían en Loja Carlos M. Espinosa y Angel F. Rojas, uno de los esfuerzos culturales más importantes de ese tiempo, aparecieron dos de sus ensayos filosóficos, parte de un libro que

no alcanzó a terminar: "Ensayo sobre la palabra verdad" y "Ensayo sobre la palabra realidad". Todos lo respetaban. En política, se anunciaba como una figura de primera línea.

Hacía también armas en el periodismo, como es prácticamente obligatorio a todos nuestros escritores. Intervenía directamente en "El Socialista". Antes, con Jorge Reyes, Jaime Chaves Granja y Alfonso Moscoso Cárdenas, había publicado ese admirable semanario de doctrina socialista que fue "Cartel". En "La Tierra" -no el diario actual, sino el que fundó don Carlos Zambrano y dirigió Néstor Mogollón- escribía con frecuencia. Allí fue donde exteriorizó su malhumor contra Jorge Carrera Andrade. Recordaremos que en ese diario, donde José Alfredo Llerena, Jorge Fernández y yo comenzamos a "hacer periodismo", como reporteros, como cazanoticias, escribían, junto a Pablo, los poetas Jorge Reyes y Gonzalo Escudero -éste con el pseudónimo de "Nabuco Donoso R."- y el ensayista Jaime Chaves Granja.

Sus planes literarios a esas alturas, ya publicados "Un hombre muerto a puntapiés", "Débora" y "Vida del ahorcado", no nos son conocidos. Hay quienes dicen que había resuelto abandonar la literatura por la filosofía. No lo creo, pues publicó entonces un nuevo cuento, "Sierra". Esto, me parece, significa que continuaba su obra de creación. "Sierra", si no me equivoco, ensaya o inicia, como ustedes gusten, una nueva técnica. Sigue en ella su "Lirismo al revés", ese lirismo que a veces, como en "La rebelión de los árboles" de "Vida del ahorcado", consigue dominarlo, no obstante lo atento, lo vigilante que siempre está contra él. Recordemos su hermoso poema "As de diamantes", escrito en honor de una reina de belleza y publicado en "Claridad", precisamente la revista del "Teniente", del protagonista de la broma de Jorge Reyes. Pero es verdad que en esos años, que eran los últimos de su vida -¿quién podía creerlo?- sus principales preocupaciones no eran literarias. La política, la enseñanza universitaria y el bufete profesional se lo disputaban.

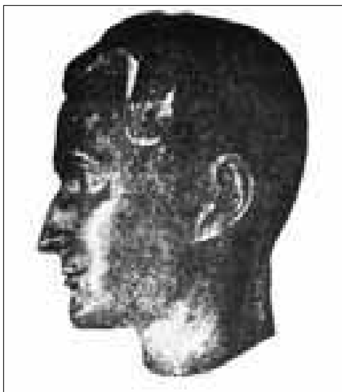
Carmen la esposa de Pablo



El General Enríquez, heredero de la dictadura de Páez, entregó el Poder a la Constituyente. Francisco Arízaga Luque la presidió. Antonio José Borja fue el Vicepresidente. Alfonso Mora Bowen, hoy Fiscal General de la Nación, fue elegido Primer Secretario, y Pablo Palacio, Segundo. Su primera acción, de acuerdo con Carlos Cueva Tamariz, que presidía la Comisión de la Mesa, fue nombrarme Prosecretario, para que trabajara con él. Yo, que tenía entonces veinte años, me sentí un potentado y el sueldo, ochocientos sucres, me pareció inmenso.

Aquí es necesario hablar de la salud de Pablo. Hasta entonces, la había tenido de hierro. De pronto, se quejó de trastornos estomacales. Se hizo una cura novedosa que culminó en una intoxicación. Fue a Salinas, a una temporada de reposo. Volvió bronceado, aparentemente rebosando salud. Pero le ocurrían cosas raras, que asombraban a sus amigos: fugas, amnesias repentinas, desaparición de palabras que le cortaban las frases, distracciones prolongadas, ausencias en las que la realidad circundante se le escamoteaba. Y nerviosidad, irritabilidad inmotivada, mucha intranquilidad, todo lo que jamás él había sido. Por aquellos años habíamos formado una cooperativa "de consumo y vivienda" la familia Kingman, Alfonso Cuesta y Cuesta, Jorge Mora y yo. Arrendábamos una casa entre todos y hacíamos vida de familia. Pablo se nos unió, sólo para la comida. Llegaba siempre rabiosamente puntual. Conversaba de mil cosas, hacía bromas, pero se distraía, se irritaba, y a veces se quedaba repitiendo, a media frase rota, una palabra en busca de la que seguía y que se le había fugado. Su agilidad mental, tan famosa como su ironía, iba desapareciendo. Muchas veces se le escapaba el significado de una palabra común y corriente y lo preguntaba. Creíamos que nos tomaba del pelo. Y, sobre todo, estaba muy irritable.

Cabeza de Pablo esculpida por Carmen.



A aquella casa iba mucho poeta, mucho pintor, toda la "fauna literaria y artística" de la hora: Augusto Sacoto Arias, Jorge Icaza, Carlos Ro-

dríguez, Humberto Mata Martínez, Jorge I. Guerrero, José Alfredo Llerena, Judith Cabezas, Germania Paz y Miño, Alfredo Chaves Granja, Ignacio Lasso, Humberto Vacas Gómez, Jaime Zambrano, Adolfo Sotomayor Febres Cordero, Diógenes Paredes, Luis Moscoso, Bolívar Mena, Atanasio Viteri, Pedro Jorge Vera, Leonardo Tejada, José Enrique Guerrero, Humberto Salvador, ¿cuántos más?, y naturalmente faltaban muebles. Se los suplía con una fantástica cantidad de almohadones. Recuerdo que después de comer, por las noches, Alfonso Cuesta y Cuesta gustaba pasearse incansablemente de uno a otro extremo del salón, con la cabeza baja, abstraído en sus pensamientos, mientras nosotros -los dos Kingman, Eduardo y Nicolás, su hermana Filomena, su cuñado Alberto Febres Cordero, Jorge Mora y yo, más los visitantes que hubiesen- charlábamos, discutíamos, mentíamos, nos peleábamos, recitábamos, en fin: una olla de grillos bastante ruidosa. Cuesta y Cuesta seguía paseándose, cada vez más rápido, y Pablo, silencioso, seguía sus pasos volteando violentamente su cabeza cada vez que Cuesta cambiaba de dirección, enrojeciéndose y bufando. De pronto, comenzaba a arrojarle almohadones al paso. Cuesta, cada vez más abstraído, con una precisión de saltador de cuerda, esquivaba los almohadones y seguía su paseo sin fin, sin prestar ninguna atención a las maniobras de Pablo, a su malhumor y a su silencio encendido. El drama se desarrollaba exclusivamente entre ellos, nosotros ni lo mirábamos, de tanto repetirse. Al final, Pablo explosionaba: se llevaba las manos a la cabeza, y salía dando un portazo y exclamando quién sabe qué cosas.

Este, por cierto, no era el impecable, el tranquilo, el correctísimo doctor Pablo Palacio de toda la vida. Algo grave pasaba en su interior.

A veces, recordaba su fino humor, su autodominio. Llegaba, en ocasiones, feliz con alguna invención, como un muchacho con un juguete nuevo. Anunciaba, por ejemplo, que había compuesta la obra maestra de la lírica joven y nos la recitaba:

Con una cara y una col
se puede hacer un caracol.

Y así, continuaba la vida... para Pablo, avanzando hacia un oscuro crepúsculo encendido, cruelmente prematuro.

Elegido Secretario de la Constituyente, yo, su ayudante

inmediato, comencé a notar increíbles fallas en su trabajo. Se distraía en el curso de las sesiones, hasta el extremo de hacérsele imposible captar las mociones formuladas por los diputados en la discusión. Finalmente, me hice cargo de esa tarea. A veces, trastocaba palabras y los legisladores achacaban el clamoroso resultado a "maldad" de Pablo. Tal, por ejemplo, cuando, anunciando el resultado de una votación, dijo: "Por el Honorable Fulano de Tal, sesenta votos. Por el Honorable Zutano de Cual, cuarenta centavos". Yo sabía que ninguna intención malévola había en él, sino que un demonio maligno se había instalado en su cerebro y le cambiaba palabras en el momento preciso. Y tan era así, que cuando oía la risa general y las protestas tan furiosas como inevitables, mostraba una sorpresa profunda. "¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Por qué tanto cacareo?", me preguntaba. Finalmente me hice también cargo de esa otra parte de la tarea.

Pero su famoso humor no decaía, solamente que ahora se manifestaba a largos trechos. Por ejemplo, cuando entraba un personaje de la Asamblea, al que sin mayor motivo le había tomado aguda antipatía, recitaba, siempre, siempre, a media voz estos versos de Manuel Agustín Aguirre: "¡Oh, gran chinche rosado!" Y en verdad, era increíble lo que el hombre se parecía a una gran chinche rosada.

Recepción ofrecida por el presidente Isidro Ayora.



La leyenda de su "maldad", ¡cuan falsa era! Esa facultad innata para el chiste agudísimo, para la respuesta o la observación transidas de una ironía afilada para producir lo auténticamente cómico -diciendo lo absolutamente inesperado, rompiendo el equilibrio de la reunión del diálogo, ahogando el tema en carcajadas incontenibles y empujándolo violentamente todo a la chacota- había desarrollado la leyenda. Pero todo eso era en él espontáneo y nacía de una actitud defensiva ante la vida, que tan malvada había sido con él en sus comienzos. Al fin, por el camino del humor le había tomado la brida y ahora él la conducía. Con su humor estaba abroquelado contra todo mal y era el jinete, el que mandaba la partida... hasta que cayó sobre él el rayo. Bajo esta capa de humor, por otra parte siempre amable y cortés en la actitud, una inagotable fuente de bondad brotaba de su alma. Era incapaz de negar ayuda, tal vez porque él había encontrado muy poca en su vida. Muchachos sin dinero, José Alfredo Llerena y yo recurríamos con frecuencia a él y le "sacábamos garantías", para hacer compras a plazo. Así, con garantía suya, adquirí mi único traje de paño inglés, que destiné a enamorar -para "los días del amor". Así compró Llerena su famoso impermeable en "Le Chic Parisien", que luego resultó ser una excepcional variedad de atrapamoscas y atrapapoetas. Quien lo usaba, si se sentaba puesto de él se quedaba pegado en las sillas y, sin duda alguna, si una mosca se posaba en su "revenida" superficie, allí acababa su vida. Pablo nunca se negaba, ni lo intentaba siquiera.

Y su bondad, para las grandes cosas, ¡cuan poderosa, cuan incontenible era! Recuerdo cuando Joaquín Gallegos Lara resolvió casarse con una jovencita inteligente, que escribía muy bien. Pablo se aterró y juzgó que era indispensable intervenir. Fue una noche a casa de Joaquín y le habló con el corazón en la mano. Nunca he oído nada más terrible, jamás he visto hombres en trance tan difícil. Pablo mostró allí hasta donde un buen corazón puede llevar la crueldad de la bondad. Le dijo a Joaquín que un hombre de su inteligencia y de su formación ideológica, debía conocerse y comprender que no había nacido para amar, que si una muchacha se casaba con él, sería llevada por una mezcla de apasionada admiración intelectual, intensa compasión humana y juvenil, novelero deseo de sentirse a sí misma como una heroína, que pasaría a la historia co-

mo la que se sacrificó por el gran escritor inválido. Le dijo que se mirara a sí mismo con ojos de extraño y que dijese si podía inspirar amor, verdadero amor humano, a una mujer. Le dijo que la compasión, la admiración, el deseo infantil de sentirse admirada por un hecho heroico, emociones que llevaban a esa muchacha a casarse eran emociones auténticas, sinceramente sentidas, pero cuya duración sería muy corta. Un hombre, dijo, jamás debe consentir que nadie, menos una mujer, se sacrifique por él.

(Cuando lo fulminó el rayo, viendo a Carmita Palacios sacrificar por él toda su vida de flor, de maravillosa flor, yo recordé esas palabras terribles. Está claro que Carmita no se casó con él por una confluencia de encontradas emociones de corta duración, sino completamente por amor, por un inmenso, inagotable amor. Y está claro también que él no era como Joaquín... sino que sobre él había caído el rayo, sin matarlo del todo. Pablo jamás consintió que Carmita se sacrificara por él: cuando ello ocurrió, su facultad de consentimiento, como todas las demás facultades, había naufragado en el oscuro y ardiente mar de la locura.)

Pablo razonó largamente, ante el silencio y los ojos obstinados de Joaquín. "Estoy procediendo, le decía, con la crueldad de un cirujano antes de la invención de la anestesia, pero creo que es necesario para salvar la integridad de su espíritu, Joaquín, para salvar la gran obra de creación que usted está obligado a cumplir, esa obra que justificará su vi-

Ángel Felicísimo Rojas, Carlos Manuel Espinoza, Pablo Palacio, Julio Isaac Espinoza, Eduardo Mora Moreno, Servio Vélez, Aurelio Jaramillo.



da tan ardua, tan lastimada". Trato de reconstruir las ideas de ese diálogo tremendo, no sus palabras precisas, que el tiempo ha esfumado. Pablo no tenía mi vocabulario, ni Joaquín tampoco, pero creo que estoy reconstruyendo las ideas con mucha fidelidad. Le dijo que bien se le alcanzaba cuán hondamente debían dolerle sus palabras, pero que esperaba de su gran inteligencia la comprensión de cuán indispensable era que alguien las pronunciara, si es que se quería salvar la vida de Joaquín de un descalabro espantoso. "Todos piensan lo mismo, pero nadie se atreve a decírselo... Alguien debe hacerlo, me he arriesgado a ser yo".

Pablo luchaba, bregando como un misionero. Al final, Joaquín lo despidió diciéndole que su vida era cosa exclusivamente suya y que él sabía lo que iba a hacer con ella. Pablo se dio por derrotado y le pidió a Joaquín que estrechara por última vez su mano, ya que bien sabía que tras tan brava escena, no volvería a compartir su amistad. Joaquín, con el corazón saliéndosele por la boca, emocionado hasta la esencia de su alma, estrechó en silencio esa mano leal. Nunca más se volvieron a ver estos hombres excepcionales, cumbres del alma ecuatoriana, signados por un destino atroz, condenados a la tragedia más extremada.

El Presidente Aurelio Mosquera Narváez disolvió la Asamblea Constituyente de la que Pablo Palacio era Secretario y la mayoría de los legisladores -entre ellos el novelista Alfredo Pareja Diezcanseco- fueron llevados al Penal García Moreno. Allí, Pareja escribió su novela "Hombres sin tiempo", que dedicó a Neftalí Oleas, el director de la prisión. Pablo hizo entonces prodigios de valor personal. Cuando el cuerpo legislativo, prófugo del palacio, estaba refugiado en una casa de La Magdalena, al amparo inseguro del Regimiento Yaguachi, Pablo, acompañado a veces por Alfonso Cuesta y Cuesta a veces por Jorge I. Guerrero o por mí, rompió repetidas veces las líneas de soldados que guardaban esa "isla constitucional" y que tenían orden de disparar contra quien furtivamente quisiera atravesarlas, para evitar un enlace entre los diputados que la habitaban y los que se hallaban refugiados en diversos lugares de la ciudad. La serenidad inconmovible de Pablo, en la noche profunda, cuando nos arrastrábamos por quebradas y laderas para llegar a "la isla", o cuando procediendo como espías de película nos deslizábamos a los escondites de los diputados en la ciudad, esquivando a la policía secreta, para

hacer firmar la ley de destitución del Presidente, era una serenidad plena, admirable, jamás turbada. A veces se me paralizaba la sangre, a la vista de un policía inoportuno, y volvía a la calma al ver como Pablo, como si tal cosa, con las manos en los bolsillos, hacía un chiste y soltaba su famosa risa de "potrillo tierno", de la que él mismo tanta chacota hacía.

Llego así al final de mi coexistencia terrestre con Pablo Palacio.

Ahora, hablemos algo de su vida sentimental. Pablo había nacido de una dama de la alta clase lojana. Su familia, la familia Palacio, la única que tuvo, es una ilustre familia de origen español, con escudo de nobleza y su sangre se halla cruzada con las más linajudas del país. Aclaremos que esta rama de la ilustre familia se había empobrecido. Pablo nació en las condiciones más desfavorables y su madre murió cuando él era todavía muy niño. Cuidó de él principalmente su tío don José Ángel Palacio, buen cristiano, hombre sin muchas letras, que alcanzó a tener una gran fortuna y que al morir la legó a instituciones de enseñanza. Siempre fue un misterio el por qué no hubo en su testamento un legado para los hijos de Pablo -el viejo tío lo sobrevivió-. Tal vez el hecho de que Pablo no fuese religioso, o el que fuese un socia-

Portada y Sumario del primer número de la revista Bloque publicada en enero de 1935

lista, actuó negativamente sobre la mente sencilla del buen señor.

Pablo no tenía de Loja ningún recuerdo positivo. Hay que leer esa carta suya a Carlos Manuel Espinosa: "Ruéguele a Dios, Carlos -ustedes que le tienen allá cerca-, que nunca permita que me vea obligado a regresar a mi pueblo. Caramba, cuando me pongo a pensar que eso tiene visos de posibilidad, soy capaz hasta de echar una lagrimita!". Esa carta, que dice eso solamente, sin explicación alguna, es una explosión esencial del alma de Pablo, es su repudio total a la ciudad que fuera el triste escenario de su infancia. En muchos tramos de su obra, en especial en "Vida del ahorcado", que es autobiográfica y lírica, está también latiendo ese horror por la infancia y su escenario -ese horror por "su pueblo"-. Desde que Pablo viajó a Quito, Loja dejó de existir para él. Nadie podrá reprochárselo. Desde luego, nunca volvió a ella. Jamás intentó establecer relación con su familia, la familia Palacio, la única que tuvo. A su padre le negó consentimiento, cuando se lo pidió, para darle su apellido. Y con él y sus hermanos nunca tuvo contacto alguno. Dudo, inclusive, que conociera personalmente a estas personas. Era un hombre sin amarras familiares.

Pero no era amargo, como bien podría haberlo sido, con tal infancia a cuestas. Al contrario. Era incisivo, nítido, pero no amargo. Era intensamente cordial. Pulcro, bien vestido, con sobria elegancia de gustos y maneras. Delgado, fuerte, de cara perfilada, muy blanco, con pecas y el cabello rojizo y ondulado. La sonrisa siempre en los labios delgados y en los ojillos de agudísimo mirar, burlones, y en la cabeza, que se movía como si compadeciera a los demás por su inmensa tontera. Y, de pronto, el estallido de su risa de potrillo tierno, como él mismo la describiera. Las mujeres se sentían intensamente atraídas por él. Hermosas mujeres quiteñas pasaron por su vida. Finalmente, se llevó a la que era entonces la reina del mundo intelectual capitalino: Carmita Palacios, "escultora y escultura", como la describió José de la Cuadra. Es interesante la silueta que de ella escribió el gran cuentista guayaquileño y que está en las páginas 847-851 de sus Obras Completas, publicadas por esta misma editorial. Allí podrá saber el lector cuán bella era y cuantos sutiles y nobles atributos tenía. Era hija de un ex-Ministro de Defensa, liberal, y había nacido en Esmeraldas. Estudió escultura en la Escuela Nacional de Bellas Artes y arte dramático en el Conser-

vatorio Nacional de Quito. Hermosa mujer, artista de calidad, la cantaron casi todos los poetas de entonces. Es excepcional el poema que le escribió Raúl Andrade. En los días de la miseria, después de que Pablo enloqueció, la escultura y el radioteatro fueron su fuente de vida.

Pablo se ganó el corazón de la hermosa. Pero, para sorpresa general, iba postergando siempre la fecha de su matrimonio. Reservado en lo que atañía a su vida íntima, no conversaba de ella ni aun con quienes, como nosotros, en casa de doña Rosita Riofrío, compartíamos con él una vida familiar. Pero en cierta ocasión, tras un largo período de descanso en la costa, regresó con gesto de quien llega, al fin, a puerto y se casó. Tuvo el hogar que nunca había conocido. Le nacieron dos niños. Carmita dejó de ser la muñeca de que habla Raúl Andrade en su poema. Abandonó su arte y sus aficiones teatrales, dejó de alegrar los actos literarios con su clara belleza y se consagró a su hogar. Construyeron una hermosa casa en el norte de la ciudad y la llenaron de libros, de obras de arte, de cosas bellas. El camino aparecía despejado, claro. Una espléndida vida esperaba...

Y de pronto, como un rayo en día despejado, la locura apareció, súbita, y empapó en una noche enrojecida la

Carmen Palacios y sus compañeros en un taller de escultura.



mente privilegiada de Pablo. Lucharon contra ella los mejores especialistas. Julio Endara, Jorge Escudero, Carlos Ayala Cabanilla agotaron su ciencia por salvar a Pablo: nada fue logrado. Transcurrieron años. Carmita Palacios fue vendiendo cuanto tenía: la casa, la biblioteca, los muebles, todo. Se instalaron en Guayaquil. Pablo fue llevado a una casa de salud. Carmita trabajó denodadamente, para sostenerlo y sostener su pequeña familia. Daba clases, actuaba en el teatro radiofónico, hacía esculturas y dibujo comercial. Su claro talento, que ella quiso consagrar a la hermosa profesión de esposa y madre, esposa de un escritor genial y madre de sus hijos, y ama de un bello hogar, servía ahora para "haber mantenencia" y para las exigencias de la costosa atención al incurable. Al escombro del extraordinario hombre que ella amó.

Yo no vi nada de eso. Me fui de Quito a mi pueblo -el mismo pueblo de Pablo, para mí muy amado porque en él tuve infancia y juventud llenas de amor- y allá supe las espantosas noticias. Cuando regresé a Quito, a instalarme definitivamente, tras cinco años de ausencia, faltaban dos de mis más caros amigos: Ignacio Lasso, el más fino poeta de mi generación, había muerto súbitamente de un ataque cardíaco, y Pablo estaba en Guayaquil, en una casa de salud, presa de la locura, esperando, hundido en una niebla ardiente, rodeado de las ruinas de su alma, que la muerte se volviera piadosa y se acordara de él... Demoró años en hacerlo y cuando vino, por fin, a buscarlo, el trabajo excesivo, la soledad agotadora, la vida triste habían minado la vida de Carmita. La belleza de antaño, que era como un manojo llameante de trigo dorado bajo el sol del mediodía, se había trocado en la austera y fría belleza de una madona atardecida a fuerza de dolores.

Yo, lo confieso, nunca tuve valor para ver a Pablo en su noche sin término. Había amado demasiado su inteligencia, la más lúcida, la más penetrante, la más espléndida que haya habido en este país a la altura de los años treintas. El admirable espectáculo de esa inteligencia no podía ser cambiado por el de su ruina: no tuve el valor necesario para ello. Alguien, que lo visitó, me dijo que su rostro, más afilado que nunca, se hallaba enmarcado por una barba rojiza y descuidada, y que en sus ojos brillaba un fuego insano, que ya no era de este mundo. Apenas conocía a sus viejos amigos, sufría frecuentes arrebatos alternados por grandes ráfagas de

abulia total, de ausencia total del alma. ¡Y la malvada muerte, que no venía! Yo no tuve ánimos de mirar aquello.

Siempre viene a mi memoria, derramando angustia, eso tan espantoso que ocurrió con Pablo Palacio. Es una de las varias imágenes de horror que me acompañan por la vida. Al leer su obra, se ve como muchas de sus páginas están, trémulas, sacudidas por el miedo a la locura. No el miedo a la muerte, que hace tiritar millares de páginas de los más diversos escritores. Pablo no pensaba en la muerte, pensaba en la locura. Un triste destino persiguió a algunos de sus más cercanos amigos. César Alberto Bermeo murió en esa forma asfixiante y solitaria que él describe en “Vida del ahorcado”. Juventino Arias fue invadido por la locura y cuando consiguió un retorno a la razón se pegó un tiro. ¿Prevenciones? ¿Avisos? Lo que es indudable es que él dudó de su salud para el porvenir: las veces que postergó su matrimonio lo prueban. Pero un día llegó a la conclusión de que todo peligro había pasado. Inmensamente responsable, como lo prueba su cruel bondad con Joaquín Gallegos en la memorable ocasión de la que fui testigo, no podía exponer a quien más quería a la desolada, a la monstruosa tragedia que deseaba el destino.

Al aniquilar la más lúcida inteligencia de mi patria, el destino se mostró, como nunca, brutal. Una inmensa pata de caballo pisoteando la más delicada flor.

Jorge Enrique Adoum, que no conoció a Pablo, encargado de esta edición por Benjamín Carrión, ha tenido la feliz iniciativa de reunir lo poco que dijo la crítica sobre su obra. Crítica casi toda de gente muy cercana a Pablo. En ella hay algunas discusiones. Se habla, inclusive, de posibles influencias de Kafka y de Fedin. Yo las niego. Pablo creó su extraña, singular, magnífica obra a solas consigo mismo. Trató a la realidad como creía que debía ser tratada. Miró las cosas con sus propios ojos. Su litera-

Carmen la escultora



tura surgió de sí mismo, de su infancia desolada, de su oculto temor al porvenir, de su inteligencia lúcida, del don de originalidad que había recibido en la cuna. Si hay coincidencia en enfoques con Kafka o con Fedin, si los hay, procederán de que esos escritores vieron las cosas del mismo ángulo que él. Sería un caso de afinidad de situaciones o afinidad de espíritus. El genial humorista ecuatoriano nada les debe, porque nada recibió de ellos.

Es curioso ver como los comunistas se revuelven contra él, desalentados al comprobar como su prosa única, su arquitectura singular, su "lirismo ahorcado", no pueden usarse en propósitos de "denuncia social" ni de "realismo socialista". Pablo era socialista, honda, profunda, honrada, insobornablemente socialista, pero su creación literaria estuvo siempre lejos de todo propósito impuro de propaganda. El genial escritor no tenía por qué ir a preguntar a la secretaría de propaganda del partido cómo debía escribir sus cuentos, sus novelas. Inteligencia infinitamente libre, la del gran escritor no admite pautas ni reglas, ni escribe para que de su obra se sirva partido alguno. La suya es una visión descarnada, aguda, desolada, de la humanidad y en el fondo de ella, despistando a los poco avispados, hay una sincera simpatía por el infinitamente desvalido: el ser humano, que cuando se acercan las grandes, las inmensas tragedias, la soledad, la miseria, la enfermedad, ¡la locura!, no tiene a quien volver los ojos y debe consumirse solo, como una vela que arde a lo largo de la noche silenciosa. Bien sabía él que cuando llega la adversidad esencial, la locura, el hombre vuelve a ser ese Segismundo inacompañable, que gime en el fondo de la noche, en una cueva oscura, "de prisiones cargado / y sólo de una luz acompañado". Esa luz, la luz de la vida, que pugna por extinguirse, y a la cual, impiadosa, hace durar una muerte amnésica, que ha olvidado la presa a medio abatir, que ha descuidado su obra, ya tan adelantada.

Busto del Papa Juan XXIII realizado por Carmen Palacios.



Este libro contiene casi toda su obra literaria accesible. Quedan inalcanzados algunos cuentos suyos de juventud, perdidos en revistas de tirada mínima, y algunas crónicas suyas, publicadas sin firma en diarios y revistas de la época. No se ha podido llegar a obtener su novela "Rumiantes a la sombra", tal vez ni la escribió siquiera. Ya hemos contado como se perdió irremediablemente su novela "Ojeras de virgen". Falta, para mostrar la compleja brillantez de su espíritu, reunir sus obras filosóficas, políticas y jurídicas. Esa recopilación, que mostraría su amplísima cultura, su patriotismo, su fe socialista democrática, su positivo aporte a la vida nacional, todo eso que la ardiente ceguera comunista de Joaquín Gallegos Lara niega ... se hará alguna vez. Entonces tendremos, definitivamente completa, la grande obra de Pablo Palacio.

Estas líneas se concluyen rogando al lector poner especial cuidado en ese espantoso cuento titulado "Luz lateral", donde hay un extremecimiento esencial, un temor infinito al porvenir. No queda ya sino repetir la exacta descripción de su fin, que Pablo Palacio hizo al terminar su novela "Vida del ahorcado": "Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla... Después se le subió el corazón a la garganta y ahí permaneció, se diría anudado. Fijo. Persistente"

Así permaneció por años, en soledad inacompañable y sin remedio, hasta que vino por él la muerte, que lo había olvidado.

…. ME ENCONTRÉ MISTERIOSAMENTE CON UN LEGAJO DE ESCRITOS…*

GUSTAVO SALAZAR
COMPILADOR

* Del cuento *Una carta, un hombre y algunas cosas más.*

LIMINAR

A mi querido amigo Efraín Villacís quien es capaz de llevar a feliz término cualquier empresa utópica.

Hoy, difícilmente se podría aportar alguna novedad acerca de Pablo Palacio, teniendo en cuenta, desde el inicio, aquel ensayo clarificador –y consagratorio- que le dedicara Benjamín Carrión en 1930. Aunque, lamentablemente, sus continuadores lo han tomado al pie de la letra, descuidando que la anécdota, acerca de la caída del infante Palacio en el río, no pasa de ser un recurso literario, se olvidan de que esa aproximación –con todo lo "impresionista" que sea- es exacta, ya que al hacer el análisis de dos de las tres obras –hasta esa fecha publicadas por el narrador lojano-, precisa las virtudes, de paso realiza una suerte de poética del humor y, a la vez, plantea las limitaciones que conllevaría el insistir en tal recurso literario y no permitirse explorar otras vertientes.

Como es de todos conocido, cada cierto tiempo se fueron ocupando de la obra palaciana. Desde realizar una edición de toda su producción, hasta la publicación de textos dispersos que fueron apareciendo en distintos periódicos y revistas. Algunos miembros de su generación realizaron siluetas más o menos emotivas, pero lograron dar un perfil bastante grato del escritor, lo que a su vez contribuyó a fraguar una serie de mitos alrededor suyo. Finalmente el esfuerzo lúcido de la estudiosa madrileña María del Carmen Fernández en 1991 -que lamentablemente provocó más de un resquemor en algún nacionalista a ultranza de nuestro país-, quien contribuyó, además de su exhaustivo análisis, con documentos exactos, entre ellos la partida de nacimiento y varios textos desconocidos de Palacio.

Nuestro objetivo con este trabajo es difundir algún material que en estos últimos años ha ido apareciendo: documentos y textos relacionados con Palacio.

En una breve estancia en Loja tuve oportunidad de hallar el relato *"Una carta, un hombre y algunas cosas más"*, aparecido en 1924, eslabón que delimita la producción literaria publicada en Loja hasta antes de su llegada a Quito, y la que aparecería posteriormente en revistas, que luego recogería en volumen en 1927 *Un hombre muerto a puntapiés*. Este relato se lo facilité al catedrático Wilfrido H. Corral, reconocido difusor de la obra palaciana, quien lo ha publicado en dos trabajos suyos, sin embargo en ambas la disposición en la impresión es inexacta, creo que aquí lo subsanamos.

Para evidenciar la recepción crítica que se dio al aparecimiento de su libro de cuentos publicamos una reseña preparada por Gonzalo Zaldumbide, el exquisito prosista radicado en París, asiduo colaborador en varias revistas francesas, en donde opinó sobre diversos autores ecuatorianos: Benjamín Carrión, Juan Montalvo, Isaac J. Barrera, Remigio Crespo Toral, Jorge Fernández, Aurora Estrada y Ayala y Medardo Ángel Silva.

A continuación viene una valoración a *Débora*, poco difundida, de su compañero de generación, el extraordinario poeta Gonzalo Escudero; después una reseña preparada por Isaac J. Barrera sobre *Vida del ahorcado* (1932), cuya frase final es una visión definitiva: "Los libros de Palacio tendrán poca fortuna entre las multitudes", con el tiempo y ya en su Historia de la Literatura Ecuatoriana realizará una aproximación más englobadora. Concluimos este apartado con la opinión aparecida en 1934, del destacado hispanista francés de marcada tendencia izquierdista Georges Pillement.

En el siguiente apartado, denominado Documentos, reproducimos un oficio firmado por Pablo Palacio, Secretario del Consejo Provincial de Pichincha, remitido en 1932 al escritor quiteño César E. Arroyo, de éste tomamos la firma para la cubierta del presente trabajo; se añade también el "Veredicto del jurado calificador de la exposición "Mariano Aguilera" (1936), puesto que uno de los firmantes fue Palacio. Aquí consideran que la obra que reúne méritos suficientes para ser premiada es "*El carbonero*" de Eduardo Kingman, premio que debemos considerar un acto de justicia, porque el artista presentó la misma obra el año anterior y el jurado de aquel entonces declaró desierto el concurso.

Igualmente el informe aprobando su Tesis Doctoral *Del pago en la letra de cambio*, y la recomendación de publicación en la revista *Anales* de la Universidad Central.

Creo de gran importancia recoger aquí las pocas cartas que se conservan del narrador lojano, publicamos doce misivas remitidas a Benjamín Carrión entre 1925 y 1931, que ya aparecieron, hace una década, en Correspondencia I: Cartas a Benjamín, selección y notas de Gustavo Salazar, prólogo de Jorge Enrique Adoum, Quito, Municipio Metropolitano/ Centro Cultural Benjamín Carrión, 1995, pp. 135-152. Valiosos documentos que permiten aproximarnos al ciudadano Palacio, un personaje que no deja de bromear, incluso al dirigirse a su amigo diplomático, a quien unía una relación de antaño; o las enviadas a su maestro y amigo Carlos Manuel Espinosa y, finalmente, la única carta que se conoce dirigida a Palacio, se trata de la que le escribiera, Mariano Picón

Salas, en una hoja de hace ciento cincuenta años, desprendida de algún libro antiguo. En todas éstas se palpa el respeto intelectual, ese exquisito e incisivo humor de que hace gala en su obra el creador de *El antropófago*.

En el apartado de cartas hemos considerado conveniente reproducir la caricatura –aludida en la carta seis- elaborada a plumilla por Guillermo Latorre que, a instancias de Carrión, Palacio solicitó en 1930 al artista para publicarla, junto al estudio de la obra palaciana que realizó el autor de *Mapa de América* en una revista madrileña, cosa que nunca sucedió, asimismo recogemos el grabado elaborado a partir de la plumilla, que el propio artista hizo en 1936 y que sí se publicó en 1945, en la revista quiteña Letras del Ecuador.

Por otro lado creemos esencial la publicación del texto original, sobre *Vida del ahorcado*, de Joaquín Gallegos Lara en una nota a pie de página, ya que está ligada a la opinión, acerca del tema, que Palacio vierte en su carta a Espinosa, a la vez que ello nos permite subsanar dos errores que a lo largo de varias décadas se ha mantenido en varios trabajos sobre Palacio, a saber: En la primera línea del cuarto párrafo se ha citado permanentemente en vez de una palabra puntos suspensivos entre corchetes, la palabra faltante es *recias*, la línea dice así "Pablo Palacio con unas *recias* cualidades de satírico-socialista utilizadas en su primer libro *Un hombre muerto a puntapiés* (1927)" (destaco en negrita la enmienda); y la fecha de la publicación de estos documentos: el artículo del autor de *Las cruces sobre el agua* fue publicado el 11 de noviembre de 1932, es decir a poco de salir *Vida del ahorcado*, y no en 1933 como consta en varias bibliografías e investigaciones, igualmente la carta de Palacio a Espinosa es del 5 de enero de 1933, y no de 1934 como se ha difundido permanentemente.

Palacio es un autor con quien me he encontrado en diversas ocasiones, desde 1991 cuando estuve a cargo de la biblioteca y archivo de Benjamín Carrión y hallé las cartas del autor de *Débora* al ensayista lojano, incluyendo la caricatura autografiada por Latorre; años después los comentarios de Zaldumbide, Escudero, Pillement y Barrera a la obra de Palacio; antes de mi partida para Madrid, el señor Pablo Palacio Palacios, tuvo la gentileza de mostrarme la carta original de Picón Salas dirigida a su padre, además de darme plena autorización para publicar el cuento que localicé en Loja, y que por esas casualidades de la vida apareció a los pocos días de circular la edición de las *Obras completas de Palacio* publicadas por la UNESCO en el 2000.

Hasta que enfrascado en una investigación acerca de la vida y obra del escritor César E. Arroyo, en el año 2001, en Madrid, en casa de los herederos del escritor quiteño encontré un documento oficial firmado por Palacio cuando era Secretario del Consejo Provincial de Pichincha.

Quito, 28 de agosto de 2006.

UNA CARTA, UN HOMBRE Y ALGUNAS COSAS MÁS



Facsimil de la revista *Iris*; año 1, No. 1, Loja 1 junio de 1924. pp. 2, 6, 7. El cuento esta publicado en las pp. 147 a la 151 de este libro.

OPINIONES ACERCA DE LA OBRA DE PALACIO

DE GONZALO ZALDUMBIDE

Facsímiles de la cubierta del número de la Revue de l'Amérique Latine, y de las páginas con los textos de Zaldumbide que reproducimos a continuación.

REVUE
DE
L'AMERIQVE LATINE

SOMMAIRE

"Treinta poemas de mi tierra, par Jorge Reyes (Quito, 1927)" en: *Revue de l'Amerique Latine.* año 6. t. 14. n. 67. Paris. 1 jul. 1927. pp. 82-83.

"*Un hombre muerto a puntapies*, par Pablo Palacios[sic] (Quito, 1927)" en: *Revue de l'Amerique Latine*. año 6. t. 14. n. 67. Paris. 1 jul. 1927. p. 83.

TRANSCRIPCIÓN

Treinta poemas de mi tierra, por Jorge Reyes (Quito, 1927)

Trente poèmes, trente eaux-fortes d'un dessin acide et prenant, petit suite moderne d'images saugrenues qui frappent par leur justesse à rebrousse-poil et leur drôlerie à froid. Tout à coup quelque jet lyrique presque ému, presque sincère, qui irise et rafratchit de son miroitement l'humour volontairement prosaïque de la fantaisie.

C'est le début d'un jeune talent original et fort auquel parait bien convenir l'allure désarticulée d'un certain cubisme déjà aisé et courant en Amé[ri]que. La truculence saccadée, le grincement électrique de ses vers en zig-zag dénotent une certaine adresse naturelle dans l'extravagance, qui ne dépasse jamais la limite au delá de laquelle il n'y a plus que non-sens arbitraire et facile.

Il y a chez ce poète une verdeur souriante, un détachement ironique qui font parade de jeunesse. Attendons-le à son second livre, déjà annoncé. La vocation littéraire s`épuise si souvent en Amérique avant l'effort conscient et decisif, qu'il est prudent de ne pas pronostiquer avec assurance. Ce n'est pas le talent qui manquera jamais à ce jeune homme s'il veut s'astreindre à des disciplines moins volages. Mais souvent les meilleurs se taisent sans raison. Pourquoi, par exemple, Miguel Ángel León no continue-t-il pas son crescendo qui s'annonçait si magnifique d'ampleur et d'accent si pur?

Gonzalo Zaldumbide.

Un hombre muerto a puntapiés, par Pablo Palacios[sic] (Quito, 1927).

Cette nouvelle manière d'écrire que nous signalons dans la note ci-dessus, se développe avec entrain dans les milieux artistiques et littéraires de Quito et produit déjà

des oeuvres inattendues, telle cet Homme mort à coups de pied, où M. Pablo Palacios [SIC], jeune écrivain de talent, pousse jusqu'à l'absurde volontaire ce goût de l'excentrique. Il manque cependant de logique dans l'absurde et sa prolixité parfois inutile contraste avec le sommaire de l'invention paradoxale. Mais il y a en lui une force et des dons. Retenons ces promesses.

Gonzalo Zaldumbide.

TRADUCCIÓN

Treinta poemas de mi tierra, por Jorge Reyes

Treinta poemas, treinta aguafuertes de un dibujo ácido y convincente, que atrapa, pequeña serie moderna de imágenes raras que sorprenden por su exactitud, en contra y a pesar de sí misma, y su fría ironía. De pronto algún chorro lírico casi emotivo, casi sincero irradia y refresca su espejeo, sus impresiones, sus visiones de humor voluntariamente prosaico de la fantasía.

Es el inicio de un talento original y fuerte, al cual parece convenir la apariencia desarticulada de cierto cubismo ya ampliamente adoptado en América. La truculencia tajante, el rechinar eléctrico de estos versos en zig-zag, denotan una habilidad natural en la extravagancia, que no traspasa nunca el límite más allá del cual no queda sino un sinsentido arbitrario y fácil.

Hay en este poeta un verdor sonriente, un desprendimiento irónico que hace alarde de juventud. Espéremosle en su segundo libro ya anunciado. La vocación literaria se agota tan frecuentemente en América ante el esfuerzo consciente y decisivo que es prudente no anticipar pronósticos. No será jamás el talento lo que le falle a este joven, si quisiera sujetarse a disciplinas menos volátiles. Pero muy a menudo los mejores callan sin razón. ¿Por qué, por ejemplo, Miguel Ángel León, no continuó su "crescendo" que se anunciaba de tamaña amplitud y de tan puro acento?

Un hombre muerto a puntapiés, por Pablo Palacio

Esta nueva manera de escribir que señalamos en la nota anterior, se desarrolla con entusiasmo en los medios artísticos y literarios de Quito y produce ya obras inesperadas tales como Un hombre muerto a puntapiés, en el cual el señor Pablo Palacio[SIC], joven y talentoso escritor, lleva expresamente hasta el absurdo este gusto por lo excéntrico. Sin embargo le falta lógica en lo absurdo y su prolijidad a veces inútil contrasta con lo somero de la invención paradójica, Mas hay en él fuerza y dotes naturales. Tengamos presente estas promesas.

(Traducción libre realizada por Celia Zaldumbide)

DE GONZALO ESCUDERO (*)

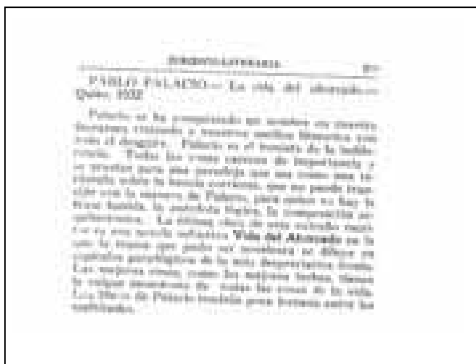
"El hombre que compró el infierno…*Débora*" novela, por Pablo Palacio.

Se llama *Débora*. Y está tratada como una novela. ¿Novela? No. Y sí. Novela con simetría de episodios, con héroes y heroínas, nunca. Novela con seísmos, cataclismos mentales, ducha de agua helada, torturas de San Bartolomé, jardines de suplicio, infiernos verdes y humanidad, mucha humanidad, absolutamente. Al leer sus páginas, hemos creído recorrer las celdas herméticas de una casa de orates. Porque Pablo Palacio es un honrado psicópata que quiere convertirse en psiquiatra. Mercader endomingado de almas, no sabe que su alma es un pábulo que arde en azufre. Porque Palacio ha alquilado un coqueto departamento del "bording house" que Satanás arrienda a los chiquillos irreverentes. Es uno de los pocos mortales que ha comprado su inmortalidad de fuego con los denarios de la literatura. Advertimos a todos los parroquianos de todas las urbes del mundo que no extiendan su mano a este corchete del demonio. Porque su mano arde. Y día llegará, en que su aparición entre los hombres, será como la voz trepidante que se oye desde los altos mástiles en las naves trasatlánticas, cuando las calderas han estallado y el naufragio es inminente: ¡Sálvese quien pueda!

(Aquí ladra Jeremías, escupe Ducasse o eructa Jean Richepin).

Mientras viva, yo le destinara a la complicidad con Satanás a una vivienda: la casa Usher de Edgardo Poe.

(*) Tomado de El Día, Quito, 30 de octubre de 1927.



DE ISAAC J. BARRERA

PABLO PALACIO.- *La vida del ahorcado.*- Quito. 1932. *

Palacio se ha conquistado un nombre en nuestra literatura tratando a nuestros medios literarios con todo el desgaire. Palacio es el ironista de la indiferencia. Todas las cosas carecen de importancia y se prestan para una paradoja que sea como una tarántula sobre la beocia corriente, que no puede transigir con la manera de Palacio, para quien no hay la frase lamida, la anécdota lógica, la composición arquitectónica. La última obra de este extraño escritor es una novela subjetiva *Vida del ahorcado* en la que la trama que pudo ser novelesca se diluye en capítulos paradójicos de la más despreciativa ironía. Las mejores cosas, como las mejores fechas, tienen la vulgar monotonía de todas las cosas de la vida. Los libros de Palacio tendrán poca fortuna entre las multitudes.

* *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria,* Nueva Serie, Tomo 42, núm. 131, Quito, ene.-dic. 1932, p. 211.

DE GEORGES PILLEMENT (*)

Pablo Palacio, que ha escrito varios libros de cuentos de una técnica muy moderna y muy curiosa, nos da un nuevo libro: Vida del ahorcado donde encontramos las mismas cualidades de análisis, de psicología aguda, enfermiza y, también, esa especie de superrealismo que nos parece tan ficticia cuando nos viene de Quito. Parece que los escritores ecuatorianos no tienen derecho a ser superrealistas, que no hacen más que imitar, aun sinceramente, modas literarias que no pueden convenirles. Se puede ser superrealista en París, pero ¿puede sérselo cuando se lleva una vida apacible y campesina? Esperamos otros libros de Pablo Palacio. ¡La joven literatura ecuatoriana tiene todavía tantas cosas que decir!

* *Tomado de: "El movimiento literario en el Ecuador",* en *El Telégrafo,* Guayaquil, 6 de junio de 1934. p. 5. [el texto es traducido por Joaquín Gallegos Lara, del publicado en francés en la revista *Proletariat.*

DOCUMENTOS

OFICIO



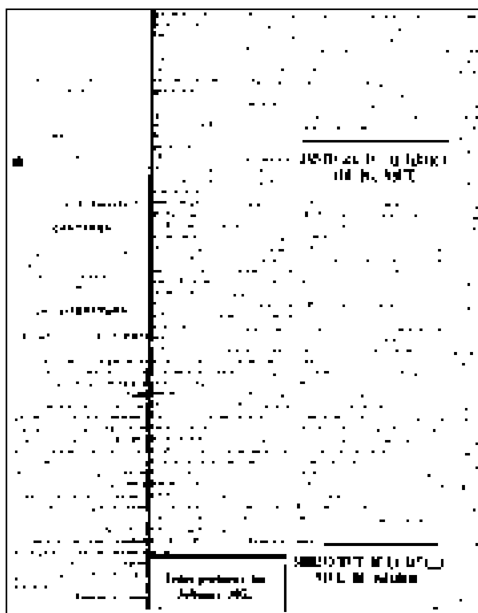
REPUBLICA DEL ECUADOR

La firma de este oficio reproducimos en la cubierta de este volumen. Documento en poder de María Rosa Arroyo, heredera del escritor César E. Arroyo.

UN VEREDICTO

VEREDICTO DEL JURADO CALIFICADOR DE LA EXPOSICION "MARIANO AGUILERA"

Facsimil del veredicto del Premio *"Mariano Aguilera"*



VEREDICTO DEL JURADO CALIFICADOR DE LA EXPOSICIÓN "MARIANO AGUILERA" (*)

Quito, a 13 de agosto de 1936.

Señor Presidente del Ilustre Concejo Municipal.

Ciudad.

Señor Presidente:

En cumplimiento del honroso mandato que nos ha conferido el Ilustre Concejo Municipal, dignamente presidido por usted, y en observancia del Reglamento para la adjudicación del Premio "Mariano Aguilera", nos permitimos someter al elevado criterio de esa corporación, nuestro veredicto recaído sobre las obras presentadas a dicho concurso artístico.

En primer lugar, anotamos que el escaso número de artistas participantes y de trabajos exhibidos, nos induce a la convicción de que la Exposición de 1936 no traduce en toda su plenitud el movimiento artístico de la República, comprometiendo así el prestigio de esa prueba, cuyo alcance y extensión debieran ser verdaderamente nacionales para ajustarla al propósito testamentario del generoso institutor del premio y al programa cultural del Ilustre Ayuntamiento que lo administra.

Pero si esta razón cuantitativa nos obliga a deplorar que no hayan concursado, numerosos artistas, por motivos que no podemos discriminar, una razón cualitativa nos impone la obligación íntima de creer que una declaratoria de deserción del concurso significaría una injusticia cometida contra los concursantes que han empleado un meritorio esfuerzo para concurrir al certamen con obras varias.

Además, juzgamos que una premiación –como la "Mariano Aguilera"– conlleva, aparte del concepto de retribución honorífica y económica, un vigoroso estímulo, para quienes, superando la inercia de nuestro ambiente, son los cultores y mantenedores de nuestra vida artística.

Por ello, dentro de esta consideración de relatividad, hemos creído que en el presente año, el otorgamiento de los premios consultados en el mencionado Reglamento, es una necesidad imperiosa.

1 Tomado de *El Día,* Quito, 16 de agosto de 1936.

Contemplando esta necesidad, quienes componemos el Tribunal de Calificación, reputamos, por voto unánime, que el Primer Premio debe adjudicarse al cuadro "El carbonero" de Eduardo Kingman, cuya novísima inspiración social se asocia a la excelencia de una técnica que ha tratado la figura humana, trasladándola de la realidad al lienzo, con una pujante fuerza y plasticidad viviente. Al verismo del dibujo anatómico, agrégase la revelación del estado psíquico, lealmente interpretado en el gesto y la actitud, signos de un drama profundo de nuestro tiempo. No obstante esto, opinamos que el fondo ambiental adolece de ciertas imperfecciones de perspectiva, así como son discutibles ciertos efectos de luz. Mas estas imperfecciones, no alcanzan a substraer a la figura del personaje proletario, su reciedumbre y su virtud de centralizar y absorver a los elementos accesorios del cuadro.

Insinuemos al Ilustre Concejo Municipal que el segundo premio, se lo divida, por iguales partes, entre los participantes Moscoso y Aymacaña. Al primero, por su cuadro "La frutera" que se destaca por su inteligente distribución cromática, a pesar de notables defectos de dibujo en la figura, que se los advierte al primer golpe de vista. Y al segundo, por su acuarela "La Trinitaria", por su riqueza, sobriedad de colorido y acierto interpretativo en la composición.

El tercer premio debe adjudicarse a Germania Paz y Miño, por su retrato "El vecino", cuya modelación cruda y realista es meritoria.

En la sección de caricatura, juzgamos que el primero y segundo premio se debe adjudicar a los expositores Estrella y Paladines, en este orden.

No siendo clasificables –de acuerdo con las normas reglamentarias de la exposición– los trabajos de José Chillango (meza tallada en piedra) y Jorge Cueva Endara (embutido), sugerimos al Ilustre Concejo que se digne premiar, en la forma que reputare conveniente, a estos dos expositores, quienes han demostrado una sobresaliente habilidad técnica.

Dejamos así satisfecha la comisión que nos ha encomendado esa Ilustre Corporación.

Muy atentamente (fff) Gonzalo Escudero. Antonio Salgado. Pablo Palacio.

Este veredicto fue aprobado por el Concejo en su Sesión del 14 de los corrientes y, aceptando la insinuación del Jurado Calificador concedió sendos premios pecuniarios de cien sucres a los artistas Cueva y Chillagano.

Para el prestigio del arte nacional y a fin de que las próximas exposiciones de bellas artes tengan éxito, se propone el Ayuntamiento convocar a los artistas residentes en la ciudad para cruzar ideas con este objeto.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

ANALES

TOMO LXX Enero - Junio de 1943 Nros. 317 - 318

NOTA DE LA REDACCIÓN

Con la publicación de la Tesis Doctoral de Pablo Palacio, los ANALES de la Universidad se honran auténtica y justamente. Pablo Palacio, una gran inteligencia prematura y fatídicamente malograda, prestigió por algún tiempo a la Universidad Central desde una Cátedra de la extinguida Facultad de Filosofía y Letras.

La Tesis que ahora se publica, elogiada sin reservas en el informe de la comisión calificadora, es una clara prueba de la alta calidad intelectual de Palacio, de su admirable capacidad para la investigación y el estudio y de sus brillantes posibilidades de escritor.

De modo preferente, la Tesis del Doctor Palacio es un valioso aporte que los ANALES hacen a la bibliografía jurídica nacional, y su publicación, un sentido homenaje al respetable nombre de un ejemplar ecuatoriano.

INFORME

Quito, a 27 de Noviembre de 1931.

Señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

Señor:

Nos es honroso cumplir la comisión que Ud. se dignó encomendarnos, referente al informe reglamentario de la Tesis presentada por el Sr. Pablo Palacio previa al grado de Doctor en Jurisprudencia.

"Del pago en la letra de cambio", es la materia tratada con notable lucimiento por el Sr. Palacio en su Tesis. La explicación y análisis de las respectivas disposiciones legales, la interpretación de las mismas para su correcta aplicación a los diversos casos que pueden suscitarse en la práctica, la manifestación de los antecedentes históricos y doctrinarios de la institución jurídica cambiaria, y el razonamiento empleado para sustentar las teorías en que se basan el comentaría y las conclusiones, demuestran grande versación de la materia en el autor de la Tesis y revelan que su criterio está asistido de método y acierto para el estudio y resolución de las cuestiones jurídicas.

Aprobamos la Tesis presentada por el Sr. Pablo Palacio con la calificación de tres primeras, y, dada la bondad de ella, y el provecho que de su conocimiento pueden reportar las personas que estudian o se sirven del Derecho mercantil, recomendamos se la publique en los "Anales de la Universidad Central".

Del señor Decano, atentamente,

(f) M. A. del Pozo Vela. (f) M. A. Zambrano. (f) Alejandro Ponce Borja.

CARTAS DE PABLO PALACIO

*A BENJAMÍN CARRIÓN**

CARTA 1

Manuscrita.

Quito, 10 de octubre [de 1925].

Mi querido doctor:

Perdone usted el que no le haya escrito antes y el que no haya sido por ninguna circunstancia sino voluntariamente. No he querido ser de los primeros porque podría tal vez avivar su dolor; no habría podido, además, salir con bien del trance, ya que es tan difícil dar una noticia tan amarga. Ahora que debe usted saberlo todo y estar un poco resignado, reciba mi más sincero pésame[1].

Acaso esta carta lleve a usted demasiados recuerdos; pero procure arrojarla en la primera ocasión y no la vea más para que no tenga un nuevo motivo de tristeza.

No debería hacerlo, mas no puedo resistir a la tentación de ennegrecerla todavía más: últimamente entre las noticias que he recibido de Loja, me han comunicado el fallecimiento de las siguientes personas: Don Juan José Samaniego, Nicanor Palacio (mi abuelo), Francisco Samaniego, Vicente Vélez Valdivieso.

* *Estas cartas las recogí en Benjamín Carrión, Correspondencia I: Cartas a Benjamín. Selección y notas de Gustavo Salazar. Prólogo de Jorge Enrique Adoum, (Quito, Municipio Metropolitano/Centro Cultural Benjamín Carrión, 1995, pp. 135-152; en parte me sirvo de las notas de esta publicación.*

1 *Por el deceso de la madre de Carrión, doña Filomena Mora Bermeo.*

Esperaré para escribirle de nuevo que haya un motivo de alegría, algo que pueda distraerle siquiera un momento.

Salude mucho a Aguedita[2] y a ese gran Jaime[3] déle un beso en mi nombre.

Usted reciba un estrecho abrazo de

Pablo Palacio.

CARTA 2

Manuscrita

Quito, 1 de junio de 1926.

Mi querido doctor:

No le he escrito antes porque esperaba que usted me contestaría la carta que le dirigí hace unos 8 meses.

Sin embargo, como si espero eso creo que debería resignarme a no escribirle nunca, lo hago ahora que hay oportunidad.

Por este mismo correo le envío tres números de *Hélice*[4], que apareció últimamente y tenga, tal vez, vida larga, a pesar de los gruñidos de nuestros coterráneos.

Allí encontrará usted unos cuentos míos, hechos a punta de risa[5].

Pienso que hasta que usted me conteste tendré ya unos veinte de esos. ¿Le parece que sería bueno editar un librito? Si no sería mucha molestia le rogara me avise si es posible conseguir editarlo allá, con más economía y limpieza. Si fuera así, indíqueme los diferentes precios, según el número de ejemplares, que sean naturalmente, a lo sumo, mil.

2 *Águeda Eguiguren Riofrío (Loja, 1906-Quito, 28 de noviembre de 1990). Se casó con Carrión en 1922.*

3 *Jaime Rodrigo Carrión Eguiguren, primogénito de Benjamín, nació en Quito el 5 de junio de 1924.*

4 *Revista Hélice, Quito, nº 1, abril de 1926; nº 2, mayo de 1926; nº 3, junio de 1926. Aparecieron dos números más. La dirección de la revista estuvo a cargo de Camilo Egas y la secretaría de redacción la condujo Raúl Andrade.*

5 *En la revista Hélice se publicaron "Un hombre muerto a puntapiés", nº 1 (pp. 16, 19 y 22); "El antropófago", nº 2 (pp.20-21); y "Primera brujería", nº 3 (p. 11).*

Aquí, por lo pronto, no suceden cosas demasiado* extraordinarias. Tenemos a Isidro Ayora de Dictador[6], lo que ya habrá sabido. ¿No es verdad que esto basta para preparar el ánimo? Y lo que mejor lo prepara es que se porta bien. Ha tenido unos cuantos aciertos. Claro, de otra manera sería injustificable su Dictadura.

En estos últimos días acaba de integrarse el gabinete con unos señores Ordeñana, Barbotó y Palacios, para mí completamente desconocidos.

Se dice que los conservadores pretenden reaccionar y que están haciendo trabajos en Tulcán, Riobamba y Naranjito. En fin, no está mal que se muevan, los pobres.

Se ha organizado el Partido Socialista[7] y tuvo hace unos días su primera asamblea, elaborando un programa de tendencias francamente comunistas. Se declaró la abolición de la propiedad individual. Lo que le cuento para que no extrañe usted el que le quiten su casita y su terreno[8]. Creo que lo mejor que puede usted hacer en estas circunstancias es radicarse definitivamente en Francia para que aquí no esté sufriendo bochornos al respecto.

Me han encargado saludarle Escudero[9] y del Pozo[10].

De mi parte, haga presentes mis recuerdos a Aguedita. (Comment parle-t-elle français?). ¡Oh, esto es una maravilla!

Déme noticias de ese gran don Jaime Rodrigo y reciba un apretón de manos de su amigo.

Pablo Palacio.

P.D. Estaríamos encantados si nos mandara algunas colaboraciones para Hélice, pues pretendemos darle a la revista interés cosmopolita, como dice su amigo Ernesto Fierro.

* *Subrayado en el original.*

6 *Isidro Ayora asumió el poder el 3 de abril de 1926 como presidente provisional; el 17 de abril de 199 por resolución de la Asamblea Nacional fue nombrado presidente constitucional.*

7 *El Partido Socialista Ecuatoriano se fundó en Quito a mediados de 1926.*

8 *De acuerdo con datos que se infieren de varias cartas de Palacio, parecería que Carrión le encomendó vigilar la construcción de una casa ubicada en la actual calle Santiago.*

9 *Gonzalo Escudero (1903-1971). Poeta y diplomático ecuatoriano. Una de las mejores expresiones poéticas de la vanguardia hispanoamericana. Publicó entre otras obras: Hélices de huracán y de sol (1933), Altanoche (1947), Materia de ángel (1953) y Réquiem por la luz (1983). En colaboración con Filoteo Samaniego tradujo del francés la obra completa del ecuatoriano Alfredo Gangotena.*

10 *Gonzalo Pozo (1903-1931). Poeta ecuatoriano de parva obra dispersa en publicaciones periódicas; formó parte de la generación poética de adolescentes que destacaron en el Colegio Mejía, junto a Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Augusto Arias y Luis Aníbal Sánchez.*

CARTA 3
Manuscrita

Quito, 20 de enero de 1927.

Mi querido doctor:

Creo que será por sus ocupaciones o porque sigue con su pereza de siempre que no he recibido contestación a la que le escribí hace meses.

Ya que no ha sido posible que mi libro aparezca en Francia, lo he publicado aquí, con grandes trabajos y muchas faltas[11].

Bajo paquete certificado le envío, por este mismo correo, tres ejemplares; uno dedicado a usted y los dos para que los obsequie allá a quién usted guste. Ni falta encargarle que haga la repartición que mejor sea posible. Después de unos ocho días, le enviaré otros tres.

Vea si es posible conseguirme algunas direcciones interesantes para seguir mandando. Lo que quiero, ante todo, es repartirlo fuera.

Esperando por lo menos unas "4 letritas" queda su amigo.

Pablo.

CARTA 4
Mecanografiada

[Quito, abril-agosto de 1927].

Mi querido doctor:

Siento enormemente el que mi libro se haya regresado sin llegar a sus manos, cuando hubiera querido que sea usted de los primeros en tenerlo[12].

Ahora le repito el envío, aumento un ejemplar, y dejo todo como estaba para que conozca usted la historia de su viaje por los océanos.

11 Se refiere a Un hombre muerto a puntapiés (Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1927). El ejemplar dedicado a Carrión se conserva en el Centro Cultural Benjamín Carrión en Quito, en adelante registraremos CCBC.

12 Hace referencia al envío de Un hombre muerto a puntapiés anunciado en la carta anterior.

Tengo ya por la mitad otro, que constará de dos pequeñas novelas; pero su edición en Europa se hace ya para mí imposible, porque se han abierto las hostilidades entre este su servidor y "el tío"[13], de quien podía esperarse sea víctima de un sablazo y a quien se debe la publicación de ese libro sinvergüenza.

Bueno, todo eso no importa. Obséquiele un ejemplar a ese señor Vizconde[14]–no le conozco– y al señor Cesaré, de Marsella[15], estoy dudando si a éste en realidad le conozco. Le envié un ejemplar a Don Ramón, pero creo que se ha enojado sólo porque le dije en la dedicatoria "tío de la pipa"[16]. Bueno, tampoco importa.

Estoy proyectando darme al mar; por supuesto sin un centavo, para ver cómo es la vida del mar. No tengo proyectos de un carguito afuera: eso lo veo tan lejano como vi la sopa en la memorable jornada del 4 de marzo[17], en el que peligró mi respetable a-ma-muen-sía.

Espero que me escriba lo más pronto, contándome algo de usted. Hágame el favor de saludar a Aguedita.

Recuerdos.

Pablo.

13 *José Ángel Palacio, tío de Pablo, fue quien crió y educó al escritor en Loja y respaldó económicamente su ida a Quito; además, sin saberlo, financió la edición del libro mencionado.*

14 *Se trata del Vizconde Emilio de Lascano Tegui, escritor argentino, incluido en los estudios hechos por Carrión en su Mapa de América.*

15 *César E. Arroyo (1886-1937). Escritor y diplomático ecuatoriano. Destacó como cronista, "Espíritu de cordialidad desbordante y de extrema sensibilidad lírica, Arroyo dejó páginas magistrales, en donde llega a su mayor altura el arte de escribir" dirá Carrera Andrade. Codirigió la revista Cervantes (1919-1920) de Madrid junto a Rafael Cansinos Assens. Publicó entre otros: Retablo (1921), Galdós (1930), Catedrales de Francia (1933), póstumo apareció Siete medallas (1962).*

16 *Ramón Gómez de la Serna. Se hicieron clásicas unas caricaturas que lo mostraban fumando en pipa.*

17 *El 4 de marzo de 1927, durante el gobierno de Isidro Ayora, se expidió la Ley de creación del Banco Central del Ecuador.*

CARTA 5

Mecanografiada

Quito, 22 de septiembre de 1927.

Querido doctor:

Quedo naturalmente encantado por todo lo que me dice en su última carta. Lo de la Editorial es lo más conveniente y halagüeño que [he] encontrado. Vea si es posible conseguir para mí el que me nombren agente de la Casa en el Ecuador, por supuesto con exclusividad, para mandarles todo lo que me sea posible. Si se me concede facultad para juzgar de las obras que envíe será mucho mejor. He hablado con Miguel Ángel Zambrano[18] y le vamos a mandar trabajos para las antologías; por supuesto nos vamos a tomar la libertad de seleccionar un poco los nombres que usted me cita, vamos a ver si se puede hacer una cosa buena. Lo malo es que creo que no puede llegarse a 128 páginas de escritores contemporáneos, a menos que se ponga algunas producciones de una misma persona. Espero vehementemente los prospectos de la empresa: a todos los amigos les ha encantado lo de los mil francos; creo que, cuando ya tenga suficiente autorización para ello, podré enviarle unos cinco libros con el mío. Para después haré toda la propaganda que pueda, a fin de que haya trabajos del Ecuador y también para ver si puedo ganarme unos cuartos[19].

En cuanto a lo que me dice de mi libro[20], me sorprende agradablemente el que haya usted penetrado con tanto acierto la índole de él. En efecto, el próximo, que lo tengo al terminar, es de un ultra-romanticismo[21]. El primero fue para desbrozar la maleza y procurarme un poco de nombre. Ya he conseguido un poquito y está medio abierto el camino.

18 *Miguel Ángel Zambrano (1898-1969). Poeta y abogado ecuatoriano. Obras: Diálogo de los seres profundos (1956), Biografía inconclusa (1961) y Mensaje (1968).*

19 *Carrión en carta desde El Havre, del 16 de agosto [de 1927], escribirá a César E. Arroyo acerca de publicar su novela Iris dentro de este plan editorial que desea llevar adelante con el poeta panameño Demetrio Korsi. Sospecho que a Palacio le habrá escrito en términos similares a los que vienen a continuación: "Vea nuestro proyecto, en síntesis: hacer una coleccioncita, no tan pequeña como el libro que Zaldumbide hiciera al poeta Silva, bastante gruesita, en muy buen papel y de 128 páginas cada libro. El editor Vuillermoz, el que hizo Hora y 20 de Pellicer, propone lo siguiente: mil ejemplares de tiraje, quinientos para el autor o para los directores de la colección, que íbamos a ser Korsi y yo, y aquél o éstos le pagarían MIL FRANCOS, en tres partes, de a 166 francos cada una. Los otros quinientos ejemplares los administraría y vendería el editor, dando al autor o directores el 10 por ciento de las utilidades netas. Vea usted si en esas condiciones le conviniera la reimpresión de su novela, o si tuviera otra para dar. En todo caso, partimos Korsi y yo el jueves –mañana– a París, y es posible que obtengamos algo más cómodo o más ventajoso. Yo lo tendré a usted al corriente de lo que ocurra".*
Lamentablemente este ambicioso proyecto en el cual intentó involucrar aparte de a autores ecuatorianos a Mistral y a Vasconcelos entre otros, fracasó. Esta carta está incluida en La voz cordial, correspondencia entre César E. Arroyo y Benjamín Carrión (1926-1932), edición de Gustavo Salazar, de próxima aparición.

20 *Alude a Un hombre muerto a puntapiés.*

21 *Se trata de Débora, novela publicada en octubre de 1927.*

Le escribo muy poco porque ya no hay tiempo; apenas reciba los prospectos lo haré más largamente.

Hasta entonces reciba muchos recuerdos de

Pablo Palacio.

CARTA 6

Mecanografiada

Quito, [antes de agosto de 1930].

Mi muy recordado doctor:

Casi estoy seguro de que era usted quien había callado. No he recibido recortes de allá; que de haberlos recibido, no crea usted que iba a olvidar hasta el agradecimiento.

Ahora me ha sorprendido con la nueva de que hablará de mí. No sé si sea justo. ¿Cree usted que no se disgustarán por acá? En fin, como usted quiera.

Pero le quedo mal, doctor. No ha sido posible que me hicieran el dibujo o la caricatura que usted me pide[22]. Latorre[23] ha salido por unos días de Quito. Kanela[24] está voluntariamente recluido. No tengo amistad con otros dibujantes. Y como usted me dice que necesita eso lo más pronto, temo retrasarme y que no le lleguen a tiempo ni siquiera estos papeles[25].

¿Le parece a usted insalvable la cuestión del dibujo? Diga usted cualquier cosa: que no tengo cara, que se me ha caído de vergüenza, por ejemplo. O alguna otra invención suya.

22 Finalmente la caricatura de Palacio la realizará a plumilla Guillermo Latorre, para acompañar el estudio que Benjamín Carrión dedicó a la obra palaciana para Atlántico, sin embargo ninguno de los dos trabajos se publicó en la mencionada revista. Este dibujo que finalmente se reproduce en volumen, se conserva en el CCBC.

23 Guillermo Latorre (1896-1985). Caricaturista, dibujante y pintor ecuatoriano. Miembro del grupo que publicó el semanario Caricatura (1918-1921) en Quito, junto a Nicolás Delgado, Carlos Andrade –Kanela–, Alberto Coloma Silva, Jorge A. Diez, Enrique Terán, Rafael Alvarado y Benjamín Carrión..

24 Kanela pseudónimo del caricaturista y dibujante ecuatoriano Carlos Andrade Moscoso (1899-1963). De él dirá Gonzalo Zaldumbide: "guarda sensibilidad exquisita de poeta" para dibujar el Quito antiguo.

25 Debe tratarse de anticipos de la novela Vida del ahorcado, que el narrador lojano se ve urgido por Carrión para publicar en la revista Atlántico.

Y si apura mucho, he aquí un expediente sencillo: con la lectura de sus impresiones y con la de los papeles que van aquí, encargue al dibujante de Atlántico[26] imaginarse al autor, de 24 años cumplidos y con 130 libras de peso.

O si esto no fuera posible, ordéneles poner cualquier fotografía o dibujo, con la leyenda debajo, y nadie habrá perdido nada. ¡Para lo que le importará a un europeo la cara que pueda tener este amigo suyo! Al menos esta es nuestra filosofía. Aquí, cuando necesitamos una fotografía, aunque sea la de Cayo Graco, cogemos la de Luis Flores, por ejemplo, y ponemos al pie Cayo Graco. ¿No es verdad que basta?

Bueno, sea como fuere, usted allá sabrá lo que hace y será lo mejor hecho.

He leído sus libros y también yo estoy orgulloso de ellos[27]. Los tengo, mas no dedicados.

¿Tiene usted mucha necesidad de venir en agosto [28]? Pregúnteselo muchas veces. Si yo me escapo alguna vez, ¡Dios mío!

Muchos agradecimientos para usted y muchos recuerdos para los suyos.

Pablo.

26 Atlántico (1929-1930). Revista literaria editada en Madrid, de la cual aparecieron 17 números, y el 18 y último que se publicó en el año 1933. El director fue F. Guillén Salaya y el gerente Boris Bureba. Carrión publicó en ésta dos de sus estudios de Mapa de América: "Teresa de la Parra" y "El vizconde de Lascano Tegui", pero el dedicado a Palacio, aparentemente salió directamente en el volumen publicado a fines de 1930.

27 Se refiere a Los creadores de la nueva América (1928) y El desencanto de Miguel García (1929).

28 Carrión por varias ocasiones consideró la posibilidad de renunciar al Consulado en El Havre, pero finalmente lo hará en enero de 1931, cuando retornó al Ecuador.



Caricatura de Palacio realizada a plumilla por Guillermo Latorre, para acompañar el estudio que Benjamín Carrión dedicó a la obra palaciana para la revista Atlántico, de lo que sabemos, ninguno de los dos trabajos se publicó en la mencionada revista.

CARTA 7

Mecanografiada

[Quito,] 10 de enero [de 1931].

Mi querido doctor:

Recibí su hermoso Mapa[29]. Ya tuve oportunidad de agradecerle antes, cuando me envió aquellos originales, por esa bondadosa equivocación suya respecto a este servidor[30]. El estudio se publicó en El Día; lo reprodujeron en Loja entusiasmados[31]. Y ahora yo aquí, sólo, avergonzado hasta las niñas de los ojos, ¿qué voy a decir? ¿qué voy a hacer? Mire usted: me ha metido en un compromiso serio; en uno de los compromisos más serios en que hasta hoy se me ha metido. En fin, gracias de nuevo. Su lanzamiento me será y seguramente me está siendo muy beneficioso.

Bueno, ahora estoy de bruces sobre la carrera de abogado. En uno de estos días, la licenciatura; a fines del año, el doctorado[32]. Sin remedio. Sigo en el Consejo Provincial[33], que es un magnífico archivo. Aquí se puede estudiar y descansar.

Doctor, voy a hacerle un encargo que usted debe cumplir sólo en cuanto no le moleste ni un poquito: si alguna vez cae por su consulado un buen hombre que quiera registrar sus marcas o sus patentes en el Ecuador, déle mi dirección. Soy recomendable por mi seriedad, mi honradez, mi sobriedad y mi cumplimiento. No olvide, doctor, mis prendas morales.

He oído por allí que querían traerlo a usted a Lima, como Cónsul-Secretario de Legación[34]. He oído simplemente. No pude adquirir datos precisos porque me llevo muy mal con los caballeros de la Cancillería. Le pondré al tanto de lo que suceda.

Salude muy cariñosamente a Aguedita.

Pablo.

29 Mapa de América, Prólogo de Ramón Gómez de la Serna, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1930.

30 Alude al estudio que le dedica Carrión en esa obra (pp. 65-98 de la edición príncipe).

31 La publicación en el diario quiteño El Día no la conocemos, pero la realizada en Loja fue en El Heraldo del Sur, año 2, n. 87, 2 de noviembre de 1930, pp. 1, 3, 4.

32 En 1932 Palacio obtuvo el título de doctor en jurisprudencia por la Universidad Central del Ecuador.

33 Por un oficio del 3 de mayo de 1932, que reproducimos en la sección Documentos, sabemos que Palacio fue Secretario del Consejo Provincial de Pichincha.

34 Efectivamente Carrión será nombrado Primer Secretario de la Legación ecuatoriana en Lima para junio de 1931.

CARTA 8

Manuscrita

[Quito,] 2 de mayo de 1931.

Mi querido doctor:

He recibido las tarjetas. He telefoneado al doctor Reyes, por su pasaje del tren.

Y dígame, ¿sin novedad en Lima?

Aquí se comenta la próxima revolución[35]. Nadie sabe cuándo será, pero se la tiene como segura. El 9 de julio que viene, o el 10 de agosto que también viene, o el día de San Pedro, o el Viernes Santo. Yo creo que se está cometiendo un grave delito contra la estabilidad de los Consejos Provinciales.

¿Está ya usted estabilizado?

Para cuando lo esté le pido este servicio: antes de enviar el folleto aquel a España[36], ábrale por la página 8 y en la 5ª línea, en donde dice "volcanes a la ventana" póngale "promontorios a la ventana" o cualquier otra cosa parecida que usted quiera. Sucede que en el parrafito sólo hay el precedente de El Chimborazo y mis compatriotas, cuando lo lean, se van a poner a gritar: "¡Dice que el Chimborazo es un volcán! ¡Qué se lo ahorque! En realidad, el Chimborazo es sólo un nevado. La última línea de la convocatoria sí debe quedar como está. Tiene música. Tiene para mí una hermosa y modesta música.

He entregado los libros de Enrique Terán[37] y Llerena[38]. Leí el primero, Tierras de espanto[39]. Tiene interés como propaganda; sin embargo la literatura es ridícula, de plaza.

Me llegó Los que se van. He leído ya los cuentos de Gallegos[40]. ¡Qué interesantes, qué bien hechos están, caramba!

Le abraza

Palacio

Escríbame a 157, Oriente.

35 Palacio escribe esta carta en vísperas del derrocamiento de Isidro Ayora ocurrido el 24 de agosto de 1931 y que dejó en el poder al coronel Luis Larrea Alba.

36 El "folleto" al cual hace referencia es, indudablemente, Vida del ahorcado. En efecto, en la página 8, línea 5, de la primera edición (Quito, Talleres Nacionales, 1932) se encuentra la frase citada.

37 Enrique Terán (1887-1941). Caricaturista, bibliotecario y escritor ecuatoriano, autor, en particular, de la novela El cojo Navarrete (1940).

38 José Alfredo Llerena (1912-1977). Periodista, escritor y poeta ecuatoriano, miembro del grupo "Élan". Crítico de arte, publicó Aspectos de la fe artística (1938) y La pintura ecuatoriana del siglo xx (1942); entre sus poemarios destacan: Agonía y paisaje del caballo (1934) y Hebra del tiempo (1972).

39 No hemos podido localizar esta obra.

40 "A Pablo Palacio también se lo remití [Los que se van] i [sic] me ha contestado enviándome Un hombre muerto a puntapiés" dirá Gallegos Lara en carta remitida a Carrión el 30 de mayo de 1931. en Benjamín Carrión, Correspondencia I: Cartas a Benjamín, (ed. cit., p. 83).

CARTA 9
Manuscrita

Quito, julio de 1931

Doctor Carrión:

Le escribí hace mucho tiempo, en mayo. Creía que su permanencia en Loja, como me lo dijo, sería corta. Después supe que enfermó Jaime, retardando el viaje. ¿Está ya bien?

No sé si recibió mi carta. Le daba noticia de haber cumplido sus pequeños encargos.

Leí el reportaje que le hizo uno de los papeles de Lima[41]. Le agradezco, doctor, por el sitio que me da; ¿pero no cree que los caballeros de aquí van a acabar por disgustarse definitivamente? ¡Ay, doctor, estos caballeros enfermos con paranoia! Es un deber suyo, de conciencia, apaciguarles.

He oído algún rumor interesante. Desconfío de él; pero sí es interesante. Por desgracia, no puedo confiarlo al papel. Tal vez ya reciba usted noticias de ello pronto[42].

Me ha escrito Costa du Rels[43] y pregunta por usted.

¿Buena Lima?

Salude a Aguedita y reciba un abrazo.

Pablo.

41 Palacio hace referencia a una entrevista realizada a Carrión por el diario El Perú (Lima, 13 de junio de 1931, pp. 1 y 4)

42 El asunto que menciona Palacio podría ser el que explica en la carta anterior.

43 Adolfo Costa du Rels (1891-1980). Escritor boliviano. Conoció a Carrión en Francia.

CARTA 10

Mecanografiada

Quito, 27 de agosto de [1931].

Querido doctor:

Lo que usted ya sabrá al recibir esta carta, la revolución, era precisamente a lo que aludía en la última que recibió de mí. Pero las cosas se han desarrollado de diversa manera.

Las cosas estaban reventando desde hace algún tiempo y se conspiraba de manera abierta. En los proyectos de entonces se le mencionaba a usted para el Ministerio de Relaciones. Se pensaba en un Gabinete de jóvenes, de verdadera renovación. El ataque debía partir desde el Congreso. Pero ya ve usted lo que sucede es cosa distinta: empezó la resistencia el batallón "Chimborazo" y, carente de opinión, se retiró el Gobierno en masa, siendo nombrado Ministro de Gobierno el Coronel Luis Larrea Alba[44], quien se encargó del Ejecutivo. Entonces comenzaron a rugir las combinaciones y ahora es ministro Modesto Larrea Jijón. ¿Está bien la cosa para usted?

No creía yo que le conviniera a usted el ministerio; sin embargo, tal vez habría sido mejor. No sé si se puede creer que persistan los proyectos anteriores de renovación total del Cuerpo Diplomático. Para el caso de que no fuera posible su ministerio se pensó que usted reemplazaría a su jefe en Lima. ¿Subsistirá ese proyecto con Larrea Jijón?

Con respecto a su intención de ir a España, hay ahora un inconveniente: Gonzalo Escudero parece que precisamente tiene las mismas aspiraciones, y Escudero es sumamente amigo de Larrea Alba y mentor de Larrea Jijón. Si Escudero se pega a eso, el asunto está perdido[45]. Por otra parte sé que Larrea Alba le estima a usted bastante. Yo haré lo posible por hacer cuanto pueda, y se lo comunicaré inmediatamente. Voy a empezar dando el disimulado dato de su candidatura a los corresponsales de Guayaquil. Ojalá tenga efecto.

Para mí, considero perdido en absoluto el viaje. Larrea Jijón tiene motivos personales para apreciarme poco. En febrero de este año, tuvimos oportunidad de organizar una manifestación antiaristocrática que casi solo tenía que ver con él. De tal manera que yo ya le he puesto un R.I.P. al proyecto[46].

44 Luis Larrea Alba, encargado del Ejecutivo desde el 24 de agosto hasta el 15 de octubre de 1931, será reemplazado por Abelardo Montalvo en trancisión que llevará al poder a José María Velasco Ibarra.

45 Escudero viajó a fines de 1931 como encargado de negocios ad interim y cónsul en Francia.

46 No hemos podido determinar a dónde aspiraba a viajar Palacio.

Le escribiré después de pocos días dándole razón de su inmueble[47].

Jorge Castillo está muy bien. Ha terminado su tesis y prepara su grado para diciembre. Seguramente lo rendiremos al mismo tiempo.

Hasta pronto.

Pablo.

A última hora me dicen que Modesto Larrea tiene relaciones especiales con Crespo[48], de España. Las mujeres de estos caballeros son primas y Larrea cuando mozo fue novio de la de Crespo. ¿Qué hacer, entonces?*

47 Véase la nota 8.

48 Ricardo Crespo Ordóñez (1894-   ) Abogado y diplomático ecuatoriano, fue nombrado Encargado de Negocios en Madrid, a poco de ello lo nombraron Ministro Residente, de 1928 a 1932. En 1942 fue nombrado Ministro Encargado de Relaciones Exteriores.

** Post Scriptum a mano.*

CARTA 11
Manuscrita

Quito, 14 de noviembre [de 1931].

Calló usted, doctor. Tengo dos cartas allá, no contestadas.

¿Conoce o adivina ya nuestra situación en el país? Parece que estamos bastante perdidos. Bonifaz fue apoyado por el Capitalismo, de tal manera que su gobierno será de reacción[49]. Yo no fui Larreísta; pero, naturalmente, estaba a gran distancia del Bonifacismo.

Usted no debe venir acá. ¿Para qué? Todo esto es una porquería. Haga un sacrificio. Gestione desde allá el cambio, si le es posible; pero no venga. Aquí todo es inútil. Gonzalo se fue a París[50]. Estaba con su nombramiento desde la víspera de la caída de Larrea Alba. ¿Regresará pronto? Creo que será el último que aproveche.

Rendiré mi grado después de pocos días. Voy a dedicarme definitivamente a la profesión, si es posible. La política, a la porra. Y las y los proletarios, a la porra. ¿Para qué toda esa comedia? Aquí los pobres, ¡los pobres pobres!, les llaman a los socialistas ladrones. Entonces, ¿qué tenemos que ver nosotros con eso?

¿Insiste usted en venir? Cuénteme sus proyectos.

Recuerdos a su familia y un abrazo de

Pablo.

49 *Tras el derrocamiento de Isidro Ayora, el 24 de agosto, se encargó el Ejecutivo al coronel Luis Larrea Alba, quien convocó a elecciones presidenciales en octubre. Las izquierdas designaron como candidato a Modesto Larrea, de filiación liberal, mientras que la derecha postuló al hacendado Neptalí Bonifaz. Los escrutinios dieron como vencedor a Bonifaz, sobre el que pesaba la acusación de ser de nacionalidad peruana, que sus opositores le enrostraron hasta enronquecer. El Congreso, reunido el 19 de agosto de 1932, procedió a descalificar al presidente electo. Este hecho desencadenaría la Guerra de las Cuatro Días, "la batalla civil más cruenta desde la de 1912", según Pareja Diezcanseco.*

50 *Gonzalo Escudero.*

CARTA 12

Mecanografiada

Quito, 17 de diciembre de 1931.

Mi querido doctor:

En realidad, no he cumplido antes con la oferta que le hice de darle cuenta de los trabajos de su casa. ¡He tenido tanto que hacer! Pero ni eso justicio la falta. En fin, ustedsabrá perdonarme. Ahora ya tengo datos exactos: "Los tumbados, terminados– las paredes, mazamorreadas– los cuartos altos, entablados, menos el nuevo y el baño– los bajos estarán terminados en la primera quincena de enero– la madera para puertas, preparada– se han pagado por este concepto S/. 385 y falta pagar el resto– Montero le manda muchos saludos– y si usted enviara S/. 500, la escalera y las ventanas ya estarían a su regreso." ¿Qué tal? Está en verso, pero es la verdad.

Ahora, el asunto de la política de hecho es una porquería. Yo sé evidentemente que usted no puede calificarlo de otra manera. ¿Quiere venir a ver crecer sus eucaliptus? Ah, entonces estamos en absoluto de acuerdo. ¡Yo también quisiera tener mis eucaliptus! Estuve unos ocho días interesado en la política. Oiga, doctor, eso era una cosa terriblemente graciosa. Se habían reunido unos caballeros en un cuarto grande y Pío[51] era Presidente de esos caballeros y yo era Vicepresidente de los mismos; la gente se había aglomerado para ver funcionar a estos caballeros. Entonces yo me paraba y decía cosas: la gente respondía "bravo, bravo", unos caballeros protestaban y los otros caballeros se ponían de acuerdo conmigo. Después yo insultaba a los caballeros que no se ponían de acuerdo y ellos se admiraban de esto, y ya cuando todos estábamos aburridos, nos íbamos de allí y nos acostábamos en nuestras camas. Por último, nos separamos y ahora ya no se reúnen más los caballeros[52].

Yo creo que usted no va a venir a hacer eso, doctor. A menos que quisiera que lo hagamos para que nos divirtamos. Si viene a asolearse, entonces sí le ofrezco acompañarlo unos ratitos. Cosa buena es quedarse estirado, estirado, estirado.

Lo de la Universidad es así: Ángel Modesto Paredes[53] se va a morir de hambre. Cayó del Ministerio de Educación con el fracaso de Larrea y los estudiantes le atacaron de dic-

51 Seguramente se trata de Pío Jaramillo Alvarado (1889-1968). Historiador, sociólogo y ensayista ecuatoriano. Su libro El indio ecuatoriano (1922) fue pionero como estudio sociológico acerca del tema.

52 Fácilmente el tono de esta carta se relaciona con el capítulo "Audiencia" de Vida del ahorcado, [sugerencia de María del Carmen Fernández, especialista en la obra de Palacio].

53 Ángel Modesto Paredes (1899-). Catedrático, jurista y sociólogo ecuatoriano. Autor, entre otras, de obras sobre temas de su especialidad, tales como Problemas etnológicos indoamericanos, Teoría del derecho civil internacional y Sociología general. Fue rector de la Universidad Central y ministro de Educación.

tatorialista, solicitando al Consejo Universitario que no se le vuelva a nombrar profesor. En efecto, la cátedra que él ocupaba se la dieron a Quevedo[54]. Al renunciar Cueva[55] la de Sociología, por presión de los estudiantes, el Rector le pidió a usted aceptara la candidatura para el profesorado (la presión se refiere a Cueva) y usted en ese sentido tiene buen ambiente. Mi opinión es que le nombrarán. Pero sus amigos, Zambrano, etc., gestionaban para Paredes. Han trabajado con él mucho tiempo, con él han creado su ambiente y creen deberle algo. Además, realmente, se va a morir de hambre. Es esta la razón por la que se aplaza tanto ese nombramiento. Tal vez lo harán después de las vacaciones de enero. Están esperando que se despeje el mal ambiente. Sin embargo, yo creo que usted tiene grandes probabilidades porque hay gente empeñada en que no regrese Paredes a la Universidad.

Estos asuntos son reservados, doctor. Puede que tengan ellos alguna razón. No les dé importancia porque su actitud de absoluta indiferencia está bien.

Finalmente, yo también soy ya doctor y comienzo a 'trabajar'. Recibí su telegrama de felicitación y muchas gracias.

Saludos cordiales a la familia. Ahora le quedo esperando con los brazos abiertos. Vengan en tren y avise*.

Palacio.

54 Antonio J. Quevedo (1900-1987). Diplomático y jurista ecuatoriano. De 1937 a 1939 representó al país en la Sociedad de las Naciones, de cuyo Consejo fue presidente, y de 148 a 1942 en las Naciones Unidas, habiendo presidido el Consejo de Seguridad.

55 Agustín Cueva Sáenz. Sociólogo ecuatoriano.

** Post Scripum a mano.*

A CARLOS MANUEL ESPINOSA

CARTA 1

Quito, 16 de julio de 1932.

Estimado Carlos:

Debo elogiar en usted, a más de sus méritos fundamentales, los accidentales de educación y buen comportamiento. Oiga usted Carlos, estos días he estado admirando que usted hubiera recordado que yo quedé acá y que usted quedó comprometido a enviar un paquete a España[56]. Acaba con esto de demostrarme que es doctor cabal, bien educadito y simpático. Ahora estoy dedicado a reconocer en mis amigos las virtudes de que yo carezco: mire, en su caso, ¡quién sabe qué hubiera hecho yo de los papelitos! Gracias.

Gracias también por su intención de ponerme al tanto de lo que suceda después. Ya me ha probado que puedo esperar con éxito.

¿Encontró usted allá las cosas sucias? ¡Vaya! ¿Quiere decirme cuándo no están las cosas sucias? Para encontrarlas de otra manera, sería menester dedicarse de corazón al régimen que aquí observo: levantarse temprano y creer sencillamente en un Dios barbudo y bueno, que tiene en la cabeza un triangulito dorado con purpurina y que nos da de comer y nos protege de la mañana a la noche. Si a más de esto, usted se resuelve a acrecentar con veinte centavos diarios la entrada de un señor Eguiguren, que por unos callejones ha hecho unos estanques de ladrillo y cemento para que las aguas del Zamora le produzcan frutos civiles, le aseguro, doctor, que habrá conseguido la felicidad perfecta. Agua y sol es una receta maravillosa contra las cosas sucias.

56 Como el propio Espinosa explica en "Epistolario parbo[sic] de Pablo Palacio" –Letras del Ecuador, n. 24-25, Quito, jun.-jul. 1947, p. 17–, el "paquete" corresponde a los originales de Vida del ahorcado, que a través de un contacto editorial del destinatario había la posibilidad de publicar en España, situación que finalmente no prosperó.

Me pide que escriba para Hontanar[57] que aparecerá a fines de julio. No es verdad, Hontanar no aparecerá a fines de julio, sino más tarde, en agosto o septiembre. Para entonces escribiré gustoso. Hoy no porque estoy de sacha[58] examinador (mal dicho está: sacha quiso decir una vez salvaje) y tengo que preguntar a los niños. "Dígame, niño, ¿qué es la patria potestad?: dígame, niño, ¿qué es la sociedad conyugal?". También tengo que sentarme en medio de unos caballeros tontos, tengo que oírles hablar y apuntar las cosas que dicen, bien ordenaditas en especies de reseñas que llaman actas. También tengo que interesarme porque uno que otro desgraciado pague su deuda al chulquero[59] de la esquina. Y tengo también que dormir, que comer, que hacer limpiar mis zapatos y salir a conversar en el parque. Por último, tengo que hacerme crecer los bigotes. ¡Que soy hombre atareado, doctor Espinosa! Pero escribiré naturalmente.

Ustedes han estado haciendo la revolución, pillos. Cuando triunfen, me avisan. Antes no, porque yo soy un hombre ocupado.

Y hasta muy pronto. Le agradeceré que me cuente cosas.

Pablo.

57 Hontanar. Revista lojana, órgano del grupo A.LB.A. del Colegio Bernardo Valdivieso, que apareció en enero de 1931, dirigida por Carlos Manuel Espinosa.
58 Sacha. "Escardar la tierra para quitar las malas yerbas a fin de que prosperen las plantas útiles.".
59 Chulquero. Prestamista.

CARTA 2

Quito, 5 de enero de 1933.

Querido Carlos:

He recibido una carta suya y Hontanar, tan buena como siempre. Qué buena cosa están ustedes haciendo, dentro de ese gran criterio de comprensión y amplitud que buena falta nos hace, del lado de la reacción, que del de los rabanitos de pega. Le agradezco cordialmente por todo; por el envío, por la reproducción del concepto de Sánchez[60]. ¿Sabe ya usted que Joaquín Gallegos escribió también algo sobre el libro, pero por supuesto adversamente? Apareció su artículo en El Telégrafo de 11 de diciembre[61].

60 El trabajo del crítico literario peruano Luis Alberto Sánchez (1900-1993) –en varias ocasiones se ocupó de la literatura ecuatoriana– es: "La vida del ahorcado", Hontanar, año 2, n. 10, Loja, diciembre de 1932.

61 El texto de Gallegos Lara en cuestión es: "Me figuro que si Pablo Palacio quisiera ser menos vago, menos escéptico, menos deshumanizado y menos lejanamente alusivo, lo podríamos llamar Pavlukja, y su obra coincidiría, por afinidad de temperamento, con la de Constantino Fedin, el autor de Las ciudades y los años. Le impiden llegar a eso algunos prejuicios que su ubicación entre la intelligentzia no le permite superar. Pablo Palacio, para no pasar por tosco o escaso de refinamiento, alude y elude a la realidad, frena la imaginación, ahorca su lirismo, como observa el crítico aprista Luis Alberto Sánchez, y nos da éstos sus inteligentes libros subjetivos, el último de los cuales publicado, La vida del ahorcado, me ha llegado hace poco.

Es muy frecuente, en este tiempo, decir que está superado el realismo en literatura. Habría que averiguar qué es lo que se cree superado con ese nombre. Porque es justo rechazar, dándolo por superado en nuestro momento, el realismo naturalista o zolesco, rudimentario y superficial hasta cierto punto. Pero ¿se puede confundir con aquél, el realismo actual, ya no escuela literaria, sino manera de interpretar la vida, realismo social, que se plantea en todos los sectores de la cultura, entre ellos el literario, por medio de la teoría marxista-leninista? En este realismo integral caben –porque aunque psicológicas son objetivas– las introspecciones y la ironía escéptica, fantástica o macabra, al menú: lo que pasa es que no se las pretende hacer pasar como la única manera de ser, humana, eterna, sino que se las circunscribe dentro de la mentalidad de la clase en que aparecen: Proust y Joyce, ídolos del vanguardismo englobador y enmascarador, ocupan así su sitio como representantes de la literatura individualista de la decadencia del pensamiento burgués.

Al pretender negar el realismo social, que no es una escuela literaria –repito– y que es introducido a la literatura por el sector proletario de ésta, oponiéndolo al millar de escuelas –superrealismos o birrealismos– en que se atomizan las literaturas burguesas y pequeño-burguesas, ¿acaso no se está pretendiendo impedir que la literatura sea lo que todos los que se preocupan honradamente en la creación de una cultura humana para reemplazar la actual cultura de esclavos, como dice Waldo Frank, le exigen que sea: un arma contra la explotación y a favor de la clase que forjará una sociedad sin clases? Es interesante ver cómo los izquierdistas encuentran grosero el realismo. Es que el realismo descubre lo que ellos quieren ocultar, pues así conviene a quienes son sus adictos.

Pablo Palacio con unas recias cualidades de satírico-socialista utilizadas en su primer libro Un hombre muerto a puntapiés (1927) –libro para el cual la realidad no es una nebulosa– empezaba pulverizando

En mi opinión se trata de un error fundamental. Yo entiendo que hay dos literaturas que siguen el criterio materialístico: una de lucha, de combate, y otra que puede ser simplemente expositiva. Respecto a la primera está bien todo lo que él dice: pero respecto a la segunda, rotundamente, no. Si la literatura es un fenómeno real, reflejo fiel de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas de un momento histórico, es preciso que en la obra literaria se refleje fielmente lo que es y no el concepto romántico o espirativo del autor. De momento decadentista, que debe ser expuesto a secas, sin comentario. Dos actitudes, pues, existen para mí en el escritor: la del encauzador, la del conductor y reformador –no en el sentido acomodaticio y oportunista– y la del expositor simplemente, y este último punto de vista es el que me corresponde: el descrédito de las realidades presentes, descrédito que Gallegos mismo encuentra a medias admirativo, a medias repelente, porque esto es justamente lo que quería: invitar al asco a nuestra verdad actual[62].

Pablo Palacio.

sus ácidos con una regular puntería. Se esperaba que la afinase. Creíamos que llegaría a meter en su literatura la cantidad indispensable de análisis económico de la vida para darse cuenta de contra quién debía dirigir sus tiros. Pero nuestro tirador se pasó de inteligente. Dio un compuesto químicamente más fino a sus ácidos. Mas no supo contra quien disparar. Disparó contra todos y contra sí mismo. De tal manera no llega a acertarle a nadie en la inofensiva novela recién publicada. Se admira en ella la inteligencia. Pero se la encuentra fría, egoísta, y se puede ver al fin que Pablo Palacio no ha podido olvidar su mentalidad de clase, que tiene un concepto mezquino, clownesco y desorientado de la vida, propia en general de las clases medias, de estas clases medias cuya existencia niegan los interpretadores autóctonos de la realidad americana.

El dualismo, entre el romántico ser espiritual y el animal del ser físico con que se suele dividir mecánicamente la personalidad del hombre, y su natural contradicción, amargan a Pablo Palacio. Lo persigue la imagen de los cadáveres en descomposición y se lanza en diatribas contra Ana, cuando está saciado de ella, tras la noche de bodas. Se burla de su emoción ante la naturaleza. Trata con un izquierdismo confusionista las cuestiones políticas. Todo ello lo hace sistemáticamente, con estilo apto para expresar su actitud. Después de leer Vida del ahorcado nos queda una sensación, una sensación sí, admirativa a medias, a medias repelente.

"Hechos, ideas y palabras: La vida del ahorcado", en El Telégrafo, Guayaquil, 11 de diciembre de 1932.

62 Como se puede comprobar la conclusión del narrador guayaquileño y la apreciación epistolar de Palacio no son tan opuestas como se cree, léase en Vida del Ahorcado: "Con guantes de operar, hago un pequeño bolo de lodo suburbano. Lo echo a rodar por esas calles: los que se tapen las narices le habrán encontrado carne de su carne".

CARTA 3

Quito, 11 de febrero de 1933.

Carlos:

Ruéguele a Dios, Carlos –ustedes que le tienen allá cerca–, que nunca permita que yo me vea obligado a regresar a mi pueblo. ¡Caramba, cuando me pongo a pensar que esto tiene visos de posibilidad, soy capaz hasta de echar una lagrimita!

Hasta luego.

Palacio.

CARTA A PABLO PALACIO

DE MARIANO PICÓN SALAS



Santiago de Chile, enero 1933

Pablo Palacio:

Su libro ha sido recorrido, gustado y discutido por mucha gente de la vanguardia literaria de aquí[63]. Si la historia funambulesca que usted nos narra en la *Vida del ahorcado* transcurre en una [primera*] mañana de mayo, este papel en que le escribo tiene más de 150 años[64].

Bien por usted, por su historia y por esa tragedia del "hombre con pulgas" que usted insinúa en su novela.

Le estrecha la mano y queda con el gusto de leer otras cosas de usted.

Mariano Picón Salas.

63 Mariano Picón Salas (1901-1965). Ensayista y crítico venezolano, sus estudios académicos los concluyó en Chile, en donde será profesor de historia, hasta 1936, año en que retorna a su tierra natal, aquí fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela y posteriormente presidió el Instituto Nacional de Bellas Artes. Esta misiva la remite en su estadía en el cono sur. Carrión dirá: "Mariano Picón Salas es, con certidumbre y validez, el tipo actual de ensayista de nuestra América. Interrogador premioso de nuestras realidades de pueblos y de hombres"; publicó entre otros títulos: De la conquista a la independencia (1944) y Los días de Cipriano Castro (1953).

** Palabra tachada en la carta. Como sabemos la escena del mencionado libro se titula "Primera mañana de mayo".*

64 El original de esta carta lo conserva Pablo Palacio Palacios, y efectivamente el papel en el que está escrita esta misiva es una hoja desprendida de un libro antiguo.

ÍNDICE